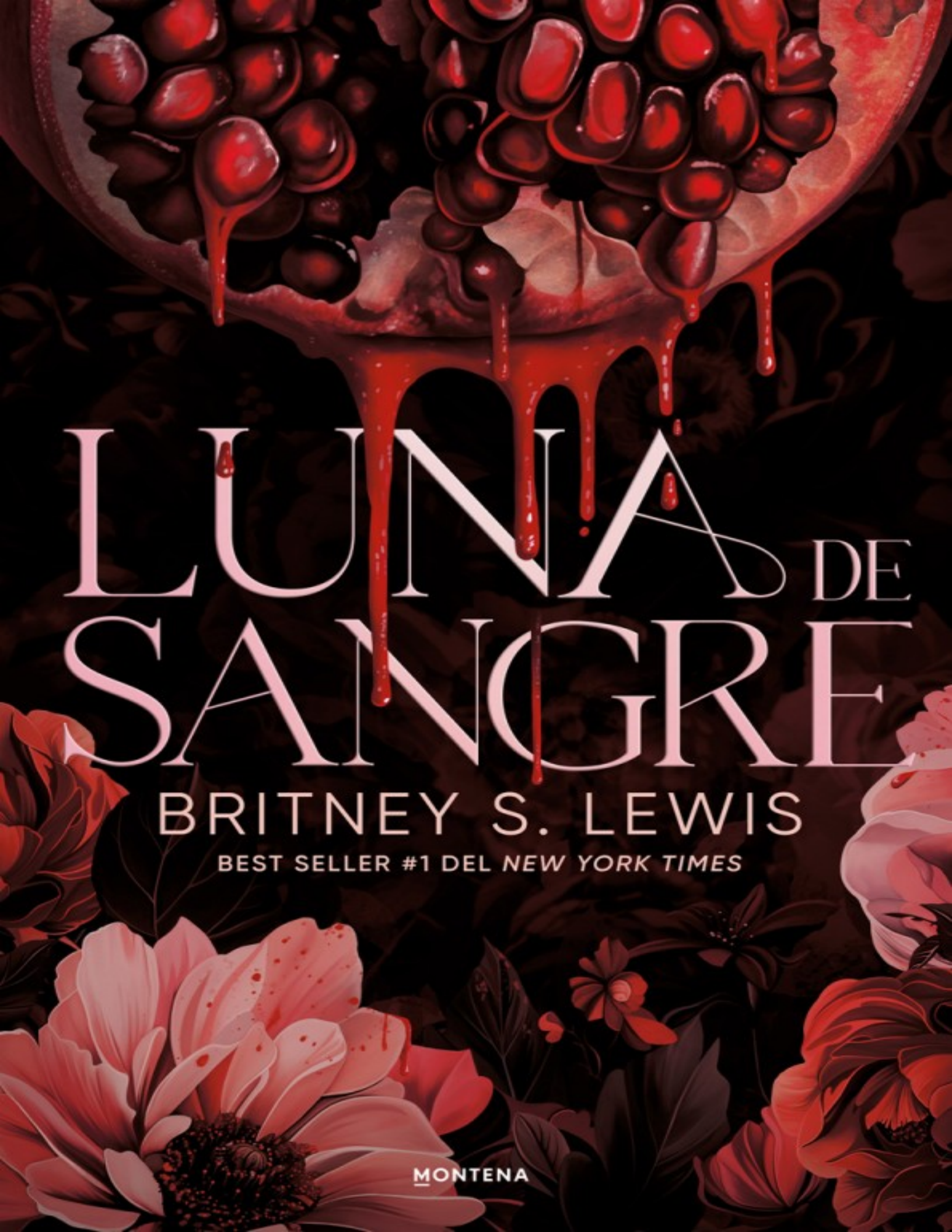
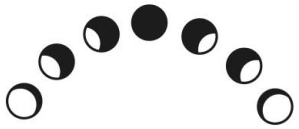

LUNA DE SANGRE
BRITNEY S. LEWIS
BEST SELLER #1 DEL NEW YORK TIMES
MONTENA

BRITNEY S. LEWIS

LUNA DE SANGRE

Traducción de Cristina Macía

MONTENA



Para esos lectores
que querían verse reflejados
en sus historias favoritas.
Esta es para vosotros



Hasta el hombre de corazón puro
El que reza cada noche sus plegarias
Puede convertirse en lobo cuando florece el acónito
Y la luna brilla llena

CURT SIODMAK



La leyenda

Prohibida le estaba la manzana, pero ella la mordió.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Lo que me llamó la atención fue la luz titilante de la vela que ardía en mi mesita de noche, su manera de temblar cuando apareció ella, mi madre. Piel oscura, rizos negros que parecían brillar a la luz dorada de la llama. Una cara que siempre pareció demasiado angelical para esta época, con naricita chata y labios rojo sangre que aún no se había desmaquillado. «Una sirena», oí decir en cierta ocasión a alguien al verla.

Rena tarareó el comienzo de una melodía antigua. Dulce, tranquilizadora. Casi conmovedora.

—Mamá —susurré cuando me tapó con la manta y me la remetió.

Yo solo tenía ocho años. La miré mientras se arrodillaba junto a

mi cama, con el camisón de bordado calado tan cerca de mí que habría podido acariciar las puntadas.

Una sonrisa, me alisó los rizos que se me habían salido de las trenzas y me dio un beso en la sien. Su piel siempre era fresca contra la mía.

—Mirabella —me susurró en el mismo tono sin dejar de sonreír.

—¿Un cuento? Por favor… —gimoteé. Supliqué. Cuando tenía cinco años, me leía todas las noches, y cuando aprendí a leer hizo que le leyera yo a ella, pero aquel día quería que me contara el cuento de los lobos.

Entrecerró los ojos y apretó los labios.

—¿Qué cuento? —Sabía muy bien la respuesta a la pregunta.

Sonreí con timidez y me subí la colcha hasta la nariz.

—Los lobos —respondí, y la ropa de cama amortiguó un poco el sonido.

Mi madre me miró con atención.

—He creado un monstruo. —Me clavó un dedo y me reí—. ¿No te has hartado aún de esa historia? ¿No fuimos la semana pasada a la ciudad para comprarte un libro sobre las leyendas de los lobos de Timber Plains?

Me encogí de hombros.

—Pero el cuento que me cuentas tú no viene en el libro. Lo he mirado.

Apretó los labios, echó la espalda hacia atrás y, tras pensar un momento, cogió la silla de mimbre de un rincón del dormitorio y la puso junto a la cama.

—Vale —empezó; cruzó las piernas y cogió una pelusa del camisón con los dedos largos—. Si te cuento el cuento, me tienes que prometer que te dormirás y no te moverás de la cama. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. No quiero oír el tipi tipi tipi de tus

piececitos por el pasillo.

Suspiré. Asentí. Accedí. Lo que fuera con tal de que me contara la historia.

Hizo una pausa y se acomodó en la silla.

—Hace mucho mucho tiempo, cuando los mares se habían secado y aparecieron las praderas en el Medio Oeste, hubo una guerra entre seres inmortales.

»Los vampiros tenían un gran poder. Gobernaban a los humanos. Destruyeron ciudades por toda Europa y al final llegaron a África. Hay quien dice que los vampiros nacieron de la oscuridad por su ansia de sangre; otros dicen que nacieron de la luz, ya que pueden caminar bajo el sol.

»Pero su sed de sangre fue lo que hizo nacer a los licántropos.

»Hubo un dios que escuchó los gritos de los humanos y se apiadó de ellos, y una noche, durante una luna de otoño, los cielos se abrieron sobre el clan, y allí, donde hoy está Somalia, cayó un hombre que se convirtió en lobo. Su existencia provocó la aparición de otros licántropos, hizo que los mortales, al azar, se transformaran por todo el mundo.

»Cuando los vampiros se enteraron, huyeron a Norteamérica, al Medio Oeste, donde se instalaron en una aldea mágica secreta con la esperanza de ocultarse a su destino.

»Y los lobos buscaron y buscaron a estos seres misteriosos, pero no pudieron dar con ellos.

»Pero una noche, durante la luna llena, una manada de lobos llegó por fin a la aldea secreta de los vampiros, y acabaron con todos los que pudieron, además de con cualquier otro inmortal que se atrevió a cruzarse en su camino.

»Aquella misma noche, un lobo solitario dio con una vampira que se había escondido en el bosque. La vampira había planeado atacar

al lobo, pero, nada más verse, se enamoraron locamente. Se dice que, en ese momento, quedaron unidos para siempre.

»El amor entre ellos estaba prohibido. Los vampiros y los lobos no podían estar juntos, pero a veces no se puede elegir a quién se ama, ya sea mortal o inmortal.

»En su desesperación por compartir la vida, la vampira y el lobo se reunieron con los dirigentes de cada clan para convencerlos de que, si se sellaba un pacto entre los dos grupos, serían más fuertes que cualquier otro inmortal, y tendrían la unidad para siempre.

»Los dirigentes accedieron y, durante mucho tiempo, todos vivieron felices… —Mamá se detuvo y se dio una palmadita en la pierna—. Y el resto, te lo contaré cuando seas mayor —dijo al tiempo que se ponía de pie y volvía a la silla de la que se había levantado.

—¿Es que hay más? —Me había contado la leyenda muchas veces, y nunca me dio a entender que la historia no terminara ahí.

—Sí, y todo se vuelve… mucho más complicado.

Se dio la vuelta y cerró los postigos de la ventana antes de volver a sentarse en el colchón. Antes mi cama estaba contra la pared de la ventana, pero un día, cuando tenía cuatro años, la movieron de sitio. Nunca pregunté la razón.

—¿Complicado en qué sentido?

Rena apretó los labios y sopesó la respuesta.

—Resultó que, al final, los lobos y los vampiros no deben estar juntos.

Dejé escapar una exclamación y me incorporé. Sacudí las trenzas.

—¿Por qué no? Has dicho que a veces uno ama a quien ama, aunque…

Me apretó un hombro para que volviera a recostarme.

—Ya sé lo que te he dicho, Mira. A veces no puedes evitar enamorarte, pero, también a veces, el amor se vuelve complicado… por cosas de los adultos. —Fruncí el ceño y me dio un beso en la frente, volvió a arroparme—. Cuando seas mayor, te lo contaré todo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Buenas noches —susurró.

Sopló para apagar la vela. El olor del humo quedó suspendido en el aire. Y, cuando se marchó, dejó la puerta entreabierta, apenas una ranura.

Los postigos estaban cerrados, pero las sombras invadieron cada rincón del dormitorio. Un espejismo de uñas largas y afiladas se movió por el entramado de hojas. Se me hizo un nudo en el estómago, empecé a respirar más deprisa.

Me incorporé y me volví para mirar.

Allí, en la ranura entre los postigos, no había nada. Solo pino y roble, los árboles que crecían en nuestro patio trasero. Me acosté y me tapé la cabeza con las mantas, todavía temerosa de que hubiera algo más que sombras.

Y, con los ojos cerrados, me pregunté cómo sería el resto de la historia, y por qué los seres inmortales no podían vivir felices por siempre jamás.



Capítulo 1

Lo supe en el momento en que te vi.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

El olor a muerte me asaltó la nariz y me incorporé como un resorte en la cama.

Tenía el cuerpo cubierto de sudor y un dolor palpitante en el cuello, todavía sensible, solo que no era real. Se trataba de un sueño, nada más, pero me sentía como si estuviera tendida en la espesura, rodeada de árboles, bajo el cielo oscuro.

Aún sentía la tensión insoportable en las extremidades mientras la bestia me desgarraba. Era un ser salvaje y cruel, de pelaje pardo enmarañado y labios finos, negros. Su rugido me recordó que su impulso principal era clavarme los colmillos en la carne, en los huesos.

El sueño venía seguramente del vídeo que había visto la noche

anterior antes de acostarme. A unos adolescentes les había parecido que meterse al anochecer en los bosques cercanos a Kansas City, en Misuri, donde días antes había aparecido un cadáver, era una idea divertidísima. He dicho cadáver, pero en realidad fueron solo partes, los restos de una sintecho a la que le faltaban algunos miembros. Era de suponer que un animal salvaje se había cebado con ella.

No podía ser otra cosa.

Licántropos, vampiros. Hacía años que no creía en el folclore de la ciudad, a pesar de que mis sueños se empeñaran en burlarse de mí. Solo eran leyendas de la gente de la zona, una historia que había pasado de generación en generación para tenernos encerrados en casa, para que no nos aventuráramos de noche por los bosques oscuros.

Era la misma historia que solía contar mi madre, Rena. Aún oía la cadencia de su voz a medida que desgranaba las palabras. Poco a poco, con los años, la historia fue cambiando, se fue haciendo más vívida, más real. Era como si Rena y yo pudiéramos apartar el telón y entrar en la escena, sentir la conmoción del beso mágico contra la piel, asombrarnos del mundo nuevo que se abría ante nosotros.

Pulsé el botón de pausa de los recuerdos, salí de la cama con pasos torpes y fui al cuarto de baño, al otro lado del pasillo.

Rena se había ido cinco años antes. No estaba muerta, «que sepamos». Solo se había ido. En algunos momentos, cuando me permitía a mí misma pensar en ella, me imaginaba cómo habría sido mi vida de haberse quedado conmigo y con mi padre, Bobby. Tal vez más feliz, más sencilla. Tal vez los días tendrían un sentido verdadero, y el vacío que sentía en el cuerpo se podría llenar de alguna manera. Mi sueño era sonreír y que fuera de verdad. Mi mayor deseo era librarme del dolor sordo que sentía por dentro. Ocultarlo me ayudaba, pero era solo una solución temporal.

Necesitaba una permanente.

Era improbable que Rena volviera algún día. Me costó asimilarlo, pero era así. Si quisiera estar conmigo, lo haría. Siempre había sido decidida, aunque ya no estaba tan segura de conocerla bien.

Una vez de vuelta en mi dormitorio, abrí las cortinas para que el sol iluminara los tablones de madera antigua del suelo, ahora casi ocultos bajo las cajas y recipientes de plástico a medio llenar.

Era el día que tanto había esperado: el día en que me iba a la Universidad de Lakeland.

El verano había sido largo y abominable, a pesar de los días soleados y la falta de lluvia. Fueron meses dedicados a decidir y cambiar de idea sobre si debía ir a la universidad o no.

En primavera, había enviado solicitudes a unas cuantas, como toda mi clase; recibí algunas cartas en las que me aceptaban, pero aún no estaba decidida. La perspectiva me parecía más tediosa y artificial que deseable. Lo deseable era quedarme en la cama y mirar anuncios de apartamentos en alquiler que no podía permitirme, e imaginarme cómo redecoraría mi vida con cosas nuevas e inútiles, oyendo de fondo los diálogos de cualquier serie de televisión.

Pero, el mes anterior, había recibido la carta de admisión de la Universidad de Lakeland, a la que no había envidado solicitud. Estaba a tan solo veinte minutos de casa, y eso respetando las señales de tráfico, y precisamente por eso no la había elegido. Estaba demasiado cerca de casa y, si me iba a alguna parte, quería que fuera lejos del deprimente Medio Oeste, lejos de las nieves y la humedad insoportable. Un lugar donde nadie me conociera y se compadeciera de mi pasado. Un lugar en el que perderme en la distancia, sin que nadie me necesitara.

Si Rena podía escapar, yo también.

Aunque lo cierto era que no.

Quería ser capaz de emprender el vuelo, pero la idea de dejar atrás a Bobby me provocaba un aguijonazo de culpa en la boca del estómago. Él no tenía la culpa de nada, aunque la ingenuidad de mi padre fuera una carga para mí.

Además, la carta de admisión iba acompañada de una beca de alojamiento y manutención, aparte de un premio académico que bastaba para pagar casi todo el importe de la matrícula. Era una oferta difícil de rechazar. Me dije que era el destino: una oportunidad no buscada que solo se iba a presentar una vez en la vida. No tenía que mirar más anuncios de alquileres, iba a tener mi propio alojamiento.

Además, Bobby no quería hablar de otra cosa, y no lo había vuelto a ver tan feliz desde que Rena se fue. ¿Qué clase de hija sería si le negaba la alegría de verme partir y venderle mi alma al capitalismo? Por eso estaba segura casi al cien por cien de que había enviado la solicitud en mi nombre, aunque no acababa de entender por qué no lo confesaba. Bobby era por lo general muy claro y directo con ese tipo de cosas, pero tal vez le daba vergüenza. Tal vez le escocía la idea de que pudiera rechazar la oferta. De todos modos, me extrañaba que no lo mencionara.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta. Con él, con la única persona que podía estar llamando, todo funcionaba como un reloj.

Le di permiso para entrar y Bobby abrió la puerta para asomar la cabeza con una sonrisa dibujada en la cara.

—¡Eh, hola, nena! ¿Preparada para marcharnos? —preguntó.

Le vi la camiseta azul marino con el logo de «Sheriff de Timber Plains» en la parte superior derecha. Se me escapó un gruñido, y me tendió el café con hielo que llevaba en la mano.

—Es de tu cafetería favorita.

Me sorprendió que estuviera abierta, siendo ya media tarde.

Había dormido muchísimo. Le di las gracias y bebí un sorbo, pero sin dejar de mirarle la camiseta.

—Papá, me lo prometiste.

Bobby se frotó la barba incipiente y fingió estar confundido. Pero era mi padre. Nunca estaba confundido. Era la persona más analítica del mundo, todo lógica sólida. Por eso era el mejor en lo suyo, y por eso estaba tan orgulloso de su nuevo título: jefe adjunto de policía.

—Me dijiste que no ibas a ir de uniforme hoy.

Bobby se miró la camiseta.

—¿Esto? Pero si no es nada, bicho. No es el uniforme.

Le lancé una mirada asesina. Resoplé por la nariz.

—Pero si lleva hasta el logo. —Fui hacia una de las cajas vacías que tenía más cerca—. Es que… me va a costar mucho encontrar mi propio camino si cada vez que apareces todo el mundo se entera de que eres el sheriff.

—Un día de estos me lo agradecerás, bicho.

Pero no iba a ser ese día, y estaba segura de que me arrepentiría.



Capítulo 2

Una vez dejas entrar al monstruo, ya no hay descanso.

Artículo IV, Cartas perdidas de Aadan Primero

La Universidad de Lakeland estaba a casi una hora de Kansas City. Según los mapas, aún era Timber Plains, pero ya en las afueras, junto a un enorme lago que se extendía curvo pegado al campus.

La universidad contaba con casi trescientas hectáreas de terreno, la mayor parte bosques que crecían cerca de la orilla y llegaban casi hasta la residencia universitaria. El mapa mostraba unos cuantos senderos para excursiones, y hasta un arroyo que corría junto a uno de ellos.

Hacía tiempo que no pisaba los terrenos de la universidad. Había asistido a unos cuantos partidos en el estadio O'Porter, pero nunca había estado en un recorrido oficial de las instalaciones. Y, cuando llegamos en coche por la carretera serpenteante que recorría la zona

este del campus, pude admirar su belleza.

Lakeland estaba muy bien cuidado, con vastas extensiones verdes, árboles centenarios y edificios históricos de piedra caliza, altos, admirables. En la zona este, sobre una loma desde la que se dominaba la universidad, se erigía una estatua de bronce del fundador con un lobo tendido a sus pies.

Una bandada de pájaros voló por el cielo azul, las ardillas saltaron entre las ramas, y empezó a flotar en el aire la sensación de que había tomado la decisión correcta al acudir allí.

En toda la carretera había señales con flechas que apuntaban hacia el oeste, hacia la residencia de los estudiantes de primero. En los patios, ante los edificios de dormitorios, había jaimas azules con carteles que indicaban REGISTRO.

Bobby detuvo la camioneta junto a una de las jaimas antes de aparcar. Quería que me pusiera a la cola mientras él buscaba un lugar cerca de mi residencia. Casi me pareció oír su mantra: «No trabajes más, trabaja mejor».

Las familias y los estudiantes de primer año formaban un abanico de emociones que casi me mareaba. Unos se abanicaban para aliviar el calor implacable mientras esperábamos, otros sacaban fotos o grababan vídeos para recordar cada instante. Pero todos teníamos los hombros encorvados y los rostros sudorosos. Por suerte, se repartieron botellas de agua.

Pocos metros más adelante, una mujer lloraba al teléfono mientras su hija, con las mejillas sonrojadas, le daba palmaditas en la espalda con la mano inerte. Por lo visto, no quería que nadie supiera que estaban emparentadas, aunque eran idénticas y solo las diferenciaban unos veinte años.

Poco más allá, los cinco miembros de una familia lucían camisetas y pantalones cortos a juego para celebrar el ingreso en la

universidad de dos gemelas. Al verlos, se me encogió un poquito el corazón, no porque tenga nada contra los uniformes, sino porque siempre había preguntado cómo sería tener una familia grande que te apoyara. Dos progenitores. Hermanos. La idea me parecía delirante, un lacito perfecto, completamente fuera de mi alcance.

La universidad no había entrado en mis planes, pero ahora tenía ganas de empezar. Nunca había estado lejos de casa más de una semana, me daba miedo que Bobby se hundiera en mi ausencia. No porque fuera de los que se hundían, siempre llevó la camisa metida por dentro del pantalón y el cinturón bien puesto, sino porque, tras la partida de Rena, bajó la guardia un mes entero. Perdió el control, no hacía otra cosa que pensar a dónde se habría ido, pensar si la encontrarían viva o muerta. No durmió, no comió, no se lavó. Una vez, entré en su cuarto y vi las paredes cubiertas de papeles que había impreso sobre casos en los que había trabajado, fotos de personas con signos de interrogación. Había también una ilustración con una fase de la luna e imágenes de múltiples víctimas destrozadas. Había una línea roja que las unía, pero no pude averiguar más, porque en ese momento llegaron sus amigos de la comisaría y lo obligaron a sentarse en la sala.

—Ya es suficiente —oí que le decía uno.

Después de aquello, Bobby arrancó los papeles de las paredes. Lo vigilaron mientras guardaba los documentos y carpetas y las almacenaba en una caja de cartón. Más adelante busqué aquella caja, pero no la encontré. Bobby volvió a ser el de siempre tan deprisa que fue casi sobrenatural.

De vez en cuando veía una grieta en su fachada, tal vez al oír las noticias, o tras un largo día de trabajo. Pero no volvió a derrumbarse como en las primeras semanas. Había un hilo que lo mantenía en pie, y yo me preguntaba cuánto había que tensar los nudos para que

no se desmoronara.

Así que, aunque anhelaba aventuras, independencia, me abandonó esa sensación, una presión en la boca del estómago, que me decía que no me alejara mucho tiempo de él. Que me necesitaba.

Tras un rato, Bobby vino a mi lado en la cola, que se movía de nuevo. Íbamos a ser los siguientes. En los labios de mi padre se dibujó una sonrisa y señaló hacia atrás con el pulgar. Había conseguido aparcar justo al lado de la entrada que llevaba a Hester Hall.

—¿Has visto, bicho?

Asentí y aparté la vista.

—Sí. No más, sino mejor —dije, para no darle ocasión a que lo dijera él.

Me dio un codazo y luego me echó el brazo a los hombros para estrecharme contra él.

—Te he enseñado bien.

El primer instinto fue rehuir la muestra de afecto. Era demasiado hasta para Bobby.

Mi cuerpo rechazaba cualquier gesto de amor físico. Era un efecto secundario de Rena. A pesar de todo, me encogí un poco, pero me dejé abrazar. Era obvio que ya empezaba a echarme de menos.

—¡Bobby, muchachote! —exclamó un profesor.

Tenía la piel negra y una sonrisa encantadora, y más o menos la edad de Bobby, con el pelo entrecano en las sienes. Era obvio que entre ellos existía cierta familiaridad, pero no la conseguía identificar.

—¡Duke! —exclamó Bobby—. ¡Hacía tiempo! ¿Cuánto, diez años? O más, desde la última vez que te vi. ¿Cómo estás, hombre?

Chocaron los puños con cierta torpeza a modo de saludo. Vi que

Bobby se ponía rojo al dar un paso atrás para poner los brazos en jarras, aunque enseguida se enderezó. Por lo general, no era tan desangelado con la gente, pero por algún motivo que se me escapaba parecía fuera de lugar allí. Sacudió la cabeza.

—Así que ahora eres el vicedecano, me han dicho. Menudo logro, tío. Felicidades.

Duke estaba tras el mostrador de registro, dando paquetes con impresos y llaves al director de la resistencia, que estaba a su lado. Eran las primeras personas a las que saludábamos, sobre todo porque era imprescindible para ocupar la habitación, y ya había alguien que reconocía a Bobby. Un profesor, nada menos. Precisamente por eso no quería que me acompañara de uniforme.

Duke le sonrió.

—Enseguida estoy contigo, jefe —dijo, y se guiñaron un ojo.

Me dieron la llave del dormitorio y también una llave electrónica para la puerta principal. No tuve opción de escapar, Bobby me retuvo.

—Duke, esta es mi hija, Mira Owens. Mira, este es Duke. No sé si te acordarás de él, hace años jugábamos al baloncesto. Nuestras escuelas estaban en la misma liga, pero este tío nos aniquilaba cada vez.

Bobby se rio de su propio chiste mientras Duke y yo nos saludábamos.

—Es verdad, me acuerdo de ti, Mira. Dios, tío, el tiempo vuela —dijo Duke con una sonrisa blanca, deslumbrante.

—Siempre pensé que llegarías a profesional. Todos apostábamos por ti.

—Ya sabes cómo son las cosas. A veces la vida tiene otros planes. Hablando de eso, mi hijo también empieza este año aquí.

—¡No me digas! ¿Cuál? ¿También juega al baloncesto?

—El pequeño, aunque te parezca mentira, y juega al fútbol americano. *Quarterback* suplente.

Bobby pareció sorprendido.

—¡Es increíble! Voy a tener que ver algún partido. —Bobby me dio un codazo—. ¿Te acuerdas de Seven? Cuando erais pequeños, nos reunimos los de nuestra promoción y estuvisteis jugando juntos en las gradas.

Apreté los labios y me vinieron a la mente algunos recuerdos. Yo debía de tener ocho o nueve años. Conectamos porque estábamos en el mismo curso. A esa edad, ya era más alto que yo, y recordé el pelo oscuro rizado, los ojos heterocromáticos. Seven se rio con mis chistes y fue la primera vez que me sentí graciosa de verdad. Aquel día, pasamos tres horas juntos, y cuando terminó me había enamorado por primera vez.

Se oyeron protestas detrás de nosotros. Miré, y una mujer blanca con la cara enrojecida como una remolacha me hizo una mueca airada. Era el calor. La espera. La conversación innecesaria. Resoplé, algo molesta, aunque lo entendía.

—La gente está esperando por nuestra culpa.

Bobby miró hacia atrás, sonrió y pidió disculpas con su mejor voz de sheriff. Luego, se concentró de nuevo en Duke.

—Me alegro de haberte visto, tío.

Echamos a andar, y Duke nos siguió. Le pidió a Bobby que esperase un momento. Los oí hablar.

—Si no te importa, ¿te puedo llamar luego para hablar de los ataques de animales en los alrededores de la ciudad? De las precauciones y todo eso.

Bobby asintió y le estrechó la mano. Luego Duke dio un paso atrás y se despidió de mí.

—¡Bienvenida a la universidad, Mira! Espero que disfrutes mucho

aquí.

Le dimos las gracias y fuimos a la camioneta para descargarlo todo.

—Y decías que no era el uniforme. —Sonreí, burlona. Bobby sacudió la cabeza y se rio entre dientes—. ¿Por qué estabas tan nervioso con ese tipo?

Bobby se rascó la barbilla y resopló.

—Era un monstruo jugando al baloncesto. Su equipo nunca perdió ni un partido. Y ya me has visto jugar a mí. —Bobby se señaló la cara morena con una sonrisa presumida—. Sabes que soy la leche. Pero lo de ese tío… —Volvió la vista hacia Duke, que había vuelto a la jaima, y silbó—. Lo de ese tío era nivel dios.



Bobby cogió la última caja de la camioneta, y yo, una bolsa. Me siguió por la entrada, cruzamos un vestíbulo y entramos en un pasillo con luces fluorescentes.

Mi dormitorio era el tercero. Las paredes eran de hormigón blanco; la moqueta, azul claro, y con necesidad desesperada de que le echaran una alfombra por encima. Era una habitación alargada, rectangular, con ventanas de cristal doble desde las que se veía el bosque frondoso.

Todo estaba por duplicado: había dos camas, dos cómodas, dos armarios. También había un olor persistente que no pude identificar. Siempre había tenido los sentidos un poco más agudos que la gente que me rodeaba. Según Rena, era un don que me resultaría útil. Hasta la fecha, nos había salvado a Bobby y a mí de un yogur que se había puesto malo y de un paquete de mortadela caducada. Cosas vitales.

El olor no era desagradable, pero me recordaba que estaba en un edificio viejo donde había vivido mucha gente. Hester Hall estaba lleno de recuerdos de quienes me habían precedido. Era un poco sórdido y carcelario, pero también liberador.

Una de las camas ya estaba pillada, con un edredón blanco y un montón de cojines mullidos. Al lado se encontraban las cajas sin abrir y las pertenencias personales de alguien. Mi compañera de habitación, Stevie McClure, era de San Luis, en Misuri. La universidad nos había escrito un correo electrónico hacía un mes para comunicarnos que íbamos a compartir dormitorio el primer año. Stevie y yo contactamos a través de las redes sociales y compartimos fotos y más fotos con ideas para decorar la habitación antes de decidirnos por un aire cómodo y acogedor.

No sabía cuándo la iba a conocer. Ella había llegado hacía un par de semanas porque tenía ensayos con el equipo de baile. Encontré una nota sobre mi cama que decía «Bienvenida a casa» y firmada con tres corazones.

Bobby puso la última caja sobre la cómoda beis que quedaba libre. Me dejé caer en el colchón de la cama sin hacer y respiré hondo.

Me miró con los ojos castaños, muy oscuros, y frunció los labios. Era la primera señal de que se iba a romper.

«Ni se te ocurra», me habría gustado decirle. Pero no pude. Habría sonado demasiado brusco, como un reproche. Por mucho que quisiera, no podía decirle lo que debía sentir, aunque la respuesta fuera un silencio hosco.

Conocía a mi padre. Sabía que, aunque él nunca lo reconocería, tendría que esforzarme para convencerlo de que se marchara porque, en lo más profundo, Bobby no se quería separar de mí. Pero también quería lo mejor para mí, y estaba convencido de que esto

era lo mejor para mí.

Nos quedamos así medio minuto, y durante ese tiempo oí los sonidos de la gente en el pasillo con sus pertenencias, de los otros estudiantes instalándose en sus habitaciones.

—¿Lo vas a llevar bien? —pregunté, con toda la delicadeza de que fui capaz.

Carraspeó para aclararse la garganta, y aun así la voz le salió rota.

—Claro que sí. Soy el jefe adjunto de policía. Yo siempre estoy bien.

Sonreí de medio lado. Estaba cambiando de tema, y el trabajo le venía genial para eso. Se había convertido en un segundo matrimonio desde el día en que sus amigos se sentaron con él y le dijeron que tenía que reaccionar.

Bobby puso los brazos en jarras.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo con los dientes apretados.

Apartó la vista con los ojos húmedos. Le temblaba el labio inferior. Tuve que hacer un esfuerzo para no ser la de siempre, para transmitirle que todo iba a ir bien y que, pese a todo, le estaba agradecida por lo que había hecho por nosotros como familia. Por mí.

Fui hasta él y le eché los brazos al cuello. Me dio un beso en la frente.

—Vas a ser increíble —me susurró—. Lo sé.

Lo estreché con más fuerza, sentí cómo se me subía el color a las mejillas, cómo se me cerraba la garganta y me escocían los ojos. Se oyó el sonido de alguien al dejar caer una caja en el pasillo, y me aparté de él. Los dos nos secamos los ojos.

—Hoy te pareces tanto a ella… —me dijo.

La mención me hizo detenerme, me puse tensa. Nunca

hablábamos de Rena, la verdad. Pocas semanas después de que se marchara, me dijo que no había sido culpa mía, que siempre había habido dentro de ella algo salvaje que la llevó a apartarse de nosotros. Estaba en su esencia.

Tenía un ansia que no se podía saciar, un hambre que la roía por debajo de la superficie. Mi cuerpo rechazó cada una de aquellas razones que me dio, porque ninguna era suficiente.

El último día que la vi, me llevó al colegio. «Más que las estrellas en el cielo —me dijo—. Más que el aire en el mundo. Más que la vida que vivo… Así te quiero». Me lo susurró contra los rizos del pelo al tiempo que me abrazaba.

No era raro en ella declarar así sus sentimientos al despedirse. Siempre había sido lírica y retórica, por encima del tiempo. Pero en su manera de hablar hubo algo que me puso tensa. Recuerdo que entré en el edificio con los puños tan apretados que me clavé las uñas en las palmas y, antes de llegar a mi clase, tenía marcas de medias lunas en la piel.

Habíamos hecho planes para después de cenar. Una noche de chicas, con tarta de queso y su vino favorito. Me había prometido que me dejaría beber un sorbo.

Pero, aquella noche, las estrellas brillaron mortecinas tras un manto de nubes amenazadoras; el aire parecía áspero, acartonado, y ella se había ido…

Bobby se secó las manos contra los pantalones vaqueros y soltó el aire muy despacio. Se había dado cuenta de lo tensa que me había puesto cuando mencionó a Rena. Tenía los hombros encogidos contra el cuello.

—No…, no quería ponerte triste —dijo con torpeza.

Bobby era muy consciente de unas cuantas costumbres bruscas que desarrollé tras la desaparición de Rena. Empecé a dar portazos

y a responderle mal. No tardó en corregir ambas cosas.

Pero también me empeñé en romper cosas. Lo hacía solo para saber lo que se sentía al poner fin a algo. El sonido del cristal al romperse me proporcionaba un placer que enmascaraba el dolor de su ausencia. Era como una descarga de poder, de autoridad.

Por muy bien que me hiciera sentir, Bobby se cansó de comprar recambios del mando a distancia o de encontrar trozos de plástico roto por toda la casa, pero la gota que colmó el vaso fue que rompiera el espejo de mi dormitorio por tercera vez. Se sentó conmigo para tener la misma conversación que sus amigos habían tenido con él.

—Ya está bien —me dijo.

Me llevó a un psicólogo, donde aprendí a canalizar la ira corriendo. Me pareció una idea absurda, porque correr me parecía absurdo en sí, pero, para mi sorpresa, dio resultado. Acababa tan agotada que, después, solo tenía fuerzas para darme una ducha y desplomarme en la cama.

También resultó que correr era más barato que las sesiones con el psicólogo, muy eficaces, pero carísimas. Bobby las habría seguido pagando costaran lo que costaran con tal de verme feliz, pero me empeñé en que estaba mejor, aunque fuera en parte mentira. Porque sí, me sentía un poco menos mal que al principio.

Suspiré e hice un esfuerzo por liberar la tensión.

—No pasa nada. Estoy bien —le aseguré.

Me miró unos segundos antes de romper el contacto visual. Se palmeó los bolsillos para comprobar que tenía las llaves y la cartera.

—Si me necesitas, solo tienes que llamarme.

—Gracias, papá.

—Te quiero, bicho.

Le lancé una mirada.

—Siempre vas a ser mi bicho.

Puse los ojos en blanco y sonreí.

—Yo también te quiero.

Me guiñó un ojo, se marchó y me dejé caer sobre el colchón; reboté sobre los muelles.

Clavé la vista en el techo manchado y volví a recordar el sueño que había tenido, la bestia feroz que se alzaba sobre mí y me desgarraba. Luego pensé en Rena, en su abandono, en cómo eso me había endurecido.

Si tenía que elegir entre el monstruo y mi madre, me quedaría con el monstruo sin dudarlo.



Capítulo 3

El imperialismo era su arma más poderosa, y yo me arrodillé con entusiasmo. Besaría el suelo por ella.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

Caía la noche, y la luna ya asomaba entre las nubes, acompañada de una brisa que alivió el calor del verano y me refrescó la cara mientras caminaba.

Frente a las residencias, los grupos de estudiantes recorrían las aceras en dirección a Robertson Hall para asistir al inicio de las charlas de orientación a los nuevos estudiantes.

Yo iba acompañada de Stevie McClure, mi compañera de cuarto. Era mucho más bonita de lo que me esperaba. Su porte y su elegancia eran maravillosos. Era alta, con una hermosa piel de color roble; las gruesas pestañas resguardaban unos ojos castaños bajo los cuales se asomaban una nariz respingona y unos labios carnosos.

—Creo que a Ronnie le gustas —le decía Em a Abi cuando doblamos la esquina. Ambas estaban en el grupo de baile con Stevie y compartían una habitación en el mismo pasillo que nosotras. Me dio la sensación de que las tres se conocían y se llevaban bien.

Abi dio un manotazo al aire e hizo una mueca.

—Puñeteros insectos.

Arrugó la nariz y se apartó el pelo de la cara. Lo tenía largo y moreno, y le llegaba por debajo de las caderas; se balanceaba a un lado y a otro a cada paso que daba. Era un milagro que no se le hubiese rizado aún, con la humedad de las noches de agosto.

—Ya se lo he preguntado —dijo Abi. Em ladeó la cabeza, divertida, y los rizos se sacudieron—. Piensa que soy bonita. Por eso no deja de mirarme.

Y lo era, desde luego. Abi era más baja que yo, con la tez morena y curvas bien marcadas. La piel le relucía bajo el sol de la tarde. Rebosaba confianza; era como un petardo a punto de estallar.

Em también era guapísima. La piel cobriza era muy parecida a la mía. Tenía miembros esbeltos y el cabello muy rizado. Su belleza, de algún modo, me recordaba a la de mi madre. Quizá por su manera de comportarse, y por la impecable postura erguida. Tal vez por las motas doradas en los ojos de un castaño intenso; o, a lo mejor, porque era demasiado perfecta, casi como si enmascarase su auténtica identidad con un filtro de belleza.

—Impresionante —respondió Em, y Stevie y yo soltamos unas risitas.

—La vida es demasiado corta como para preocuparse de cosas prosaicas —dijo Abi con una sonrisa de suficiencia.

Todas estábamos de acuerdo con ella, así que asentimos en silencio y seguimos caminando.

Robertson Hall tenía el mismo exterior refinado de piedra caliza

que los otros edificios académicos del campus, pero el interior me dejó sin aliento. En las paredes se abrían grandes ventanales, y la luz del sol teñía el suelo de dorado. Los muros eran muy altos y terminaban en un techo curvado que reflejaba el eco de nuestras voces. Mirara a donde mirase, veía algo asombroso: columnas elegantes, retratos de gente importante y largos pasillos abovedados que se adentraban en la penumbra.

Al otro lado de unas anchas puertas de madera se abría una sala de espectáculos, acondicionada como teatro. Había hilera tras hilera de sillas negras encaradas hacia el escenario, y los grupos de gente se repartían entre ellas.

Fui tras mis nuevas amigas por una fila estrecha, siguiéndoles los pasos, hasta que se detuvieron de pronto y me tropecé con Em.

Al otro lado del pasillo había un grupo de chicos. Todos tenían un aire similar: atléticos, bulliciosos, dotados de ese ego que era el producto de años y años de éxitos. Pero fueron las camisetas a juego las que me dieron la pista. Eran los miembros del equipo de fútbol. Porque… cómo no.

Casi se me escapó una risita burlona, pero la contuve y sonreí al ver que extendían las manos para chocar los cinco. Me dije a mí misma que tenía que ser amable y seguirles el juego, abrirme a nuevas experiencias. Era el camino para hacer amigos… Cosa que me vendría bien.

Todo sin incidentes, hasta que llegué a la última mano.

Un chico me miró con los ojos brillantes y una expresión serena. Los hoyuelos de las mejillas morenas acompañaban a una sonrisa capaz de parar el tiempo. Una sonrisa que me hizo saber que yo lo conocía.

El pelo rizado le enmarcaba el rostro y le caía en tirabuzones. Los ojos heterocromáticos me atrajeron, como una invitación a

detenerme en ellos. Uno era de color ámbar; el otro, verde.

—Hola —dijo, y su voz desencadenó los recuerdos…, las risas…, la breve aventura que compartimos. Era Seven.

Parpadeó, y luego me señaló e inclinó la cabeza al mismo tiempo que yo.

—¿Mirabella?

—¿Seven?

Se echó atrás y se llevó la mano a la cara, sorprendido.

—¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Estoy aquí porque es donde me corresponde. ¿Qué haces tú aquí?

Rio entre dientes.

—Qué respondona. —Se señaló la camiseta—. *Quarterback* suplente del equipo de fútbol.

—Eso me han dicho.

Se animó.

—Espera… ¿Ya están hablando de mí?

Se parecía tanto a un cachorrillo que me eché a reír. Pero era encantador. De haber sido cualquier otra persona, ya estaría de vuelta en mi asiento, pero tratándose de él, mis pies habían echado raíces en el suelo.

—Deja de intentar conquistar a las chicas, Seven —dijo Stevie al pasar a nuestro lado.

Se inclinó hacia delante, y al hacerlo vi, bajo el cuello de la camisa blanca, una cadena de oro que le descansaba sobre el diafragma.

—Pero si ni siquiera le he dicho aún lo guapa que es —repuso Seven, que me dedicó una sonrisa luminosa.

Me sentí acalorada; estaba sopesando cómo responder cuando empezaron los aplausos y un hombre subió al escenario.

—Ya nos veremos, Seven.

—Oooh, pero si acabábamos de empezar.

—Sobrevivirás —respondí, y me alejé de él, perseguida por el peso de su mirada. Mis amigas se rieron y bromearon al pasar a su lado, y yo les di palmaditas juguetonas en las rodillas.

En cuanto me senté, Stevie se inclinó para cuchichear.

—Diría que ya tienes un admirador.

—Eso parece. —Enarqué las cejas. Nos acomodamos en la silla mientras un segundo hombre subía al escenario, más viejo y algo canoso, y que vestía una camiseta universitaria bajo una chaqueta de franela. Ajustó la conexión del micro de la solapa y alguien le dio un mando a distancia para la presentación.

El ruido de la muchedumbre se redujo a susurros, y el hombre del escenario se presentó como el rector de la universidad; a continuación, una banda tocó lo que supuse que sería el himno universitario. Desfilaron por los pasillos, lo que despertó el entusiasmo y las bromas de la multitud. El rector se puso a cantar, y nos animó a ponernos en pie y cantar con él; la letra del himno se podía leer en la gran pantalla que tenía detrás.

Aplaudimos al unísono. Por el rabillo del ojo, vi que Seven me observaba con una sonrisa ansiosa. Lo que me hizo preguntarme algo: si Bobby había solicitado la admisión en la Universidad de Lakeland en mi nombre, como sospechaba, ¿lo hizo poque sabía que podría vigilarme de cerca? De ser cierto, eso me destrozaría. Hace tiempo tuvimos una conversación en la que Bobby me dijo que quería que disfrutase de la misma independencia que cualquier otra joven de dieciocho años. Pero resultaba que conocía al decano de estudiantes, que estaba ansioso por que yo asistiese a Lakeland… La idea de que todo fuesen pretextos, de que no confiase en mí, me angustiaba.

Porque la pregunta seguía en pie: ¿qué motivo podía tener para no contarme que había solicitado mi ingreso en la Universidad de Lakeland?

Cuando la banda de música se retiró y los asistentes se quedaron en silencio, otra persona salió al escenario. Nos saludó, pero mientras le prestaba atención, no me podía quitar de encima una sensación en la boca del estómago. Nunca había sentido nada parecido. Era una sensación que me empujaba a rebuscar entre la multitud, una voz que me decía: «Mira, mira, mira».

Examiné a los presentes uno por uno, buscando algo. La sensación era tan intensa que comprendí que no iba a disminuir hasta haber localizado al causante.

Como si fuera una cuerda, la tensé, y tiré y tiré, hasta que… Allí. Se me escapó un suspiro de alivio. En el ala izquierda del auditorio había un chico sentado. Aunque no me miraba, la sensación incómoda me convenció de que debería estudiarlo con atención. Exhalé; tenía la esperanza de que el corazón se me calmase un poco.

Observé con atención todo lo que estaba a la vista: pelo largo y moreno, ancho de hombros, piel negra clara. Se sentaba en una postura que parecía muy incómoda, como si de un momento a otro fuera a saltar de la silla y correr hacia la salida más cercana. Me pregunté por qué, y mientras le daba vueltas a la cuestión, él echó un vistazo de reojo y sus ojos se posaron en mí.

Al instante, la mirada se volvió dura y fría. Entrecerró los ojos y apretó los dientes. Algo hirvió dentro de mí, me oprimió la garganta y me aceleró el corazón. ¿Qué diablos le pasaba a ese?

Me volví a echar un vistazo a mi alrededor, porque ese desdén debía de ir dedicado a alguien que no fuera yo; pero al mirar, vi que las personas que tenía detrás estaban pendientes de otras cosas.

Sentí una opresión en el pecho al volverme de nuevo hacia él y darme cuenta de que me seguía mirando. Le sostuve la mirada, para comprobar si él apartaba la vista, y en esos instantes deduje tres cosas. La primera, que era de una belleza desgarradora; casi me ponía enferma. La segunda, que o bien me conocía de algún sitio, o bien me había confundido con alguien, pero quién fuera y a qué se debiera no era asunto mío y no me interesaba. Y la tercera fue que no desvió la mirada…, ni siquiera cuando fruncí el ceño y entrecerré los ojos… Nada.

Se mantuvo firme, y eso me hizo sentir incómoda.

Yo fui la primera en apartar la vista, mientras trataba de convencerme de que no había sido más que un jueguecito de poder; pero sentía sus ojos sobre mí como si me estuviese dejando una huella en la piel. Me costó un gran esfuerzo concentrarme en otra cosa. Inspiré. Espiré. Apreté con fuerza el brazo de la silla para redirigir la atención a esa sensación nueva bajo los dedos.

Otro invitado subió al escenario. Juntos nos dieron una charla sobre Lakeland. Que había sido la primea universidad homologada de Timber Plains, y que alumnos de todas las facultades se habían labrado un nombre para ellos y para sus familias en todo el mundo. Algunos de esos nombres los había oído mencionar en el instituto. Y, aunque había unos cuantos rostros familiares entre la gente, no vi a nadie con quien me interesara mantener el contacto. Ya no.

Los oradores ofrecieron una imagen muy atractiva de Lakeland. Me sentía un poco tonta por no haber querido matricularme allí. Pero como se suele decir: «No sabes lo que no sabes».

El tercer orador terminó su discurso y los presentes aplaudieron. En cuanto dieron por concluida la presentación, reparé en que el muchacho de antes ya estaba en pie. Salió del auditorio casi sin darme tiempo ni a respirar.

Y, aunque sabía que no debería afectarme, que no era importante, porque él no era nadie para mí, no era nada… Mientras estaba allí, con la cabeza bien alta, sentí que me sonrojaba de vergüenza, que me temblaban las rodillas y me faltaba el aliento. No pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas. Fuera quien fuese, ojalá no lo volviera a ver jamás.



Capítulo 4

Nuestras historias se pueden utilizar contra nosotros.
No permitáis que se apoderen de lo que nunca fue suyo.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Tras la reunión, nos dividieron en grupos para hacer un recorrido por las instalaciones. Tuve suerte, y Em y yo acabamos en el mismo. Se me pegó con los ojos muy abiertos de expectación, y yo hice todo lo posible por parecer tan entusiasmada como ella y olvidarme de lo que había pasado.

El guía del recorrido se presentó: Tyler Babu. Era un alumno de segundo que estaba estudiando ingeniería, con la piel oscura de un tono cálido y el espeso pelo negro que le caía sobre la frente al caminar. Llevaba una camiseta azul claro en la que se leía «¡Hola, soy tu nuevo amigo!».

Una vez fuera del edificio, Tyler nos llevó hasta el Campus Central, una zona larga de césped bien recortado con caminos y árboles centenarios que crecían muy próximos. En el centro había una fuente con semblanzas de los padres fundadores, y en algunos lugares se veían bancos de hierro y mesas en recuerdo de alguien que había tenido relación con la universidad.

El Campus Central se extendía casi dos kilómetros, y en la parte exterior se alzaban edificios de piedra caliza de diferente tamaño y forma, pero todos con tejado festoneado y ventanas grandes en forma de arco. Frente a unos pocos edificios selectos se veían estatuas de lobos que se alzaban altos y poderosos como gárgolas. Solo faltaban las vallas de hierro forjado.

Lakeland parecía sacado de un cuento de hadas, era tan hermoso que no tenía cabida en una ciudad sepultada por las leyendas paranormales hasta el punto de que había un festival anual llamado Primer Mordisco. Aunque tal vez tuviera lógica. Todos nacíamos con un pedacito extraño en el corazón.

Todos los edificios que recorrimos olían a terracota y a pino; todos tenían pasillos amplios, molduras ornamentadas en lo techos y toques dorados aquí y allá. Estaban casi todos desiertos, pero me imaginé en las clases, en las sillas, rodeada por el olor de las alfombras viejas mientras tomaba notas en un cuaderno o miraba por la ventana. No tardaría en hacer eso.

Más allá del Campus Central y cerca de las instalaciones deportivas se ubicaba el Edificio Bowman de Arte. Parecía diferente de los demás, con líneas más estilizadas, más moderno. Un diseño minimalista ocupaba el lugar de la piedra, y los ventanales alargados colmaban las paredes desde el exterior.

Cuanto más nos acercábamos allí, más crecía en mi interior la sensación de que me estaban vigilando, como si alguien fuera a

aparecer de un momento a otro entre los arces, o tras el reflejo de una ventana en uno de los edificios desiertos junto a los que pasamos.

La entrada sur del Edificio Bowman de Arte daba acceso al Museo de Arte Sutton de Kansas. Tras el mostrador de la recepción había una mujer de piel olivácea, con rizos castaños salpicados de gris remetidos por detrás de las orejas. Llevaba un traje pantalón a medida y un pañuelo de girasoles bien colocado al cuello.

Se levantó y nos recibió con una sonrisa. Se llamaba Abba Ruiz y trabajaba desde hacía quince años en el Museo de Arte Sutton. Aquello era como un segundo hogar.

El museo exhibía artefactos naturales del estado de Kansas, de cuando las praderas eran mares, pero ahora el edificio albergaba también obras de artistas locales y contaba con una sección donde los estudiantes de arte podían exhibir y vender las suyas.

—Si alguien tiene alguna pregunta, aquí estaré.

Abba nos fue mirando a todos y nos sonrió, y a mí me guiñó un ojo. Tyler consultó su reloj.

—Vamos a estar aquí unos cinco minutos antes de la próxima parada. Echad un vistazo —sugirió, y se fue hacia el rincón donde estaban los lavabos.

Em y yo recorrimos la sala con la cabeza muy alta y gesto arrogante, haciendo comentarios muy dignos sobre las obras que íbamos viendo y riéndonos de nosotras mismas. Me gustó que Em me hiciera sentir tan relajada como para hacer el tonto juntas. Me recordaba a una amiga que había tenido en el instituto, que llegó a la ciudad porque su madre había cambiado de trabajo.

Habíamos estado muy unidas, pero, cuando Rena se fue, admito que me dejé dominar por la envidia. Yo era impredecible. No soportaba que sus padres estuvieran juntos, y los míos no. Mi amiga

no se merecía que la castigara por algo que me había pasado, pero no planté cara a la situación de la manera adecuada. No supe cómo, y dejé que mi drama se la llevara por delante cuando debería haber agradecido tenerlos cerca, a ella y a su familia.

Nunca se me presentó la ocasión de decírselo antes de que se marchara de nuevo, y ese recuerdo me corroía, me hacía daño. Ojalá esta nueva oportunidad me diera la ocasión de ser la amiga, la persona que quería ser.

Me detuve de pronto y agarré a Em por el brazo. Estábamos en la sección de tradiciones populares.

Sobre las piezas expuestas brillaban los focos. Los fósiles, las joyas y las piedras parecían brillar.

Em dejó escapar una risita.

—Hay cosas que nunca cambian. Es como volver a estar en primaria. —Paseó la vista por los estudiantes que se encontraban en el museo—. Aquí solo falta un abuelo de la zona que nos diga que las leyendas de Lakeland son reales.

No me había dado cuenta de que Em también era de la ciudad. Su ropa y peinado eran muy diferentes de lo que se solía ver en Timber Plains, diferentes incluso de lo habitual en las zonas más bohemias de Kansas City; había dado por hecho que venía del París de Kansas, o de algún otro lugar lejano. Además, tenía un poco de acento, aunque no lo acababa de identificar. Tal vez lo había heredado de sus padres.

—Claro —murmuré, pero de todos modos me acerqué al expositor.

—«Uno, dos, los lobos vienen a por ti» —cantó Em.

Puse los ojos en blanco y se me escapó la risa, pero seguí adelante.

—«Tres, cuatro, los vampiros llaman a la puerta…».

Di un manotazo al aire delante de Em, que se echó a reír sin dejar de canturrear. Era una vieja canción que cantaban los abuelos para asustar a los nietos y convencerlos de que, si se portaban mal, se los iban a comer los monstruos que acechaban en el bosque. La táctica era extraña y rara vez funcionaba.

Pero Timber Plains tenía fama por sus leyendas sobre licántropos. Todos habíamos crecido oyendo las mismas historias sobre manadas de lobos que llegaron al Medio Oeste para proteger la ciudad de los demonios chupasangre. No sabía dónde se habían originado las historias ni por qué. Eran más un chiste recurrente entre adultos y adolescentes, pero, para los niños, parecían muy reales. O a mí me lo habían parecido… y, en cierto modo, aquellas historias me conectaban todavía con Rena. Era su manera de contar las leyendas, tan diferente de la de los padres de mis amigos. Hacía que lo irreal pareciera vívido.

Yo había creído en los licántropos y en los vampiros igual que en Santa Claus. Pero, cuando resultó que Santa Claus eran los padres, las historias de la ciudad me parecieron impregnadas de un mundo más fantástico que el que yo habitaba. Todo eran invenciones, parte de la cultura popular. Cuando alguien pensaba en Kansas City, al momento le venía a la cabeza imágenes de barbacoas. Cuando pensaba en Timber Plains, en las historias sobre licántropos.

Pero ver aquellas piezas expuestas me había recordado a Rena y aquello tan extraño que sucedió la noche en que se fue…

Tenía delante una vitrina de cristal con un libro encuadernado en cuero. Las páginas estaban arrugadas, amarillentas por los bordes con un tono que iba avanzando hacia el centro. El libro estaba abierto por un capítulo titulado «Lupus in Fabula», y debajo se veía la traducción: «El lobo en la historia». En la página siguiente había un dibujo muy detallado de cómo un hombre llamado Aadan había

caído de los cielos y se había transformado en lobo.

Contaba que Aadan viajó al Medio Oeste para proteger las praderas y a sus habitantes de la creciente amenaza en la zona. Pasaron décadas, y Aadan quiso tener algo más que la vida de un protector. Suplicó a los cielos que lo hicieran humano para experimentar el mundo tal como lo hacían los mortales, para enamorarse y tener una familia; pero, en vez de eso, los cielos mandaron lluvias interminables y guerra.

En la segunda página, bajo las ilustraciones de cómo Aadan se había transformado en lobo, había una frase breve en latín: *Amor vincit omnia.*

Allí era donde la historia de Rena tomaba otros derroteros. Su narración era menos sombría. Había más seres míticos, más aventuras y, al final, Aadan se enamoraba.

—En las viejas historias hay un punto de verdad, ¿sabes?

Alcé la vista y vi a Abba delante de mí, ante la misma vitrina. Tenía la piel reluciente a la luz amarilla; todo en ella era cálido como la miel, y cada uno de sus movimientos parecía invitador.

—¿De verdad?

—Sí. —Sonrió—. Los lobos llevan mucho tiem…

Em me agarró por el brazo con el rostro arrebolado.

—Nuestro grupo se va. Corre, que nos quedamos atrás.

Me apartó de la vitrina y casi no me dio tiempo ni a despedirme.

Em me atrajo hacia ella para hablar en susurros.

—Me han dicho que es una chalada que cree en los cuentos de hadas.

Arrugué la nariz, sin saber quién le había dicho semejante cosa, y si sería solo un rumor. Al volver la cabeza, vi que Abba se estaba colocando bien el pañuelo sin dejar de mirar el libro, y se me ocurrió que no me importaría que dijeran de mí que era una chalada que

creía en los cuentos de hadas.

Porque creer en los cuentos de hadas significaría que en el mundo quedaba esperanza, inocencia.

Y yo habría deseado albergar algo de eso.



Poco después de las dos de la mañana, Stevie aún estaba en la ducha común. Yo era todo sonrisas al volver al dormitorio, quitarme el gorro de ducha y colgarlo en el gancho, junto a la puerta. Stevie había llevado los altavoces al cuarto de baño y todas cantamos a gritos hasta que vino una de las encargadas. Por lo visto, alguien se había quejado de que armábamos mucho jaleo, cosa que era verdad, pero la bronca valió la pena. Habíamos creado recuerdos para siempre.

Nuestra habitación empezaba a parecer un verdadero hogar. Habíamos terminado de colgar las fotos y carteles enmarcados, habíamos puesto guirnaldas de luces en el techo para crear un ambiente cálido y acogedor. Dispusimos las camas de manera que creamos una pequeña zona de estar con un diminuto sofá, una alfombra tan cómoda y gruesa como para dormir en ella, una pequeña nevera, un microondas y una tele.

La ventana había quedado junto a mi cama. Tenía una rendija abierta y la brisa fresca agitaba las cortinas. Stevie y yo habíamos tardado casi veinte minutos en colocarlas, y parecía que ya habían pasado siglos.

Escudriñé la noche. Hester Hall daba a un bosque verde, con maleza que cubría las raíces de árboles y arbustos hasta el borde mismo del césped bien cortado. Oí el susurro de las hojas y respiré hondo para llenarme los pulmones del olor a madera húmeda, a

musgo.

Entre las sombras, las ramas crujieron y el sonido me hizo mirar con más atención. Al principio me pareció ver a una persona vestida de negro apoyada contra el tronco de un árbol. El corazón me dio un vuelco, y me apresuré a cerrar la ventana.

Pero, al mirar otra vez, la oscuridad reveló otra cosa: dos círculos redondos, brillantes.

No, no eran círculos. Eran ojos.

Ojos de un amarillo vivo, con destellos verdosos, como si pertenecieran a un animal grande. Parpadeé, y desaparecieron. Bajé la persiana con el corazón desbocado.

Me quedé tumbada en la cama, envuelta en la toalla, y sentí que el pánico me intentaba obligar a moverme, a huir. Para empezar, los ojos que había visto en la oscuridad eran demasiado grandes para pertenecer a un animal cualquiera de los que tenía conocimiento a mis dieciocho años.

Para seguir, y aún más aterrador, habría jurado que vi esos mismos la noche anterior. Habían pasado exactamente cinco años desde el día en que Rena se marchó para no volver.



Capítulo 5

Esto te transmito: resístete o acéptalo.

Artículo V, Cartas perdidas de Aadan Primero

Llamarlo ansiedad sería quedarme corta.

Traté de convencerme a mí misma de que todo lo que había visto la noche anterior era producto de mi imaginación, un síntoma de la falta de sueño, pero mientras me quitaba el gorro de dormir, mientras me ponía los vaqueros y la camiseta, no dejaba de darle vueltas.

Los ojos que había visto a través de la ventana me perseguían; y ahora sabía que eran reales, porque la primera vez que los vi fue la noche en que Rena se marchó.

Recordaba la luna, hacía cinco años, enorme y roja, mientras nos dirigíamos a la comisaría sin perder un instante. No parecía real. Demasiado grande, demasiado redonda. Como una cara que nos

vigilase.

Bobby encendió las luces de emergencia de su todoterreno; dijo que así podríamos ir más deprisa. Las luces rojas y azules se difuminaban sobre los edificios y los hogares a oscuras y se mezclaban entre sí. Mientras las lágrimas me corrían por la cara, sentía que el mundo se estrechaba sobre mí y solo dejaba escapar el sonido de mi respiración entrecortada.

Creía que mi madre estaba ahí fuera, en algún lugar, perdida.

Una hora antes, alguien avisó de que su coche estaba aparcado a la salida de la I-435 oeste con las luces de emergencia encendidas. Bobby recibió una llamada; pero fue casi como si la hubiera estado esperando. Estaba en el salón, con la mirada perdida en el infinito, y el móvil frente a él. Cuando vibró sobre la mesa de madera, lo cogió al primer timbrazo. Cuanto más escuchaba, más indómita se le volvía la mirada. Después de dos gestos de asentimiento, salimos por la puerta.

En aquel momento no sabíamos si alguien se había parado a ayudarla y la había llevado a algún sitio. O quizá vio algo al pasar y se adentró en el bosque y se perdió. A veces, si no sabías a dónde ibas, los árboles parecían iguales miraras a donde mirases. Otras veces había algo más aterrador en el bosque, más amenazador, con dientes más afilados.

Cuando llegamos a la comisaría, aquello era un caos.

—Una noche muy movida —oí decir a alguien.

Me senté en un banco. A mi alrededor, las personas uniformadas eran como un borrón en movimiento. Unos morenos, otros pálidos, otros cobrizos. Todos con uniformes azules e insignias doradas en forma de estrella. El aroma del café flotaba en el aire. Las lágrimas me nublaron la vista y los convirtieron a todos en manchas de color.

Nada de aquello parecía real.

Janet, la mujer que se sentaba en la recepción junto a la entrada, se fijó en mí. Apenas la conocía de verla unas cuantas veces, pero aquella noche me trajo una manta de lana para que me tapase con ella y me ofreció un despacho vacío para que me sentara allí, lejos del caos.

Estaba al lado del despacho de Bobby, y tenía un sofá. Al sentarme en el centro de este, arropada con la manta, me quedé mirando el vaso de plástico que me había dejado Janet. Mientras contemplaba los remolinos de vapor que giraban en el aire, me pregunté si no debería haberme quedado en casa. Si mi madre volvía, se preguntaría dónde nos habíamos metido; pero era más de medianoche, y las probabilidades de que regresara eran escasas. No inexistentes, pero escasas.

Pero aquella tarde, horas antes, yo había visto algo en nuestro patio.

Estaban en el rincón más apartado, casi fundidos con los árboles. Eran dos, pegados el uno al otro, con los ojos amarillos y relucientes. Animales salvajes, pero mucho más grandes que ningún otro que hubiese visto antes.

Podría haber chillado, pero no lo hice. No tenía claro si lo que veía era real o producto del estrés. Estaba muy alterada desde que Rena dejó de responder al teléfono y no volvió a casa. Había oído decir que cuando la mente estaba tan sobrepasada, a veces se inventaba la realidad.

Así que corrí a buscar a Bobby y le conté que había algo ahí fuera. Encendió las luces y salió con la linterna. Rebuscó por todo el lugar y entrecerró los ojos para ver si distinguía algo entre las sombras de fuera de la casa. Nada. Ni la menor señal de animales.

Cuando se marchó me fui con él; estaba demasiado atemorizada para quedarme sola.

Mientras esperaba en aquel despacho que no me era familiar y que olía a tabaco, pude oír las conversaciones que tenían lugar en el de Bobby.

—Señor —dijo una mujer—. Creo que esto le interesará.

No sabía a qué se refería, así que me acerqué a la ventana con sigilo para espiar el vestíbulo. Una mujer de piel morena se sentaba en el mismo banco que había desalojado yo, aunque en ese momento estaba muy pálida.

Temblaba de forma perceptible y tenía sangre seca en una ventana de la nariz. El sujetador deportivo estaba manchado de tierra. Tenía las manos cubiertas de hollín, las uñas sucias, y los ojos enrojecidos y huellas de lágrimas en las mejillas.

Regresé al sofá y pegué la oreja a la pared.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Bobby en voz baja y controlada.

—Salió del bosque.

—¿El bosque? —repitió, y al oírlo sentí la garganta seca. ¿Tendría alguna relación con Rena? ¿No decían que igual se había adentrado en el bosque? Me esforcé por escuchar.

—Sí, señor. Estaba haciendo *footing* cuando… —La mujer tragó saliva—. No me va a creer cuando se lo diga.

—Escúpelo de una vez, Meyers.

Oí suspirar a la mujer.

—Se encontró con un cadáver, a un lado de la pista forestal. Ha dicho que casi tropezó con él, cuando de repente un animal salvaje apareció de la nada y la atacó. Consiguió huir y esconderse, pero está muy alterada. Tendremos que enviar a los muchachos, contactar con la policía del parque, y con quien se vaya a encargar de investigarlo. Parece que es bastante desagradable, señor.

Respiraba con dificultad y se me habían llenado los ojos de

lágrimas. ¿Podría tratarse de mi madre?

—¿Era…? —preguntó Bobby.

—No —respondió la mujer en voz baja—. No era Rena.

Bobby carraspeó y creo que ambos suspiramos, aliviados.

—¿Ha dicho qué era? Me refiero al animal.

—Dice que era algo más grande y aterrador que un oso.

Se hizo un silencio entre ellos, que rompió por fin la mujer.

—Y para complicar más las cosas, hay un hombre que no para de llamar. Insiste que el ataque lo han provocado bestias míticas… Supongo que oyó la llamada de socorro, señor. Aquí tiene sus datos, por si le interesa.

Se oyó un sonido furioso, como si Bobby hubiese aporreado la mesa con el puño. Oí un ruido que supuse que sería un bloc de notas que caía en el escritorio de Bobby.

Luego, un gruñido.

—Puñeteros paletos —dijo con desdén—. Los medios de comunicación van a sacar tajada de ese rumor, y eso es lo último que necesitamos. ¿Puedes llamar a Dean? Que se asegure de que acudan unas cuantas patrullas más al lugar para mantener la zona segura. No quiero que se nos cuele ningún «creyente».

—Enseguida, señor —respondió la mujer.

Fue como si me alcanzase un rayo invisible y todos los sonidos se apagaran, excepto el zumbido en los oídos. Un ataque de un animal salvaje, una bestia desconocida. ¿Podría ser que a mi madre la hubiera atacado el mismo animal que atacó a aquella mujer?

La idea no dejó de rondarme la cabeza en toda la noche, hasta que volvimos a casa poco antes del amanecer.

Al principio, demasiado alterados por su desaparición, no nos dimos cuenta; pero luego comprobamos que su marcha había sido planeada. Había preparado una maleta y una bolsa; se llevó casi

todos sus objetos con ella, solo se dejó unas cuantas cosas… entre ellas a Bobby y a mí.

Nunca llegamos a averiguar por qué aparcó el coche en el arcén, ni a dónde se dirigió.

Fue muy sigilosa; no encontramos ni una huella, ni siquiera tras varios días de búsqueda.

Era casi como si no quisiera que nadie supiese que alguna vez estuvo en Kansas City.

Casi como si no existiera.



Capítulo 6

Nos llamaban miserables, cuando en verdad éramos guerreros.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

Mientras me preparaba para el día que iba a empezar, todavía me debatía con mis pensamientos. Me ponía nerviosa la idea de acabar en la clase equivocada, o en el edificio equivocado. La Universidad de Lakeland era tan grande que tardaría por lo menos un cuarto de hora en llegar a la primera clase… Razón por la cual me alegraba de haberme despertado tan temprano.

Al exterior de Hester Hall había mucha actividad. La gente iba de un lado a otro con prisas. Alumnos, profesores y personal docente formaban grupos por todo el campus. Algunos se sentaban en los bancos y bebían de vasos de plástico humeantes; otros holgazaneaban en la hierba con la mirada clavada en el móvil. Los

más atrevidos incluso habían colgado hamacas de los árboles y el sol matutino les daba en la cara. Pero la mayoría de la gente estaba en movimiento, en dirección a dondequiera que fuesen. Entraban y salían a toda prisa y se abrían paso entre la multitud, listos para la siguiente etapa de su viaje.

Me asaltó una sensación tan suave como la brisa matutina, acompañada de una punzada de ansiedad. Porque allí, haciendo cola para comprar un café, estaba el muchacho que se me había quedado mirando en Robertson Hall.

Desde aquella distancia pude fijarme en que era muy alto, quizá metro noventa o noventa y cinco, y llevaba el cabello negro recogido en un moño. Vestía una camiseta negra y unos vaqueros azul oscuro, un poco remangados sobre unas zapatillas Converse blancas. Del hombro derecho le colgaba una mochila. Los rasgos parecían más suaves, distintos a como los vi ayer, y eso me hizo preguntarme por qué me habría mirado con tanta inquietud. Aunque me pareció que yo era el objetivo, tal vez se tratase de un error, porque por muchas vueltas que le di, no logré encontrar otra explicación que tuviera sentido. En aquel momento, mientras mi andar se volvía presumido, se giró por casualidad y se fijó en mí. Había algo en él tan vehemente, tan abrumador, que casi me hizo detenerme en seco.

Mantuve la cabeza bien alta mientras él me miraba, sorprendido, con la cabeza ladeada, y rumiaba sus pensamientos sobre mí, fueran los que fuesen. No frunció el ceño ni se mostró confuso… Solo se quedó ahí.

Al pasar a su lado sentí una oleada de orgullo y presunción, porque era muy consciente de que no podía apartar los ojos de mí. El poder que sentí, el control en la punta de los dedos… me encantó. Quizá un pelín demasiado, pero era la única arma que tenía contra

él.

Apenas me había alejado unos metros cuando me vibró el móvil en el bolsillo de atrás.

Te quiero, bicho.

Espero que tengas un estupendo primer día.

No me sorprendió. Puro Bobby de los pies a la cabeza. Mi padre era un sentimental, siempre se había encargado de aliviarme las penas.

Quizá debería llamarlo durante el descanso entre clases para hablarle de los inquietantes ojos de animal que había visto en el bosque. Era demasiada coincidencia como para no contárselo; pero, por otro lado, aunque se lo dijese, ¿qué podía hacer él? ¿Recorrer todas las instalaciones para no encontrar nada al final? Además, me temí que, si se lo decía, creyera que era una excusa para abandonar la universidad, y no era así, de verdad.

Le respondí con un breve «gracias», y de pronto me vino a la mente otro pensamiento, que me hizo apretar los puños y que mi corazón se saltase un latido. No pude evitar acordarme de ella, de Rena.

Una vez me dijo que me amaba más que las estrellas del cielo, más que todo el aire del mundo, más que la vida que vivía… Y ¿dónde estaba, ahora que me enfrentaba a uno de los mayores cambios de toda mi vida?

Mentiras, todo mentiras, de principio a fin.

Por la mañana, mientras me miraba al espejo y me rizaba el cabello, lo único que veía era la cara de Rena. Los ojos de color castaño oscuro, los pómulos altos, la nariz. El puñado de pecas

dispersas. Apenas soportaba mirarme, me daban ganas de morderme la mejilla por dentro hasta hacerme sangre.

No entendía cómo lo conseguía Bobby, cómo podía mirarme y quererme, cuando era un recuerdo constante de que la mujer con la que se había comprometido de por vida se había ido como si tal cosa. Era una tristeza que acababa por cristalizar en rabia ardiente. ¿Cómo podía querernos tanto, y al mismo tiempo marcharse? Cada recuerdo que compartíamos, cada abrazo, cada beso de buenas noches…; de pronto, todo aquello era trivial, irrelevante.

Y cada paso que daba me hacía odiarla un poco más.

Me merecía saber por qué se había ido.



Capítulo 7

Sus labios de invierno eran más fríos que la piedra, más suaves que el mármol.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Mi primera clase iba a ser en el Edificio Académico Stewart de Empresas y Comunicaciones. La elección de asignaturas, al igual que la decisión de ir a la universidad, había sido un dilema hasta el último momento. Yo adoraba leer y escribir, pero era más un sueño y no sabía bien qué quería hacer al respecto. De la misma manera, me interesaba la gente, y el concepto de humanidad me resultaba enigmático y quería entenderlo, pero no me apetecía especializarme y hacer un máster, así que también dejé de lado esa idea.

Bobby sugirió la idea de comunicaciones. Y así llegué allí, a la entrada de un edificio de varias plantas, sin animarme a entrar.

—¿Vas a pasar? —me preguntó alguien.

Era una chica asiática de piel dorada, pelo hasta los hombros y un flequillo que le enmarcaba la cara. Llevaba una camisa ajustada roja, vaqueros azul claro y unas sandalias de cuña que la hacían parecer más alta que yo.

—Sí. Tengo Introducción a la comunicación. ¿Y tú?

—Primero de Empresa, en la tercera planta.

—Lo mío es en la segunda. ¿Subimos juntas?

Se le relajaron los hombros.

—No digas más.

Su suspiro de alivio me hizo reír.

—Me alegro de conocer a alguien a quien esto le parece tan aterrador como a mí.

—Lo mismo digo. Todo el mundo habla y habla de lo emocionante que es la universidad, pero no decimos nada de lo abrumador que es al mismo tiempo. Para empezar, aquí hay demasiada gente. —Nos abrimos paso entre la gente para llegar a un pasillo lleno de estudiantes de primero. Había personas de todo tipo, suficiente como para que me sintiera un poco asfixiada—. ¿Y te has fijado en el tamaño de estos edificios? Son enormes, y antiguos, y…

—Preciosos —añadí al tiempo que me fijaba en los suelos porcelánicos.

—Y un despilfarro de energía —siguió—. Me puede la ansiedad. Y, cuando tengo ansiedad, no paro de hablar. —Respiró hondo—. Esto no se parece en nada al instituto. En mi curso, cuando me gradué, había como setenta alumnos, la comida era un horror, teníamos aparatos de aire acondicionado de esos que se ponen en las ventanas y gotean en la alfombra, y mi profesor de Ciencias siempre me sacaba a mí para responder a las preguntas porque daba por hecho que no estaba prestando atención, pero sí que lo

hacía, de modo que siempre respondía bien. Y me parece que eso lo tenía muy frustrado, pero me alegro de haber salido de aquel agujero infecto y ahora miro a mi alrededor y todo es precioso, y ahora me alegro de todo aquello y lo único que quiero es no tener otro profesor como aquel de ciencias. —Respiró hondo otra vez—. ¡Dios! Y tú, ¿eres de por aquí? Por cierto, me llamo Naomi.

Nunca había visto a una persona tan nerviosa como Naomi. Sin saber por qué, aquello me hizo sonreír. Me había caído bien.

—Yo, Mira, y sí, soy de por aquí. ¿Y tú?

—De Illinois, a una hora de Chicago.

Fui mirando los números de las aulas sobre cada puerta para confirmar que iba por el buen camino.

—¿Cómo has acabado en la Universidad de Lakeland?

Pareció que Naomi empezaba a respirar con más calma.

—Unos primos míos estudiaron aquí, y cuentan y no paran. —Llegamos a la escalera y subimos en medio de la gente mientras me contaba lo que estudiaron sus primos y me preguntaba si alguien de mi familia había asistido a esta universidad. La respuesta era no. Que yo supiera, Rena no había ido a la universidad, y Bobby estudió en la de Kansas.

Naomi y yo nos separamos al llegar al segundo piso. Le deseé suerte; ella asintió con más energía de la necesaria y me deseó suerte también a mí.

Entré en una sala con ventanas mirador desde las que se divisaba el Campus Central, vi un asiento libre en una fila del centro y me dirigí allí mientras oía a unos estudiantes hablar de un vídeo que habían visto esa misma mañana. Era sobre un ataque de un animal poco después de la medianoche. Unos cuantos estudiantes habían ido a jugar al bosque cuando oyeron los rugidos de un ser al que no llegaron a ver. Habían conseguido grabar el sonido y lo

subieron a internet.

Me acomodé en la silla, respiré hondo y deseé con todas mis fuerzas que el animal del que habían escapado no fuera el mismo que había visto yo la noche anterior.

Unos momentos más tarde, una mujer se situó frente a los alumnos y carraspeó para aclararse la garganta. Era esbelta, de pelo rubio muy claro con un corte recto que le llegaba hasta la mejilla. Dijo que era la profesora Peterson. Tras ella, en la pantalla, apareció una imagen de un iceberg flotando en el mar oscuro.

El corazón me dio un vuelco y empecé a arrancarme el padrastro del dedo índice. Preferiría cualquier cosa en lugar de lo que sugería aquella imagen.

La profesora Peterson juntó las manos y dio un paso adelante.

—¿Qué? ¿Rompemos el hielo?

Dejé escapar un gemido mientras un murmullo recorría el aula. Todos nos miramos. Nos dio instrucciones para repartirnos en grupos de tres o cuatro, y nos pasamos el resto de la clase jugando a dos verdades y una mentira.



A media tarde, tras salir de la última clase, sentí el peso del agotamiento en los hombros, en los ojos. Nada más salir al pasillo que llevaba al exterior, me llamó la atención un anuncio naranja fosforescente clavado en el corcho. Alguien lo había arrancado, rompiéndolo en diagonal, con lo que se leía en letras grandes:

CUIDADO CON...

LOS...

L...

Recorrí el papel desgarrado con las yemas de los dedos y traté de imaginar contra qué nos alertaba el anuncio. ¿Los libros, tal vez? ¿Los lobos? Tal vez fuera un juego de palabras con la mascota de la universidad, los Lobos Rojos. Pero ¿por qué lo habían arrancado?

Seguramente no era nada, y todo se me olvidó al salir del edificio, bajo el sol implacable de la tarde.

En el césped verde que rodeaba el Campus Central, un grupo de estudiantes jugaba al ultimate frisbee. Y apoyado contra un sicómoro, a la escasa sombra que ofrecía, estaba él. El chico.

Pues claro. Claro.

Cogí aire bruscamente y apreté los dientes. Era obvio que me vigilaba, que para él solo existía yo. A mi alrededor, del edificio no paraban de salir estudiantes, profesores y miembros del personal, subían y bajaban por las escaleras mientras que yo no me movía. Pero ¿por qué? ¿Qué le importaba yo, por qué se concentraba en mí?

Perfecto. Que siguiera jugando a aquel juego idiota. Yo no iba a participar en él.

Respiré hondo de nuevo y fui hacia él caminando tan deprisa que debería haberse sorprendido. Solo que no se sorprendió. Todo lo contrario, vino a mi encuentro. Tenía el rostro inexpresivo como la piedra, y abrió la boca para hablar antes de que yo pudiera decir palabra.

—¿Hablamos un momento, Mirabella? —Tenía la voz suave y aterciopelada, y me molestó su naturalidad. Como si fuéramos amigos.

—¿Cómo dices? —respondí, tartamudeando. ¿Y cómo sabía mi nombre?

Estábamos a medio metro de distancia, y me tapaba el sol que de otra manera me habría cegado. Y, pese a eso, era guapísimo. Tan

guapo que te dejaba sin respiración. Eso se veía ya de lejos, pero tenerlo tan cerca era como un pecado. Los ojos eran como oro líquido con motas verdes y marrones. Las pestañas, oscuras. Los labios, llenos. Y todo él emanaba una cualidad inexplicable que me cortó la respiración.

El chico sin nombre se inclinó hacia mí y me invadió su olor, dulce, un poco a tierra. Di un paso atrás. Tenía que protegerme de lo abrumador, lo real que era todo aquello. Lo mío era todo fachada: hablaba mucho, pero nunca me había enfrentado de verdad a nadie, nunca me había importado nada hasta ese punto.

Tragué saliva y me erguí.

Vi un cambio en él, entrecerró los ojos, alteró su postura. Empezó a decir algo, pero se detuvo y miró hacia atrás. Seguí la dirección de su mirada, pero no localicé el centro de su atención. Había gente por todas partes.

Alguien pasó a mi lado a toda prisa como si el camino fuera suyo. Sentí llegar la colisión, pero no me dio tiempo a moverme: tiró de mí con delicadeza y me apartó hasta el césped, a su lado.

Todavía tenía la mano puesta sobre mi mochila cuando me di cuenta de lo que había pasado y lo aparté de un empujón.

—Ni se te ocurra —siseé.

Pero mi reacción no pareció preocuparle lo más mínimo, cosa que me molestó todavía más. Solo porque fuera más alto, más atlético y obviamente hiciera ejercicio eso no quería decir que yo fuera todo lo contrario… Bueno, tampoco iba a engañarme. Todavía me costaba controlar la respiración al correr y, aunque Bobby tenía montones de pesas y equipo de entrenamiento en el garaje, a mí nunca me había interesado.

Pero, de todos modos, le hice frente.

—¿Quién eres? —pregunté, ya en tono un poco demasiado alto.

Bajó la cabeza.

—Esto no es un juego, Mirabella. No deberías estar aquí.

«Prefiero que me llamen Mira», habría querido decirle. En lugar de eso, parpadeé.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —Retrocedí un paso más—. No te conozco de nada —resoplé. ¿Quién demonios se creía para decirme que aquel no era mi lugar? ¡Qué cara más dura!

Vi que se le contraía un músculo de la barbilla y me dispuse a pelear con él, aunque no tuviera la menor posibilidad de ganar. Bobby era mi padre, así que me sabía unas cuantas maniobras de defensa personal para salir de apuros. Engarfiar los dedos e ir a por los ojos. Un golpe de canto en la clavícula. Una patada rápida a los huevos para hacerlo caer de rodillas.

Pero, como si me estuviera leyendo el pensamiento, sonrió, y luego se rio con amargura.

Solté la mochila, frustrada hasta lo indecible. Sabía que no tenía por qué quedarme allí a aguantarlo, pero aquel chico tenía algo que no me dejaba alejarme. Tal vez fuera mi testarudez, que iba a tope. No podía permitirle pensar que tenía permiso para hablarme de aquella manera, para mirarme con aquellos ojos increíbles. Era un idiota y se lo iba a dejar bien claro.

—¿De qué te ríes? No tiene gracia.

Arqueó las cejas y dejó escapar una risita.

—Claro, claro.

—Tío, ¿se puede saber qué pasa contigo? ¿Qué problema tienes?

Su porte cambió de repente, pasó a ser fiero, salvaje. Todas las señales de alarma me sonaron por dentro. Todo me alertaba, me decía a gritos que me alejara de allí, pero no era capaz de moverme…

—¿Qué problema tengo? —Apretó los dientes—. Como si no lo

supieras.

Dio unos pasos atrás para alejarse de mí.

—¿Como si no supiera qué?

—No deberías estar aquí —repitió, esta vez con un atisbo de miedo en la voz—. Aquí no estás a salvo. Si sabes lo que te conviene, darás media vuelta, harás las maletas y no volverás jamás. Por favor. —Las últimas palabras las dijo como si no hubiera podido contenerse—. Vete.

Me quedé paralizada. Si en algún momento había tenido la esperanza de obtener respuestas, se disipó en ese momento. Aquel chico creía de verdad que me conocía, pero eso era imposible. Completamente imposible. ¿Cómo iba a olvidarme de alguien como él?

—No —me limité a decir.

No dijo nada. Miró hacia un punto más allá de mí con los ojos llenos de cautela. Volví a seguir la dirección de su mirada y esta vez, a lo lejos, junto a un edificio envuelto en las sombras, me pareció ver que alguien nos observaba.

Hice caso omiso de la opresión que sentía en el pecho.

—Mira, no sé quién te crees que eres, pero me confundes con otra persona. Y para tu información, ya que nadie se ha molestado en educarte, te explicaré que es una grosería decirle a alguien que se vaya cuando se ha ganado el derecho a estar aquí.

—Claro, lo que tú digas. Si es lo que quieres creer…

—¿Que si quiero creer qué?

Negó con la cabeza. Parecía casi tan perplejo como yo.

—¡Dios! ¡Qué repelente eres! —le grité.

Un parpadeo, un destello en los ojos dorados. Dio un paso atrás como si le costara un esfuerzo y se pellizcó el puente de la nariz. Dejó escapar el aliento con un resoplido.

—¿No lo sabes? —preguntó casi con rabia.

En todo el rato que llevábamos hablando no lo había visto tan sincero.

—¿Qué tengo que saber? —estallé.

En aquel momento, se alejó caminando como si yo no existiera.

Alcé las manos, desconcertada, y me lo quedé mirando mientras se iba. Cruzó el césped por donde estaban jugando a ultimate, esquivó el frisbee, lo cogió sin siquiera mirar y se lo lanzó al otro equipo. Al pasar de largo junto a un árbol no pude sino reparar en lo rápido que era. Iba caminando, pero devoraba metros como si corriera.

Al final, bajé las manos, confusa e irritada. ¿Qué le pasaba a aquel tío, y por qué no paraba de decirme que allí no estaba a salvo? Eso no se me iba a quitar de la cabeza. Nunca había estado en peligro, jamás. Lakeland debía de ser el lugar más seguro del mundo para mí. Si hacía falta, Bobby podía llegar allí en menos de quince minutos en el coche patrulla.

Y lo peor era que el chico no me había dicho su nombre. Él sí sabía el mío, pero no me había respondido a ninguna pregunta. Solo que la expresión de sus ojos lo decía todo: había algo más aterrador, algo de lo que yo debería tener miedo. Y tuve que reconocer que me aterraba la posibilidad de saber qué era ese algo, o ese alguien.



Capítulo 8

Cada rostro que mostraba era una máscara que
ocultaba el suyo propio.

Artículo V, Cartas perdidas de Aadan Primero

Oí su voz en la mente con tanta claridad que era como un eco: «Aquí no estás a salvo».

Le di vueltas a esas palabras mientras caminaba por la acera detrás de un grupo de estudiantes; lo que había pasado me había sumido en la confusión. Entonces levanté la vista y vi a Seven.

La sonrisa que se le dibujó poco a poco en la cara aún remarcó más los hoyuelos. Estaba en un banco, hablando con un grupo de gente, y algún comentario lo había hecho reír, hasta que nuestras miradas se cruzaron.

Se me aceleró el corazón, y me planteé apartar la vista y fingir que no había notado su presencia; pero lo cierto era que al verlo se

me había escapado un ligero suspiro de alivio. Alguien familiar. Alguien seguro.

Al cabo de unos segundos me saludó con la mano y vino hacia mí. Esbocé una sonrisa confiada y me dije que lo que había ocurrido unos minutos antes tampoco era para tanto. Todo iba bien. Aquel tipo solo se había pasado de dramático…, aunque solo con pensar en él me sentía angustiada.

—Mirabella —dijo Seven con un destello de esos ojos tan coloridos. Estaba tan contento de verme que hizo el gesto de darme un abrazo. Al verme dudar, cambió de postura—. Ja, ja. ¿Demasiado pronto? —bromeó. Se rascó la nuca, y al hacerlo los rizos le rozaron el cuello de la camisa.

Me eché a reír; tras la experiencia de antes, me hacía mucha falta.

—Hola, Seven. —Sonreí, y esa vez la sonrisa fue sincera—. ¿Me has echado de menos?

Se adaptó a mi ritmo para caminar a mi lado por la acera.

—¿Tanto se me nota?

—Eres tan sutil como un cañonazo.

Seven apartó la vista y hundió los hombros.

—Mierda —murmuró.

Me reí y le di un golpecito en el brazo mientras caminábamos.

—No pasa nada. Yo también me alegro de verte. ¿Qué tal la vida como *quarterback* suplente?

—¿Te acuerdas? —Seven ladeó la cabeza, divertido y sorprendido. Tenía una sonrisa que me arrastraba como una ola. Sería tonta si no reconociese que me hacía sonrojar.

—Es difícil de olvidar. No eres una persona cualquiera. —Sabía que le estaba haciendo la pelota, pero agradecía la oportunidad de ser amable, de comportarme como un ser humano.

Se encogió de hombros para restarle importancia, pero era evidente que estaba encantado de oírmelo decir.

—Va bien, diría yo. —Respiró hondo—. El primer día ha sido una locura. Tengo la sensación de que los profesores van a ser más duros conmigo a causa de mi padre, y es una putada. Pero así son las cosas… o, al menos, eso me dijeron mis hermanos cuando se matricularon en esta universidad. La mayoría ya se han graduado, así que mantengo la esperanza.

—¿Hermanos? —me interesé—. ¿Cuántos tienes?

Enarcó las cejas.

—Ah, cierto. Todavía no conoces la historia, ¿no? Por eso me llamo así. Mi madre es una mujer supersticiosa. Soy su séptimo hijo, y nací el día en que ella cumplía veintisiete años, así que el nombre de Seven encajaba a la perfección. —Hizo la figura de un triángulo con las manos—. Tres sietes. Es una trinidad perfecta.

—Guau —dije. Aunque no la conocía, la madre de Seven se merecía un abrazo—. ¿Y todos sois varones?

—Sí. Mis padres empezaron pronto, pero además hay dos pares de mellizos en la familia.

—Pues diría que eres un tipo con suerte. Toda la familia, en realidad.

—Y ahora mismo, más.

Puse los ojos en blanco y disimulé la sonrisa. Seven se comportaba con una mezcla de emoción y nerviosismo.

—¿Te funcionan esas frases con las chicas?

—No siempre, pero a veces encesto. —Fingió lanzar un tiro libre —. Además, me lo estoy currando para causar una buena impresión. ¿Qué tal voy?

—Es difícil saberlo. —Fruncí los labios.

Me miró con más intensidad y desvié la mirada y me concentré

en la gente que caminaba por la acera.

—¿Te pone nerviosa que te mire?

La verdad era que me hacía sentir un poco incómoda. No porque fuese extraño, sino porque era un gesto muy cálido, comparado con lo ocurrido antes de encontrarme con él. El recuerdo de ese incidente hacía que su gesto inocente pareciese fuera de lugar.

Frené hasta detenerme delante del Centro Estudiantil, un enorme edificio de dos plantas que contenía el comedor, la estafeta de correos, la cafetería y la sala de estudios.

Seven también se detuvo. Me pregunté a dónde iría a continuación.

—¿Te pone nervioso que yo me quede mirándote a ti? —le pregunté, un poco irritada, pero sobre todo porque era divertido pincharlo.

Apretó los labios hasta que el inferior se proyectó hacia fuera, y lo mordió. La visión no me dejó indiferente, y tuve que tragar saliva. Inclinó la barbilla.

—No puedes responder a una pregunta con otra. Y… —me miró casi con timidez— tú no has respondido a la mía.

Ladeé la cabeza.

—¿Tengo que hacerlo?

—No —suspiró, y luego sonrió sin prisa—. Era curiosidad, nada más. Y hablando de… Deberías venir al partido del sábado. Es el primero de la temporada y suelen dar lo mejor de sí mismos. Además, el entrenador me ha dicho que saldré al campo.

—Ah, cierto. Me había olvidado de que hablaba con un famoso.

Se sonrojó un poco, cosa que me arrancó una sonrisa. De nuevo estaba nervioso.

—Me lo pensaré —respondí con firmeza. Un grupo de gente pasó junto a nosotros y entró en el Centro Estudiantil—. ¿Vas a algún sitio

ahora?

—En realidad, sí, a entrenar.

—Bueno, pues gracias por el paseo y por la conversación agradable.

Frunció el ceño y retrocedió varios pasos.

—Supongo que nos volveremos a encontrar, Mirabella.

—Apuesto a que sí… Y me llamo Mira.

Otra sonrisa, seguida de un gesto de despedida.

—Pues hasta la vista, Mira.

—Hasta la vista —repetí sus palabras. Y con eso se marchó acera abajo y se fundió con la masa de estudiantes. Pero lo único que yo oía era el sonido de mi nombre saliendo de sus labios y la sensación que dejó tras su marcha. No sabía definir el efecto que me producía, pero quería más.

Al entrar en el Centro Estudiantil me encaminé a la estafeta de correos. Sabía que había muchas probabilidades de que no hubiese nada en mi buzón, pero, conociendo a Bobby, tampoco me sorprendería que me hubiese dejado un paquete con cosas útiles para recodarme que solo estaba a unos minutos en coche.

Más allá de la tienda de estudiantes había un pasillo estrecho y una pared con hileras de buzones dorados. Parecían de otra época.

Localicé el buzón 136 e introduje el código de la combinación. Se abrió con un giro y un crujido. Sobre la superficie metálica había un sobre de color marfil. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no tenía remitente. Pero en el frente, con la letra más bonita que había visto en mucho tiempo, estaba mi nombre: «Mirabella Owens».

Ahogué un grito y me flaquearon las rodillas. Me costaba respirar. Incapaz de controlar el temblor de las manos, leí las palabras una y otra vez, sumida en la incredulidad. La elegancia. El bolígrafo de punta fina. Los caracteres rematados por curvas delicadas. Era la letra de mi madre.

De niña me había pasado muchos ratos viendo a Rena escribir cartas a los amigos que vivían lejos de Kansas. Aunque mantenía una expresión impasible, las pocas palabras que lograba vislumbrar sobre la página me decían cómo se sentía en realidad. Los echaba de menos, fueran quienes fuesen, y al parecer creían tanto como ella en las bondades del intercambio epistolar.

Y ahora me tocaba a mí. Me había escrito a mí. Tenía miedo de moverme, respirar, pensar. Miedo de que, si lo hacía, lo que tenía frente a mí se desvaneciese. Se me nubló la visión y sentí calor en las mejillas mientras sostenía el sobre frente a la cara para asegurarme de que veía lo que creía estar viendo.

Mi madre, desaparecida hacía cinco años, estaba viva…

Estaba viva, y esa era la primera señal de ella desde que se marchó. Se acordaba de mí, me había escrito y, de alguna forma, sabía cómo localizarme. Se me agolparon los pensamientos, hasta que una voz desconocida me llevó de vuelta a la realidad.

—¿Te aclaras? —me preguntó. Me sequé una lágrima. Era un anciano blanco con una identificación dorada con su nombre prendida bajo el cuello de la camisa. Un miembro del personal. Estaba a un par de metros de distancia y avanzaba hacia mí con timidez mientras apoyaba el peso en un pie y luego en otro.

Cerré el buzón y apreté el sobre contra el pecho.

—Sí, estoy bien, gracias —respondí, y antes de que pudiese insistir, pasé a su lado a toda prisa y salí del edificio.

Al llegar al Campus Central me dieron ganas de echar a correr,

pero habría resultado alarmante. Con los ojos húmedos, recorrí la acera a toda prisa, moviéndome entre la gente y evitando el contacto visual, para llegar lo más pronto posible a Hester Hall.

No tenía ni idea de dónde estarían mi compañera de cuarto y mis nuevas amigas; solo sabía que tenía que abrir la carta al instante.

Al entrar, no dediqué ni un segundo a quitarme los zapatos ni a colgar el bolso. Dejé caer al suelo mis pertenencias y me dirigí a la cama con un nudo en la garganta. Al sostener el sobre frente a la luz, me di cuenta de que contenía algo más que una simple carta.

Tenía gracia. Ni siquiera era mi cumpleaños; aún faltaban unos meses. Y no es que hubiese tenido noticias de Rena en esas ocasiones, pero siempre mantuve la esperanza, esperé que ocurriese algo. Me dije que, si estuviera viva, me mandaría una nota manuscrita, como las cartas que envió a sus amigos a lo largo de los años. Con el tiempo, al ver que en el buzón nunca había cartas suyas, di por hecho que era porque yo carecía de importancia para ella, que se había olvidado de Bobby y de mí, y que tal vez quería que la cosa siguiese así para siempre.

Hasta hoy…

Hasta este momento trascendental…

Con el estómago encogido y dedos temblorosos, le di la vuelta al sobre, rompí el sello y abrí la solapa.

Respiré hondo, saqué la carta y leí la primera línea.

Mi querida Mirabella:

Eso bastó para que se me llenasen los ojos de lágrimas y se me derritiesen los huesos. Era incapaz de mantenerme de pie; más que sentarme en la cama, me derrumbé en ella y me llevé el puño a la

boca mientras sostenía el papel con mano firme.

Mi querida Mirabella:

Estoy muy orgullosa de ti y de todos tus logros. No pasa un solo día sin que me acuerde de ti.

Eres mi principio y mi fin, y como lo ha dispuesto la naturaleza, siempre seremos cada una parte de la otra. Siempre.

Aunque tengo ganas de verte, tal y como están las cosas, ahora mismo no puedo acudir a ti. Pero te prometo que hago todo lo posible por encontrar un modo seguro de que nos reunamos. Hay muchas cosas que tu padre y tú debéis saber... y que, en su mayoría, no puedo detallar en esta carta.

Puede que ya seas consciente de ello, y, si no, pronto lo serás, pero el mundo no es lo que parece. No te dejes engañar por los que están cerca de ti, aunque parezcan estar de tu parte. Todo es una señal. Todo es un aviso. Confía en tus instintos. Y, sobre todo, por favor, por el amor de los dioses, mantente a salvo.

Te adjunto un legado familiar. Será tu amuleto, te protegerá ya que yo no puedo hacerlo. Ponte esta cadena y no la pierdas nunca de vista. Sin duda, siempre te ha pertenecido a ti, Mirabella.

Recuerda.

Más que las estrellas en el cielo.

Más que el aire en el mundo.

Más que la vida que vivo...

Así te quiero.

Todo lo que he hecho ha sido por ti y por tu padre.

Lo juro por mi vida.

Amor vincit omnia,

MAMÁ.

En el fondo del sobre había una cadena de oro, con un colgante de ópalo sujeto por un delgado cierre de pinza.

Era tal y como lo recordaba. Cuando era niña, Rena me dejaba ponerme el colgante mientras yo jugaba a ser otra persona. Siempre me había encantado, y cuando me lo ponía me sentía como una princesa, como si hubiese nacido en una época más propia de aquellos vestidos largos sujetos a las costillas con corsés apretados.

Me acordaba del distintivo olor metálico que exudaba, un aroma que creía que se debía a la magia. Y, al mirarlo ahora, aún me parecía encantado.

«Un amuleto —había dicho—. Para protegerte».

Me deslicé hasta sentarme en el suelo, con la espalda contra la cama, y sostuve en la mano aquella reliquia. Al apretarla, la sentía a ella; era la esencia de lo que ella representaba para mí. Todas las historias que contó, las canciones que cantó. Las aventuras que tuvimos juntas, los momentos en los que me cogió de la mano y me animó. Y todas las veces que me rodeó con sus brazos y me dijo que la vida era el mayor regalo. Eso era mi madre para mí, antes de desaparecer.

Ahora en mi cabeza ya no la veía así, y me sentía dividida, sin duda. Por un lado, sentía una profunda sensación de alivio. Mi madre estaba viva, y había tenido un motivo para marcharse. Y ahora, sin dar muchos detalles, hablaba de un plan y prometía regresar. Pero, por otro lado, me abrumaban la ansiedad y una ambigüedad que me hacía latir las sienes. Me sentía aterrorizada, temblaba ante la idea de que algo viniese a por mí. Mi madre había dejado perfectamente claro que no estaba a salvo, que el mundo no era lo que parecía, y que no debía confiar en quienes se presentaban como amigos. ¿Qué se suponía que debía hacer con esa información, aparte de tratar de descubrir todo lo que ella no decía, encontrarla y averiguar por qué no podía volver? ¿Lo que la perseguía a ella era lo mismo que me amenazaba a mí? ¿Se refería a ese peligro el aviso de aquel muchacho?

No sabía cómo me recordaría Rena, pero me negaba a ser la niñita rota que fui en una ocasión, y que esperaba su regreso. Llevaba cinco años fuera. No quería esperar otros cinco. La carta de Rena revelaba tanto que me había sacudido en lo más profundo de mi ser. Nunca había imaginado que el siguiente capítulo de mi vida fuera a ser así, pero tampoco tenía elección.

Pasaron unos instantes antes de que me levantase, todavía procesando aquella desafortunada revelación. No estaba a salvo, pero a la vez no sabía qué amenazaba mi seguridad. Guardé la carta en el cajón del escritorio y me metí la cadena en el bolsillo delantero de los vaqueros. Por mucho que fuese una reliquia familiar, estaba decidida a averiguar por qué ese pequeño objeto tenía el poder de protegerme, y de qué se suponía que me tenía que proteger.



Capítulo 9

Yo aún no era consciente, pero ella jamás sería más encantadora que en aquel momento.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

Me fui temprano de la cena pese a las miradas de reojo de Stevie, Abi y Em. No era tanto que me juzgasen como que se las veía preocupadas.

Me había pasado la cena ensimismada, comiendo al azar cosas del plato sin el menor entusiasmo, angustiada al pensar que se pudiese presentar alguien más con una nueva advertencia; esa posibilidad me inquietaba, y con razón, dado que, al parecer, todo el mundo excepto yo era consciente de los aparentes «peligros» del campus. Estaba tan furiosa que por error mordí el tenedor. «Tía, frena», me dijo Abi con cautela; Stevie y Em me dieron una palmadita mientras me miraban con curiosidad y apretaban los

labios como si compartiesen sentimientos que yo no adivinaba.

Solo presté atención durante la cena cuando llegó él. Me estremecí un poco, pero hice todo lo posible por ocultar la sensación de incomodidad que me provocaba su presencia. Llevaba el pelo suelto, y la melena se le movió con libertad cuando se metió los dedos entre los mechones. Vestía una camiseta blanca y vaqueros. Se sentó en una mesa con otros dos chicos que compartían rasgos físicos similares: hombros anchos y extremidades largas. Ambos eran altos, y atractivos de una forma que no lograba explicarme. Uno tenía la piel más oscura y largas rastas morenas. El otro era latino, como el muchacho cuyo nombre aún desconocía, pero con el cabello castaño claro y ojos verdes penetrantes. Se los veía relajados, como si fueran muy amigos, o familia.

En vez de atacar su plato, se acomodó en el asiento. Los amigos hicieron alguna broma, pero él permaneció inexpresivo y, sin saber muy bien por qué, me pregunté si lo hacía para fastidiarme.

Porque lo cierto era que tenía la inexplicable sensación de que él sabía que yo sabía que estábamos muy cerca el uno del otro, y que, por esa razón, se negaba a reconocer mi presencia con ningún gesto. Era una jugada estratégica; la mía, en realidad, y no me gustaba nada que la usara él.

Mordisqueé con saña un trozo de proteína y luego bebí un trago de agua, antes de darle un codazo a Em.

—¿Quién es? —Quería saberlo, y aunque no estaba segura de que ella lo conociese, me arriesgué. Em era de por aquí, y supuse que él también lo sería.

Siguió la dirección de mi mirada y, al verlo, sonrió con una chispa de interés en los ojos.

—Ese es Julian Santos. Fuimos juntos al instituto. Se dice por ahí que en tercero le ocurrió alguna tragedia —explicó. Se irguió en la

silla y esbozó una sonrisa mientras cogía el tenedor—. El caso es que se pasó un mes sin venir a clase. Y cuando volvió, tenía… esa pinta. —Lo repasó de arriba abajo—. Y ahora las chicas se le tiran encima, con la esperanza de que se enamore de ellas.

«Julian Santos». No lo habría adivinado en la vida. A mí me parecía que Cabrón Arrogante le pegaba más.

—Ja —intervino Stevie, que estaba atenta a nuestra conversación—. Es una forma de decirlo. Yo diría más bien que, en vez de tirarse a sus pies, lo que quieren es… tirárselo. —Sonrió como una maniaca y Abi se echó a reír. Chocaron los puños y yo me reí con ellas. Me admiraba la buena relación que tenían todas.

—Está bueno, desde luego. Eso no se le puede negar —comentó Stevie.

—No está mal —dijo Abi con una risita—. Pero a mí me van más las tetas, ¿sabes?

—Tienes que dejar de imaginarte a los tíos con tetas —se burló Em.

Abi suspiro y apartó la vista de Julian.

—Puedo hacer lo que quiera.

Asentí y bebí otro trago de agua. Abi era terrible.

—Un momento, Em. ¿A qué instituto ibais?

—Al Timber High —respondió.

Tomé nota mental mientras tarareaba para mis adentros. No me sorprendía no haberme tropezado con ninguno de los dos. Timber Plains no era una ciudad pequeña (solo en nuestro condado había doscientos mil habitantes), y además estaba muy dispersa. Transmitía a la vez la sensación de ser recogida y grande. El instituto al que habían asistido se hallaba al este de donde vivíamos Bobby yo, cerca de la frontera con Kansas City, en Misuri.

—¿Y tú? —se interesó Em.

Le expliqué que yo había asistido al instituto Piper High, y Abi y Stevie mencionaron que ellas eran de San Luis (cosa que yo ya sabía), pero que se habían matriculado en la Universidad de Lakeland por el equipo de baile. No lo sabía, pero Lakeland tenía fama de contar con uno de los mejores equipos universitarios de baile y bandas de música del estado de Kansas.

Siguieron hablando de varios miembros del equipo, y mientras lo hacían yo le lancé una mirada furtiva a Julian y me mordisqueé la uña del pulgar. No sabía qué le habría sucedido para pasarse un mes entero sin asistir a clase, pero tuvo que ser algo serio.

Fue entonces cuando me levanté para irme. Tenía que buscar algunas respuestas; la situación era demasiado caótica.

Primero, los ojos brillantes en el bosque. Eran casi invisibles, pero los había visto, y no eran humanos. El instinto me decía que no se trataba solo de un animal salvaje, y que tenía que ir con cuidado.

En segundo lugar, Julian. Me irritaba en todos los aspectos. Quería que me fuese sin ningún motivo, o al menos, ninguno que quisiera compartir conmigo. Y lo que más me fastidiaba era que mi seguridad parecía preocupar también a Rena, con lo que todo aquello parecía algo más que una simple coincidencia. Quiero decir, sería muchísima casualidad.

Tercero, Rena sabía que yo estaba en la Universidad de Lakeland. Al pensarlo caí en la cuenta de que quizá fuese ella la razón de que me hubieran aceptado. Si Rena había presentado la solicitud, entonces no había sido Bobby. Y, en tal caso, ¿qué motivos tenía Rena para quererme allí?

Y su mensaje contenía múltiples acertijos. «Ahora mismo no puedo acudir a ti. El mundo no es lo que parece. Mantente a salvo. Ponte esta cadena».

Pero fue la despedida lo que me hizo recordar el viejo libro de la

urna de vidrio en el Museo de Arte Sutton.

«Amor vincit omnia».



Cuando llegué al Edificio Bowman de Arte, el sol brillaba en el cielo un poco por encima del horizonte occidental. Al pasar junto a un extremo del edificio, vi a través de las ventanas que había una clase en horario de tarde. Entré por la parte de atrás, donde estaba el museo, y tiré de las pesadas puertas de cristal.

Una ráfaga de aire fresco y el eco tenue del jazz me recibieron. La recepción estaba vacía. Me acerqué y pulsé el timbre mientras me fijaba en la pantalla que había en la pared, detrás del mostrador. Mostraba numerosos acontecimientos que tendrían lugar durante el otoño.

Primero oí un repiqueteo de pasos en el suelo. Luego Abba dobló la esquina. Los tirabuzones grises y castaños le llegaban a los hombros, y tenía los labios pintados de malva, un color que me recordaba las manchas de vino.

Iba vestida como una auxiliar de vuelo, con una chaqueta negra, falda de tubo y un pañuelo atado a un lado del cuello.

—Ah, hola. —Entrecerró los ojos—. ¿No nos hemos conocido hace poco?

—Si, estuve el otro día, viéndolo todo. Pero fue muy breve.

Pareció complacida.

—Siempre me gusta causar buena impresión. —Se estiró la falda —. ¿Necesitas ayuda?

Lancé una mirada más allá del mostrador, hacia el museo. Pese a quedar algo más lejos, desde allí vislumbraba la sección de folclore. Di un paso en esa dirección.

—Estoy interesada en lo que me puedas contar de las leyendas de Timber Plains.

Esbozó una sonrisa.

—¿Te interesan los cuentos de hadas y las historias para dormir?

Me encogí de hombros, sin darle importancia.

—Culpable. Me encanta nuestra ciudad.

Mientras nos dirigíamos a la sección de folclore, inspeccioné las réplicas de artefactos que se creía que existían desde la época medieval.

—¿Sabes? —comenzó Abba, que me seguía de cerca, con voz serena—. A la hora de la verdad, el folclore no es más que las creencias, costumbres y narraciones de una comunidad, transmitidas de persona a persona. Narraciones orales, por así decir. A menudo esa es la razón principal de que muchas historias se vuelvan confusas a lo largo del tiempo. Tratamos de preservar la originalidad de esas historias, de mantenerlas tan auténticas como sea posible, pero las pequeñas imperfecciones son un rasgo humano, supongo.

Asentí y luego pasé junto a Abba y me dirigí hacia la urna de vidrio. Me quedé mirando la ilustración del hombre, identificado como Aadan, que se transformaba en un licántropo.

—¿Crees que hay algo de cierto en las historias? —pregunté, al acordarme de que las había mencionado el otro día, antes de que Em me sacara de allí a rastras.

—A mí me parece un poco absurdo creer que es todo inventado, ¿no te parece? —Se puso a mi lado y contempló también el contenido de la urna—. Lo que significa que, hace mucho tiempo, alguien aquí, en Kansas, creyó haber sido testigo de la transformación de un hombre en lobo para traer la paz y eliminar las amenazas presentes en la zona. Y no solo eso, sino que, cuando esa persona se lo contó a otra, esa otra lo creyó, y así se perpetuó. Es

muy probable que Aadan fuera una persona real, pero la historia de los licántropos les parece a muchos demasiado fantasiosa.

—Pero son licántropos. Unos seres inventados por Hollywood, ¿verdad? Hay pruebas —dije. Observé el libro con mayor atención aún, mientras ponía en duda la tradición. Claro que había leído historias y había visto películas con componentes paranormales, pero sabía que nada de eso era real. Casi me costaba más aceptar la idea de que hubiese adultos en la ciudad que aún creían en la existencia de los licántropos.

—Según a quién le preguntes —respondió—. Algunos no estarían de acuerdo contigo.

—Pero ¿por qué les interesan tanto los cuentos para dormir? No es más que algo que se inventaron para asustar a los críos y que se quedaran en casa. A menos que haya pruebas, me parece un poco…, no sé…, tonto, ¿no crees?

Enarcó una ceja y me miró con una vaga sonrisa. Me pregunté si sería una de aquellas personas que creían en la existencia de los licántropos. Seguro que no hablaba en serio.

Experimenté una sensación de calor en la garganta, que se me extendió por el rostro. Respiré hondo de nuevo.

Antes de que pudiera preguntárselo, Abba se dio la vuelta y se alejó. Sacó del mostrador una llave maestra grande y chapada en latón y, cuando se acercó de nuevo a mí, abrió un cajón de madera bajo la urna; se levantó un poco de polvo que relució bajo las luces brillantes. Luego colocó sobre el vidrio un libro con pinta de tener sopotocientos años. Estaba encuadernado en cuero y parecía bien conservado. *La trágica historia del mítico nosferatu y los licanos de Kansas City*.

Abrió el libro con una mano enguantada y pasó las páginas con mucho cuidado. El papel era tan fino que casi distinguía la página

siguiente. Era una colección de artículos, documentos e imágenes de un ser semejante a un lobo, pero no idéntico. Por lo que pude fijarme según iba pasando páginas, parecía haber una secuencia de ataques que cubrían un radio de unos ochenta kilómetros alrededor de la ciudad nueva. Todos los casos mencionaban una bestia feroz que acechaba a los comerciantes de pieles franceses a lo largo del río Misuri mientras construían asentamientos.

Abba cerró el libro y me miró como evaluándome, de un modo que me hizo sentir incómoda. Tal vez la había ofendido con mi comentario de antes.

—Ves —dijo. Devolvió el libro al cajón y lo cerró. Pero yo no había terminado, quería leer cada palabra de ese libro, saborearlas —. Esos registros son los últimos documentos que quedan de… algunas tragedias muy reales, e inexplicables. —Mientras Abba devolvía la llave al mostrador, recordé por qué había ido allí.

—Esa frase. —Señalé la segunda página del libro de folclore guardado en la urna—. «Amor vincit omnia». ¿Qué significa?

Abba se sacó de la nada un trapito y limpió la huella que yo había dejado en el vidrio.

Retrocedí, algo avergonzada.

—Perdón —murmuré.

Sonrió.

—No pasa nada, cariño —dijo mientras limpiaba, pero no creí ni por un momento que no pasara nada. Luego se metió el trapo en el bolsillo, se irguió, y carraspeó—. «Amor vincit omnia» es una frase en latín. Significa «el amor todo lo vence».

—Pero ¿por qué está debajo del hombre que se transforma en un licántropo?

—Otro de esos «tontos» cuentos para dormir, muchacha —dijo, un poco seca. Puede que sí la hubiera ofendido—. Has oído hablar

de *La bella y la bestia*, ¿verdad? —preguntó, y no esperó respuesta —. A veces, la única forma de romper una maldición es que el monstruo se enamore.

Asentí, pero antes de poder decir nada más me vibró el móvil.

Un mensaje de Stevie.

¡¡¡Vamos a ir a comer helado
y queremos que vengas!!!

Seguido de otro mensaje de Em:

¿¿¿Dónde estás??? ¿¿¿Estás bien???

Y uno de Abi:

Me da igual con quien estés,
plántalos y ven con nosotras.

Guardé el teléfono para no parecer descortés mientras charlábamos, y al hacerlo reparé en que Abba se había fijado en la cadena con el colgante y la miraba como si la conociera de algo. El ópalo de la camisa se me debió de salir al inclinarme para ver la urna. Al principio lo llevaba en el bolsillo, pero antes de la comida me lo colgué del cuello por si las advertencias de Rena resultaban ser ciertas.

—Tengo que marcharme, pero te agradezco que me hayas dedicado tu tiempo, Abba.

Parpadeó y dio un paso atrás, con una mirada recelosa.

—No hay problema —dijo. Se alisó la falda con las manos y se tiró del borde de la chaqueta—. Que pases una buena tarde… —dijo,

con una pregunta implícita.

—Mira —respondí mientras me dirigía a la salida—. Lo mismo digo.

Salí del museo por la misma puerta que había entrado y nada más salir saqué el móvil. Avancé con paso rápido, porque se había puesto el sol y el cielo nocturno se había vuelto azul y púrpura oscuro. Era difícil ver la luna, pero se distinguía su silueta tras las nubes que se desplazaban con lentitud.

Me puse algo tensa al darme cuenta de que el camino estaba bastante oscuro, y que iba a tardar un buen rato en llegar a Hester Hall. Aunque había farolas que iluminaban parte del Campus Central, no era suficiente. Estar tan lejos de todo el mundo y sola en la noche me hizo sentir aprensiva. El silencio era inquietante.

Me rodeaba una incertidumbre, una quietud que me hacía estremecer, y tras cada parpadeo, veía de nuevo aquellos grandes ojos animales. Podía verlos brillar, vigilantes, preparados para saltar sobre mí.

«Confía en tus instintos», había escrito Rena. Apreté el ópalo en la mano, con la esperanza de que aquella maldita cosa fuese realmente un amuleto de protección.

La brisa se abría paso entre los árboles. Aceleré el paso, y no dudé en echar a correr. Desbloqueé el móvil y empecé a responder a Stevie, cuando de pronto choqué con alguien y el impacto me hizo retroceder un metro o más. El teléfono casi se me cayó de las manos.

—Lo siento mu… —empecé a decir, y entonces me di cuenta de que era Julian.

Él también parecía sorprendido. Tenía los ojos dilatados y la boca abierta. No esperaba encontrármelo en este extremo del campus. Miré por encima del hombro el vacío que dejaba atrás, la noche

callada, y luego lo volví a mirar a él. Se quedó inmóvil un momento, mirándome, mientras el cabello se agitaba al viento. Y, con la misma velocidad que cuando chocamos el uno con el otro, pasó a mi lado y continuó como si nada hubiese ocurrido.

—Espera —le dije, con la voz más temblorosa de lo que pretendía. Me latía el corazón con tanta fuerza que me pregunté si podría oírlo, si era lo único que lo había hecho dudar. Julian no se volvió de inmediato, sino que dejó caer los hombros y agachó la cabeza. Cuando por fin se volvió hacia mí, vi que inspiraba hondo y se le hinchaba el pecho, como si se preparase.

Me erguí y traté de hacer acopio de valor.

—Verás, solo quiero saber a qué te referías antes. Me parece injusto que me sueltes algo así y luego te marches. ¿Qué has querido decir con «aquí no estás a salvo»? ¿Hay algo que debería saber?

Julian ya no me miraba a la cara. Miraba encima de mis pechos, con la vista clavada en el colgante. Chasqueó la lengua.

—Creo que ya lo sabes —respondió, y, como la otra vez, desapareció y yo me quedé a solas en la noche, con más preguntas que respuestas.



Capítulo 10

No engañé a la muerte; la muerte me engañó a mí.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Después del helado, Stevie y yo decidimos organizar una fiesta de pijamas en la habitación. Bueno, sería más adecuado decir que Stevie lo sugirió y yo, pese a mostrarme aprensiva (tenía que concentrarme en buscar en internet sobre el colgante que me había enviado Rena), decidí que me convenía un descanso mental. Ya había experimentado suficiente por un día y quería un poco de normalidad, aunque solo fueran unas horas.

Abi y Em trajeron los colchones a rastras por el pasillo y yo bajé al vestíbulo de la residencia para llenarme de hielo la botella de agua. Se habían dejado la televisión encendida. Estaba colgada encima de la chimenea y en el centro de la pantalla se veía a la presentadora del programa de noticias. Tenía el pelo largo, oscuro y

rizado, y el viento se lo agitaba ante lo que parecía el parque de la zona. Tras ella ondeaba una cinta amarilla. A la derecha, junto a los árboles, había un grupo de personas de la ciudad. Llevaban pancartas y carteles improvisados.

¡Existen!
¡El fin se acerca!
¡Cuidado con los licántropos!

La cámara se centró de nuevo en la periodista. Las luces brillantes hacían que le brillara la piel.

—Última hora. Dos estudiantes de la Universidad de Misuri-Kansas City han sido víctimas de un ataque espantoso y uno ha muerto este fin de semana. Al parecer, se trata de un oso.

»El ataque tuvo lugar el sábado en Kansas City, cuando los estudiantes, que habían salido juntos, se toparon con la fiera al este del refugio número 12, cerca de la ruta White Tail Loop, en el parque de Timber Plains, como pueden ver su imagen.

»La otra víctima consiguió escapar y dio con un agente de policía que patrullaba el parque del condado.

»Las autoridades todavía están investigando el ataque y mantienen en secreto la identidad de las víctimas.

Se vieron en la pantalla fotos de la escena del ataque; cuando volvió la emisión en directo, la periodista estaba entrevistando a una de las personas que llevaban pancartas. Era un hombre blanco de mediana edad que vestía gorra, chaqueta y pantalones de camuflaje.

»Sabemos que esta ciudad tiene fama por las leyendas sobre licántropos, pero según los informes se trata de un oso. Los osos no son nativos de Kansas, pero no es imposible, desde luego. ¿Qué opinan usted y sus amigos de este incidente? —preguntó.

—Estamos seguros de que no ha sido un oso. Todos hemos visto

al monstruo con nuestros propios ojos cuando trató de comerse a nuestro ganado. La Biblia dice: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces».

—¿Cree que se trata de licántropos? —preguntó la periodista.

—Estamos seguros de que han sido licántropos, señora. Dicen que, cuando ya no queda sitio en el infierno, los muertos caminan sobre la tierra, así que vaya con cuidado y ponga sus asuntos en orden. Se acerca el fin.

La periodista se volvió hacia la cámara.

—Eso es todo por hoy. Permanezcan atentos, les informaremos si se producen más noticias.

Pasaron a la siguiente información y un recuerdo me vino a la mente. Tenía que ver con el rostro de la periodista, con la mirada penetrante en los ojos castaños y la manera en que el viento le agitó el pelo hacia el final.

Me recordó a Rena. Hacía seis años.

Tenía las mejillas muy rojas y los rizos de un negro intenso empapados por el sudor. Le vi un largo corte en el brazo. Lo llevaba vendado, pero la venda se había empapado de sangre. Estaba rebuscando entre las cajas de su armario.

—¿Mamá? —murmuré, y pegó un respingo. Algo se le cayó al suelo. Si algo caracterizaba a Rena era que no se asustaba con facilidad. Nunca se había asustado, y eso que yo lo había intentado durante años solo para fracasar.

Me miró con los iris de los ojos rodeados de un halo de sangre, y casi se me paró el corazón. Era como si la hubieran atacado…

Antes de que me pudiera acercar, corrió hacia mí, y di un traspiés. Vi un destello y la puerta pareció cerrarse sola. No me moví. No fui capaz. Confusa por lo que había creído ver, me dejé

caer sentada en el suelo y escuché a mi madre buscar algo hasta que junté fuerzas para volver a mi dormitorio.

Al día siguiente me la encontré despierta muy temprano, preparando el desayuno y con una sonrisa en la cara. No me dijo nada de la puerta ni de las heridas, pero yo debería haber sacado el tema. Era un asunto que me volvía a la mente una y otra vez a lo largo de los años y me angustiaba.

Aquella noche no reconocí a mi madre. Vi una parte de ella que no había visto antes, y más adelante me pregunté si lo que le había pasado, la pelea en la que seguramente se había visto inmersa, había sido uno de los motivos de que se marchara. Debía de estar huyendo de algo.



Capítulo 11

Llegan por la noche; pero nosotros, también.

Artículo VI, Cartas perdidas de Aadan Primero

Cuando llegué a mi habitación, Em se estaba riendo de buena gana. Se había sentado al lado de Stevie, en su cama, y Abi se había acomodado con un osito de peluche en el colchón que había traído. Cuando entré, todas se me quedaron mirando.

—No es por aguar la fiesta, pero ¿os habéis enterado de lo del ataque del oso? Una persona ha muerto, y hay gente convencida de que es cosa de licántropos. Lo dicen en serio.

Abi puso los ojos en blanco, pero Stevie frunció el ceño antes de hacerme señas para que me acercara y cerrase la puerta.

—¿Qué? —dijo casi en un susurro—. ¿Qué es eso del ataque de un oso? ¿Un animal ha matado a alguien?

Se levantó a toda prisa, corrió hacia su cómoda y sacó un

cuenquito de porcelana. Dentro había unas ramitas de cedro.

—No puedes quemar eso aquí, tía —le dijo Abi.

Pero Stevie no le hizo caso y abrió la ventana junto a mi cama, y prendió fuego a la madera.

—Calla, solo es un momento. Es para hacer una limpieza.

Dejé la botella de agua en la mesa y les seguí contando lo que había visto.

—Sí. —Cogí aliento—. Ha sido un alumno de la UMKC.

Recordé los animales que había visto la noche anterior. ¿Serían osos? ¿Tal vez estaban en época de emigración y alguien nos tendría que haber avisado?

Em frunció el ceño y abrió mucho los ojos.

—Vale. Pero los licántropos no existen —dijo Abi al tiempo que se incorporaba—. Sin ánimo de ofender, o bueno, ofendeos si queréis, pero la gente de por aquí es muy supersticiosa.

Em dejó escapar una risita burlona y sus ojos color castaño dorado parecieron oscurecerse.

—¿Qué pasa, Abigail, no crees en los licántropos?

Abi le lanzó el peluche a Em, y esta lo esquivó entre risas. Stevie volvió a su sitio en la cama, le tiró el juguete de vuelta a Abi y se volvió hacia Em.

—¿Qué pasa, tú sí crees?

Em soltó un bufido.

—¿De verdad no habéis investigado nada sobre la ciudad a la que habéis venido a estudiar? Venga, Mira, díselo.

Me senté en el colchón de Abi, junto a ella, y crucé las piernas. Todas me miraron.

—No, Em, sigue tú —la animé para no tener que hablar. Me empecé a mordisquear una uña.

Em apretó los labios y se tiró de una trenza.

—Según cuenta la historia, hace mucho tiempo, los licántropos llegaron en manadas al Medio Oeste porque estaban en guerra con los vampiros que se habían escondido aquí —empezó. Cruzó las piernas y me miró.

Se me encogió el corazón. Por un momento, volví a sentirme como una niña pequeña, y sentí un aguijonazo de ilusión en la boca del estómago, como si no hubiera escuchado mil veces aquella historia, como si no hubiera hablado con Abba esa misma tarde. Solo que esa vez parecía diferente al contarlo Em, una forastera, y a la luz de las nuevas informaciones.

—El líder de los licántropos ayudó a derrotar a los vampiros —siguió Em—. Protegió a los humanos y prometió proteger también la tierra para que reinara para siempre la prosperidad. En eso pusieron sus esperanzas. Nadie sabe qué pasó con los vampiros después de la guerra, pero hay quien cree que los licántropos se quedaron para velar por la ciudad en caso de que regresaran. Ahora… hay quien dice que, si miras fijamente la oscuridad del bosque, verás un par de ojos amarillos… ¡y el cuerpo de un monstruo! —Em dio un salto y asustó a Stevie, que le dio un empujón.

Yo también di un salto, no por la historia, sino por el detalle que había mencionado de los ojos.

—Tu versión es diferente de la mía —dije, tratando de ocultar el miedo—. Lo de los ojos en el bosque…

No terminé la frase. No era nada que hubiera leído en los libros de leyendas de la ciudad, y Rena no lo había mencionado al contarme las historias.

Em no se inmutó.

—Cada familia comparte las historias de una manera. Esta es la que me contaba mi abuelo. —Miró a Stevie y a Abi—. Pero, si los licántropos existieran, serían las bestias más abominables. —Luego

me miró a mí—. Es mejor no prestar atención a esas cosas de monstruos.

Abi se levantó y se recogió el pelo en un moño.

—Tengo una idea genial. ¿Por qué no salimos por si vemos uno?

—Y una mierda —replicó Stevie—. ¿Es que no has oído la historia de Em? Las bestias más abominables, Abigail. ¿Qué te hace gracia?

Abi se encogió de hombros.

—No va a pasar nada, cobardica. Solo son cuentos. Venga ya, no me digas que crees en los monstruos. Seguro que ha sido un oso, como han dicho en las noticias.

Stevie hizo una mueca y no se movió de la cama.

—Bueno, vale. Si os da miedo salir, por lo menos vamos a apagar las luces para mirar por la ventana —dijo Abi. Corrió hacia el interruptor. Ninguna nos movimos—. Venga, dadme el capricho, aunque sea un minuto nada más.

—No —replicó Stevie.

—Sí —dijo Abbie y, sin más, pulsó el interruptor y desenchufó de un tirón las lucecitas del techo.

Al principio, ninguna de nosotras se movió, pues no sabíamos qué podía pasar; aunque los licántropos no existieran, la más que real amenaza de los osos sí que existía.

Pero, luego, Abi corrió hasta mi cama, apartó las cortinas y, con la rendija de luz de luna que entró, vi la sonrisa en el rostro de Em. Me hizo una seña para que fuera con ella y tiró también de Stevie. Las cuatro nos sentamos en mi cama y Em abrió la ventana al aire frío que soplaba en el exterior. Miramos en silencio, muy juntas.

—Venga, estupendo, ya lo hemos hecho. —Stevie se apartó para alejarse de la ventana.

Abi la agarró para que no se moviera.

—Un minuto, solo un minuto.

Stevie apretó los labios y empezó a rezar, y Em sugirió que contáramos los segundos en voz alta. Fui susurrando los números sin dejar de mirar la oscuridad del bosque con mis amigas, agarrada a la mano de Stevie. Cuanto más avanzaba la cuenta, más nerviosa me ponía.

¿Qué pasaría si los ojos aparecían de nuevo? ¿Y si de verdad veíamos algo que no era un oso? ¿Significaría eso que las leyendas eran ciertas, que la gente de las pancartas había dado en el clavo?

Y si los licántropos existían, ¿qué? ¿Por eso me había dicho Rena que me cuidara?

Pero llegamos a sesenta, y no pasó nada. No se vio nada entre los árboles.

Suspiré de alivio.

—¿Veis? —dijo Abi al tiempo que cerraba la ventana—. No es real.

Asentí. No era real. Nunca lo había sido.



Capítulo 12

Hay quien nos llama «hijos de la oscuridad». Para ellos es difícil comprender nuestra luz.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

El segundo día de clase, vi que tenía la asignatura de Historia con Julian en el edificio Lansing. Se sentó a unas cuantas filas de distancia de mí, en la otra punta del aula.

Su presencia me resultaba exasperante. No, no me miró, ni siquiera respiró en mi dirección. Era una estupidez por mi parte que me importara siquiera, pero todo había empezado con tanta hostilidad entre nosotros… ¿Qué otra cosa iba a pensar? ¿Qué iba a sentir?

Julian tenía información vital que podía cambiar mi trayectoria en la Universidad de Lakeland. Mi madre y él me estaban avisando de algo que se suponía que ya debía saber, pero cuando lo presioné

para que me dijera a qué se refería con eso de mi seguridad me miró con una compasión que me resultó insoportable.

«Creo que ya lo sabes», me había dicho. Pero no era así. No sabía nada, y eso me estaba poniendo de los nervios. Lo primero que se me había ocurrido era acorralarlo al salir de clase y exigirle que me lo contara todo, porque tenía que saber para qué me estaba preparando, pero desapareció nada más terminar la clase. No vi ni rastro de él en el pasillo, ni fuera del edificio. Me estaba evitando, seguro.

Hice una mueca y me remetí el pelo detrás de la oreja. No iba a ser fácil sacarle información. «Menudo imbécil».

Por suerte, la clase de Literatura era en el mismo edificio, solo que en la tercera planta. Llegué al aula con la lengua fuera, pero enseguida vi a Naomi sentada en una de las filas y corrí a ocupar el asiento vacío junto a ella antes de que me lo quitaran.

—Hola —la saludé, jadeante, al tiempo que sacaba la libreta del bolso.

Nada más verme, se le iluminaron los ojos y dio unas palmaditas silenciosas.

—Cómo me alegro de verte, Mira. Ay, dios, no sabes cuánto siento lo de ayer, no dejé de parlotear. Son los nervios, ya me entiendes.

Asentí.

—Vaya si te entiendo.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas—. Ya sé que a veces me paso mucho, pero pareces muy amable… Tan amable como para aguantarme.

Sonreí, satisfecha de mí misma y del cumplido que me acababa de dedicar. Tras la desaparición de Rena, nunca me había calificado a mí misma de «amable». Me convertí en alguien que trataba de

sobrevivir, que trataba de aprender a vivir sin madre. Me volví inestable, esquiva. Desarrollé una gran ansiedad y tenía miedo al abandono, así que entendía muy bien a Naomi: era muy consciente de que la ansiedad te cambia, porque, a ratos, yo era insoportable.

—Quería hacerte una pregunta —me dijo para cambiar de tema —, ¿vas a ir al partido de fútbol americano el sábado? Por lo visto es muy importante. No tenía ni idea de lo bueno que era el equipo de fútbol de la universidad.

Pulsé una y otra vez el botón del bolígrafo y pensé en Seven, en lo mucho que le gustaría que asistiera.

—Estaba pensando ir, sí. Un amigo me invitó.

Naomi abrió mucho la boca y se inclinó hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Un amigo muy amigo?

Se me escapó la risa y me imaginé lo que disfrutaría Seven con aquella conversación.

—Es un chico —asentí—. Juega en el equipo.

—¡No me digas! —exclamo Naomi.

—Sí te digo.

—Me muero de envidia. Y yo no consigo que nadie devuelva un guiño. Yo que pensaba que en el Medio Oeste todo eran arcoíris y rayos de sol…

—Un momento. ¿Me estás diciendo que vas por ahí guiñándole el ojo a todo el mundo?

Me guiñó un ojo.

—Pues claro.

Las dos nos echamos a reír, y en aquel momento el profesor dio comienzo a la clase. El primer libro sobre el que íbamos a trabajar sería *Cumbres Borrascosas.* Ya lo había leído el curso anterior en el instituto. Estaba muy a favor de la venganza, pero en aquel

momento me pareció demasiado próximo.

Después de clase, fuimos a comer juntas, y di las gracias por la conversación constante de Naomi. Era la mejor distracción posible, y me hacía más falta de la que me imaginaba. Además, aunque eso no sirvió para quitarme las preocupaciones, me di cuenta de que era una narradora fabulosa.

Me contó cómo había terminado por accidente en el edificio que no era para la clase de Finanzas debido a que leyó mal el horario. Como no quería llegar tarde, robó una bicicleta que no estaba encadenada para ir al edificio correcto. Me juró que la había devuelto después de la clase, pero no la iba a criticar. Yo habría hecho lo mismo.

Comimos pizza y nos sentamos al final de una mesa larga, entre gente a la que no conocíamos. Las conversaciones que nos rodeaban llenaron los escasos momentos de silencio. No tardé en enterarme de que, a diferencia de casi todos los estudiantes de primero, Naomi no vivía en el campus, sino a unos diez minutos, en casa de una tía suya que trabajaba en la ciudad.

—Es mejor que una beca —reconoció.

Le dije que, si alguna vez necesitaba descansar un rato durante el día, podía venir a la habitación que compartía con Stevie. En el campus había un centro estudiantil y salas de estudio privadas, pero me pareció un detalle.

—¿Te has enterado de lo del oso? —preguntó con los ojos muy abiertos—. Mi tía no habla de otra cosa. Creo que una persona que trabaja con ella es amiga de la familia de la víctima.

Me limpié la boca con una servilleta y recordé lo que había visto en televisión.

—Es una tragedia —dije—. Y también muy raro, ¿no? En Kansas no suele haber osos. No sé qué hacía uno aquí.

Naomi se inclinó hacia mí.

—He oído decir que lo del oso es una tapadera.

No, por favor. Otra vez, no.

—¿Una tapadera de qué? —pregunté, muy consciente de que no quería oír la respuesta.

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Es lo que me ha dicho mi tía. Ella cree que el autor es una persona.

Apreté los labios antes de decir nada. ¿Qué sabría Bobby del caso? Y, si sabía algo, ¿qué me podría contar?

—¿Una persona? Pero ¿no hay testigos que aseguran que fue un animal?

—Ya, bueno… Igual nos faltan detalles…

—Igual —asentí, aunque seguía indecisa.

Después de comer, llamé por teléfono a Bobby. Me saltó el contestador, cosa que me preocupó. Siempre me cogía el teléfono, aunque estuviera trabajando. Y siempre lo llevaba encima. Estaba atento a mí hasta la exageración. Pero tal vez yo pecaba de impaciencia. De un tiempo a esa parte, las cosas iban un poco aceleradas. Repasé los mensajes que nos habíamos enviado. El último era mío. Él lo había leído, pero no respondió, cosa rara en él.

En la última clase no pasó nada reseñable, hasta el punto de que casi me quedé dormida. Apenas había pegado ojo la noche anterior. Aunque todas mis amigas estaban conmigo en la habitación, yo no podía dejar de pensar en cómo me había mirado Julian bajo las nubes que cubrían el cielo estrellado. Y luego, en Rena, en su manera de ocultarme información imprescindible para seguir con vida, cosa que además era lo que la había motivado a escribirme de repente. Había demasiadas cosas a la vez que requerían mi atención; el mundo giraba con una velocidad imparable y yo apenas

tenía tiempo para respirar y no caerme.

Tras la clase, fui al centro de atletismo Averill. Les había prometido a las chicas que las vería entrenar. Era justo lo que necesitaba para distraerme y, si eso tampoco daba resultado, me podía sumergir en las páginas de *Cumbres Borrascosas.*

Agitaron la mano y sonrieron al verme, y me senté en la grada con el estómago atenazado por los nervios. Me moría de envidia. Antes de que desapareciera Rena, me encantaba bailar, y si hubiera dedicado más tiempo a bailar que a correr tal vez estaría en condiciones de formar parte del equipo. Y no sabía si volvería a ser la que fui, si la chispa que tuve volvería a prender.

La banda empezó a desfilar con los instrumentos en la mano. Los entrenadores hicieron sonar el silbato y, mientras empezaban con su rutina, el teléfono me vibró al recibir un mensaje de Bobby. Sentí un alivio sorprendente. Ya había tomado la decisión de que, si no recibía noticias suyas, tenía que ir a casa o a la comisaría para comprobar que estuviera bien.

Espero que lo estés pasando
en grande, bicho.

Perdona, no oí la llamada. Llevamos
un par de días locos de trabajo.

Cuídate, nena. Y si necesitas
lo que sea, dilo.

Era el mensaje más paternal de la historia, y pese a eso no pude contener una sonrisa. Me sorprendió lo mucho que lo echaba de menos, y darme cuenta me provocó un nudo en la boca del

estómago. La carta de Rena. El colgante. Las constantes amenazas contra mí. Si Bobby se enteraba, se llevaría un susto de muerte. Una parte de mí quería contárselo, pero todos los instintos me decían que no, que lo protegiera de eso o los dos nos íbamos a volver locos. Bobby me cosería a preguntas, y total, ¿para qué? Si no tenía respuestas. O todavía no.



Capítulo 13

Nacimos juntos; no deberíamos morir separados.

Artículo IV, Cartas perdidas de Aadan Primero

Alguien susurró mi nombre. Era un sonido ronco, jadeante.

Me detuve, me agarré al pasamanos de madera y miré hacia atrás. Estaba bajando por la escalera principal para ir a la cafetería del primer piso de la Biblioteca Faulkner. La tarde era cálida. La luz de última hora de la tarde entraba por las cristaleras de las ventanas y salpicaba las paredes de madera y las estanterías de azules, verdes y naranjas.

Volví a oír el sonido y miré hacia arriba. La gran araña de cristales centelleaba. Subí de nuevo por la escalera con los ojos bien abiertos mientras el olor a cuero y a pino me envolvía. Había estudiantes en pequeños grupos. Unos estaban en salas de estudio privadas; otros, en la zona de ordenadores; pero la mayoría se

encontraban sentados ante las mesas y escritorios, o en los sofás. Y ninguno parecía estarme llamando.

Empecé a pensar que me lo había imaginado todo, señal inequívoca de que necesitaba dormir. Me olvidé del tema para concentrarme en conseguir cafeína, pero de pronto volví a oír el sonido.

—Mira —dijo la voz.

Me puse tensa como un cable y fui en dirección a la fuente por el pasillo de baldosas que llevaba hasta otra hilera de libros. En aquella zona, los pobres no debían de haber visto la luz del sol en muchos años. Me acerqué poco a poco, y me asomé entre las hileras de estantes en busca de la voz hasta que esta se transformó en una risa gutural, ronca.

Una figura alta asomó tras la última hilera. Me sobresalté y el corazón me dio un vuelco bajo el colgante que llevaba al cuello. ¿Cómo se me había ocurrido meterme sin pensar en aquella trampa? «No se puede ser más tonta». Pero todo cambió cuando la figura salió de entre las sombras. Era Seven.

—Serás idiota… —farfullé con alivio. Me moría de ganas de darle un buen puñetazo en el brazo para que pagara caro el susto.

Dejó escapar una risita.

—Hola —me saludó, con una sonrisa.

Esa sonrisa, junto con los ojos seductores, era irresistible, como un rayo de sol que se le hubiera instalado bajo la piel oscura. Me fijé en cómo me miraba: demasiado tiempo para ser solo amigos.

—Tienes cara de haber visto un fantasma —dijo, como si no fuera evidente.

Un fantasma habría sido preferible a lo que creí que me estaba persiguiendo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en susurros, y miré a mi

alrededor para asegurarme de que no molestábamos a nadie. Las normas de la biblioteca eran muy sencillas: no hablar en el segundo piso.

Seven salvó la distancia que nos separaba y se apoyó contra una estantería. Llevaba los rizos recogidos en un moño alto, con un corte degradado recién hecho a los lados y en la parte de atrás. La ropa era sencilla: un jersey negro de punto y tejanos. Me llamó la atención verle el nacimiento de una cadena de oro bajo el cuello de la camisa.

—¿Cómo que qué hago aquí? —Se inclinó hacia delante; la proximidad repentina hizo que se me cortara la respiración—. Estoy en la biblioteca, estudiando, como todo el mundo —siguió—. ¿Qué pasa, crees que los deportistas no estudiamos?

Hice una mueca.

—No me tergiverses, que no he dicho eso.

Frunció el ceño.

—No sé qué pensar. Ni siquiera me has prometido que vas a venir a mi primer partido… —bromeó.

—No puedo decirles que sí a todos los chicos que me piden salir.

Se paró un momento.

—¿Hay…, hay muchos pidiéndote salir?

«No. Ni de lejos». Pero no se lo dije. Bajé la mirada para romper el contacto visual. Menos era más, o eso me habían dicho. En cuestión de salir con chicos, había tenido muy mala suerte, pero había visto muchas películas y leído muchos libros.

—Oye, no te dije que no fuera a ir a tu primer partido. Dije que «puede».

Se echó a reír.

—Cuestión de semántica. A ver, la pregunta importante de verdad: ¿qué haces tú aquí?

Arrugué la nariz y traté de decidir hasta qué punto quería decirle la verdad. Stevie había organizado una fiesta de estudiar en la habitación, y el entorno me resultaba agobiante. Desesperada, había llamado otra vez a Bobby, pero no me cogió el teléfono. Antes había ensayado cómo le iba a contar lo que había sucedido, cómo le revelaría poco a poco la reaparición de Rena, igual que se mete muy despacio a un cachorrito en un baño caliente. Pero cada versión del relato acababa con él derrumbándose, y también sabía que intentar protegerlo de la verdad solo serviría para hacerle daño. Tenía que arrancar el esparadrapo de un tirón veloz…, pero seguía sin saber cómo hacerlo.

Por otra parte, necesitaba un refugio mientras investigaba la frase *Amor vincit omnia.* Era vital entender por qué la había utilizado Rena, por qué estaba tan imbricada en el folclore de nuestra ciudad. Era demasiado precisa para tratarse de una casualidad.

Ya había averiguado que la frase era de un poeta romano nacido alrededor del año 70 a. e. c., y aparecía en su primera obra, *Bucólicas.* La primera frase era *Omnia vincit amor: et nos cedamus amori*, que quería decir: «El amor todo lo vence: rindámonos nosotros también al amor».

En la obra, estas palabras las pronunciaba en su lecho de muerte un hombre llamado Galo. Se había vuelto loco por un desamor y, cuando el dios Apolo le preguntó por qué se empeñaba en seguir así, se limitó a responder: «El amor todo lo vence».

Así que supe qué responderle a Seven.

—Investigar la historia de Roma.

—Impresionante —dijo. Se hizo un silencio. Al final, carraspeó—. Sobre lo del sábado que viene…

Tuve que apretar los labios para contener la risa.

—Mis amigas actúan en el descanso, así que estoy obligada a ir.

—¿Son animadoras?

—Del equipo de baile.

—Ah, claro, claro. ¿Dónde están esta tarde?

—Se han juntado para estudiar.

—¿Y no te han invitado?

—Sí, pero me distraía mucho.

En ese momento noté que Seven tenía la mirada fija en el colgante, o al menos quise pensar que era en el colgante. Me lo había dejado puesto hasta para dormir y me había olvidado de que lo llevaba.

Se acercó un paso y cogió el ópalo entre el índice y el pulgar.

—Es precioso. —Su contacto me produjo una descarga de calor, como si fuera una brasa—. Parece que tienes competencia —susurró en dirección a la joya—. Pero no te preocupes, vas en cabeza.

Una calidez me subió por las mejillas hasta la nariz y las orejas. Me sentí como una idiota, sin saber qué responder. Seven era todo un profesional en sondear el terreno. Tenía un carisma natural que hacía sentir simple a cualquiera que estuviera a su lado. No era la primera vez que me admiraban, y era consciente de tener cierto atractivo pese a la expresión de constante enfado que me había correspondido por herencia, pero nunca me habían hecho un cumplido que me hiciera sentir así.

—Gracias —dije, porque era lo más cortés—. Es una herencia familiar.

Seven soltó el colgante y se sacó la cadena de la camisa.

—Yo también tengo uno.

Me lo puso delante y lo cogí entre los dedos, acaricié con el pulgar la trenza dorada con una cruz ansada grabada en el centro. Me resultaba vagamente familiar, sabía que era un símbolo egipcio porque lo había visto en un libro de historia en el instituto.

—Es un amuleto de protección —explicó Seven con una sonrisa amable—. En mi familia, todo el mundo tiene una.

—¿Protección contra qué? —quise saber.

—Contra el mal —susurró, y se volvió a meter la cadena por debajo de la camisa—. Si alguna vez necesitas que te acompañe de vuelta a tu habitación, solo tienes que…

—¡Hola, Sev!

Dos miembros del equipo doblaron una esquina y nos sobresaltaron. Seven los mandó callar, pero no dejaron de reírse mientras se alejaban.

A pesar de ser estudiante de primer año, Seven ya tenía muchos amigos, pero me imaginé que era debido a su posición como *quarterback*, y tal vez a un poco de nepotismo. Pero sus muchos contactos hicieron que me preguntara si conocería a Julian, o si se moverían en los mismos círculos. Tenían una constitución similar, así que tal vez Julian jugara también al fútbol. La gran diferencia era que Seven era mucho más alto y esbelto. Si no hubiera sabido que lo suyo era el fútbol americano, habría pensado que se dedicaba al baloncesto, debido a su altura.

—¿Todos tus amigos te llaman Sev?

—Los que me conocen bien, sí.

Se le fueron los ojos hacia mis labios.

—Me parece encantador —dije.

—Puedes… —Casi tartamudeó al hablar—. Puedes llamarme Sev, si quieres.

—No sé yo si te conozco tan bien.

—Pero somos amigos, ¿no?

Le sonreí y asentí.

—Claro. Hablando de amigos, ¿conoces a Julian?

—¿A Julian? ¿Juju Kipp? ¿El *tight end* del equipo?

—No. Julian Santos.

Se le endureció la expresión y me puse alerta. Miró en todas direcciones antes de volverse a mí.

—Es mal tipo.

Bajé la voz para no sonar demasiado impaciente.

—¿Qué quieres decir?

Tragó saliva.

—No te traerá nada bueno, Mira.

—¿En qué sentido?

—Da mala espina —dijo en susurros. ¿Por qué era tan esquivo en las respuestas, si nadie nos oía?—. Por lo general, no se me ocurriría decirte de quién puedes ser amiga o no, pero, por lo que sé de él, no vale la pena. Te traicionará sin pensárselo dos veces. Es… —Se interrumpió. Tenía dilatadas las aletas de la nariz. La sola mención de Julian le había llegado a una zona muy oscura que tenía dentro. Lo hundió en las sombras de una manera que no habría creído posible si no lo hubiera visto en persona—. No digas que no te lo he avisado —terminó en tono cortante. Luego, miró a su alrededor como si lo llamasen.

Allí no había nadie, solo tensión en el aire.

—Eh —susurré. No sé por qué, tenía ganas de tocarlo, de ponerle la mano en el hombro, pero aquella interacción me había recordado que no lo conocía suficiente—. ¿Qué he dicho para que te molestaras tanto? No sé si lo pretendías, pero has sido un poco brusco…

Seven se calmó y dio un paso atrás.

—Perdona, no era mi intención. Julian y yo no somos amigos. Nos conocemos, tenemos una historia complicada, y eso a veces me saca de quicio. —Respiró hondo y la luz le volvió a la cara junto con los hoyuelos cuando sonrió—. Me alegro de haberte visto, Mira. Y te

lo he dicho en serio, si alguna vez necesitas que te acompañe de vuelta a tu habitación, dímelo, ¿vale?

Asentí, todavía sorprendida por su reacción.

—Claro —dije.

—Ya nos veremos. —Y, sin más, se alejó.

Fui hacia la escalera, todavía sorprendida por lo que había pasado, y algo me detuvo bruscamente. Esta vez no fue una voz, sino un cartel. Al subir no lo había visto, pero en la pared, junto a los cuartos de baño, había un papel color marfil con el sello oficial de la universidad en la base.

En él se leía en letras grandes: NO CORRAS RIESGOS. PRESTA ATENCIÓN.

Era sobre los ataques de animales que habían tenido lugar, y aconsejaba a los estudiantes que no fueran a los parques después de anochecer. Sentí una opresión en el pecho y un ataque de pánico que me hizo llamar a Bobby. El teléfono dio señal hasta que saltó el contestador automático.



Capítulo 14

Eras mi enemiga incluso antes de ser mi amiga.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

Me despertaron el movimiento del aire y el silencio apacible.

Me había acostumbrado al sonido distante de conversaciones en los estrechos pasillos, al chirrido de las bisagras de las puertas, al tenue pitido de alguna cafetera. No oír nada de eso me sobresaltó. Miré la hora de inmediato. Me había dormido, y tenía quince minutos para llegar a tiempo a clase. Solo en caminar hasta allí ya iba a tardar ese tiempo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas mientras me ponía unos vaqueros gastados y la primera camiseta que encontré, una heredada de Bobby, descolorida y que me venía grande. Sabía que no tenía demasiada importancia, pero yo nunca llegaba tarde. Era algo que solo dependía de mí misma, y mientras me desenredaba el

pelo y peinaba las puntas con cuidado, me temblaban los labios. «Mierda». ¿Qué consecuencias tendría? En clase había estado demasiado distraída para fijarme… Lo que era un buen resumen de toda la puñetera semana. Necesitaba de inmediato que quien quiera que estuviese tirando de los hilos me diese un puto respiro. «Menudo desastre estoy hecha».

Mi salida a toda velocidad de Hester Hall, bajo la luz cegadora del sol matutino, perturbó a la multitud de estudiantes que paseaban relajados por el Campus Central. No iba a fingir que no notaba las miradas de desagrado, pero, por una vez, me daba igual que me viesen llorar. Aquello… Aquello era importante para mí.

Una vez llegué al edificio Lansing, me lancé a la carrera hasta detenerme frente a la puerta de la clase. Esperé un instante y, por encima del sonido de mi respiración acelerada, oí que el profesor hablaba de algo prosaico.

Abrí la puerta muy poco a poco, lo justo para colarme, y me senté en una silla del fondo.

—Por tanto, pido disculpas por el retraso, pero por favor, prestad atención a la pantalla; me gustaría que os dividierais por parejas y respondieseis a esas preguntas de vuestro pasado, para que os vayáis conociendo.

Me hundí en la silla con un suspiro irritado. El destino me ponía a prueba, a ver cuánto aguantaba antes de arrancarme los pelos de la cabeza. Creía, esperaba, que ya no hubiese más ejercicios para romper el hielo. A esas alturas de nuestras vidas, ¿de verdad necesitábamos conocer a nuestros compañeros? De haber sabido que ese era el plan del día, de buena gana me habría quedado en la cama. Pero no, claro. ¿Por qué se me iba conceder precisamente a mí tal merced?

Los estudiantes se movieron y el aula se llenó del ruido de

conversaciones. Un vistazo rápido a derecha e izquierda me confirmó que la persona más cercana estaba a dos filas de distancia. Se giró al darse cuenta de que estaba en la misma situación, y, cómo no…, gracias, universo…, la persona que me miraba con innegable amargura era Julian Santos.

Se me escapó una carcajada; me reí de buena gana al ver el desastre en que se estaba convirtiendo mi vida. Menuda jugarreta del destino.

Me dejé caer en una silla junto a él con un ruidoso suspiro y me eché a reír otra vez. La cosa era ridícula.

—Qué delicia —gruñí, mientras rebuscaba papel y bolígrafo en mi bolso.

Julian, rígido y en silencio, se negó a reaccionar a mi presencia. «Gilipollas». Tampoco es que yo me muriese de ganas de mirarlo ni de sentarme a su lado, pero aquello era una clase de la universidad, y yo siempre había sobresalido en los estudios.

Cuanto más analizaba las circunstancias, más me daba cuenta de que podían obrar en mi favor. Julian tenía respuestas. Aunque seguía con ganas de maldecir al cielo por la mañana que llevaba, al menos podía agradecerle a quien estuviese ahí arriba que me brindase esta oportunidad.

—Bueno —empecé, mientras escribía la fecha en el papel—. ¿De dónde eres? —pregunté, aunque sabía la respuesta. Pero quería ir poco a poco, a mi ritmo.

Julian se apartó el pelo de la cara. Por encima de las mejillas asomaban unas profundas ojeras violáceas. Señal de falta de sueño. ¿Lo habrían mantenido despierto sus malas acciones? Solo era una suposición, claro. O quizá había estado en vela hasta el amanecer planeando nuevos modos de hacer de mi vida un infierno.

Esperé una respuesta que no llegó, sin dejar de estudiarlo.

Largas pestañas. Labios carnosos. Tenía algo que resultaba tentador. Si no hubiera sido tan desagradable cada vez que nos encontrábamos, una versión alternativa de mí podría verlo con otros ojos. Era consciente de ello porque, pese a su total falta de empatía, me resultaba hipnótico, de un modo que se me colaba por la garganta y retorcía algo en mi interior.

Su silencio me estaba empezando a hartar.

—Bueno, ¿qué? —insistí con vehemencia, y enseguida eché el freno. La impaciencia no me iba a ser de ayuda. Suavicé la voz y fingí una sonrisa—. ¿De dónde has dicho que eres?

—De aquí —contestó. Frío y duro. Expectante.

Me tembló un poco la sonrisa. Al apuntar la respuesta, apreté el bolígrafo con tanta fuerza que sentí calor en la palma.

—Genial. Yo también.

Lo dije en un murmullo, pero audible. Julian, sin embargo, tenía la respiración entrecortada y no hizo ademán de escribir nada. Me faltaba un suspiro para perder los estribos. Si seguíamos así, no le iba a sacar ni una respuesta.

Intenté calmarme y no dejarme llevar por la creciente irritación, tragarme el desprecio y aguantar sus modales. Pero cuando paseé la mirada por la sala, la diferencia con las otras parejas de estudiantes fue evidente. Vi que el asistente del profesor nos miraba y me pregunté si nos puntuarían por el grado de participación. Lo último que quería era tener mala nota por su actitud exasperante.

—Mira —dije, rompiendo la promesa de paz que me había hecho a mí misma—. No podemos quedarnos aquí sin hablar. Va en contra del propósito de este ejercicio.

Siguió con la vista clavada al frente, sin moverse ni responder. Chasqueé la lengua.

«Pórtate como una persona madura», me dije. Pero cerré el bloc

de notas, solté el bolígrafo y entrelacé los dedos. No me iba a comportar con madurez.

—Ya que te niegas a responder, supongo que me toca hacer todas las preguntas. ¿Por qué te ausentaste del instituto en tercero? —me interesé, con ganas de azuzar a la bestia. Cualquier reacción era preferible al silencio absoluto.

Julian me miró sorprendido, con un destello en los ojos. Pero luego apartó la vista de nuevo.

Suspiré.

—¿Naciste gilipollas, o es un rasgo de personalidad que has desarrollado de forma natural?

Una mueca divertida. «Avanzamos».

—¿Por qué insistes en que me vaya de la Universidad de Lakeland? ¿Te doy miedo? ¿Te hice polvo el ego en una vida pasada y por eso eres incapaz de mirarme a la cara?

Nada.

—Contéstame, Julian. Estoy aquí. Dime, ¿en qué te beneficia que me vaya, ya que lo deseas tanto?

—No me beneficia en absoluto —respondió, reacio aún a mirarme a los ojos.

No lo creí. En cada conversación había dejado muy claro que no me quería allí, que no estaba a salvo. ¿Cómo podía no beneficiarle que me fuera? Si quería que tuviese sentido, iba a tener que explicarse.

Apreté los dientes para contener la rabia que me arañaba la piel.

—Por favor. —Bajé la voz—. Al menos, ¿puedes decirme por qué no estoy a salvo aquí? —Esa era la auténtica respuesta que iba buscando—. Si de verdad todo esto va de mi seguridad, me merezco saber de qué se trata. Soltar una amenaza así y largarse no es lo correcto, y tú me lo hiciste… Me lo has hecho dos veces. Necesito

respuestas. Tienes que darme algo. —Parpadeó y se encogió de hombros, y yo estallé y estampé el puño sobre mi bloc de notas—. ¿Se puede saber qué te he hecho?

Julian se volvió hacia mí, con tanta brusquedad que me sobresalté. Se inclinó hacia mí, con una mirada tan intensa que me ardió la cara. Tuve que apartarme de él.

—Ya has jugado tu jueguecito, y ahora me toca a mí. Mírame —exigió, pero me negué.

Bajó la voz.

—Mírame… —Me sentí obligada a girarme hacia él y mirarlo. Me encontré con una mueca de desprecio—. Quiero que me mires cuando te diga esto, porque solo te lo voy a decir una vez. Eres tú. Tu miserable existencia es mi perdición. Cuanto más tiempo pases aquí, más te voy a odiar. Y no puedes hacer nada para evitarlo, excepto marcharte. Estás avisada, Mirabella. ¿Lo entiendes? —Lo dijo con un punto de locura que no había visto jamás en nadie, excepto en mí misma. No tuve tiempo de responder; se levantó y se marchó con todas sus cosas.

Se me nubló la vista mientras miraba el sitio que había ocupado y las lágrimas me corrieron por las mejillas. Por primera vez, deseé de verdad haber hecho las maletas y haberme ido para no volver más.



Capítulo 15

En un universo pleno de maravillas, aun así soñé con un nuevo mundo.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Pequeños destellos de luz blanca se filtraban a través de una celosía de hojas. En algún lugar, escondido en el cielo, estaba el sol; pero el bosque se negaba a compartirlo.

Cerca, un arroyo burbujeaba sobre las rocas resbaladizas y se desviaba con suavidad hacia un recodo del bosque. Me detuve junto a él para escuchar algo que se movía con insistencia sobre la tierra cubierta de musgo, entre la maraña de la maleza.

Inspiré, incapaz de dar un paso al frente, incapaz de enfrentarme a lo que venía siguiéndome. Pero el sonido se detuvo de repente, y con él, la vida del bosque.

Frente a mí, como una visión, estaba Rena; piel marrón claro,

cabello negro y suelto que bailaba a su alrededor. ¿Había tenido siempre ese aspecto, o estaba viendo una versión distorsionada de ella?

Señaló detrás de mí, con unas uñas largas y blancas que parecían flechas.

Me giré de mala gana, con el pánico a flor de piel. Ocultos entre las sombras de los arbustos, vi unos ojos rojos y unos afilados colmillos blancos. Oí un gruñido maligno.

Cuando me volví de nuevo hacia mi madre, ya se había ido a la carrera.

Con el rugido del corazón en los oídos, eché a correr tras ella e intenté alcanzarla, pero iba demasiado deprisa, y lo único que conseguía era vislumbrar su cuerpo aquí y allá entre los gruesos troncos.

Solo entonces, al comprender que no podía alcanzarla, jadeé. La estaba perdiendo otra vez, y eso me asustaba más que lo que me estuviese persiguiendo. La llamé a gritos, pero siguió avanzando, siguió corriendo.

De pronto, en un instante, el bosque se quedó a oscuras; ni siquiera me veía la mano delante de mí. No había nada excepto el sonido de mi respiración entrecortada, que resonaba por todas partes.

—Por favor —lloré—. Por favor, vuelve.

No se detuvo, ni se molestó en darse la vuelta. No iba a volver. No se trataba de mi seguridad, sino de su incapacidad para enfrentarse a la verdad…

—Mira —me susurró una voz junto a la nuca. Una oleada de escalofríos me recorrió.

No tuve tiempo de moverme ni de gritar. Unos dedos tan fríos como el hielo tiraron de mí y, antes de que me diera tiempo a mirar,

el monstruo me clavó los dientes en la garganta y, tras tirarme al suelo, bebió de mí.

Me desperté de un salto, jadeante. Cogí aire a bocanadas, con el pecho oprimido y los ojos llenos de lágrimas. Me tapé la boca con las manos y me rendí en silencio a los sollozos, con la esperanza de que los sonidos amortiguados no llegasen a despertar a Stevie.

La mente me jugaba malas pasadas, pero las emociones eran muy reales. Porque ¿y si Rena me empujaba a concebir esperanzas y luego las hacía pedazos de nuevo? ¿Y si la carta y el colgante eran lo último que recibía de ella? ¿Qué haría? ¿En qué me convertiría?

La incertidumbre era una carga, pero sabía que ya no podía vivir con tanta amargura. Me estaba pudriendo por dentro y por fuera, me convertía en una persona perversa y cruel, me transformaba en aquello que me perseguía en mis sueños.



Capítulo 16

De pronto, la belleza lo impregnaba todo cuando la muerte se acercaba a la puerta.

Artículo V, Cartas perdidas de Aadan Primero

Era muy consciente de que la decisión de aventurarme por uno de los senderos que rodeaban la universidad parecía estúpida. Tirando a imbécil. Y más después de las noticias del ataque del oso en uno de los parques estatales. Pero eso había sido a muchos kilómetros de allí. Las clases habían terminado hacía un par de horas y quería dar un paseo para refrescarme después de entrenar.

Hacía meses que no salía a correr. En lo más hondo, el ejercicio no me gustaba mucho. Me resultaba extenuante, y cuando mi psicólogo me lo recomendó hacía ya unos años le puse cara rara; pero, cuando llegué a los cinco kilómetros, se produjo un cambio en mi cuerpo, en la química del cerebro. Pese al agotamiento, me sentía

mejor de lo que había estado en muchos meses. Y casi me dio vergüenza, porque se me había olvidado que podía sentirme así de bien, así de relajada. Era justo lo que necesitaba, y más después de la conversación con Julian.

Detrás del Robertson Hall había una extensión de árboles y un camino asfaltado que llevaba hasta un sendero de tierra. Según el cartel de madera que vi, era la Ruta Austin.

El cielo estaba azul y radiante por encima de las copas de los árboles que me refrescaban la piel negra. Vi cómo se perseguían las ardillas de rama en rama. Me puse los auriculares para bloquear los sonidos de la naturaleza con el rasgueo de una guitarra eléctrica.

Al adentrarme entre los árboles, me fijé en que muchas hojas se estaban cayendo ya. Unas cuantas crujieron cuando las pisé. Cuanto más avanzaba por el sendero de la ruta, más me acordaba de la pesadilla que había tenido.

Rena me había abandonado. Me había dejado por el monstruo de los bosques. Yo volvía a estar indefensa contra su poder, y no había nadie conmigo para salvarme mientras me arrebataba la vida. La sola idea hizo que un escalofrío me recorriera la espalda mientras me ajustaba las correas de la mochila.

Me di cuenta de que avanzaba más deprisa, de que tenía la respiración entrecortada. El sendero era estrecho y serpenteante. Me llevó en una ligera pendiente colina arriba, y desde ahí divisé las copas de los árboles y los arbustos retorcidos.

Iba demasiado deprisa. Me tambaleé, di un traspiés y las piedrecillas y la tierra salieron volando por el aire para desaparecer en el bosque, tres o cuatro metros más abajo.

Cogí aire. El corazón me latía tan deprisa que casi no oía la música. Traté de relajarme, me sequé el sudor de la frente y, por un momento, me permití contemplar el bosque que se extendía a mis

pies, e imaginar lo espantoso que sería haber caído rodando.

Seguí por el sendero hasta llegar a un claro. A aquella altura, el barranco era casi invisible. Me relajé un poco. El sudor me perlaba la frente, y se me dibujó una sonrisa victoriosa. Había llegado a la cima sin apenas contratiempos. Era la segunda mejor cosa del día.

Un poco más allá, casi invisibles al principio, había huellas de animales, unas impresiones perfectas que se dirigían hacia el norte. Me quité los auriculares. «Un perro», pensé. Pero, tras mirarlas mejor, me di cuenta de que no las podría haber dejado ni el perro más grande. Eran tan enormes que ni siquiera podían ser de un puma o un lobo. ¿Tal vez de un oso?

En mi vida había visto un oso, y el que se había adentrado en la zona lo avistaron a treinta kilómetros de allí. No era imposible que hubiera llegado hasta allí, pero sí parecía improbable.

Fui a darme la vuelta y oí un susurro de hojas más adelante. Algo se movía veloz entre los arbustos, y me invadió un torbellino de emociones. El resto de los seres vivos del bosque guardaban silencio absoluto.

En aquel momento, sucedió algo muy extraño. La joya de la familia que llevaba al cuello se empezó a caldear hasta que me hizo cosquillas en la piel. Fue una conmoción, como una señal de alerta para que me fuera, para que me alejara de allí todo lo posible.

Miré hacia atrás y vi una figura que se acercaba entre las sombras, y dos orbes rojos relucientes. Las ramitas crujieron y me invadió un horror cósmico. La figura parecía humana, tal vez un excursionista que se había apartado del camino. Pero los ojos… eran monstruosos. La persona se acuclilló. Estaba demasiado lejos como para distinguir detalles, pero la postura y la inmovilidad eran propias de un animal.

Me estremeció, el ópalo me mordió como si me estuviera

gritando. Otro crujido y, de repente, algo arrastró a la figura entre la hojarasca con un sonido que me hizo estremecer.

Se me cortó la respiración. Bajé corriendo por el sendero estrecho, por el terreno irregular. Un grito aterrador resonó en el aire y luego se oyeron sonidos de algo húmedo y grueso al desgarrarse. Cuando el sonido se disipó, me impulsó a correr todavía más, y me llegó un olor repugnante, metálico, que me invadió los sentidos durante un momento.

Se hizo el silencio, que sonó como una nueva alerta.

El ser que había atacado a aquella persona venía ahora a por mí.

Las flores silvestres y la hierba me rozaron los tobillos al correr hasta que tropecé con una raíz que sobresalía del suelo. Resbalé, caí rodando por una ladera y me agarré como pude a la tierra, a los hierbajos, a lo que fuera con tal de cortar el impulso, pero llegué hasta el borde del barranco.

Lancé un grito, con un aguijonazo metálico en la garganta. Lo único que me impedía caer a una muerte segura era una raíz que sobresalía del borde. Los ojos me escocieron con las lágrimas y el sudor, y me mordí los labios para no gritar de nuevo. Traté de localizar algo en lo que poner los pies para darme impulso hacia arriba. Pensaba que la adrenalina me daría superfuerza en los brazos, pero claro, la adrenalina no puede amplificar lo que nunca has tenido.

Y en ese momento se oyó un crujido. La raíz se soltó un poco y caí un palmo más. «Mierda. Mierda. Mierda». Iba a romperse en cuestión de minutos, si no antes, para dejarme caer hacia un destino impaciente que me cosquilleaba en las suelas de las zapatillas deportivas.

No era así como me había imaginado mis últimos momentos.

Se me nubló la vista, pero vi algo que corría hacia mí. El terror

me llevó a la conclusión de que era el animal salvaje, que se lanzaba contra mí tras oír mis gritos. Así acababa todo.

Pero no era una bestia, ni un oso. Era una persona, y no el extraño excursionista que había visto antes.

Se movió a una velocidad imposible y solo vi un atisbo, algo que me resultó familiar. Pelo oscuro. Piel morena cálida. Cuerpo musculoso. Avanzó como un rayo y, antes de que viera nada más, ya había desaparecido.

Me quedé atónita, pero, en aquel momento, la raíz se rompió. Lancé un grito agudo al caer. No me dio tiempo a suplicar al cielo, no hubo ocasión para promesas ni negociaciones. Solo para pensar en Bobby, en lo destrozado que se quedaría al recibir la noticia.

La oscuridad me envolvió y caí con fuerza a una especie de agujero. Abrí los ojos pensando que vería un camino de luz y una escalera entre las nubes.

Pero no: lo que vi fue el bosque. Las copas de los árboles, atisbos del cielo azul. Estaba viva, a salvo, y en brazos de Julian Santos.

Lo primero que vi fue lo grandes y brillantes que eran sus ojos, y que tenía el ceño fruncido de preocupación. Movió los labios para hablar, pero no entendí los sonidos que le salían de la boca. Me dominaba una mezcla de confusión y desconfianza.

¿Cómo, cómo me había podido coger?

La persona que había visto en la cima del barranco, corriendo hacia mí en un borrón de luz y color, era Julian. Miré la caída. No había un camino por el que bajar. Para cogerme habría tenido que saltar, y eso habría sido imposible sin romperse las piernas, las vértebras.

—¿Estás bien? —me preguntó con voz dulce y delicada, muy diferente de la que había utilizado hasta entonces para hablarme.

Me apartó el pelo de la cara con dedos ardientes, abrasadores. Me examinó con atención, y vi en su mirada que estaba analizando qué sabía yo, qué había visto.

La corriente eléctrica que había entre nosotros me impedía apartar la vista de él, pero rememoré la caída. Era imposible sobrevivir a eso. Tendría que haber acabado aplastada en el camino donde nos encontrábamos, atravesada por la maleza.

Y no lo estaba. Gracias a Julian.

Abrí y cerré la boca sin dar con las palabras adecuadas.

—¿Cómo…? —conseguí decir al final. Volví a mirar el precipicio y recordé el miedo que había tenido—. ¿Cómo? —repetí, con la voz todavía ronca. Más que una pregunta, era una súplica desesperada por comprender.

Julian ni siquiera parpadeó.

—¿Estás bien? —me preguntó con interés sincero.

No supe qué decirle. Sentía el cuerpo ajeno en sus brazos e ignoraba si podría andar. Al ver que no respondía, asintió levemente con la cabeza, una sola vez.

—Te voy a dejar en el suelo —dijo.

Me puse tensa, me agarré a sus brazos, a su pecho. Se detuvo y volvió a sujetarme. Yo tenía miedo de moverme. Miedo de que, si me soltaba, me despertaría y me daría cuenta de que estaba muerta.

Julian respiró hondo, noté cómo sus pulmones se llenaban y me estrechaba más contra él. Eso me reconfortó. Olía a roble, a tierra, a un almizcle indefinible. Y yo solo sabía que estaba a salvo, y que lo más importante era seguir así.

Se le dilataron un instante las aletas de la nariz, noté un estremecimiento en los músculos de sus brazos. Transcurrió un instante.

—Quiero comprobar que no estés lastimada, que puedes caminar —me dijo al final con voz amable—. Y para eso tengo que dejarte en el suelo, ¿de acuerdo?

No respondí de inmediato, y pareció respetarlo. Me dio tiempo para aceptar la idea.

Cuando por fin asentí, me soltó con delicadeza y me sostuvo mientras recuperaba el equilibrio. Noté un escalofrío repentino al separarnos y me agarré a sus brazos para no perder la estabilidad. Me sujetó por la cintura hasta que estuve segura de que podía mantenerme en pie sin él.

Retrocedió al momento para darme un espacio que no le había solicitado.

—¿Cómo te encuentras? —Me inspeccionó, seguramente en busca de heridas abiertas y miembros rotos.

Tenía un hormigueo en los pies y me temblaban las manos. Me las sequé contra las rodillas. Estaba bien. No notaba nada raro, ni siquiera el menor dolor, al menos de momento.

—Creo que bien —respondí, y al hablar me invadió una oleada de emociones. Se me quebró la voz—. Me has salvado la vida.

Me incliné hacia delante para tratar de recuperar el aliento. Una parte de mí quería tirarse al suelo y hacerse un ovillo, y pasarse los días mirando el pie de un roble. Otra parte de mí, la lógica y sensata, no comprendía cómo lo había hecho Julian.

—Me… me alegro de que estés ilesa —murmuró—. No deberías caminar a solas por estos bosques. No es seguro. Podrías haberte lastimado, o incluso matado —añadió, con voz más sosegada.

Julian parecía angustiado conmigo. No enfadado, no. No era eso. Era más bien decepción y alivio, emociones que no me habría esperado de él cuando mi presencia en Lakeland le había provocado una reacción tan hostil el día anterior, cuando había dejado muy

claro lo poco que le gustaba.

Pero tenía razón. Aquellos bosques eran peligrosos.

Miré a nuestro alrededor en busca de un oso rabioso entre los árboles. Ya había destrozado al pobre caminante. Era espantoso. La conmoción me golpeó como un látigo y di un paso atrás.

—Había…, había un oso. —Las palabras me salieron a trompicones mientras me preparaba para salir huyendo—. Mató a un hombre, lo…

La voz de Julian sonó grave, segura, demasiado tranquila para mi gusto.

—Ya no está.

—¿Cómo lo sabes? Ha matado a un hombre. Ha muerto una persona. —Me temblaban las rodillas.

—Yo también lo he visto, y te aseguro que se ha ido.

—Ha matado a un hombre… —repetí, y recordé el sonido escalofriante del grito. Me iba a perseguir el resto de mi vida. Las palabras se me atragantaron—. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo denunciaré a las autoridades y a la universidad. Yo me encargo de todo —me prometió.

—Has aparecido de la nada —recordé mientras miraba hacia arriba. El sendero estaba oculto casi por completo—. Corriste hacia mí, y desapareciste, y en ese momento me… —Tragué saliva—. Pensé que me iba a estrellar contra el suelo, pero apareciste tú de la nada —repetí.

Julian cambió de postura, inclinó la cabeza hacia un lado. Estaba alerta, escuchando algo. Traté de oírlo yo también, pero solo había silencio. Vi cómo le cambiaba la cara.

—Tenemos que irnos —dijo, y echó a andar.

—¡Espera! ¿No decías que el oso se había ido?

Le tendí las manos. Antes había parecido tan seguro…

Julian se volvió hacia mí. Tenía las venas del cuello tan marcadas que se le veía el pulso.

—No estás a salvo en estos bosques —dijo, pero su manera de pronunciar las palabras, la mirada angustiada, todo ello me dejó claro que no se refería solo al oso.

Recordé sus advertencias anteriores, y también las de Rena, todo lo relativo a mi seguridad. Comenzaba a pensar que tal vez en aquellos bosques había algo más que un oso, y fuera lo que fuera me estaba acechando a mí.

—¿Qué sabes tú de esto?

Julian trató de fingir que no entendía, pero luego me miró con rostro inexpresivo.

—¿Qué quieres que te diga? —Tenía la voz afilada; el cuerpo, rígido.

La respuesta me desconcertó y me enfureció. Quería que dijera muchas cosas. Quería saber por qué tenía tanto interés en que me marchara de Lakeland, por qué decía que no estaba a salvo allí. Qué ser había matado al excursionista. Por qué mostraba tal animosidad contra mí. Por qué me miraba como si estuviera obsesionado conmigo.

Porque eso era lo que hacía.

Clavó en mí una mirada rota, como si yo fuera la responsable de todos los males del universo, el centro de su angustia.

—La verdad —dije.

—Eso no es posible.

—Entonces, no me muevo de aquí.

Se pellizcó el puente de la nariz.

—Mirabella, por favor. Por favor. ¿Quieres ser razonable conmigo?

—¿Que yo sea razonable contigo? Julian, ¿acaso no es razonable

lo que te pido? Necesito respuestas. Por ejemplo, ¿esperas que haga caso omiso del hecho de que por casualidad estabas en el bosque justo al mismo tiempo que yo?

—La ruta es una vía pública, por no mencionar que te oí gritar. ¿Querías que lo dejara correr, con todo lo que ha pasado ahí arriba?

«No, claro que no». Tragué saliva y pasé por alto aquella parte.

—Pero no me has dicho cómo has llegado a la base del precipicio tan deprisa. No tiene sentido.

—Siempre he estado en la base del precipicio. Te engaña la memoria, ha sido una conmoción…

Me hirvió la sangre y apreté los dientes.

—¿Tratas de hacerme dudar de lo que he visto?

Negó con la cabeza, alzó la vista hacia las copas de los árboles. Esperé a que dijera algo, pero siguió en silencio.

—Es una caída de más de seis metros, Julian —insistí—. ¿Cómo lo has hecho?

—No… —Suspiró y relajó los hombros—. No sé qué quieres que diga.

—Quiero que me digas cómo has saltado el equivalente a una casa sin romperte ni un solo hueso. Quiero que me digas de qué debo tener miedo. Y que sea la verdad —exigí.

Me miró con gesto tenso, pero debió de sentir el miedo que me embargaba, porque la expresión se le suavizó. Respiró hondo.

—¿De dónde has sacado ese colgante?

Miré la joya que llevaba puesta. Antes me había alertado del peligro que me acechaba, y fue una sorpresa que funcionara tal como había dicho Rena. ¿Y qué tenía que ver Julian con eso?

—¿Por qué cambias de tema?

Bajó la voz.

—¿De verdad quieres las respuestas, Mirabella?

Hice una mueca. ¿Por qué hablaba en voz baja si estábamos a solas?

—¿Sobre cómo llegaste a la base del barranco?

—No. Sobre todo lo demás. —Julian dio un paso atrás, y volví a pensar en todo lo que sabía acerca de él. Que no era nada—. No estás a salvo cerca de mí.

—Pero ¿por qué? —pregunté, frustrada—. Dices que mi mera existencia es tu perdición, pero luego me salvas la vida cuando no tenías por qué…, cuando, cito tus palabras, tu vida sería más sencilla si estuviera muerta. Dices que no estoy a salvo cerca de ti, que me detestas, y luego haces esto. Necesito respuestas que no sean monosílabos. ¿No es lo mínimo que me merezco?

Vi un destello en sus ojos, una mirada que me dijo que estaba pensando en cómo formular las siguientes frases, como si toda su vida dependiera de eso.

Sentí un peso enorme en el pecho mientras esperaba. No sabía qué iba a salir de aquello, pero mientras lo miraba, mientras él me miraba a mí, sentí una atracción ominosa entre nosotros, un hilo invisible que nos unía, que nos ataba a aquel momento.

—Creo que lo mereces, sí —murmuró, y bajó la vista—. Y si de mi dependiera, te lo diría. Te diría todo lo que sé, pero… —Hizo una pausa y se acercó mucho a mí—. Pero estoy obligado por un juramento. No puedo decir nada —susurró.

Le miré los labios, vi cómo los apretaba antes de relajarlos de nuevo.

Antes de que pudiera responder o procesar la nueva información, Julian movió la cabeza bruscamente y escuchó.

—Sígueme, por favor, tenemos que irnos —dijo.

Su voz sonó apremiante. Volví a sentir el calor intenso en el pecho; «Corre, corre, corre», me dijo una voz interior.

Caminamos a paso ligero entre los árboles y todo el tiempo me sentí como si alguien me vigilara desde una rama. Cada mirada que lancé me dijo que no había nadie, pero el terror no se mitigó. «Todo es una señal», decía la carta de Rena, y aquella no podía ser más clara.

Cuando salimos del bosque, empecé a respirar con más calma y los músculos se me relajaron un poco. Percibí que a Julian le pasaba lo mismo, aunque lo seguía a buena distancia. Caminamos en silencio por el campus mientras sus últimas palabras me resonaban en la cabeza. «Si por él fuera, me lo diría, pero no puede. Ha hecho un juramento, y eso quiere decir que hay más gente implicada. ¿En qué? Eso no lo sé. Pero sé que no estoy a salvo en el bosque. Y que no estoy a salvo con él…, pero me ha salvado la vida».

No tardamos en llegar a Hester Hall. El camino se dividía en dos. Se detuvo en ese punto.

—Gracias —dije, aún aturdida.

No hacía falta que le dijera por qué, los dos lo sabíamos. Pero, a pesar de las reservas que sentía hacia él, tenía que expresarle mi gratitud.

Me volvió a mirar el colgante y, sin decir palabra, se marchó.

Ahora más que nunca tenía que averiguar qué significaba aquella puñetera joya de la familia.



Capítulo 17

Queríamos el poder tanto como ellos. Ese fue el primer instante en que te perdí, hermano.

Artículo III, Cartas perdidas de Aadan Primero

Todos mis intentos de encontrar respuestas desembocaban en callejones sin salida. Las páginas web repetían la misma información reciclada, y muchas tenían a la venta una gran variedad de ópalos, con precios que iban desde lo muy barato a lo increíblemente caro. Ni una sola de ellas hacía la menor referencia a que fuesen mágicos, se usaran como amuletos protectores o tuvieran relación con lo sobrenatural. Llegué a otra página inútil con anuncios ridículos y solté un bufido, exasperada. Había algo más, que se me escapaba. Y, al recordar cómo había mirado Abba el colgante el otro día, con un brillo de comprensión en los ojos, se me ocurrió que tal vez pudiese ayudarme.

A última hora de la tarde del día siguiente, fui al Edificio Bowman a hablar con ella. Como suponía, la localicé en el Museo Sutton; estaba limpiando una urna de vidrio mientras de fondo sonaba música de jazz.

Cuando la saludé desde el vestíbulo siguió limpiando sin levantar la vista, pero entre las sombras vi que le asomaba una sonrisa a los labios. Como si me esperase.

—No pensé que te volvería a ver tan pronto —dijo como quien no quiere la cosa, y se me acercó con paso desenfadado—. ¿Qué te trae hoy por aquí? ¿Más cuentos fantasiosos?

—La verdad es que no. —Me solté la cadena, sin hacer caso de la voz interior que me decía que no lo hiciese. No sabía muy bien cómo explicarlo, pero sin el colgante en el pecho me sentía distinta, como si se hubiese roto una barrera.

Se acercó al mostrador con un brillo en los ojos castaños, que se hizo más intenso cuando se inclinó a mirar con curiosidad. Titubeé.

—¿Qué puedes decirme de esto? —pregunté.

Sopesó la pregunta con los labios fruncidos, y luego sacó unos guantes de seda. Le temblaron un poco las manos al coger el colgante; en su comportamiento había algo diferente, quizá inquietud.

Abba carraspeó y bajó la barbilla.

—Muy llamativo. Impactante, incluso. —Encendió una lámpara cercana. Con otro movimiento, abrió un cajón y sacó una lupa—. Verás, los ópalos aparecen por primera vez en una cueva de Kenia, unos cuatro mil años antes de Cristo. Y por muy espectacular que sea esta pieza, es casi imposible que pertenezca al mismo conjunto de ópalos descubiertos allí hace tantos años.

—¿Por qué es imposible?

—Para empezar, hoy en día casi todos los ópalos se importan de

Australia, que es de donde creo que procede este. Además, sería imposible porque, bueno, la verdad es que no creo que haya nadie que tenga una reliquia familiar que se haya pasado de generación en generación durante seis mil años, ¿no te parece? —Me dedicó una mirada cómplice, con la ceja enarcada.

Negué con la cabeza.

—¿Puedes decirme algo más? —insistí, ya que daba por supuesto que Abba creía en lo paranormal. Y, desde luego, esa reliquia tenía algo extraño, algún tipo de magia que le daba vida.

Me observó, y luego inclinó la cadena hacia un lado, luego hacia otro; al hacerlo, el oro reflejó la luz. Quizá era consciente de mis pensamientos.

—Hay muchas historias sobre esos asuntos que se contradicen unas a otras. Algunas sugieren que los ópalos contienen el mal de ojo en su interior, que generan mala suerte y atraen a la muerte. Otros creen que cuando se pasan de generación en generación se empapan de años de amor y buena suerte. Y luego están los excéntricos, que siempre han sabido que la magia empuja a esas gemas a ejercer su poder protector contra los seres monstruosos y los malos espíritus.

Clavé la mirada en la urna que contenía el folclore de los licántropos de Kansas y aguardé un momento.

—Pero ¿cómo? —insistí con un cosquilleo que me recorrió la espalda—. ¿De dónde procede esa magia?

Abba apagó la lámpara y guardó la lupa en el cajón. Me pasó el colgante y me observó mientras me ponía la cadena alrededor del cuello; nada más hacerlo, volví a sentirme más cómoda.

—Quizá una bendición… —aventuró, mientras se quitaba los guantes—. De algún brujo muy poderoso. Es una pieza muy valiosa y poco común. Sería una lástima que le pasara algo.

El teléfono sonó antes de que pudiera responder.

—Perdona, tengo que atender la llamada —dijo, con una sonrisa de circunstancias.

Me di la vuelta y me marché, pero mientras salía del edificio sentí una opresión en el pecho, y me pareció que me seguía con la mirada.



Capítulo 18

El problema de la inmortalidad es que nunca olvidamos.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Llevaba una semana sin ver a Julian. No iba a clase, ni rondaba por el Campus Central. Sí que vi a sus amigos en el comedor, los dos mismos chicos de la otra vez. Comían y bromeaban sin que su ausencia pareciese preocuparles.

Y algo mucho peor: hacía días que no sabía nada de Bobby. Sí, me había dicho que tenía mucho trabajo, y eso no era tan insólito, pero, con todo lo que estaba pasando, el instinto me decía que fuese a casa. Si Rena hubiera contactado con él, Bobby me lo habría dicho. Pero, si por alguna razón no lo había hecho, quería saberlo, y asegurarme de que se encontraba bien.

—No tardaré mucho —le dije a Em al desabrocharme el cinturón de seguridad y abrir la puerta del coche. En los últimos días, Em y

yo habíamos pasado mucho tiempo juntas. Llevaba unos días algo baja de forma, incluso se había saltado prácticas y comidas, y yo le hacía compañía. Le llevaba comida y me sentaba con ella a ver vídeos en el móvil. Muy a menudo pasábamos el rato en silencio; otras veces se nos unía Naomi y nos leía capítulos de *Cumbres Borrascosas*. Pero casi todo el tiempo estábamos las dos solas.

Em hizo una mueca al verme bajar del coche. Inquieta, miraba de un lado a otro con los ojos castaño oscuro, y los tirabuzones le proyectaban sombras en los lados de la cara. Era un manojo de preocupación… maternal, por lo que recordaba del comportamiento de mi madre. De antes de que se fuese. De antes de que nos enzarzáramos en tantos secretos y mentiras.

—¿Seguro que no quieres que entre contigo? —Lo dijo con dulzura, y me lo pensé unos instantes, pero al final negué con la cabeza. Pasaba algo, y no quería implicar a Em.

La primera señal de alarma fue el césped. Estaba demasiado crecido, y aquí y allá había zonas de hierbajos. El Bobby que yo conocía era meticuloso casi hasta la exageración. Cada semana dedicaba varias horas al césped; se levantaba al salir el sol y solo descansaba para comer. Ahora aquello parecía lejano, casi irreal. Nadie se había ocupado del jardín desde que me marché.

El segundo aviso fue el buzón. Contenía al menos el correo de tres días. Rebusqué entre los sobres. No había nada de Rena, pero, si le había enviado algo, era posible que él ya lo hubiese recogido.

Llamé a la puerta. Luego otra vez. Después de la tercera, pegué la oreja a la puerta. No se oía nada. Me dirigí al garaje, tecleé el código y entré.

El tercer detalle alarmante fue la casa. Indicaba a las claras que Bobby estaba metido en algo. Había papeles en las mesas y las sillas del salón, algunos con manchas de café y la tinta corrida.

Archivadores de papel de estraza, unos desperdigados y otros en pilas, de cuyo interior asomaban documentos. Había ropa doblada en el sofá y en el sillón, y en el centro de la mesa, un cenicero con colillas aplastadas. Eso era raro, ya que Bobby no fumaba; no lo había visto coger un cigarrillo en la vida.

En el tabique que separaba el salón del comedor había un millar de papeles conectados con hilo rojo.

Me quedé petrificada mientras intentaba absorber todo lo que veía. Me llevé las manos al pecho; casi no podía respirar.

Todo aquello explicaba el anómalo comportamiento de mi padre.

Una vez, hacía cinco años, Bobby hizo algo similar. Fue justo después de que Rena se marchase; pero en aquel caso, los papeles se habían limitado a su cuarto. Ahora que tenía la casa para él solo, sus teorías se le habían ido de las manos y habían adquirido tintes oscuros, como un montaje vivo y en continua expansión que se remontaba cinco años en el tiempo.

Había destacado dos casos sin resolver, ataques de animales ocurridos un mes antes de la desaparición de Rena. Dado que ambos habían ocurrido a última hora de la tarde, los informes describían a los animales como «desconocidos». Las víctimas que sobrevivieron y pudieron denunciar lo ocurrido hablaron de un enorme animal, pero fueron incapaces de determinar la especie. Alguien había escrito: «¿Osos? ¿Coyotes enfermos? ¿Pumas? ¿Lobos rabiosos?».

Conectadas a esos casos, había unas fotografías muy ampliadas y pixeladas. Una mostraba una herida en un brazo. Al cabo de un segundo, comprendí que lo había visto antes. Pero la mano con el anillo de diamantes con una banda de oro trenzada… La reconocía, la recordaba de un modo tan íntimo que me hizo pedazos. Era el brazo de mi madre. ¿Cómo había conseguido hacer Bobby esa foto

sin que ella lo supiese?

Otra imagen mostraba un lado de su cara. Los pómulos altos, la nariz respingona, unas cuantas pecas casi invisibles… Y un feo hematoma púrpura bajo un ojo. Estaba claro que ella no era consciente de que le estaban tomando aquella foto. Al lado de esa imagen había otra, fechada apenas veinticuatro horas más tarde. El hematoma había desaparecido de modo milagroso. ¿Qué había provocado esos cortes y moratones, y por qué Bobby creía que era importante documentarlos?

Sobre un recorte de prensa había una nota garabateada a mano: «Tres días antes de que se fuera. ¿Alguna conexión?».

En el centro de todos los papeles y recortes había una fotografía de una luna de sangre, y de ella se ramificaban los ciclos lunares. Cada imagen de la luna llena tenía palabras inscritas debajo: «Rena llega tarde. Rena está irritable. Rena mira como duerme Mira. Los cortes de Rena desaparecen».

Además de ese *collage*, Bobby estaba preparando otro. Era casi idéntico, pero parecía no estar muy seguro del sospechoso. Con su letra, debajo de la luna: «Dos muchachos atacados en el parque de Timber Plains. ¿Oso perdido? Una víctima encontrada cerca de Piper. ¿El animal se mueve hacia el oeste?».

Oeste… El oeste era justo donde yo estaba. El otro día, en el bosque, el animal que había atacado al excursionista… ¿Podría tratarse del mismo animal?

Hice una foto de la pared con manos temblorosas; sabía que todo aquello habría desaparecido la siguiente vez que volviese. El significado estaba claro: Bobby creía que Rena estaba implicada en los ataques que habían ocurrido unos años atrás, y ahora parecía que el ciclo se estaba repitiendo.

Me costó erguirme; tenía el cuerpo rígido de miedo. ¿Sería aquel

el motivo de la marcha de Rena? ¿Era ella la razón de que todo aquello hubiese ocurrido, y de que volviese a suceder de nuevo? Pero, no solo eso. ¿Por qué estaría ella implicada en ataques de animales?

El mensaje de Em me sobresaltó, y tuve que sacudir la cabeza para despejarla y pensar con claridad. Me preguntaba si iba a tardar mucho, y le respondí que saldría en unos instantes.

Rebusqué a toda prisa entre la pila de correo de Bobby por si había un sobre con letra de Rena, pero casi todo eran artículos impresos y casos cerrados de la comisaría, facturas, y solicitudes de tarjetas de crédito.

Al poco rato, lo dejé todo como estaba, cerré la puerta del garaje y me subí al coche con Em. Nada más sentarme le envié un mensaje a Bobby para exigirle que nos reuniésemos el domingo.

No me sentí mejor después de enviarlo. Bobby tenía secretos. Rena tenía secretos.

Julian tenía secretos. Todo aquello me molestaba. No sabía a ciencia cierta cómo conectaban unas cosas con otras, pero estaba decidida a llegar hasta el fondo.

Y pronto.



Capítulo 19

Tenía sangre en las manos. No servía de nada ocultarlo.

Artículo V, Cartas perdidas de Aadan Primero

El amanecer llegó muy deprisa.

Era sábado, y yo estaba acostada y le daba vueltas a todo lo que había pasado.

Julian, mi madre, la pared con las notas de Bobby. Eso me llevó a otra pregunta: ¿cómo podía confiar en ella y llorar su ausencia, si creía, aunque solo fuese por un segundo, que Rena estaba implicada?

Y si lo estaba, ¿qué motivo tenía para avisarme?

Me acurruqué en la cama y examiné las fotos del *collage* de Bobby, ampliando y reduciendo las imágenes y los documentos que ya había leído, con la esperanza de que me aportasen alguna información nueva. Era indescifrable; ni siquiera el hilo rojo que unía

unas partes con otras arrojaba alguna luz. Tenía que haber algo más, algún detalle crucial que se me había pasado por alto.

Y Julian. Era muy fuerte, e increíblemente rápido. Me había salvado la vida, y aun así, no me podía contar todo lo que yo quería saber. «Estoy obligado por un juramento. No puedo decir nada». Lo había susurrado con una extraña calma. En aquel momento, recordé, se me quebró la voz, perdí la esperanza y me sentí un poco menospreciada. De no ser por la conmoción, y por el impulso urgente de salir del bosque, le habría insistido más. Y todavía quería hacerlo, pero dada su ausencia, no me quedaba sino esperar.

Con un esfuerzo de voluntad me levanté de la cama, me puse una sudadera y salí del dormitorio. Tenía programado un desayuno con mis amigas en el comedor antes de que se fueran a practicar. Había llegado el gran día: el primer partido de fútbol americano de la temporada, y la primera actuación de baile del año.

—Me estoy poniendo enferma —dijo Em, y empujó los huevos a un lado del plato.

—Actuar la pone nerviosa —nos explicó Abi a Stevie y a mí, sin apartar los ojos del móvil—. Pero es lo normal, siempre está nerviosa. —Le clavó un dedo a Em en el costado—. Céntrate, Em.

Em puso los ojos en blanco y Abi chasqueó los labios. Dejó a un lado el teléfono y sujetó a Em por los hombros para mirarla a la cara.

—Emmeline, ¿necesitas un Valium?

—No —respondió Em con un gemido mientras se apretaba la frente con las manos. Se dejó caer en brazos de Abi como una princesa en apuros.

Stevie extendió la mano sobre la mesa.

—Em, no puedes dejar que esa mierda te afecte. ¿Cuánto tiempo llevas practicando esa rutina?

—Varias semanas.

—¿Y cuánto tiempo llevas bailando? —insistió Stevie.

—Toda la vida —murmuró, y al decirlo levantó un poco la cabeza que aún apoyaba en Abi.

—Puedes hacer esa rutina hasta dormida —añadió Abi. Trató de animarla dándole una palmada en la espalda, pero, incluso desde el otro lado de la mesa, vi que Em fruncía el ceño ante aquel gesto tan fuera de lugar en Abi.

—Vas a estar genial —la animé yo, porque a esas alturas sería extraño que me quedase callada. Pero, además, era cierto. Había visto la rutina, y era extraordinaria.

—¿Ves? Todas creemos en ti —susurró Stevie. Se movió de nuevo y de su piel me llegó una fragancia a lavanda y eucalipto. Tenía una creciente colección de aceites y cristales. Aunque no entendía muy bien qué hacía con todo aquello, me hacía sentir en paz. Y, además, desde que había empezado a acumularlos, no había visto en las ventanas ni un solo par de ojos brillantes.

—Vamos a practicar algunas técnicas de respiración —propuso Stevie—. Pero créeme, sé que lo vas a hacer genial.

Abi inspiró hondo, y el sonido terminó por convertirse en un ronquido. Em se apartó, confundida.

—¿Qué? —dijo Abi con sorna—. Stevie lo ha dicho mejor que yo…, pero eso es lo que yo quería decir desde el principio.

Nos echamos a reír y nos dimos unos empujones cariñosos; aquello sería sin duda un recuerdo imborrable. Las chicas eran una muestra perfecta de lo que debería ser la universidad, pero me consumía el doloroso tirón de todo lo demás.

Las cuatro compartimos un largo abrazo y luego ellas se fueron. Les deseé suerte y les recordé a voces que no olvidaran hidratarse. A continuación, me dirigí a Hester Hall. Mientras iba de camino, me

llegó la respuesta de Bobby.

Claro. Debería haberlo organizado antes.

Perdona, bicho.

¿Qué te parece un *brunch* dominical,
por los viejos tiempos?

Suspiré aliviada, la primera vez en toda la semana, o eso me pareció. Pronto tendría respuestas, que era lo que necesitaba con desesperación.

Naomi llegó a mediodía con un bolso gigante y unas gafas de sol redondas que le enmarcaban el rostro con forma de corazón. Teníamos planes para asistir juntas al partido de fútbol americano.

Dejó el bolso en la mesa del salón y sacó bolsas de chucherías y de patatas fritas. Insistió en que cogiese una, oferta que no pude rechazar. Me decidí por las gominolas agridulces.

Al abrir las cortinas, la luz de la tarde se coló en la sala e iluminó las paredes de hormigón y los pósteres. Fuera, el bosque tenía un aspecto ominoso; aunque los rayos de luz dorada se filtraban entre la vegetación, parecía inundado de sombras y oscuridad. Se me revolvió el estómago al recordar al extraño excursionista, con los ojos rojos y saltones, y el sonido penetrante de sus gritos cuando lo atacó el animal. Y la caída… ¿Cuánto tiempo me iba a recordar la Muerte que la había engañado? Hasta que mi cuerpo exhalase su último aliento, me imaginaba.

Me tragué las ganas de dejarlo todo e ir a correr. Eso me haría sentir mejor. Mucho mejor. En cambio, despejé el escritorio, ahogué los gritos desgarradores que me resonaban en la mente, y me senté

al lado de Naomi.

—Mi tía no estaba muy convencida de que me quedase a dormir esta noche —comentó Naomi, mientras se limpiaba la cara con un disco de algodón.

Saqué unas pinzas de la bolsa de maquillaje y me arranqué un pelo de la ceja.

—¿Por qué? Si estás matriculada aquí.

Se detuvo y me miró.

—Y, por si no lo has notado, soy adulta.

Resoplé.

—Sí. Eso, además.

—Pero estaba muy pesada con lo de «oh, los ataques de animales».

Se me encogió el corazón.

—¿No me habías dicho que ella creía que el atacante era una persona? —indagué, porque recordaba que Naomi lo había mencionado unos días atrás.

Enarcó las cejas mientras se colocaba la cinta del pelo y cogía la crema hidratante.

—Exacto. Yo también se lo he recordado.

—Y… —insistí, impaciente. Sin querer, trataba de hallar conexiones. Tenía que relajarme. Con un esfuerzo, despejé la mente y respiré por la nariz—. ¿Qué te ha dicho?

—Bueno, había recibido el correo electrónico de la universidad, y eso no me ha ayudado. La cosa ha ido como te puedes suponer.

—¿Qué correo electrónico? —Eché mano al móvil de inmediato.

—Ah, ¿no lo has visto aún? —dijo, despreocupada, mientras sacaba la base de maquillaje. Ni se dio cuenta de mi reacción.

Tenía el correo en la bandeja de entrada, resaltado en negrita. No solo decía que las rutas de senderismo estaban cerradas durante

el resto del primer semestre, sino que describía el ataque que ocurrió en el sendero que yo recorrí. Julian había cumplido su palabra y lo había denunciado. Sentí que el pánico me calaba hasta los huesos y apreté los dientes, asustada. Me incliné hacia delante. Un calor me subía por la garganta.

—No puedo creer que hayan atacado a alguien aquí —continuó Naomi—. Y es muy extraño que nadie haya visto ni oído nada. No vi ni un coche de policía, ni una ambulancia… Lo normal sería que se presentasen periodistas. Mi tía cree que es un cambiaformas, o sea, alguien que puede disfrazarse de humano… Un licántropo.

Suspiré muy hondo y me acomodé en mi asiento.

—¿Lo cree de verdad?

—Claro que sí. Por aquí es muy habitual. La gente está obsesionada con esas historias, y, hasta cierto punto, lo entiendo. A veces, cuando uno tiene miedo, necesita una razón para creer en algo, aunque no sea real. Le da sentido a una situación terrible. Así funciona el mundo, ¿no es cierto? La comunidad, la conexión, todo eso. No me sorprendería nada que las amigas de mi tía lo mencionasen de modo casual mientras hacen ejercicio en el YMCA. Dicen que pasó lo mismo hace unos años.

—Sí… —Mi voz se apagó. Me acordé del grupo de manifestantes de las noticias. EL FIN SE ACERCA, decía uno de los carteles. Y no pude evitar preguntarme si no sería cierto.

En todo caso, no recordaba que los habitantes de la ciudad se hubiesen mostrado tan tajantes e inflexibles la última vez que pasó algo así. Sí, había visto comentarios en las redes, y en el instituto la gente susurraba, pero nada tan ostentoso como ahora. Entonces no hubo gente en los escenarios de los ataques, con pancartas para avisarnos de que «estuviésemos preparados». Me pregunté si habrían visto algo. De lo contrario, ¿a qué venía esa preocupación

repentina?

Naomi me dedicó una mueca burlona.

—Tú no crees en esas cosas, ¿verdad, Mira?

Desvié la mirada y cogí una esponja. Ya no sabía qué creer. En mi fuero interno sabía que los licántropos no existían; pero los incidentes recientes eran demasiada coincidencia. La gente de la ciudad nunca había estado tan alterada. Abba me dijo que esas tradiciones estaban tan arraigadas porque alguien había sido testigo, habían visto a los licántropos, y estaban tan convencidos que se aseguraron de que todo el mundo lo supiese. ¿Estaba la ciudad llena de crédulos que se tragaban esas historias fantasiosas? ¿O tal vez había una parte de verdad, oculta entre las grietas?

—No —dije, titubeante. No sabía si había mentido o no, pero Naomi sacudió la cabeza y me miró con los ojos entrecerrados.

—Los de Kansas City sois la leche. —Se echó a reír, y comprendí que se burlaba porque me había visto vacilar. Pero las leyendas ya no me parecían solo cuentos para dormir, y no sabía muy bien qué pensar al respecto.

Entonces caí en la cuenta.

Bobby había estado siguiendo los ciclos de la luna. Cada fase en la pared, con hilos que las conectaban. ¿Tal vez él también creía en esas leyendas?



Capítulo 20

Me dijeron que era arriesgado, pero me moría por ella.

Artículo III, Cartas perdidas de Aadan Primero

De camino al estadio, me sentí vigilada por las estatuas de los lobos. Se alzaban, moldeados en piedra, con el vientre plano y el intricado pelaje, con aquellos ojos duros que siguieron mis pasos. Era como si esperaran con ansia que alguien descubriera los misterios que habían visto.

El estadio se encontraba más allá del Edificio Bowman de Arte, en la otra punta del campus, cerca del lago. Naomi y yo fuimos caminando y charlando y comentando que la universidad se parecía cada vez más a una institución académica que a un campamento de verano; que los estudiantes más avanzados parecían adultos al mando de sus vidas y los profesores se vestían y se comportaban como si fueran miembros de una sociedad secreta de magia negra…,

cosa que no era cierta, pero nos entretuvimos bromeando sobre eso hasta que llegamos a la entrada.

La banda musical era estrepitosa y el sonido nos envolvió al entrar. Por todas partes había estudiantes y visitantes. Unos hacían cola para comprar comida o bebida, otros charlaban en grupitos con sus amigos.

Nos dirigimos a las gradas y pasamos junto al olor a palomitas, perritos calientes y unos cuantos aromas adicionales que me sobrecargaron la nariz, muy sensible. Todo a nuestro alrededor era un mar de rojo, oro y blanco. Muchos estudiantes se habían pintado la cara y, en primera fila, un grupo de chicos bulliciosos exhibían en el pecho los colores de la universidad. La mascota subía y bajaba por las gradas y, cuando la banda tocó una melodía conocida, todo el mundo se puso de pie con una emoción que yo nunca había experimentado.

Eran demasiadas cosas para absorberlas a la vez.

Naomi iba bailando mientras nos movíamos entre la gente hasta dar con unos asientos que nos gustaron. Mientras esperábamos que empezara el partido, nos dedicamos a mirar a las animadoras, y Naomi me contó a gritos para hacerse oír por encima del ruido cómo había convencido a sus padres para que le permitieran jugar al fútbol bandera, que era como el americano, pero sin placajes, cuando solo tenía siete años. Tuvo que echar mano de sus primos, pero sus padres cedieron al final. Se le había dado bien, y no dejaba de preguntarse hasta qué punto le habría cambiado la vida de haber seguido practicando ese deporte.

La historia no acababa allí, pero me perdí la segunda parte porque, de repente, subiendo por los peldaños metálicos junto a sus dos amigos, vi a Julian.

El pecho se me puso rígido al verlo. Presencié cada momento

como a cámara lenta, cómo los huesos de los hombros se le marcaban bajo la camiseta blanca, cómo cada parte de su cuerpo parecía modelada por un escultor a la luz de primera hora de la tarde. Y cómo tenía un detalle nuevo en el rostro casi perfecto: casi invisible ya, pero todavía ahí, desde la prominencia del pómulo hasta debajo del ojo izquierdo, violáceo, verdoso, amarillento. Un moretón. No le había visto la marca el día de nuestro encuentro en el bosque. Tal vez por eso había faltado a clase toda la semana. ¿Se había metido en una pelea, había sufrido un accidente? Las dos cosas eran siniestras.

Y… por mucho que me molestara reconocerlo, parecía atormentado, y eso hizo que el corazón se me acelerara un poquito. Era una actitud despreciable, lo sabía, pero no lo podía evitar.

Los ojos dorados de Julian se clavaron en los míos y vi una vacilación en su mirada, una mezcla de asombro y profundo pesar como una ola que batiera delicada contra la playa en un mar furioso.

Aparté la vista y fingí que buscaba mi teléfono.

Naomi me atrajo hacia ella.

—¿Acabas de quedarte mirando a Julian Santos? ¿No decías que era un tipo raro? ¿Has hablado con él?

Le había contado lo de las miradas y que coincidíamos en una clase, así que sabía lo más fundamental de la historia: que nos detestábamos.

—Sí… No… Bueno, más o menos —dije entre dientes. Me lanzó una mirada—. Ya te lo explicaré.

Al principio, Naomi se negó a dejar el tema. Me miró con los ojos entrecerrados como si calculara para sus adentros cómo responder. Al final, resopló y se mordió el labio.

—Vale —dijo.

Dejé escapar un suspiro de alivio. «Menos mal». No quería

entrar en aquella dinámica. Al menos de momento.

Antes del primer saque, el vicedecano salió al centro del campo. No había vuelto a ver a Duke Moore desde el día en que llegué, pero allí estaba, seguro, sonriente, con el pelo entrecano y el polo de la universidad bien planchado, saludando a las gradas con la mano. Me recordó tanto a Seven que no pude dejar de preguntarme hasta qué punto estaría orgulloso de su hijo, de todos sus hijos, que habían llegado tan lejos con su guía y ejemplo.

—¡Lobos Rojos! —empezó, y noté con claridad cómo se aceleraban todos los corazones a mi alrededor—. ¡Qué gran placer es teneros hoy aquí para presenciar el primer partido de esta temporada de nuestros ganadores del campeonato!

La banda hizo sonar los tambores y la gente enloqueció.

—¡Pelear, pelear, pelear! —entonaron, agitando el puño en el aire.

Los chicos del pecho pintado saltaron al campo para correr junto a las animadoras y aprovechar la creciente excitación. Los cánticos sonaron con más fuerza y los pies golpearon contra el metal de las gradas. Todo el mundo estaba saltando y, mientras, en la otra punta del estadio, en la sección ocupada por los seguidores del equipo visitante, se oía un abucheo largo y grave.

Duke agitó la mano a modo de bandera blanca y la multitud se aplacó un poco.

—Un poco de sana competencia no le hace daño a nadie. —Sonrió—. Hoy es un día lleno de emociones, pero sería muy atrevido por mi parte no mencionar que para nosotros lo más importante es vuestra seguridad. Os habréis enterado ya de los recientes ataques de animales en la zona, uno de los cuales ha tenido lugar aquí, en una de las rutas de senderismo de la universidad. Y ha sido terrible recibir la noticia de la pérdida de un estudiante increíble de una de

las universidades cercanas. Por favor, ruego un minuto de silencio por todos los que han sufrido con su desaparición.

Todo el mundo agachó la cabeza. A mí me temblaban los labios. Había estado muy cerca de sufrir ese mismo destino. Oí algún que otro sollozo a mi alrededor, y Naomi me cogió la mano y me la apretó. Yo hice lo mismo.

Tras unos segundos, Duke volvió a tomar la palabra.

—Gracias a todos. —La tensión se le reflejaba en la voz—. Hemos incrementado las medidas de seguridad en el campus, hay patrullas en todo el terreno y las rutas están cerradas, pero os queremos pedir a todos que extreméis las precauciones y tengáis cuidado de por dónde vais cuando celebréis luego el resultado del partido. Sed siempre conscientes de dónde están las salidas y, en caso de necesidad, avisad de inmediato a las autoridades. Gracias de nuevo por vuestra atención. —Se aclaró la garganta—. Y dicho esto… ¿Qué decimos, Lobos Rojos?

—¡Vamos a ganar, a ganar, a ganar! ¡Vamos a ganar, a ganar, a ganar! —rugió el público. Saltamos y las gradas retumbaron bajo nuestros pies.

La banda empezó a tocar el himno deportivo de la universidad y, a todo lo largo del campo, los cañones de confeti llenaron el aire de rojo, blanco y dorado. La megafonía anunció a los Lobos Rojos y los jugadores saltaron al campo.

Todos gritamos, y al cabo de un rato vi a Seven. El partido ya llevaba unos minutos, después de que los jugadores se sentaran en el banquillo. Me sorprendió que se fijara en mí pese a la distancia: se le animó el rostro y le vi los hoyuelos en las mejillas cuando alzó la cabeza en mi dirección y me dedicó una sonrisa arrebatadora.

Lo saludé con la mano. Naomi, a mi lado, hizo sonidos de besitos.

—¡Estoy celosa! —Hizo un puchero—. ¿Cómo es que tú tienes dos chicos y yo no tengo ninguno?

—No tengo dos chicos.

Me hizo una mueca.

—No sé si eres tonta o la persona más despistada del mundo, y quiero dejar claro que no te considero tonta. He visto cómo te miraban Seven y Julian, y te aseguro que estás en medio de un triángulo amoroso.

Le di un empujoncito.

—¿No has leído ni una novela para jóvenes? Es el tropo más común.

—Calla. Nadie se ha enamorado de mí. Y no sé yo si un triángulo amoroso es «el tropo más común». Me parece más bien un montón de drama innecesario que se podría solucionar con una comunicación concisa.

—Eso mismo diría la protagonista.

Puse cara de horror y Naomi me abrazó de lado.

—Oye, si no te interesan, me los quedo yo a los dos, sin problema. Siempre he sido partidaria de no elegir. —Se echó a reír y metió la mano en el bolso, y me dio una funda térmica. La miré sin comprender. Luego me pasó una lata de Hard Seltzer y se llevó un dedo a los labios—. ¡Al ataque, Lobos Rojos! —gritó, y agitó en el aire la mano libre.

Me eché a reír y grité yo también.



En un partido de fútbol universitario nadie se sienta, nunca. De eso se encargaron las animadoras y los tíos descamisados. Hasta cuando el equipo flojeaba, no paraban de cantar y animar, y todo el público

los seguía sin hacer preguntas.

Tras dos Hard Seltzers, mi vejiga empezó a protestar. Conseguí salir de las gradas porque sabía que, si no iba al baño en aquel momento, durante el descanso habría una larga cola.

Mientras me lavaba las manos, me miré al espejo y vi lo sonrojada que estaba. Era una reacción de la que me había olvidado. El alcohol se me había subido a la cabeza lo justo para que sintiera las piernas un poco flojas, pero no tanto como para que el corazón no se me parara al salir del baño y ver a Julian.

Estaba en la cola para comprar algo de beber, pero al verme se salió y acudió a mi encuentro.

Agitó la mano en dirección a mí. Casi por instinto, miré a mi alrededor para ver si se dirigía a otra persona. ¿En qué mundo alternativo me saludaba Julian, y cómo se suponía que debía reaccionar yo?

Estar cerca de él me resultaba confuso, sobre todo después de la caída. Noté un cosquilleo en el abdomen que me hizo sentir que le debía al menos una palabra de saludo. Un recordatorio de que me había salvado la vida. No me gustaba la sensación de que me hubieran salvado, era un poco humillante y habría preferido salvarme yo sola. Bobby me había educado así, y Rena también, sin querer, cuando desapareció.

Pero estaba tan concentrada en imaginar qué estaba pasando que de repente lo tenía a un metro.

—Hola —dijo Julian al tiempo que se metía las manos en los bolsillos delanteros.

En aquel momento, su rostro hizo algo extraño y desacostumbrado, casi horrendo. Sus labios gruesos se curvaron en una sutil sonrisa a juego con la luz que tenía en los ojos.

«Me ha sonreído». Una sonrisa asombrosa, sincera, de medio

lado. Casi me hizo olvidar el moretón de la cara. Y me hacía falta un testigo, alguien que documentara aquella situación excepcional, poque Julian Santos no sonreía nunca. De hecho, habría jurado que los músculos de su rostro eran incapaces de reflejar alegría o cualquier indicio de felicidad.

Antes de que me diera tiempo a maldecir al universo y alejarme a toda prisa de la tragedia que sin duda se iba a desencadenar, abrió la boca.

—Lo siento —dijo.

«¿Lo siento?». Hice una mueca y conseguí no soltar la carcajada. No podía ser. Una sonrisa y una disculpa de mi némesis, todo el mismo día, todo en el transcurso de unos pocos segundos. El mundo se había salido de su órbita, o más probable, alguien se estaba haciendo pasar por Julian.

Pero bajó la cabeza y unos mechones de pelo le cayeron sobre la cara.

—Por lo del otro día —empezó, y noté la tirantez en su voz. Estaba tenso—. En el bosque…, en clase…, por todo. Siento cómo te he tratado. —Respiró hondo y me miró entre las largas pestañas—. Si no aceptas mi disculpa, lo entenderé, pero sé que te la debo.

Esta vez no pude contenerme y se me escapó la risa, incontrolable, que se convirtió en un resoplido.

—Esto es una broma, ¿no? Me estás tomando el pelo —conseguí decir, y me alejé unos pasos.

Pedir perdón era demasiado fácil. Julian había sido una verdadera pesadilla.

«Tu miserable existencia es mi perdición», me había dicho con verdadero odio. Esas palabras no se me iban a olvidar en la vida.

—Me parece muy raro viniendo de ti.

La frase me salió sin pensar cuando lo miré a los ojos. Le vi el

rostro amable, a la expectativa. Pero no, no, no me iba a convencer tan fácilmente. Ya me había dejado engañar más de una vez, no iba a ser tan tonta como para permitir que sucediera de nuevo.

Julian tragó saliva.

—La verdad es que la manera en que me dirigí a ti estuvo mal. Lo entiendo. Pero no…

Tragó saliva de nuevo y en ese instante llegó una avalancha de estudiantes de las gradas, todos corriendo hacia los baños y los puestos de comida. Nos rodearon como un enjambre frenético.

Y, en ese momento, oí las trompetas y los tambores. Iba a empezar la actuación de mis amigas. Me acerqué un paso a él.

—A menos que cuentes todo lo que sabes, y quiero decir todo, no pienso perder ni un segundo más contigo y con tus truquitos —dije, y lo que me sorprendió no fue cómo se inclinó hacia delante mientras me escuchaba, ni cómo me recorrió la cuerva del cuello con los ojos, sino cómo me detuve yo. Le di tiempo para responder y vi que titubeaba.

Cogí aliento para apartarme de él y, cuando lo hice, no miré atrás. Al volver a mi asiento, teníamos siete puntos de ventaja. En medio del campo, la mascota dio una serie de volteretas que anunciaron la llegada de la banda: entró en el campo precedida por el equipo de baile, que se movía con gracia ante ellos con sus uniformes deslumbrantes, los guantes blancos y las mallas transparentes.

Una vez en formación, la música se detuvo de golpe y las bailarinas adoptaron una pose, chasquearon los dedos al compás de una música inexistente. La capitana hizo sonar un silbato y la banda volvió a tocar, y las bailarinas hicieron los primeros movimientos.

Ver aquella actuación me llenó de orgullo. Em, Abi y Stevie habían trabajado mucho, saltaba a la vista. Me moría por decirles lo

increíbles que me habían parecido.

Los dos últimos cuartos pasaron muy deprisa. El equipo rival volvió del descanso con mucha fuerza y nos empataron. El público se puso nervioso por primera vez. En los últimos segundos de partido, todos contuvimos la respiración, y al final ganamos por un gol de campo.

Un rugido sacudió las gradas mientras todos saltábamos y el confeti llovía por el aire, nos caía en el pelo y en las mejillas. Nos abrazamos unos a otros, abrazamos a completos desconocidos. Fue memorable.

Luego, salimos del estadio junto con la multitud. Me pareció entrever a Julian más adelante, con los dedos entre el pelo, a la sombra de un árbol, esperándome. Pero no era él.

Naomi me cogió por el brazo para sacarme de entre la gente hasta un camino menos frecuentado. De nuevo me pareció verlo. Por delante de mí, a mi lado, a mi espalda. No eran más que imaginaciones. Estaba en todas partes y en ninguna a la vez.

Cuando nos alejamos más, el colgante empezó a caldearse. Fue una sensación que me provocó un nudo de nervios en la boca del estómago. Más adelante, sentada en la Fuente de los Fundadores y con las piernas cruzadas, vi a una joven. Era de una belleza embriagadora, fascinante de una manera que me resultaba familiar, mientras el agua le salpicaba la melena castaña rojiza.

Nos miramos y nos sonreímos. Me miró como si me conociera mejor que nadie, me saludó con un movimiento de la mano. Hizo que se me erizara todo el vello, pero al mismo tiempo tuve ganas de ir hacia ella.

El cuerpo entero me quemaba con llamas invisibles. Naomi me soltó el brazo.

—Tía, estás ardiendo.

Me miró a los ojos y se sacó del bolso una botella de agua, pero no sirvió para aliviar el fuego que tenía en el pecho.

Cuando volví a mirar, la mujer había desaparecido.

Y, en ese momento, mi teléfono empezó a vibrar.

Era Seven, que me invitaba a la fiesta de después del partido.



Capítulo 21

Cada guerra que había visto yo, ella la había visto dos veces.

Artículo VI, Cartas perdidas de Aadan Primero

Al final de un sendero había una casa de una sola planta, pintada de gris y con tejas negras.

La calle en penumbra estaba abarrotada de coches aparcados en batería, y por todas partes había estudiantes en grupitos de dos o tres.

Unos cuantos estaban tumbados en el césped y contemplaban el cielo brumoso y estrellado mientras se reían sin ton ni son. Algunos descansaban a la entrada de la casa, apoyados en los parachoques, y otros jugaban a tirarse una pelota. Un puñado de ellos se agolpaba en el porche para oír a dos personas que contaban una historia. Tenían los ojos enrojecidos y las mejillas sonrosadas de reírse.

En el interior, unos focos pequeños proyectaban colores primarios sobre las paredes y daban un toque de luz a la casa a oscuras; los graves me retumbaron en los oídos.

Había gente en cada recodo y cada rincón de la casa. Bailaban. Reían. Bebían en vasos de plástico.

El humo se esparcía por el aire a bocanadas, y cada vez que inhalaba me sentía como si flotase. Me cogí muy fuerte de las manos de Em y Naomi mientras nos abríamos paso, y ellas a su vez se cogieron de Stevie y Abi. Al avanzar chocábamos con gente, y a ratos parecía que brillásemos. Las luces nos iluminaban las mejillas y las narices respingonas; los labios nos brillaban como el hielo y la piel resplandecía como cubierta de diamantes.

Y de pronto sentí que me dividía en dos. En una esquina de la casa estaba Seven, y en otra, Julian. Sus siluetas se recortaban sobre las paredes como la Tierra y la Luna. En el espacio liminar que los separaba, me sentí como la marea, sometida a la gravedad que tiraba de mí en ambos sentidos.

Julian se llevó un vaso a los labios. En la oscuridad, el cabello le tapaba los lados de la cara. Estaba recostado contra la pared, junto a sus amigos, inhalando humo.

Seven se encontraba debajo de una tira de luces brillantes. Enseguida me vio y me llamó con un gesto y una sonrisa tan grande que el corazón me dio un vuelco.

Me abrí paso con rapidez entre el gentío y me acerqué a él. Abi y Stevie se fueron por su cuenta, pero Naomi y Em me siguieron.

Seven estaba con otros jugadores del equipo e intercambiaban comentarios sobre la jugada ganadora del partido. Cuando Em y Naomi se unieron a la conversación, su lenguaje corporal cambió, y les dieron la bienvenida como si las conocieran de toda la vida. Al verlo respiré un poco más tranquila.

—¡Aquí está! —Seven abrió los brazos y me dio un abrazo. Era tan grande y cálido que fue como si me devorase. Con un gesto rápido, me cogió la mano y me besó los nudillos. Sentí un nudo en el estómago. Fue un dolor agradable.

Sus labios casi me rozaron la oreja.

—Me preguntaba si vendrías —susurró—. Me ha sorprendido verte en el partido.

—¿Ha sido una sorpresa buena o mala? —Me aparté para ver cómo le brillaban los ojos.

Abrió los labios y desvió la mirada.

—Buena —dijo, como si no mirarme lo hiciese más real.

—Entonces, mi trabajo aquí ya ha concluido. Supongo que puedo irme y descansar en paz para siempre —respondí, y me volví, pero él me atrajo hacia sí, con una risa que le agitó los rizos. Yo también reí, hasta que los dos nos callamos, sonrientes. Me estudió, como si viese mi auténtico yo, y la cercanía me produjo un escalofrío.

Me remetí el pelo detrás de la oreja y aparté la vista.

—Has estado muy bien en el campo. —Y era cierto. El modo en que se movía, corría y lanzaba era mágico. Si Bobby lo hubiera visto, le habría impresionado.

—No habría hecho nada sin el equipo. Pero, a decir verdad, es uno de mis lugares favoritos. El campo es algo muy especial, es mío, ¿entiendes? Me hace sentir feliz.

—Ya eres feliz.

—Me refería a que… Este también es uno de mis sitios favoritos. Aquí, a tu lado.

Me sonrojé. Entonces vi que se acercaban Em y Naomi y me aparté un poco para presentárselas.

—A Em ya la conoces, ¿verdad?

—Desde luego. —Seven le dio un abrazo de oso.

—Y esta es Naomi. Estudia Empresariales.

Seven ladeó la cabeza.

—Juraría que ya te había visto antes. Yo también estudio Empresariales.

—Es imposible no verte —contestó Naomi. Cuando le ofreció la mano, él se abrió de brazos.

—¿Eres de los que dan abrazos?

—Los días buenos, sí, así que estás de suerte. —Se dieron un abrazo lateral, y mientras lo hacían ella me miró con una sonrisa diabólica.

—Felicidades por la victoria —dijo Naomi.

—Gracias.

Seven se puso a contar cómo había ido el partido, desde su punto de vista. Durante las pausas me miraba de reojo y sonreía.

Por fin, Stevie nos llamó a gritos, y al momento Abi y ella nos cogieron del brazo y nos arrastraron a la cocina para ver a alguien beber cerveza haciendo el pino.

—He visto cómo te sonreía —me susurró Naomi de camino a la cocina. Sacudí la cabeza y seguí caminando. Tenía razón. Yo también lo había visto.

Tomamos chupitos de vodka con gelatina mientras veíamos a una persona tras otra hacer el pino y beber más cerveza de la que habían bebido en toda su vida.

En medio de todo aquello noté una corriente de aire a mis espaldas, y una presencia que me hizo envararme al instante.

—Hey —dijo una voz sensual.

Julian se había detenido tan cerca de mí que me rozaba el hombro con el pecho. Me volví a mirarlo, pero él tenía la vista clavada al frente y observaba a la gente que animaba a alguien que hacía el pino sobre un barril de cerveza.

Dio un trago a su bebida.

—Me sorprende verte aquí —dijo a continuación.

Me estremecí, y apreté el vaso con tanta fuerza que el plástico crujió.

—¿Por qué te acercas tanto? —gruñí—. Y, ya puestos, ¿por qué has venido? Ya me has oído antes. Tu disculpa y tú no me servís de nada si no me dices lo que quiero saber.

Rio a regañadientes y en las comisuras de los ojos se le formaron pequeñas arrugas. Me fastidiaba que su proximidad me hiciese querer encerrarme en mí misma. Y su aroma agridulce. Y tenerlo tan cerca que notaba el movimiento de las costillas al respirar.

—¿No deberías alegrarte de que saliese del campus? —me burlé —. ¿No es lo que tanto querías? ¿Que me fuese?

—Lo es —murmuró, pero, cuando lo miré, sus ojos eran dulces como la miel. Me pareció absurdo y me fastidió. ¿Cómo podía decir algo así a la vez que se mantenía tan pegado a mí? Si iba a seguir negándome la información, ¿por qué me rondaba?

Suspiré, harta ya de la conversación.

—Lárgate, Julian.

Por mi propio bien, decidí hacer como si no existiera y seguir con lo que veía, al tiempo que me preguntaba dónde se había metido Naomi.

A los pocos minutos, su respiración me hizo cosquillas en la nuca. Me estaba riendo de una explosión de cerveza y casi me había olvidado de que lo tenía detrás a menos de treinta centímetros.

—Está bien que hagas como si yo no existiera. Es lo mejor.

El comentario de Julian me molestó de tal manera que me giré de repente y choqué con su bebida, que me salpicó los zapatos. Se apartó un poco, sin el menor rastro de irritación; más bien esbozó

una lenta sonrisa, como si le gustara verme agitada.

Gruñí con los dientes apretados.

—Pero ¿tú de qué vas? ¿Por qué te pegas tanto a mí? Primero me dices que no estoy a salvo, y luego te disculpas. Te muestras unas veces tan cálido y otras tan frío que me confundes y no sé qué pensar —le dije, y traté de apartarlo de un empujón, pero me sujetó la muñeca con la mano libre. Tenía un tacto suave, salvo por unos pocos callos.

—Mirabella —susurró con voz entrecortada. La sonrisa se desvaneció, y relajó los hombros—. Lo siento mucho. De veras. Sé que he sido un idiota, y estoy intentando no portarme siempre como un completo gilipollas. —Dio un paso al frente, y me zafé de él de un tirón. No reaccionó, solo siguió hablando—. Es difícil romper la costumbre.

Me sujeté la muñeca para tratar de borrar la sensación de su contacto.

—Eso no explica por qué de repente eres amable conmigo.

Dio otro trago, mientras le asomaba a las facciones una sonrisa satisfecha.

—Remordimientos —explicó—. O a lo mejor es que he cambiado de opinión…

Le arrebaté el vaso antes de que le llegase a los labios. Me fastidió que ni siquiera se sorprendiese. Se quedó a la espera, como si de algún modo retorcido aquello lo alegrase, y me observó dar un trago. Arrugué la cara y entrecerré los ojos. Era *bourbon* puro, lo que bebía mi padre en los inviernos más crudos.

Julian me guiñó el ojo.

—De nada.

Enfadada, y más que dispuesta a aceptar un desafío, me terminé la bebida y le planté el vaso contra el pecho. Antes de que me diera

tiempo a añadir nada más, Stevie nos sacó a ambos a rastras de la cocina rumbo al salón, donde se estaba formando un círculo.

En el centro, sobre una alfombra, había una botella de licor vacía que daba vueltas sobre sí misma. En ese momento comprendí que nos habían llamado para jugar a siete minutos en el cielo.

Suspiré, me pellizqué el puente de la nariz y eché la cabeza hacia atrás mientras murmuraba una sarta de tacos. La primera persona que había hecho girar la botella era una chica negra con el pelo corto y rizado y una diadema centelleante. Cuando la botella dejó de dar vueltas, señaló a alguien de pelo rubio teñido que estaba frente a ella.

Se miraron un instante y luego soltaron un chillido. Alguien los escoltó hasta un armario ropero que había fuera del salón, al lado de la entrada. Una vez lo cerraron, la persona que vigilaba la puerta les gritó que pusieran una alarma.

Mientras esperábamos, una botella de vino barato fue pasando de mano en mano alrededor del círculo. ¿Quién habría llevado todo aquel alcohol? Aunque había poca luz, una cosa sí estaba clara: cada vez había más gente en el círculo, y cada vez estábamos más y más apretados.

Hice todo lo posible por olvidar que Julian estaba a poca distancia, hablando con una chica de pelo castaño y mirada hipnótica que no dejaba de adularlo; le había cogido un mechón de cabello y lo retorcía entre los dedos. Se rio de algo que él dijo, y sentí una punzada de celos…, aunque no supe por qué, si no tenía ninguna gracia. Pero él estaba centrado en la chica, que parecía sumida en una especie de ensueño, con el rostro sonrojado y casi escarlata. Apreté los puños, con las uñas clavadas en la palma, mientras imaginaba qué aspecto tendrían aquellos ojos dorados si Julian poseyera un corazón capaz de enamorarse.

«Gilipollas», pensé mientras los miraba con odio. Me había salvado la vida, pero ¿a qué precio? ¿Para torturarme con disculpas inútiles y con despropósitos? Durante unos días me había preocupado por su ausencia y, ahora que no paraba de cruzarse en mi vida, empezaba a lamentar aquellos sentimientos. Lo único que quería era que se largara y me dejase en paz.

Se me escapó un suspiro de frustración, y mi propia respiración me traicionó. Julian me vio el ceño fruncido y se mordió el labio inferior antes de sonreír con una mueca burlona. Qué visión tan hermosa y traicionera. Como si supiese que me ponía de los nervios. Al momento centró de nuevo la atención en la chica que estaba fascinada con él, y yo puse los ojos en blanco. «Menuda idiota».

De pronto, los siete minutos parecieron dos segundos. Antes de lo que me esperaba, los dos que se habían metido en el ropero salieron riéndose y con los labios hinchados, y se unieron de nuevo al círculo con torpeza. Me tocaba a mí.

Todos los ojos me miraron cuando sostuve la botella en la mano. Respiré despacio mientras la veía dar vueltas y vueltas. A los pocos segundos se frenó y se paró delante de, cómo no, Julian.

Al parecer, el universo encontraba mi odio muy divertido. Porque, si me hubiera prestado atención, comprendería que aquello era muy mala idea… a menos que, más listo que yo, hubiese trazado un plan, y me ofreciera la oportunidad de aprovechar la situación para indagar más.

Me quedé boquiabierta. Julian sacudió la cabeza con indiferencia y se levantó. Un momento después me daba la espalda y dejaba atrás el gentío, rumbo al ropero.

Maldición. Aunque fuese una oportunidad de conseguir respuestas, me costó recuperar la compostura. Le di un trago a la botella de agua de la persona que tenía al lado, para ganar tiempo.

La verdad, no quería quedarme a solas con Julian. Porque con él siempre pasaba lo mismo; cuando se iba, yo me sentía vacía y sin aliento.

Pero la multitud ya me estaba animando, y un desconocido me ayudó a levantarme. «Vale, vale». Si esas eran las cartas que me repartía el destino, le seguiría el juego, para obtener la información que buscaba; pero no sin quejarme desde el minuto cero. Como se esperaba de mí, gruñí con desgana mientras me empujaban hacia allá, y antes de salir del salón juraría que vi a Seven mirándome.

La persona que hacía guardia frente al ropero me recordó que pusiera una alarma, y un instante después ya estaba dentro. A solas, en la oscuridad, con él.

—No tenemos que hacer nada, ¿sabes? —explicó Julian mientras yo activaba la alarma y encendía la linterna del móvil. La luz brillante me hizo sentirme algo más cómoda.

Chasqueé la lengua.

—Tiene gracia viniendo de ti.

—Solo digo que puedes elegir.

—Hummm. —Torcí los labios—. Cualquiera diría que me tienes miedo.

Julian rio entre dientes, cosa que me ofendió.

—¿«Miedo»? ¿De eso crees que va la cosa?

Tuve que echar la cabeza atrás para poderlo ver bien. Tenía el rostro iluminado, pero detrás de él todo eran sombras cambiantes, que flotaban como nubes de tormenta.

—Por supuesto. ¿Qué otro motivo tendrías para insistir tanto en que me vaya? Dices que es porque no es seguro para mí estar cerca de ti, pero… ¿y si no es seguro para ti estar cerca de mí?

Apretó los labios para reprimir una sonrisa o una carcajada, aunque no se le daba muy bien. Al tener la oportunidad de

observarlo más de cerca, percibí un cambio en él, pero aún no entendía de qué se trataba.

—Claro —respondió con suavidad. Se pasó los dedos por el pelo —. Pero ¿no deberías estar enfadada conmigo? —me recordó—. No has aceptado mi disculpa, y me parece que para ti esto no es más que una pérdida de tiempo.

Le clavé la mirada y me fijé en que sus ojos se separaban de los míos para posarse en mi boca, y luego en el latido de la sangre en el cuello. Una ola de calidez me estremeció por dentro y me hizo cosquillas en los muslos. Era un calvario. No me gustaba nada que usase mis propias palabras contra mí.

Inspiré hondo y traté de mitigar aquella calidez.

—Sí —respondí, con la esperanza de que me volviese a mirar a los ojos, porque a cada segundo que lo suyos se me paseaban por el cuerpo el corazón se aceleraba más y más. Era una sensación traicionera, como si alguien te sujetase del tobillo y te hundiese bajo unas aguas lodosas. Tenía que relajarme y liberar mi cuerpo del estado de confusión en que se hallaba.

—Eres bastante gilipollas, Julian. Eso no lo arregla ninguna disculpa.

Al oírlo me clavó los ojos; si había creído que eso me haría las cosas más fáciles… Bien, me equivocaba. «Céntrate», me recordé a mí misma. Necesitaba tener las facultades al máximo.

—Me lo merezco —aceptó con la cabeza ladeada.

—Claro que te lo mereces. Y, además, es cierto. ¿Ves cómo funciona? Se trata de decir la verdad.

—Sí, me he dado cuenta, y estoy tomando notas para no perderme nada.

Me crucé de brazos y me recosté contra la pared con una mueca burlona. El ropero era muy pequeño… y Julian estaba muy muy

cerca. Pero, claro, de eso se trataba, ¿no?

—Entonces, ¿por qué no me tienes miedo? No sabes de lo que soy capaz.

Cuando volvió a sonreír, capté un fogonazo de dientes muy blancos, y me fijé en que eran más afilados de lo que yo recordaba.

—Oh, sé con precisión de qué eres capaz, Mirabella… Y te lo aseguro, yo soy capaz de más.

—Primero, eso es insultante porque yo soy la leche. Segundo, no tienes por qué llamarme Mirabella. Viniendo de ti, suena muy extraño. Y tercero, no me das ningún miedo —contesté, aunque era una mentirijilla. No me daba miedo, en sí, pero esa inocencia y optimismo repentinos, el ángulo sutil de los hombros al inclinarse hacia mí, la escasa distancia que nos separaba…, todo eso me hacía sentir cómoda. Y eso me distraía de cómo quería sentirme en realidad. Había pasado de estar enfadada con él a sentir el impulso de clavarle los dedos en los brazos musculosos y a morirme de ganas de saber cómo sería tener su rostro más cerca del mío.

Eso sí que me asustaba.

—Perro ladrador, poco mordedor —concluyó mi discurso. Antes de que pudiese añadir nada más, Julian se echó a reír. Al principio solo se le sacudieron un poco los hombros y apretó los labios para no hacer ruido, pero al ver mi reacción enojada estalló en carcajadas.

Se me dilataron las aletas de la nariz. Se me estaba riendo en la cara. Literalmente.

—No tiene la menor gracia.

Casi lloraba de risa, y yo puse los ojos en blanco.

—Sí que la tiene —dijo—. No me esperaba eso de ti.

—Supéralo. —Lo empujé para apartarlo, pero me cogió la mano y se la puso en el pecho para que lo sintiera moverse mientras se

reía. No la quité, me quedé así, con la palma sobre su corazón y los dedos curvados en el torso musculoso. La calidez me invadió de nuevo, y noté que me había puesto roja como un tomate.

«Reacciona, Mira. Tú estás muy por encima de todo esto». Me erguí y retrocedí un poco a la vez que apartaba la mano poco a poco.

—¿Vamos a hacerlo o no? —pregunté mientras me limpiaba las manos en los tejanos.

Julian inspiró hondo y dio un paso al frente. Desprendía un aroma dulce. No entendía a qué se debía. No era la colonia que usaba, sino algo diferente, más profundo.

—¿Por qué? —quiso saber—. ¿Te mueres de ganas de montártelo con tu mortal enemigo?

Lo miré a la cara con una sonrisa burlona. ¿Era eso lo que veía la chica de fuera al mirar a Julian? Era hipnótico, pero tras el brillo de sus ojos se vislumbraba la penumbra.

—Me enorgullezco de detestarte.

—No me cabe duda.

—Estás cambiando de tema.

—Cierto —admitió.

Me dejé llevar por un impulso incontrolable y le puse la mano en la cara y recorrí con los dedos el perfil del hematoma. Me era imposible no tocarlo. Era un completo enigma, y al parecer yo no estaba tan por encima de todo aquello como creía.

—¿Se puede saber qué se te ha metido en la cabeza?

—Tú —respondió, con total convicción.

La forma de decirlo hizo que algo restallase en mi interior, y me devolvió al presente.

—Mira. —Se me quebró la voz. Aparté la mano y comprobé la alarma. Nos quedaban un par de minutos—. He aceptado entrar aquí

porque creí que sería una oportunidad de que me contases la verdad, qué pasa entre nosotros y por qué, desde el día que nos conocimos, me has tratado como si quisieras vengarte. ¿Crees que he olvidado lo que me dijiste el otro día? —Dejé de hablar y le lancé una mirada severa, para que me tomara en serio—. Dijiste que mi mera existencia era tu perdición. Algo así es imperdonable. Hasta hace unas pocas semanas, ni siquiera sabía que existías, Julian. ¿Qué puedo haber hecho para que estés tan enfadado conmigo?

El remordimiento se le reflejó en las facciones; se irguió y se acercó a mí unos centímetros más.

—Yo…

—Tú, ¿qué? —insistí con los dientes apretados. Me eché atrás todo lo que pude contra la pared—. ¿Hay algún juramento que te lo prohíbe? —Tensó la mandíbula, pero no se movió, ni se apartó de mi lado—. Para tener las manos atadas, hablas demasiado. De no ser por este juego, ¿te habrías encontrado aquí conmigo, o eso también lo decide alguien por ti? No creo que tengas pelotas para besarme, Julian. Todo esto es penoso, la verdad.

Y de pronto ahí estaba, pecho contra pecho, y un escalofrío me recorrió la espalda. Las costillas se habían encontrado, los corazones golpeaban uno contra otro. Nos miramos a los ojos durante un largo instante.

—Deberías saber que te odio —le informé.

—Ah, ¿sí? —Los dedos me sujetaban la barbilla.

—Sí —susurré, y el estómago me dio un vuelco—. Más que nada. Más que a nadie.

Julian posó la frente sobre la mía y unos cuantos mechones de su cabello me rozaron el oído.

—Lo que pasa, Mira —murmuró, y pronunció «Mira» de tal modo que deseé oírselo decir de nuevo—, es que, si te beso, no vas a

querer que pare.

—No tienes ni idea de lo que voy a querer.

La punta de su nariz rozó la mía y sentí su suave aliento en los labios. Un dulce veneno… Los más mortíferos a menudo lo eran.

—Entonces, dime, aquí y ahora, lo que quieres. —La pregunta me dejó perpleja. Se me cruzaron los cables. Quería… Quería…

Inhalé. Los labios de Julian casi rozaban los míos. Era muy impropio de mí verme en una situación como aquella. Quería quedarme allí, a su lado, en un estado de dicha que no existía fuera de aquellas paredes. Quería que me sostuviera entre sus brazos sin ponerme un puñal en espalda. Quería que fingiéramos, aunque solo fuese durante los escasos momentos de que aún disponíamos.

—¿Y qué más da, Julian? —respondí, paralizada por su presencia como nunca hasta entonces—. Porque no tendrías valor para hacer lo que yo quiero —murmuré.

Julian sonrió sin apartar los labios de los míos, y me remetió un mechón detrás de la oreja. Luego me recorrió la cintura con las manos y se detuvo en los muslos. Cada contacto de sus dedos dejaba un reguero de chispas, y el silencio se abatió sobre nosotros y apagó poco a poco los sonidos de la fiesta. El único ruido que se oía era mi respiración agitada, a la espera de lo que ocurriese a continuación.

Me levantó del suelo con suavidad y me pasó las piernas alrededor de su cintura. Me agarré a él y el móvil rodó por el suelo. Le clavé los dedos en los músculos del cuello y luego los subí y lo sujeté del cabello…, desesperada por tenerlo por fin entre mis dedos.

Me posó los labios en la clavícula y los deslizó por el cuello, en dirección a la mandíbula; pero se detuvo en seco al oír el sonido repentino de mi alarma. Los siete minutos habían pasado.

Julian se apartó y me depositó en el suelo con todo cuidado. Pero yo quería seguir desarraigada, quería que me arrastrara al vacío. Recogí el móvil y, con manos temblorosas, desactivé la alarma. El sonido de la fiesta cayó sobre nosotros, y fue como si se hubiese roto una presa, porque no podía dejar de mirarlo, y él no podía dejar de mirarme.

Nos quedamos así, traspuestos por la súbita comprensión de que algo había cambiado entre nosotros. Una grieta en el éter. Me colocó un mechón suelto y me acarició el labio inferior con el pulgar. Y yo se lo permití. Qué inesperado por mi parte.

Era como si nos viésemos por primera vez y, hasta que me sacaron del armario y me dejaron en medio de aquel mar de personas, no fui capaz de moverme.



Capítulo 22

A la deriva en ti, hallo consuelo.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

La cabeza me daba vueltas. Me abrí paso entre el gentío, que no era más que un borrón de color. Sentía una necesidad imperiosa de huir, de encontrar algún rincón vacío para enfadarme conmigo misma por lo que había hecho, por dejarme llevar por un impulso así.

Crucé con ímpetu una puerta de la parte posterior de la casa y salí a un porche de madera; la tenue iluminación consistía en guirnaldas de lucecitas centelleantes. Estaba sola, y la noche era tranquila y apacible. Más allá del porche había un patio rodeado de una valla que lo separaba de las casas colindantes. Del interior escapaba una versión distorsionada de la música de la fiesta.

La brisa fresca me envolvió, me agitó el cabello y me acarició los hombros. Eso me hizo pensar en él, y al darme cuenta me tapé la

cara con las manos, avergonzada. «Lo odias —me dije—. Lo odias. Lo odias. Lo odias».

Y era verdad. «Lo odio».

Pero, cuando se abrió la puerta de la casa y apareció Julian al otro lado, me derrumbé. Se acercó a mí a zancadas. Se me cerró la garganta. No había tiempo para hacer, o pensar, o cuestionar nada. Solo podíamos ser partícipes de aquel instante.

Me alzó y yo lo rodeé con las piernas. El mundo se resquebrajó bajo nuestros pies; nos hundimos en un pozo profundo. Aquello estaba mal, lo mirase como lo mirase, e iba a terminar en violencia; pero rendirse nunca fue tan satisfactorio. Nos arrastramos dentro de aquel pozo, centímetro a centímetro, hacia la oscuridad implacable.

Mi cabello revuelto era como un velo que nos rodeaba. Le sujeté la cara por los ángulos de la mandíbula y, cuando lo besé, no fue un beso delicado. Fue febril, impaciente. Un beso ardiente y feroz.

Julian me sujetó con firmeza por la cintura; los dedos se me clavaban en las caderas, la espalda, los muslos. Estaba desesperado, necesitado, y no entendía las huellas que me estaba dejando.

Me besó como si quisiera dejar una marca en el universo, como si quisiera recordar mi sabor durante muchos años, como si me anhelase tanto como yo lo anhelaba a él.

Mi cuerpo se adaptó a sus contornos; encajábamos a la perfección. Era una agonía. El éxtasis se me derramó por las venas y me consumió el tuétano de los huesos. Me sentía frustrada por mi comportamiento, pero no era el momento de hacer las paces con la moral. Más tarde.

Otro beso, tan profundo que ya no supe de quién era el aire que respiraba. Me sujetaba con ternura, con nostalgia, y yo solo sentía el golpeteo del corazón contra el suyo, la cabeza que me daba vueltas y se hundía en el olvido mientras me aferraba a él, como a un ancla

en el oleaje.

Pero era Julian.

Julian, a quien yo odiaba.

Y quizá él también recordó su juramento, porque nos separamos el uno del otro. Me depositó en el suelo, me acarició las mejillas con los pulgares, y con un último beso, me soltó.

—Eso ha sido por iniciativa propia —afirmó, todavía a escasos centímetros de mi—. Nada de juramentos. Nadie me dice lo que tengo que hacer. No es un juego. Solo soy yo, y quiero ir con la verdad por delante —dijo, una disculpa muy diferente de las otras que me había ofrecido, tan definitiva que se me hizo un nudo en la garganta.

Se marchó y me quedé bajo las nubes y las estrellas, con la mano en la boca, anonadada. Cuando entré de nuevo en la casa, aún llevaba su sabor en los labios, pegado como la miel. Una idea diabólica, lo sabía, pero anhelaba mucho más. Porque lo que éramos bajo la luz del crepúsculo era una cosa; y lo que éramos en aquella casa atestada, otra muy distinta, mucho más complicada.

Mis amigas me localizaron en cuanto entré en el salón.

—¡Mira! —canturreó Stevie—. Te hemos buscado por todas partes. —Echó un vistazo rápido sobre mi hombro en dirección al pasillo del que venía, y luego me miró y en los labios se le dibujo una sonrisa maliciosa—. Luego me cuentas —dijo. Me pasó un vaso de plástico lleno de algo—. Brindemos por un día con varias de mis personas favoritas —anunció, y vaciamos los vasos de un trago.

A continuación, Naomi se abalanzó sobre mí y me puso las manos en los hombros.

—Triángulo amoroso —me susurró.

—No estoy enamorada de nadie —repliqué, y, pese a lo confundida que me sentía, era cierto.

Naomi me sonrió con picardía y luego se marchó dando saltitos.

—¡Ya veremos! —me gritó al alejarse.

Cuando me di la vuelta, me encontré con la mirada de Stevie.

—¿A qué venía eso?

—Cree que estoy enamorada de dos chicos.

—¿Y lo estás?

—Desde luego que no.

Me estudió el rostro con un gesto de curiosidad, y luego me cogió de la mano y me arrastró a través del gentío.

—Creo que ya es hora de ese «luego».

En un sofá quedaban dos plazas libres… más o menos. El resto lo ocupaban dos personas entrelazadas y perdidas en su propio mundo. Verlos así no me molestó tanto como lo habría hecho en otras ocasiones.

Abi y Naomi, sentadas frente a nosotras con una pipa de agua, lanzaban anillos de humo que se perseguían unos a otros.

—Me encanta que seamos compañeras de cuarto —empezó Stevie mientras se acomodaba en el sofá—. Sé que mi horario de prácticas es caótico, pero me encanta estar contigo, aunque a veces seas muy reservada. Eres buena gente, Mira, y el mundo necesita más personas como tú.

Bajé la vista y le inspeccioné las manos. Uñas cortas y blancas sobre una piel muy morena. Finos anillos de oro y turquesa. La distracción me dio tiempo para buscar una salida. Si Stevie conociese las profundidades de mi alma, ¿seguiría considerándome buena gente?

Era consciente de mi frivolidad, y de que a menudo iba por ahí con la mirada perdida. De las muchas veces que había imaginado saltar desde un puente y hundirme en la niebla… Quedarme sola y dejar atrás las preocupaciones. Por mucho que intentase hacer lo

correcto y por mucho que quisiera enfrentarme a las injusticias, en mi interior había un metrónomo que latía desacompasado. No sabía la razón; lo achacaba a mi naturaleza egoísta.

Aunque sabía que Stevie prestaría atención a todo lo que le contase, no quería cargarla con ese peso. Me parecía inmoral. Así que opté por otra cosa.

—Tú eres todo lo que aspiro a ser —dije, muy seria—, y me siento enormemente agradecida de que estemos en la misma habitación.

Hizo un puchero y se llevó la mano al pecho.

—Oh, mi pobre y frágil corazón —dijo arrastrando un poco las palabras, y yo me eché a reír. Me estrechó la mano, me dio las gracias, y al instante cambió de tema—. ¿Qué hacías en el porche trasero?

Me tapé la cara con las manos y ahogué un gemido. El recuerdo se me pegaba como una carga estática que me retorcía las entrañas. Imposible olvidarlo. Aquel beso me iba a perseguir por toda la eternidad.

Stevie me clavó el dedo.

—No me mientas —ordenó, y yo gemí otra vez—. Vi que Julian salió detrás de ti.

—Nos besamos —admití.

—¿Otra vez?

—No… Antes no lo habíamos hecho. El ropero fue una pérdida de tiempo —expliqué, aunque no era del todo cierto. Lo único bueno que había salido de allí era la promesa de contarme la verdad.

Stevie se quedó un rato sin palabras, y el silencio me hizo sentir incómoda. Me miraba fijo, con cara de asombro.

—Estás enamorada —declaró por fin.

—Te aseguro que no. —Suspiré. Un beso solo era un beso, pero

al recordarlo se me hizo un nudo en la garganta. Ni siquiera el amor bastó para que Rena se quedase. Por eso me costaba tanto establecer vínculos con nadie, sabiendo que existía la posibilidad de que la cosa terminase en tragedia. Algo que en los últimos tiempos parecía ser una constante en mi vida.

Stevie me dio un codazo suave e hizo un ruidito de fastidio.

—A ver, pero míralo. —Señaló al otro extremo de la sala. Julian se sentaba en el borde de una mesita de madera, con los hombros caídos y una botella de agua en la mano—. Si parece que esté hecho de magia.

Julian sonrió en ese mismo instante, como si nos hubiese oído. Fue un gesto sencillo, pero me sacudió las entrañas. Rebuscó con los ojos entre la multitud hasta que nuestras miradas se cruzaron. Se me encogió el corazón.

—Sí lo parece, ¿verdad? —susurré sin dejar de mirarlo, y él volvió a sonreír. Todo lo que vino después transcurrió como en una neblina. Las bebidas se sucedían una tras otra, y, en un momento de repentino silencio, oí el susurro de una voz conocida, que me avisaba de que no bajase la guardia. «Todo es una señal. Todo es un aviso. Confía en tus instintos».

Pero yo solo veía a mis amigas que sonreían, mientras bebíamos y bailábamos y reíamos juntas hasta la madrugada.

Dábamos vueltas en círculo, cogidas de la mano como eslabones de una cadena, y los cuerpos chocaban unos con otros.

Cada parpadeo era como un recuerdo fugaz de mi vida.

Naomi y yo yendo al baño a mear a toda prisa. Al entrar, chocamos por las prisas. Naomi se negó a esperar a que yo terminase, así que meó en la bañera y luego abrió el grifo para que se fuese por el desagüe. Me eché a reír y ella trató de hacerme callar diciéndome que estaba exagerando. Pero no podía

aguantarme y seguí riéndome mientras nos arreglábamos el maquillaje frente al espejo.

Stevie tratando de enseñarme un nuevo baile. No lograba encontrarle el punto. Cada vez que movía las caderas chocaba con alguien y provocaba el caos, hasta que hui de allí para fingir que aquello no había ocurrido. Stevie salió corriendo detrás de mí.

Abi y yo revolcándonos de risa por el suelo. Teníamos los ojos enrojecidos y las gargantas secas. Le sequé las lágrimas de los ojos con el pulgar y ella hizo lo mismo conmigo. No lográbamos recordar qué nos había hecho tanta gracia. Solo que dijo que me amaba mientras yacíamos en el suelo, entre la ceniza y los vasos de plástico y los zapatos de la gente.

Em lanzándose encima de nosotras. Una idea brillante, en su opinión, hasta que derribó a varias personas. Muchos acabamos tirados en la alfombra, con los miembros entrelazados, mientras nos reíamos y contemplábamos las imágenes que proyectaban las luces en el techo.

Deseaba quedarme para siempre en aquellos recuerdos, llegar a un pacto con el Tiempo, proclamar que no encajaba en ningún otro sitio mejor que en aquel lugar, en aquel momento. Porque, aunque solo había conocido a aquellas muchachas durante un breve periodo, un instante fugaz, ya eran mías; y yo, suya.

La noche fue movida, interminable, pero dejó de dar vueltas en cuanto me sentí ingrávida y adormilada sobre el pecho de Julian, que me sacó de la casa y me llevó a un coche. Sus brazos me ofrecían seguridad, un abrazo que llenaba un hueco en mi interior, que me susurraba que la serenidad consistía en esa sensación inesperada.

No sabía cómo me había recogido, ni por qué, pero, cuando me miró, la luna brilló detrás de él, como un halo. Sus rasgos se

suavizaron y adquirieron una expresión que no sabría definir; «órfica», quizá. En los ojos ámbar destellaban unas motas verdes. «Todo es una señal. Todo es un aviso», repitió la voz en mi interior.

Luego capté el olor de mi dormitorio. La frescura del cojín en la cara. El peso del colgante sobre el corazón. Las mantas que me envolvían. El rostro de Julian, como un borrón, mientras apagaba la lámpara de la mesilla. Borracha, oí que me susurraba algo.

«¿Qué ha dicho?».

El sonido de Stevie al poner un cubo de basura al lado de mi cama. El aroma de los aceites de lavanda y eucalipto que burbujeaban en el difusor. El descanso del sueño que me inundaba por completo y con rapidez. Y el suave cosquilleo en la entrepierna, un doloroso recuerdo de los labios de Julian en los míos.

«Magia» era una palabra demasiado sencilla para describir lo que había ocurrido entre nosotros.

Porque aquello… Bueno, aquello lo era todo.

Y, mientras me dormía, las palabras que Julian había pronunciado me vinieron de repente: «Lo siento».

Pero la forma en que lo dijo… No se disculpaba por lo que ya había hecho, ni por lo que me había dicho en clase, ni por cómo se había comportado hasta hoy.

Sonó como una disculpa por algo que todavía no había hecho.

Por algo que iba a ocurrir, y pronto.



Capítulo 23

Me aterraba la oscuridad que moraba en mi interior.
Y, a veces, todavía siento ese terror.

Artículo III, Cartas perdidas de Aadan Primero

Cuando abrí los ojos, me sentí como en un sueño.

La luz del sol se colaba en oleadas por las rendijas de la persiana y se abría camino como si atravesara agua. Las partículas de polvo flotaban en los rayos de sol. Del sofá, al otro lado del cuarto, llegaban los ronquidos suaves de Naomi. Stevie también estaba dormida, envuelta en un edredón blanco, con un pie colgando de la cama.

Me di la vuelta y al hacerlo sentí un latido de dolor en las sienes, y los ojos irritados. No me cupo duda de que debía de tener el aspecto de un pez globo, con las mejillas hinchadas y los labios protuberantes.

Cuando cogí el teléfono vi que tenía dos mensajes de texto. El primero era de Bobby, para confirmar que el *brunch* seguía adelante según lo planeado. «Mierda».

Salté de la cama, eché mano al carrito y, al salir disparada hacia el baño a punto estuve de darme un golpe en la rodilla. «No, no, no». Me había olvidado por completo del *brunch*… que yo misma había exigido con la esperanza de sacarle algo de información.

El segundo mensaje era de Seven.

> No tuve oportunidad de decirte lo guapa
> que estabas.
>
> Espero que nos veamos pronto.

Seven. Casi me podía imaginar su rostro. Cómo, al mirarme, los hoyuelos se le acentuaban. La calidez de su abrazo. La simplicidad de su aura, natural como el rocío matutino sobre la hierba. Después de besar a Julian, no tuve oportunidad de volver a hablar con él. Todo pasó muy rápido.

Y Julian. Solo de pensar en él se me cortaba la respiración. Era una brasa que me ardía en el pecho. El recuerdo del último contacto de sus dedos me perseguía. Besarlo había sido una insensatez, y ahora me enfrentaba a un dilema que no debería existir.

Reunirse de nuevo conmigo había sido su forma de pedir perdón… con un susurro antes del amanecer. Me daba mala espina. Fuera cual fuese la razón de esa disculpa, seguro que no era nada bueno. No me cabía la menor duda.

Bobby me mandó otro mensaje cuando aparcó fuera. Me froté los dientes una vez más para intentar quitarme todo rastro de la noche anterior, pero había una pequeña hinchazón en el borde del

labio inferior, una diminuta zona púrpura. Un recuerdo que no necesitaba. Al tocarla sentí mariposas en el estómago. A toda prisa, me puse una sudadera con capucha y, mientras trataba de olvidar la boca de Julian, salí de allí.

El cielo matutino era azul y luminoso y el día olía a tierra húmeda y a bayas en descomposición de algún arbusto cercano. En el largo porche que rodeaba Hester Hall, una estudiante leía un libro en una mecedora.

Un poco más adelante, la camioneta de Bobby ocupaba la primera plaza de aparcamiento. Estaba más sucia de lo habitual, con barro en la rejilla de ventilación y en los neumáticos.

—¡Bicho! ¿Qué tal estás? —dijo en cuanto me subí al vehículo. Me fijé que tenía el pelo encrespado, los rizos algo apelmazados, como faltos de agua. En general, Bobby solía llevar el pelo corto y peinado con gomina o alguna crema para el cabello. Ahora, por el contrario, su aspecto indicaba que hacía ya varios días que no se lo tocaba. Eso me intranquilizó, pero enseguida me distrajo el olor del café, porque… lo primero es lo primero.

—¿Me has traído un café? —Sonreí y sacudí los hombros, contenta, al ver dos vasos de plástico en el portavasos.

—¿Qué clase de padre sería si te recogiese tan temprano sin café? —Bobby desaparcó y me miró mientras cambiaba de marcha —. Además, diría que no has dormido mucho. Toda la noche de marcha, ¿eh?

Cogí un vaso y le di un sorbo.

—Mira quién habla —contraataqué, con una mirada penetrante. Iba sin afeitar y tenía unas profundas ojeras.

Pensé que me iba a salir con alguna broma, que tendría alguna excusa para la pinta que llevaba, pero me respondió con seriedad.

—Sí, esta última semana he tenido demasiado trabajo. —Suspiró

y sacudió la cabeza; acaso recordaba todo lo que había pasado.

Al detenernos en un *stop* me examinó con el ceño fruncido.

—¿Qué te ha pasado en el labio? ¿Estás bien?

Dejé el café en el portavasos y bajé el parasol para mirarme en el espejo. El hematoma era casi imperceptible, pero Bobby, que había consagrado toda la vida a investigar, se había dado cuenta. «Cómo no».

Exhalé y plegué de nuevo el parasol.

—No tiene importancia. El otro día, mientras corría, tuve un tropiezo. —Lo que era, jugando un poco con las palabras, cierto; pero, a la vez, estaba lejos de ser verdad. Hacía más de una semana que había salido a correr. Y no tropecé… Me caí por un barranco. Aún me parecía oír los gritos. No había conseguido olvidarlos. En los momentos de silencio me volvían a la mente. En la oscuridad se me aparecían aquellos ojos rojos. Solo de pensar en ello ya me cambiaba la cara.

Bobby apretó los dientes y condujo hacia el este, para salir a la carretera principal. Hasta que no llegamos al primer semáforo no me fijé en que le brillaban los ojos.

—¿Por dónde has salido a correr?

Cogí el vaso y, mientras daba otro sorbo, me preparé para la charla.

—Alrededor del campus, nada más.

—Mejor que dejes de hacerlo durante un tiempo. No sé si estás al tanto de las noticias, pero ha habido un ataque de un oso, y una persona ha muerto.

«Y al menos otra más».

No necesitaba ver las noticias; lo había experimentado en vivo y en directo. Pero no había sido igual que los casos de la investigación de Bobby. Él había apuntado que Rena estaba implicada de algún

modo, cosa que aún me desconcertaba. Y había tenido en cuenta los ciclos de la luna y había reunido pruebas fotográficas de los ataques que no encajaban con la hipótesis del oso.

Tiré el anzuelo, a ver si pescaba algo.

—¿Un oso? ¿En Kansas? Es un poco raro, ¿no?

—Pasa de vez en cuando. Los oseznos se pierden y las madres salen a buscarlos. No es frecuente, pero a veces ocurre. Prométeme que no te adentrarás en el bosque hasta que tengamos la situación controlada. No puedo… —Carraspeó—. No quiero que te pase nada.

—Pero ¿por qué se encarga de ello tu departamento? ¿No debería ser cosa de la policía del parque? O de donde hayan visto a ese animal.

—De eso se trata, bicho. No estamos seguros de que haya sido… un oso. Por el momento, la investigación sigue abierta.

Perfecto. No me había tragado ni por un segundo que Bobby creyese que se trataba de un oso. ¿Qué más me ocultaba?

—Y tú, ¿qué crees que ha pasado?

Mantuvo los ojos en la carretera; nos estábamos incorporando a la autopista.

—Es difícil saberlo.

—¿No tenéis ninguna pista? —insistí. Sentí una tirantez en los dedos; la agitación borboteaba en mi interior. Quería una respuesta sincera. Necesitaba que alguien fuese franco conmigo.

—Claro que sí. —Se rascó la cabeza con más fuerza de lo normal, y un poco de caspa revoloteó por el aire—. Ella… La víctima todavía está muy afectada por el ataque.

—¿Y ella cree que fue un oso? —ahondé, decidida.

—No estamos seguros.

—¿No podría ser un lobo? Por aquí son mucho más frecuentes —sugerí. Bobby había tenido en cuenta las fases de la luna, como si

creyese las historias que contaban en la ciudad.

—Era mucho más grande que un lobo —respondió con sequedad.

—Solo digo que…

Bobby se volvió a lanzarme una mirada severa.

—Por favor, mantente alejada del bosque.

Sobresaltada, me aparté un poco de él y desvié la mirada.

—De acuerdo —murmuré—. Me mantendré alejada del bosque.

Asintió y encendió la radio. Durante el resto del trayecto no intercambiamos ni una palabra.

Cuando nos adentramos en el camino de entrada, vi que había cortado el césped hacía poco. Lo extraño era que seguía teniendo mal aspecto. Por los lados aún caía sobre la acera y en los escalones. El césped cortado se amontonaba en el patio. Aquello no estaba a la altura de los estándares de calidad de Bobby. Me preocupé, y más aún porque era evidente que solo lo había hecho en previsión de mi visita.

Seguí a Bobby al interior pegada a sus talones. Quería saber si la investigación seguía pinchada en la pared; pero una mirada bastó para ver que ya no estaba allí. Quizá la hubiese escondido allí mismo, en la propia sala.

La casa, de todos modos, era igualmente un caos. Había papeles en sillas y mesas. Frente a la puerta del sótano había una cesta de ropa sucia. En el aire flotaba un olor desagradable, como si acabara de tirar la basura un rato antes.

El miedo me atenazó el pecho. Bobby no había sido capaz de ocultar el desorden. Era una señal de que estaba metido a fondo en el asunto, de que ya era demasiado tarde.

Esquivé un cojín tirado en el suelo. Me temblaban los labios.

—¿Qué es todo esto?

—Trabajo —respondió, un poco demasiado deprisa para mi gusto —. Esto… eh… ahora mismo me tiene muy ocupado. —Desvió la vista, porque sabía que si me miraba a los ojos tendría que dar explicaciones de todo aquel desastre.

—Y todo esto… ¿Es por lo del oso?

Se encogió de hombros sin responder, e hizo un gesto con la mano para que lo siguiera al comedor.

—El *brunch* está listo, bicho. Vamos a comer.

Pero no me moví ni me dejé convencer. Aquel no era el Bobby que yo recordaba. No era mi padre.

Torció la boca y se tocó el bigote.

—Supongo que no es solo por el oso —reconoció, con los brazos en jarras. Lo había pillado, pero no sabía aún si se había dado por vencido—. Como te he dicho, no estamos seguros, y estoy intentando relacionar casos antiguos similares al actual. —Señaló el caos del salón y luego se revolvió el pelo—. De ahí el desorden de la casa.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con mamá? —disparé, sin rodeos.

—¿Qué? Yo… —balbuceó, atónito. Sacudió la cabeza, con la respiración entrecortada—. No acabo de entender a qué te refieres.

Sí que lo entendía.

—Estuve aquí el otro día. Vi el *collage* que tenías en la pared, los recortes de periódico, las fotografías de mamá. Y estabas muy interesado en los ciclos lunares. La estabas intentando conectar con los ataques. ¿Por qué? ¿Crees que fue ella? ¿Y que los animales tuvieron algo que ver?

—No lo sé.

—¿No lo sabes, o no quieres decírmelo?

—Mirabella —dijo, muy serio. Extendió las palmas, como para

tratar de calmarme—. No tientes a la suerte.

Se me hizo tal nudo en la garganta que casi no pude hablar.

—Tú no eres así, papá —logré decir, con los dientes apretados. Las lágrimas me corrían por las mejillas y las rodillas me iban a fallar en cualquier momento—. Y me doy cuenta de que no me dices toda la verdad. —Me detuve e inspiré hondo—. ¿Ha sido…? ¿Mamá ha hecho esas cosas? —Las pruebas de Bobby la señalaban a ella.

Bobby temblaba y tenía los ojos inyectados de sangre.

—¡Tiene algo que ver, pero no sé cómo! —escupió.

Me sentí como si la casa se sacudiese, como si todo se nos cayese encima mientras tratábamos de guardar el equilibrio.

—¿Qué quieres decir?

—A ver… Tu madre se metió en cosas que no debería, ¿de acuerdo? Y no sé en qué consistían. Debería tener respuestas, pero no las tengo. Guardaba muy bien los secretos, joder. —Daba vueltas de un lado a otro como si estuviese en la cubierta de un barco que se hundía—. Y me siento avergonzado. Tendría que haberme dado cuenta. ¿Sabes cuántos casos he ayudado a resolver? —Sacudió la cabeza, como si tratase de convencerse a sí mismo de que aquello no era real—. Pero esto… Esto pasó delante de mis narices y yo estaba demasiado cerca para ver las pistas. Las cicatrices, la pinza en el pelo. Las marcas de pisadas que encajaban con las botas que ella usaba. Pero el acto físico del ataque… Es imposible, bicho. —Miró por la ventana, que tenía las esquinas sucias—. El caso es que se demostró que las marcas de los cuerpos las había causado un animal, así que, si te digo que no sé qué relación tiene tu madre con todo el asunto, es porque no lo sé. Pero, sea lo que sea lo que esté pasando, de algún modo ella ocupa un puesto central, y eso es algo que me ha perseguido durante años.

—¿Y la luna? —Casi me daba miedo preguntar.

Bobby trató de ordenar sus pensamientos.

—No lo sé —contestó. Se frotó las comisuras de los labios con dos dedos—. Tenía una teoría sobre la luna…, pero ahora ya no estoy tan seguro, y no puedo… —Fue bajando la voz hasta que por fin calló, como si fuese presa del miedo. Como si creyese que las telarañas iban a divulgar nuestros secretos. De pronto, cambió de opinión y se llevó la mano a la cabeza—. Lo siento. Ahora mismo no puedo hablar de eso.

Al oír esas palabras sentí que me ahogaba. Que nos ahogábamos todos; sin lanchas salvavidas, sin luces que indicasen que la ayuda venía de camino. ¿Cuándo iba a terminar aquella locura?

—¿Y qué hay de los ataques recientes?

Se encogió de hombros, y me di cuenta de que Bobby era una sombra de sí mismo. Arcilla sin moldear, llena de burbujas, lejos de estar lista para el horno.

—Es lo que trato de averiguar. Todavía hay muchos detalles que ignoro.

¿Cómo podía mi madre, una persona llena de amor, tener algo que ver con todo aquello? Mi madre, que nos enseñó a soñar, a sentir. ¿Cómo? Había cuerpos. Múltiples víctimas. Hechos que la señalaban.

Quizá la respuesta fuese que nunca la habíamos conocido de verdad.

—¿Crees que mató a esa gente? —dije, con las palmas sudadas y voz temblorosa—. ¿Crees que es… una asesina?

—No —respondió en un susurro, y aquello me ofreció un atisbo de esperanza—. Creo que trataba de tapar algo.



Capítulo 24

El peor pecado, quizá, fue creer que la historia no se repetía.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Mi madre, cómplice de asesinato. No acababa de creerlo.

De hecho, no tenía mucho sentido. ¿Qué ganaría ella con implicarse? ¿Qué quería tapar? Tenía que haber algo que se me escapaba, pero descifrar de qué se trataba sin su ayuda parecía imposible.

Sola, en mi dormitorio, volví a mis hábitos. Clavé las uñas en el colchón, en un esfuerzo por no romper nada, por controlar la confusión y la cólera. Estaba desesperada por tener algo entre los dedos, hacerlo pedazos y sentir en las manos cómo se rompía. Ese impulso me recorría la columna vertebral como un susurro, me suplicaba que cediese a la violencia.

Respiré hondo. Aquella no era yo. Era la voz que intentaba silenciar. Sin pensarlo, me puse las zapatillas de deporte y salí a correr por el campus, sin hacer caso de los calambres, mientras las lágrimas me difuminaban los contornos del mundo.

Después de volver y darme una ducha, me eché a llorar.

Por la tarde, cuando la luz dorada besaba la tierra, salí al porche frontal de Hester Hall. Noté la frescura del suelo en los pies al dirigirme a una de las mecedoras. Me senté, acurrucada, con las rodillas contra el pecho.

La universidad parecía carente de vida, aparte de un coche que salía de una plaza de aparcamiento y el canto suave de los grillos y los saltamontes. Una brisa fresca sacudía las hojas caídas. Y de repente, Julian, que caminaba a paso rápido hacia el Campus Central.

Una descarga me sacudió. Alcé la cabeza y estiré el cuello para ver a dónde se dirigía. No sabía en qué dormitorio vivía, ni siquiera si se quedaba en el campus. Pensé en atraer su atención, pero después de lo de la noche pasada, no sabía muy bien cómo categorizarlo en mi cerebro. «Todavía un enemigo, sí. Todavía tiene secretos, sí. Disfrutó de nuestro beso y pareció azorado, sí».

Pero al verlo doblar una esquina y casi desaparecer de mi vista, me di cuenta de que había algo extraño en él, y merecía la pena seguirlo. El ritmo veloz de sus pasos. La forma de recorrer a toda prisa el camino, como si lo estuvieran cronometrando. Cómo sujetaba las correas de la mochila. Y también que, incluso a aquella distancia, pude ver que llevaba los dientes apretados. O perseguía algo, o algo lo perseguía a él.

Me levanté de la silla sin hacer ruido y recorrí la acera con sigilo, mientras rebuscaba en la mente alguna excusa por si me pillaba. «Había un gatito —diría—. Lo he visto desde la ventana y tenía que

rescatarlo». Aunque estaba descalza y sin sujetador, parecía bastante plausible.

Julian me llevaba una ventaja considerable. Disminuyó un poco el paso, sacó el móvil y se puso a enviar un mensaje. Que estuviese despistado me hacía más fácil seguirlo. Si le daba por mirar hacia atrás me metería entre el follaje y me escondería detrás de un sicomoro.

Dejó atrás todos los edificios académicos, cosa que me dejó perpleja. Más allá solo estaba el centro de atletismo Averill, y detrás, una extensión continua de verde que llegaba hasta el estadio a oscuras, el lago, y la línea de los árboles.

Algo más adelante la acera se dividía. Julian tomó el camino más largo, y cuando lo hizo, el tacto del colgante me quemó el pecho. Una voz interior me insistía en que me escondiese entre la vegetación. No me hizo falta que insistiera. Me arrastré en cuclillas entre la hierba fría y húmeda hasta llegar junto a un grupo de arces y nogales.

Apenas me había puesto a cubierto, cuando Julian se dio la vuelta e inspeccionó los alrededores, buscando, pero sin encontrar nada. ¿Qué tramaba?

En un ataque de osadía, me asomé a echar un vistazo, aferrada al áspero tronco de un árbol. Aparecieron tres hombres, que se acercaron a Julian. No los vi llegar; fue como si se materializaran de la nada.

Eran más o menos igual de altos que Julian, pero había en ellos una cierta rudeza, algo salvaje que se agazapaba sobre sus hombros como un demonio listo para susurrarles al oído.

Uno de los tres parecía estar al mando; la forma en que los otros dos se quedaron detrás fue una pista. En muchos sentidos, me recordaba a Julian. Cabello largo y negro. Piel bronceada. Ojos

dorados. En cierto modo, era sorprendente lo parecidos que eran. Un hermano o un primo, quizá.

Se detuvieron a corta distancia de Julian. El que estaba al mando sonrió con una mueca desdeñosa. Dijo algo, pero como yo estaba a unos treinta metros, no lo entendí.

Me deslicé con cuidado hasta el siguiente árbol, con los dientes apretados para que no se me escapase ningún sonido al pisar las vainas pegajosas y las ramas caídas. Esperé antes de mirar, casi antes de respirar. ¿Y si me habían oído?

Un vistazo rápido me confirmó que estaba a salvo, pero al acercarme más me di cuenta de que había pasado algo mientras yo no miraba. Julian estaba más erguido, con el pecho tenso.

El hombre que tenía frente a él se echó a reír con sorna y le hizo algún comentario sarcástico; lo deduje por la postura y la expresión. Aunque me había acercado un par de metros más, seguía sin distinguir lo que decían.

Me fijé en que delante de mí había un olmo con ramas bajas y un tronco grueso, como el que solía escalar en el patio de casa. Estaba un poco más lejos, y aventurarme hasta él sería más arriesgado, pero, como ya casi había anochecido, en la copa sería casi invisible…, si lograba llegar hasta allí.

Me giré lo justo para verlos de nuevo. En aquel momento, era Julian quien hablaba; y lo que decía, fuera lo que fuese, parecía letal. Se inclinó hacia delante, con los puños apretados, y dijo algo muy enfadado. Los otros dos hombres (guardias, supuse) avanzaron hacia Julian, listos para proteger al líder. Era la distracción que necesitaba para desplazarme al siguiente árbol.

Con las prisas, agité sin querer los matorrales; pero no tenía tiempo para preocuparme de eso en ese momento, escalé el árbol con el corazón en un puño.

Hasta que no estuve escondida entre el dosel de hojas no me asomé a espiarlos. Los cuatro estaban rígidos y miraban a su alrededor en busca de algún intruso. Apreté los labios y rogué al cielo que mis plegarias me mantuviesen oculta. «Por favor, que no me vean. Por favor, que no me vean».

Debió de funcionar, porque lo único que oí fue una voz. Nasal, y algo áspera.

—Eh, tranquilo, vaquero. —Habían reanudado la conversación, pero seguían intranquilos—. Sería una lástima que acabases con otro moratón debajo del ojo.

—Chase —gruñó Julian—. ¿Me estás desafiando? —Los guardias los rodearon, y casi se me escapó un grito. ¿Iba a ser testigo de una pelea? ¿Era eso lo que Julian se traía entre manos?

—Ponte las pilas, Julian. Ya es casi luna nueva y solo faltan unos días para la ceremonia. ¿Tienes algún plan alternativo? Estamos hartos de limpiar tus cagadas. ¿Qué vas a hacer si se te acaba el tiempo?

—No va a pasar, y no te necesito. Tú me necesitas a mí, ¿recuerdas? —Dio unos pasos atrás para recuperar la compostura—. De hecho, ¿por qué has venido? Yo ya iba de camino.

—Porque puedo hacer lo que me dé la gana, cuando me dé la gana. Por eso. Y además, alguien tenía que recordarte tu fracaso. —Chase se sacudió un insecto del hombro—. Ella empieza a perder la paciencia contigo. Lo sabes, ¿verdad? Otra metedura de pata y… —En vez de terminar la frase, se pasó un dedo por el cuello.

Julian resopló, pero me di cuenta de que se encogió al oír mencionar a la mujer, quien quiera que fuese.

—¿Tan desesperado estás por hacerle la pelota? Vamos, ¿qué pasa con la moralidad, con la hermandad?

Chase se encogió de hombros.

—¿A quién le importa todo eso si estalla una guerra? Concéntrate en el juego, o déjalo de una vez.

Julian iba a responder, pero se detuvo. Todos desviaron la vista hacia los bosques, como escuchando algo que no estaba allí.

—Ella nos llama —dijo Chase. «Ella». Otra vez. ¿Cómo era posible? Yo no había oído nada. ¿Y quién era ella?

Echaron a correr entre los árboles, directo hacia donde yo estaba. Cerré los ojos y me tapé la boca, aterrorizada. ¿Me habían encontrado? ¿O la mujer misteriosa los había informado de mi presencia?

El suelo tembló y las ramas susurraron y se quebraron. Una ráfaga de aire me acarició el rostro. Me preparé para lo que pudiera pasar; pero, de pronto, se hizo el silencio.

Cuando abrí los ojos, no había nadie. Descendí un poco para ver mejor, pero era como si se los hubiera tragado la espesura, o se hubiesen desvanecido en el mismísimo aire.

Intenté respirar, pero no podía. Solo habían pasado unos segundos, y ya no estaban. Tragué saliva. Detrás de los párpados, como fogonazos, veía los hallazgos de Bobby. La luna. Las cicatrices de Rena. Unas huellas humanas que seguían a las de un animal. ¿Qué podía explicar lo que estaba pasando?

Y entonces me lo planteé. ¿Y si ellos eran los monstruos? Aunque todos parecían humanos, así que la teoría no terminaba de encajar. Otra idea. ¿Y si ellos, y quizá también mi madre, trabajaban para alguien más terrible que un monstruo, alguien que controlaba lo que hacían y cuándo lo hacían? Era una teoría un poco vaga, pero explicaría por qué Julian sabía tanto del colgante, y por qué era consciente de la amenaza que pendía sobre mí.

Vivía allí desde siempre, y nunca, en toda mi adolescencia me había planteado que las historias que contaban los lugareños

contuviesen siquiera un ápice de verdad. Pero ahora, en esta realidad patas arriba que me tocaba vivir, había algo salvaje, impropio, y no me podía quitar de la cabeza esa idea, esa revelación.

Porque lo que acababa de pasar solo podía ser magia.



Capítulo 25

Un noble sacrificio… Eso es lo que querías de mí.

Artículo IV, Cartas perdidas de Aadan Primero

Había pasado una semana. En ese tiempo leí todos los artículos que pude sobre ataques de animales en Timber Plains. Era verdad, seguían un patrón. La mayoría de las muertes habían ocurrido en noches de luna llena, y los supervivientes, o bien informaron de los lugares de los ataques, o bien se desvanecieron.

Muy pocos artículos mencionaban a los licántropos, y en los pocos casos que sí lo hacían, se debía a las personas que entrevistaban. Los nativos de la zona, que creían en el folclore, siempre decían que era un licántropo, una bestia salvaje que caminaba a dos patas y aullaba a la luna. Las víctimas, por el contrario, nunca veían a su atacante. Como consecuencia, la mayoría de los informes eran poco concluyentes.

Un día pedí prestado un coche para volver a casa. Tenía que ver de nuevo las notas de Bobby, estudiar los informes que él consideraba cruciales para desentrañar el caso. Pero todo había desaparecido, lo que en teoría era bueno para Bobby (que seguía adelante con su vida), pero para mí fue un callejón sin salida.

Tema aparte era el comportamiento inexplicable de Julian. Después de la fiesta no habíamos vuelto a hablar, ni lo había visto desde la noche en los bosques. Una parte de mí se preguntaba si habría muerto a manos de aquella mujer que tanto lo inquietaba. O quizá se lo había tragado entero alguna bestia. Todas las opciones me parecían perturbadoras, y al cumplirse siete días desde la última vez que lo vi, decidí que iba a denunciar su desaparición.

Justo a tiempo.

Me lo encontré de pronto, a unos metros de distancia, entre un mar de estudiantes apresurados. No estaba solo. Chase se encontraba frente a él, y le agarraba el hombro con mano firme. Se inclinó hacia él, con el ceño fruncido y un rictus en la boca; un claro gesto de dominación.

Estaban parados, en un espacio a oscuras entre dos edificios. Aquello no parecía una simple conversación, sino una advertencia apremiante. De pronto, Julian se sacudió la mano del hombro, y se dirigió hacia el edificio Lansing. Chase no lo siguió.

Me fijé en que llevaba la mano derecha envuelta en una venda marrón. «Qué sorpresa». Ese chico tenía un imán para los problemas. Pero ¿qué había pasado? ¿Había cumplido su promesa Chase, o había intervenido la mujer?

Fuera como fuera, cuando Julian se sentó a mi lado en clase, yo ya estaba fuera de mis casillas.

No reconoció mi presencia, ni se volvió hacia mí en ningún momento. Había en él cierta ligereza, una cualidad etérea que se

abría paso a través de su cuerpo y lo fundía poco a poco con la silla.

Me eché un poco hacia atrás y lo miré enfadada mientras él tomaba apuntes. ¿Se había olvidado de que nos detestábamos? ¿De la naturaleza maliciosa que nos unía, que nos trastocaba como si fuésemos un ramo de flores secas y marchitas? Quizá. Pero, a medida que lo observaba más y más, empecé a ver otras señales de que se había metido en un conflicto. Una pequeña cicatriz en la mejilla, y otra en el antebrazo. Las dos recientes, todavía teñidas de rosa y rojo.

Luego me fijé en la boca, en los labios. Me sobrecogió el recuerdo súbito de que habíamos compartido el aliento, de que entre los dos habíamos creado un momento que todavía me hacía estremecer. Pensar en ello me causaba dolor. Aquel beso fue perfecto, e imperfecto. Un recuerdo de nuestro yo del pasado, algo que jamás recuperaríamos. En la presente realidad, no. No, con todo lo que había en juego.

Cogí aire y salí de mi ensimismamiento.

—¿Por qué te has sentado aquí?

Julian se acomodó sobre el respaldo de la silla y se bajó las mangas de la camisa de punto.

—¿Qué pasa? ¿No me puedo sentar aquí? —susurró.

Me tembló la comisura del párpado.

—No es que no puedas sentarte ahí, es que nunca te habías sentado a mi lado a propósito. Pero, aparte… No, no puedes sentarte ahí.

Siguió con la mirada a la profesora, que proyectaba la siguiente diapositiva.

—¿Estaba ocupado? —preguntó.

—No.

Esbozó una sonrisa.

—Entonces, estoy bien aquí. Gracias por preocuparte, es muy amable por tu parte.

Gruñí, enfadada, y apreté con fuerza el bolígrafo. Al darse cuenta se me quedó observando. Posó la mirada en las manos y la deslizó hasta llegar a mis ojos, con una intensidad que me hizo sentir incómoda… y algo más, un sentimiento que no estaba dispuesta a admitir ante nadie, ni siquiera ante mí misma.

—Mirabella, ¿te ha dicho alguien que eres la simpatía personificada?

—Que te den —susurré, y luego me hundí en mi asiento. Julian sonrió, con un brillo en los ojos que delataba una respuesta que no llegó a pronunciar, y que seguro que habría sido horrible—. Y me llamo Mira —me quejé.

—Hummm. Ah, sí. Cierto. —Siguió con lo suyo, como si no hubiera pasado nada.

—Te comportas de un modo muy raro —murmuré.

—¿Por qué es raro que me siente a tu lado?

—¿Desde cuándo es normal? —siseé.

Se encogió de hombros, relajado.

—Creía que nos estábamos haciendo amigos.

Lo miré fijamente y apreté los puños.

—No somos amigos. No sé de dónde has sacado esa idea.

Ladeó la cabeza y se incorporó en la silla.

—¿No tienes ni la menor idea? —Lo dijo con una cierta diversión, con una sonrisa burlona y descarada—. A mí me parece que nos conocemos muy bien. Mejor que bien, incluso.

Sabía a dónde quería llegar, y no me dejé arrastrar por ese camino, sino que derivé la conversación hacia las palabras que murmuró después de besarnos.

—Dijiste que ibas a ser sincero conmigo. Así que ¿de qué va

esto? ¿Qué haces ahora mismo?

Se encogió en su asiento e inspiró hondo. En ese momento me di cuenta de que entre la camisa de color marfil se asomaba una cadena de oro que le colgaba sobre el pecho, similar a la que llevaba Seven.

—Tienes razón. Me has pillado. Lo dije.

—Pues cumple tu palabra, entonces. Esta es tu oportunidad de decirme la verdad, de contármelo todo.

Bajo la luz que se colaba por las ventanas pude ver que se ponía rígido. Dio un golpecito con el pie. Apretó el lápiz. Tragó saliva.

—Si aciertas…

—No lo dirás en serio —salté, enfadada—. Nada de jueguecitos. Es ahora, o ahora. Esas son todas las opciones.

—Espera, Mira. Deja que me explique. —Recuperó la compostura —. Escúchame. Quiero decírtelo. Está a punto de ocurrir algo, y mereces saberlo. Pero el juramento… —Apretó los dientes—. El juramento me prohíbe hablar de ello sin rodeos. Pero sí tú…

—Si lo adivino, me lo dirás.

Inspiró hondo.

—Sí.

Me temblaba el cuerpo de excitación. Se me vinieron a la cabeza mil preguntas, pero no sabía por dónde empezar. Me pasé varios minutos mordiéndome el labio y tensando y destensando los dedos de los pies.

La magia estaba mezclada en todo el asunto, pero no veía cómo. Después de lo que vi en el bosque, mis especulaciones se habían disparado. Julian y los hombres aquellos desaparecieron. La idea de los licántropos encajaría con el folclore de Timber Plains, pero necesitaba más pruebas. Y sólidas. Aunque en la conversación que espié se mencionaron la luna y un siniestro poder superior, eso no

bastaba para hacerme creer que los licántropos existieran y estuvieran detrás de todo lo ocurrido. Muchas religiones podrían hacer referencia a esas mismas cosas. La idea de los seres sobrenaturales era demasiado fabulosa, demasiado alejada de la realidad.

Brujos, quizá, o un culto. Era un poco forzado, pero explicaría mi reliquia familiar, los animales rabiosos y las muertes. Tal vez el culto recolectara almas para acumular poder y lanzar sus hechizos, y usase a los lobos o los osos como herramientas para hacerse con ellas. No era una idea tan descabellada, dado que había muchos casos documentados de cultos en los alrededores de Kansas City y Timber Plains. Eso explicaría por qué Rena intentaba encubrir lo que había pasado y su conexión con los bosques. Y la de Julian, y el juramento que lo ataba.

Tenía miedo de formular mis suposiciones en voz alta. Primero tenía que llevar a cabo un proceso de selección.

—No pasa nada. —La voz de Julian me sobresaltó. Se había inclinado hacia mí y nuestros hombros casi se tocaban. Creía que era para meterme prisa, para sacarme los pensamientos de la cabeza como la ropa colgada de un tendedero. Pero, al mirarlo mejor, percibí el cansancio de sus ojos, que se le acumulaba en el borde del iris. Siguió hablando, pero más suave—. Lo que sea. Pregúntame lo que quieras.

Dejé de prestarle atención y traté de escuchar la clase, pero no sirvió de nada.

—¿Qué te ha pasado? —Señalé la venda y la cicatriz de la cara. Era una forma fácil de empezar.

—Me he peleado —dijo, inquieto y con dedos temblorosos.

—¿Con quién? —Supuse que alguno de los guardias que seguían a Chase como sombras.

—Con un hermano.

¿Chase, quizá?

—¿Por qué?

Apretó el bolígrafo.

—Cree que soy débil.

Lo había visto enfrentarse a Chase. Tenía hombres que lo protegían, pero había algo en Julian que lo hacía parecer mucho más amenazador.

—No estás de acuerdo, ¿verdad?

—No. Ya he tenido encontronazos con mi familia, he roto promesas, porque no siempre estamos de acuerdo. Siempre han tenido otros planes para mí… Pero la amenaza que se cierne es demasiado grande, y hasta ahora me he negado a compartir su punto de vista… —Se calló, pensativo, como si tratara de convencerse a sí mismo. Si se trataba de un culto, o de un aquelarre, tal vez no quisiera seguir relacionado con ello. Sentí una breve punzada de simpatía.

—¿Qué fue lo que…? —Me interrumpió el sonido de alguien que nos mandaba callar. Se sentaba en la fila de detrás de la nuestra, y seguro que no podía concentrarse. Comprendí que molestábamos desde hacía un buen rato; aun así, me fastidió.

—Luego —susurró Julian.

Cuando acabó la clase recogí mis cosas. Julian ralentizó sus movimientos para no salir antes que yo, y me invadió una sensación de extrañeza.

—¿Te importa si te acompaño a la clase siguiente?

Entrecerré los ojos por instinto.

—¿Me lo preguntas en serio?

Se relajó y adoptó una expresión de pura inocencia. Asintió, pero no me resultó demasiado convincente. Podía haberlo pinchado, pero,

ahora que por fin me respondía las preguntas, preferí no hacerlo.

—Claro —respondí. Apoyé el pie en la silla para atarme los cordones, pero, con un movimiento veloz, las manos de Julian remplazaron a las mías y me tiraron de los cordones.

—Ya lo hago yo —dijo. Parpadeé, sorprendida, para aclarar la vista y asegurarme de lo que veían mis ojos.

—Yo, eh… —Dudé. Me decía a mí misma que no pasaba nada. Aunque era un poco alarmante, también era, digamos, amable por su parte; y lo cierto era que a mí se me daba fatal atarme los cordones. Me avergonzaba reconocerlo, pero se me deshacían un montón de veces al día, que era justo lo que acababa de ocurrir.

Cuando terminó, Julian se quedó de rodillas y me miró con los ojos entrecerrados. Al verlo así, el estómago me dio un vuelco y los muslos me ardieron. Vi que esbozaba una sonrisa y aparté el zapato de un tirón y salí de la clase a toda prisa. «Capullo», pensé, y él me siguió con una risita.

La gente recorría el pasillo en ambos sentidos, y nosotros los esquivábamos como podíamos.

—Tengo clase de Literatura, en la tercera planta. ¿Y tú?

—Ahora mismo me toca un descanso —dijo, y se puso a la cabeza para avanzar más deprisa. Dejé de seguirlo y me aparté a un lado del pasillo. Al darse cuenta, volvió a donde yo estaba.

—Julian —empecé. Intentaba entenderlo, rodear de algún modo el muro que lo envolvía. Pero su barrera, como la mía, era de piedra inquebrantable—. Yo no… No me fio de ti —susurré. Si íbamos a seguir con aquello, él merecía saberlo. Había conseguido que me interesara en el misterio que representaba, y ahora que parecía dispuesto a hablar, me daba la sensación de que todo estaba siendo demasiado fácil.

—Deberías confiar en esa vocecita que te dice que no lo hagas

—contestó, sin el menor atisbo de sorpresa. Dio un paso para acercarse a mí—. No soy una buena persona.

—Deja de decirme lo que debo sentir por ti —respondí con sequedad. Me debatía entre el deseo de estar cerca de él y el impulso de apartarme. Me sentía fascinada por su energía, como un ratón ante una trampa. Era atrayente y repelente al mismo tiempo. Supuse que Julian también tenía su propio conflicto interno, que quizá estaba atrapado en la delgada línea que separaba el bien y el mal, sin saber muy bien si tenía que avanzar o retroceder.

—Si tan horrible eres —quise saber mientras me apartaba de él —, ¿por qué haces esto? Podrías dejar que me ocurriese lo que me tenga que ocurrir.

—Lo he intentado, créeme. —Pensé en todas las veces que me había avisado—. Pero no soy capaz.

—¿Estás seguro de que no me lo puedes decir de ningún otro modo? A ver, si me lo contases aquí, ahora mismo, en este pasillo abarrotado, ¿cómo se enterarían?

—Lo sentirían a través del vínculo.

—¿El vínculo? —Lo dijo como si tuviese que saber de qué me hablaba—. ¿Como un vínculo físico? —Fruncí los labios y me lo repensé—. ¿O metafísico?

—Metafísico. —«¿Como la magia?», quise preguntar—. Son secretos de los que no se ha hablado en voz alta durante siglos. Quiero contártelo, de verdad, pero no puedo. Literalmente.

Exhalé un largo suspiro hasta que se me relajaron los hombros; y, cuando Julian se me acercó de nuevo, no me aparté.

—¿Puedes seguir, por favor? Pregunta todo lo que se te ocurra. Sé que eso se te da bien.

Suspiré de nuevo y cambié de postura, pensativa. Era lo que yo quería, pero no me esperaba que fuese tan siniestro. Pero si tenía

que escoger entre jugar a aquel juego, o esperar con ansiedad a que pasara algo, prefería jugar.

—De acuerdo —decidí. Pasé a su lado y me encaminé a las escaleras, con él detrás—. Aquel día, en los bosques… ¿Cómo lograste atraparme?

—Salté.

Cogí aire. «Lo sabía». Pero no me esperaba que me lo dijese de forma tan directa. ¿Cuánto duraría tanta sinceridad?

—Vale, pero ¿cómo es posible? Eran al menos seis o siete metros, quizá más.

—Mis huesos son diferentes, mucho más difíciles de romper.

Cada pregunta llegaba más rápido que la anterior; casi se me agolpaban.

—¿Qué significa que tus huesos son diferentes? —Intentaba encontrarle sentido. Esa respuesta no encajaba en la teoría del culto, pero los brujos… todavía eran una posibilidad—. ¿No son como los de todo el mundo?

—No, no lo son. —Mientras me respondía, con las manos en los bolsillos, subía la escalera sin esfuerzo; yo jadeaba, sin aliento. Cuando llegamos arriba le di la espalda para disimular que me había puesto roja del esfuerzo. Ese nuevo descubrimiento me ponía en un brete. Sí, los cuerpos no son iguales unos a otros. La genética juega su papel. Pero los huesos…

—Estoy hecha un lío.

—Te estás acercando. Pero tienes que seguir haciendo preguntas —me animó. Nos detuvimos frente a la puerta de mi siguiente clase —. Te veo cuando salgas.

—No tienes por qué hacerlo.

Me lanzó una mirada intensa.

—Quiero hacerlo.

Asentí y entré en clase. Había un sitio libre al lado de Naomi. Al verme, frunció el ceño e hizo un puchero. Quería saber el porqué de mi mal aspecto, pero respondí con una excusa trivial. La idea de que Julian fuese sobrehumano me consumía. ¿Y si su fuerza provenía de la brujería? Aunque no fuese muy lógico, tenía sentido. En cualquier caso, necesitaba más respuestas.

Cuando terminó la clase, Julian me estaba esperando como había prometido.

Naomi se quedó parada, fascinada por su presencia. Fingió una sonrisa y me clavó una mirada que me llegó hasta lo más profundo del alma, como si quisiera que le leyese la mente. Sabía lo que me quería decir, pero me cogió la mano y me dio un apretón.

—Luego te veo —murmuró. Y en cuanto Julian quedó detrás de ella, movió los labios para formar unas palabras en silencio—: un puñetero triángulo amoroso.

Resoplé sin querer y esbocé una sonrisa. «Puñetera Naomi».

La boca de Julian dibujaba una extraña sonrisa, como si se hubiese enterado de todo y contuviese una carcajada. Tragó saliva y carraspeó.

—Y ahora, ¿a dónde vamos?

—Al comedor. He quedado a comer con mi compañera de cuarto.

—¿Cómo se llama?

—Stevie.

—Ah, cierto. La recuerdo de la fiesta.

Un recuerdo acudió a mí. Una imagen borrosa de Julian que me llevaba a mi cuarto y me metía en la cama. Una disculpa susurrada.

—Por cierto, gracias por asegurarte de que llegase bien a casa. Debí haber bebido más agua aquella noche.

—Me pareció que te lo habías pasado muy bien —contestó—. Y me gustaría pensar que tal vez algún día me concederás el beneficio

de la duda.

—Tal vez —murmuré. Sabía que me iba a ser muy difícil prometerle nada a Julian.

Una vez en el exterior, paseamos por una larga acera que serpenteaba por el campus. Miré a Julian con atención y le pregunté a qué se refería al afirmar que sus huesos eran distintos.

Rio entre dientes.

—Es difícil de explicar, pero te aseguro que lo son.

Apreté los labios. Me detuve. Seguí caminando. Me cambié el bolso de lado.

—Yo…

—Te lo aseguro —repitió—. Lo son.

Me rasqué la cabeza sin dejar de caminar.

—De acuerdo… Está bien. El otro día, en el bosque, ¿me seguías?

—No —respondió, pero de inmediato noté algo diferente en él. Los músculos que la camiseta ocultaba se habían tensado, y apretaba los puños. Luego siguió con tono ácido—: Iba detrás de otra cosa.

Entrecerré los ojos para protegerlos del sol y seguí la mirada de Julian para descubrir a qué venía aquella reacción repentina. Seven, con una sonrisa deslumbrante, venía hacia nosotros.

Nada más saludarlo ya me estaba levantando en el aire con un cálido abrazo.

—¡Mira! Demonios, ¿cómo estás? —Tomó aliento—. ¿Estás bien? —susurró; supuse que lo preguntaba por Julian y su obvia incomodidad. Caí entonces en que Julian y Seven no eran amigos, y me pregunté qué diría Julian al respecto.

—Estoy bien —dije, y lo solté.

Me tocó el brazo y no retiró la mano.

—Deberíamos quedar algún día. Hace mucho que no nos vemos.

—Estaría bien, sí. Deberíamos —coincidí con él. Cuando apartó la mano, miré a Julian de soslayo. Tenía los dientes apretados y un gesto colérico.

—Tengo clase ahora mismo, pero te mandaré un mensaje —prometió Seven, y el comentario hizo que lo volviese a mirar. Al marcharse, chocó el hombro con el de Julian con una sonrisa burlona, una expresión que no le había visto hasta entonces.

Julian no se movió, solo le dijo algo mirando de medio lado, con voz grave.

—Vigila por dónde vas.

Seven se detuvo y, al volverse, puso las manos delante de él y agitó los dedos, como si esperase algo.

—¿O qué? —lo provocó, con una sonrisa que expresaba la más absoluta seguridad en sí mismo.

Julian se encaró a él.

—Vamos —dijo con los dientes apretados—. ¿Seguro que quieres seguir con esto?

—Ponme a prueba. Lo estoy deseando.

—¡Eh, eh! —Me interpuse entre ambos—. ¿En serio? —le dije a Seven, pero no me miró. Estaba demasiado concentrado en Julian, a la espera de su reacción.

Con suavidad, Julian extendió el brazo para hacerme a un lado… Y ese movimiento hizo saltar a Seven. De pronto, ambos estaban cara a cara, siseando, y Seven le clavaba la mirada a Julian.

—No la toques —gruñó.

Julian, con una mueca burlona, alzó la barbilla hacia él.

—Demasiado tarde.

Jadeé, boquiabierta, ante la vulgaridad de la situación. Ninguno de los dos se dio cuenta; estaban demasiado concentrados el uno en

el otro. Como una niña, le di una patada al suelo y solté un gemido enfadado. Tuve que tirar de fuerza de voluntad para no empujarlos a ambos al césped.

Seven fue el primero en actuar. Los ojos, incluso bajo aquel sol cegador, parecieron oscurecerse. Menos de un segundo después, lanzó un puñetazo al pecho de Julian. Pero el golpe casi ni lo hizo trastabillar. Recuperó la posición como empujado por un resorte, con una mueca sarcástica en los labios.

Los estudiantes formaron un círculo alrededor, mientras intercambiaban susurros. Algunos sacaron los móviles, otros se limitaban a mirar con los ojos muy abiertos. Estaba a punto de gritarles algo cuando, de repente, un chico a quien yo había visto en el equipo de fútbol americano cogió a Seven por la camiseta con el logo de la universidad y tiró de él. Seven no cedió, pero otro jugador intervino y lograron apartarlo.

—Estamos en una zona neutral —señaló uno de los jugadores.

—Ya seguiremos en otro sitio —añadió el segundo.

Seven se sacudió las manos de encima, se ajustó la camiseta y escupió en dirección a Julian.

—La próxima vez acabaré contigo. —Al marchase, se abrió camino a empujones entre sus amigos.

Julian estiró la mano para tocarme, y yo me aparté.

—Pero ¿qué leches os pasa?

—Mira, lo sien…

Lo dejé con la palabra en la boca y me fui, frustrada por aquel recordatorio de que Julian era tan horrible como decía, y dolida al comprender que Seven tampoco era tan dulce y amable como yo me había imaginado.



Capítulo 26

La luz de la luna conspiró para que estuviésemos juntos.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Junto a la puerta del dormitorio había un jarrón con un ramo de flores de pétalos rosa y coral. Entre dos de ellas se veía un sobre.

Stevie y Em soltaron gritos de sorpresa a la vez. En aquel momento volvíamos de comer.

—Flores. —Stevie se llevó una mano al pecho—. ¿De quién? —Sacó el sobre del ramo y vio que tenía mi nombre impreso.

—¿Para mí? —Fruncí el ceño.

Em recogió el ramo mientras yo abría la puerta.

—Será de alguno de tus novios.

Suspiré.

—Que no existen.

—Mira, el otro día, en la fiesta, todas vimos cómo te miraba Seven. Y luego Julian te llevó en brazos. ¡En brazos! —gesticuló una vez dentro del dormitorio—. ¿Qué otro motivo tendría para hacerlo? Te podríamos haber traído nosotras —presumió. Tenía razón; seguro que lo tenían todo bajo control.

Me solté el pelo, que había llevado todo el día sujeto en una coleta.

—Dios, no tengo ni idea.

Em depositó las flores en la mesa y luego lanzó una mirada significativa al sobre que yo sostenía.

—La intriga me está matando.

—Sí, ábrelo de una vez —coincidió Stevie.

Deslicé el dedo bajo la solapa para romper el sello. Al retirarlo vi algo rojo oscuro, y la sangre salpicó el papel y los pétalos de las flores.

—¡Ay! —murmuré, y dejé caer el sobre.

Stevie corrió a buscar un pañuelo de papel. Em palideció y se apartó con rapidez, mientras se tapaba la boca; Stevie y yo la miramos desconcertadas.

—¿Estás bien? —preguntó Stevie.

Em apartó la vista.

—Me impresiona mucho la sangre.

—Mejor siéntate —sugerí.

Em se lo pensó unos instantes, con el ceño fruncido. Mientras esperábamos a que se decidiese, Stevie fue a por el cubo de la basura y lo dejó en el suelo junto a Em.

—No, me voy —dijo Em por fin—. El olor es espantoso. —Se marchó sin una palabra más, y Stevie y yo nos encogimos de hombros al verla desaparecer.

Una vez envuelto el dedo en el pañuelo de papel, saqué el

contenido del sobre. Era una nota, escrita con una tinta muy negra.

Siento lo de antes

Seven

—No sé qué hizo, pero la cagó a base de bien, ¿no?

—Exacto.

—Tendríamos que haber adivinado quién las mandaba. Son siete flores.

Me derrumbé sobre el sofá con el dedo pegado al pecho.

—Seven y Julian casi se pelean…

Abrió los ojos como platos.

—¿En serio? —Se sentó a mi lado y cruzó las piernas—. ¿Se peleaban por ti? ¿Debería sacar las hierbas aromáticas?

Se me escapó una risita.

—¿Quieres dejar de buscar excusas para quemar cosas? Y no, creo que no, al menos al principio. Me da la sensación de que no es la primera vez. Si hay algo que se interpone entre ellos, no soy solo yo.

—Ya veo. Entonces, ¿fueron amantes?

—¿Cómo dices?

Se encogió de hombros, y a las dos nos dio un ataque de risa. Cuando por fin nos calmamos, nos quedamos mirando las flores manchadas de sangre.

—Pues no sé —respondí con una mueca—. Igual lo de quemar hierbas no sea tan mala idea —susurré, y las dos nos reímos.

Durante el paseo hasta la Biblioteca Faulkner, las nubes se

concentraban contra el cielo ardiente y creaban la ilusión de que los bordes de la tierra habían estallado en llamas. Me lo tomé como un reflejo de lo que era mi vida.

Por el camino reflexioné sobre lo que se habían dicho Seven y Julian, por si encontraba algún hilo conductor que los uniese.

«Estamos en una zona neutral», dijo aquel tipo. ¿Qué quería decir con eso el amigo de Seven, y por qué le había prometido que ya seguirían con ello en otro sitio?

El aire soplaba a mi alrededor y agitaba las pilas de hojas secas de colores diversos. Enfrente, los altos edificios de piedra proyectaban largas sombras sobre el suelo y dirigían mi mirada hacia el Museo de Arte Sutton. A través de las ventanas vislumbré a Abba con claridad. Se inclinaba sobre la urna de cristal en una postura casi codiciosa y la limpiaba. En el cajón que había debajo de ella estaba guardado bajo llave aquel libro…

Me atraganté con una bocanada de aire y tosí. No era un libro corriente. Explicaba el origen de las leyendas. Pero Abba no me dejaba tocarlo, ni siquiera leer sus páginas. A saber de qué más hablaría…

Saqué el móvil y llamé a Naomi.

Respondió al primer timbrazo.

—¡Qué lata! ¿Por qué me llamas?

—Cambio de planes. ¿Puedes venir al Museo de Arte Sutton? Necesito que me ayudes con algo.

—No —replicó.

Esperé mientras daba golpecitos en el suelo con el pie y miraba la hora.

—Vale —la oí gruñir—. En cinco minutos estoy ahí.

—Gracias. Te quie… —Había colgado.

Exactamente cinco minutos después, Naomi y yo entramos en el museo.

—¿Qué tengo que decir? —murmuró mientras me tiraba del brazo.

—Invéntate algo. Pregúntale por la estatua de la esquina —sugerí. Señalé a una zona que sobresalía del lado derecho de la entrada—. Me basta con que la mantengas apartada de la sección de folclore.

—Mira, quiero que sepas que te odio profundamente por mezclarme en este plan tuyo tan espantoso e ilegal. Por cierto, el pelo te huele muy bien.

—No es ilegal. Solo voy a tomar prestado el libro y lo devolveré cuando haya terminado. Y muchas gracias. —Agité la melena hacia ella—. Acabo de lavármelo.

—Recuérdame por qué no puedes limitarte a sacar el libro en préstamo.

—¿A ti esto te parece una biblioteca?

Naomi hizo una mueca, y yo me apresuré a ir al pasillo donde estaban los baños antes de que ella pulsara el timbre. El plan consistía en que yo me mantuviera fuera de la vista mientras Naomi atraía a Abba al otro extremo del edificio. Entonces, y solo entonces, me haría con la llave, abriría el cajón y cogería el libro.

El repiqueteo de tacones sobre el mármol me indicó que Abba estaba cerca. Me acerqué al final del pasillo y me asomé con cuidado. Abba se limpiaba la boca con una servilleta mientras caminaba hacia el mostrador principal. Hubo una conversación animada entre ambas. Naomi señaló a un punto muy distante de mi objetivo, cerca de la entrada. Abba se rascó la cabeza, titubeante,

pero por fin la siguió.

Sin perder un instante corrí hacia el mostrador mientras intentaba hacer el menor ruido posible y que lo tapase la suave música de jazz que sonaba de fondo. En el primer cajón descubrí cuadernos de notas, bolígrafos y caramelos de menta; no era lo que buscaba. Recordaba que la llave maestra era grande y chapada en latón.

Levanté la mirada un momento y vi que Naomi agitaba la cabeza y hablaba y hablaba sin parar, como era habitual en ella. «Bien». Todavía me quedaba tiempo. En el segundo cajón había varios objetos dispuestos con cuidado en sus respectivos contenedores; la llave estaba envuelta en un paño de terciopelo. La desenvolví y la rodeé con los dedos. Estaba fresca. Llena de alegría, cerré el cajón con una sonrisa pícara… Y entonces sonó el teléfono.

El sonido me sobresaltó y me provocó una punzada de pánico en la garganta y en los oídos. Dejé caer la llave por reflejo. Me tiré al suelo al oír el sonido de las pisadas de Abba que se acercaban a toda prisa.

Sin pensar, cogí la llave y me escondí debajo del mostrador con las piernas pegadas al pecho. Contuve un jadeo y me esforcé en ocupar el mínimo espacio posible para que no me detectasen. Oí que Naomi le suplicaba a Abba que volviese.

—Solo un momento —respondió.

De pronto, me encontré mirando los pies de Abba. Llevaba zapatos negros de tacón y medias transparentes.

—Museo de Arte Sutton. Soy Abba. ¿En qué puedo ayudar? —dijo del tirón. Tenía mucha práctica con la frase y le salía con facilidad. Dio un paso al frente. Me aparté todo lo que pude, hasta el borde del mostrador.

Un giro y un golpecito con el pie.

—Hummm —murmuró, y abrió un cajón. Horrorizada, recé pidiendo clemencia. Oí que rebuscaba en el interior—. De acuerdo —dijo—. Voy a tomar nota de la petición y mañana por la mañana le enviaré lo que haya averiguado. ¿Qué le parece? —Silencio, seguido de un ruido suave sobre la superficie que tenía encima.

Suspiré, aliviada. Solo había cogido papel y un bolígrafo. Otro golpecito de tacón, con algo de prisa, y me fijé en que tenía un pequeño tatuaje en la parte interior del tobillo. Un puñal que atravesaba una luna creciente. Me pregunté qué simbolizaba.

—Ajá. Lo mismo digo. Adiós. —Al terminar la llamada, oí abrirse y cerrarse un cajón. Esperaba que Abba siguiese con lo que estaba haciendo antes, pero se quedó allí, murmurando algo entre dientes, y se adelantó unos centímetros. A mi izquierda, muy cerca de mí, había un bolso de cuero de color burdeos que no había notado antes. Agachó las rodillas y extendió la mano…

—Señora —llamó Naomi, y Abba retiró la mano—. Creo que un pájaro se ha estrellado contra esa ventana de ahí.

—Llámame Abba —respondió; siseó las palabras, como si tuviese los dientes apretados—. ¿Y qué diablos…? —Se fue. Seguí con atención el repiqueteo de sus pisadas, hasta que se abrió una puerta y la conversación de ambas se amortiguó.

Al instante me arrastré hacia la sección de folclore. El resplandor de las luces del techo se reflejaba en el suelo como un mapa del tesoro. La urna tenía poco más de un metro de altura, y bajo ella había dos cajones rectangulares, ambos cerrados. Como no sabía dónde estaba el libro, probé ambos. Al abrir el primer cajón las motas de polvo volaron por el aire.

Estaba justo en el centro, encuadernado en cuero; expectante, o eso me pareció. *La trágica historia del mítico nosferatu y los licanos de Kansas City.* Olía a tierra y era frío al tacto. Me lo metí en el bolso

con cuidado, cerré el cajón y volví a toda prisa al mostrador principal.

Enfrente, Naomi bloqueaba la entrada por la que habían salido Abba y ella, con el móvil en la mano, parada frente a la puerta doble de cristal. Señalaba la pantalla del móvil y le decía algo a Abba. Incluso desde lejos notaba la agitación de Abba, el modo en que fruncía el ceño y arrugaba la nariz. Tenía una mano en el pomo de la puerta, con la esperanza de que Naomi terminase de una vez con lo que le estaba enseñando.

Antes de que nadie pudiese verme, devolví la llave a su sitio y recorrí el museo a toda prisa en dirección a la puerta trasera que daba al Edificio Bowman de Arte. Salí de allí. Caía la noche.



Capítulo 27

Y recuerda, para ellos nunca fuimos dioses; tiraron la segunda piedra.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

—Me debes una —fue lo primero que dijo Naomi cuando llegamos a la Biblioteca Faulkner.

Nos sentamos en un reservado de la primera planta. Yo solo era capaz de pensar en el placer de haberme hecho con el libro. Las manos me cosquilleaban, me pedían a gritos que lo sacara, que pasara aquellas páginas delicadas. La boca se me hizo agua solo de pensarlo. «Lo tengo aquí mismo…».

Naomi chasqueó los dedos para hacerme reaccionar.

—¿Me oyes? ¿Para qué quieres ese libro?

Di vueltas a la respuesta. Miré a dos estudiantes que pasaron junto a nosotras.

—No lo entenderías.

Naomi me miró, boquiabierta.

—Me ofende que digas eso. Cuéntame.

Me incliné hacia ella.

—Este libro marca el origen de las leyendas de licán…

Alzó la mano al instante.

—Tenías razón. No me interesa. —Puse los ojos en blanco—. ¿Qué pasa? Estoy siendo sincera. Lo que quiero saber es qué pasó entre Seven y Julian. Venga. Y no te dejes nada.

Era un poco mandona, pero se lo conté. Para sorpresa de nadie, Naomi se dedicó a tomarme el pelo.

—Es obvio que se estaban peleando por ti —dijo al tiempo que se enredaba un mechón de pelo en el dedo—. Es una lucha por tu amor, y mira, la verdad, ¿para qué elegir? Deberías salir con los dos. Tener una relación abierta. Eso existe.

—No voy a salir con ninguno de los dos.

—Mentirosa.

—Es verdad. No sé lo que siento por ellos. Casi ni nos conocemos.

—Pero estarás de acuerdo en que son atractivos, ¿no?

—Por desgracia… —susurré.

Hizo una mueca burlona.

—Vaya problemón tienes, tía.

Alargué un brazo sobre la mesa para darle un buen pellizco, pero me esquivó y salió de un salto del reservado entre risas. Nos lanzaron miradas asesinas.

—¿Qué pasa? —preguntó en voz más alta de lo necesario. Se volvió hacia mí—. Podemos hablar. No estamos en la segunda planta.

Dejé escapar una risita.

—No sé qué voy a hacer contigo, Naomi.

—Quererme para siempre —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

Al final, nos pusimos a repasar los apuntes de *Cumbres Borrascosas* y a redactar los trabajos en silencio. Cuando terminamos, Naomi se ofreció a llevarme en coche hasta la residencia para que no tuviera que hacer la larga caminata a pie, de noche, yo sola.

Una vez en el coche, la oscuridad había caído sobre las afueras del campus. Los grupos de árboles parecían seres lúgubres con brazos huesudos. Pese a las farolas, apenas se veía nada entre los gruesos troncos. Parpadeé y me pareció divisar algo, una sombra que corría a lo largo de los límites del bosque. Fue apenas un atisbo, se movía más deprisa que el coche y enseguida desapareció. Todo fue tan rápido que dudé de si lo había visto de verdad.

Naomi se despidió de mí y la ansiedad me invadió al salir del coche, me recorrió la columna vertebral con dedos helados. Me agarré a las correas de la mochila. Me pareció que Hester Hall estaba a un kilómetro.

Se oyeron unas voces y vi a un grupo de estudiantes, lo que me produjo cierto alivio. Más allá, divisé a alguien que caminaba en mi dirección. La farola le iluminó los rasgos.

Incliné la cabeza cuando se me acercó.

—¿Sev?

Levantó la vista del teléfono.

—¿Mira?

Nos encontramos a medio camino. Una vez lo tuve cerca, le vi un pequeño corte en la frente, casi junto al pelo. ¿Qué había pasado? ¿Se había enfrentado otra vez a Julian? ¿Se habían peleado?

Seven llevaba unos pantalones de chándal y un suéter de cuello

redondo, pero le vi algo raro. Tenía las sienes perladas de sudor. Lo normal habría sido que pareciera jadeante, pero no, parecía tranquilo y seguro, y respiraba sin problemas.

—¿Qué haces por aquí tan tarde? —le pregunté. Eran poco más de las once.

Los hoyuelos aparecieron cuando sonrió y me derretí.

—El equipo se ha reunido para estudiar. —Se secó la frente y se guardó el teléfono en el bolsillo—. El entrenador dice que es mejor que nos vigilemos entre nosotros. Si uno suspende, suspendemos todos.

Mentalidad de grupo. Tenía sentido.

—Yo también he estado terminando un trabajo. —Antes de seguir hablando, necesitaba respuestas—. ¿Qué ha pasado antes entre Julian y tú?

Seven suspiró y bajó la cabeza.

—Qué vergüenza, Mira. No debería haber perdido el control delante de ti, delante de mis amigos. No ha estado bien.

—No, para nada. Me ha asustado verte así.

—No quiero…, no quiero asustarte nunca. Lo siento.

—Pero ¿por qué estabas tan enfadado con él?

Apartó la vista, clavó los ojos en la noche. La luz plateada de la luna le hacía relucir la piel negra.

—Nuestras familias no se llevan bien. Tenemos una larga historia de cosas que nos unen… para mal. Siempre que nos vemos hay tensiones, pero… Bueno, preferiría no hablar de eso ahora mismo.

Torcí los labios y lo miré. Me rehuyó la mirada.

—Pues parece grave. ¿Tengo motivos para preocuparme?

—No. —No titubeó, y esta vez sí me miró a la cara—. Nunca haría una tontería en el campus. Demasiado riesgo. —Se le dilataron las aletas de la nariz al resoplar, y se pasó una mano por la cara—.

No tendría que haber perdido los nervios de esa manera. Lo siento mucho.

Acepté su disculpa y me preguntó a dónde iba, y señalé la puerta del edificio de la residencia.

—¿Te acompaño?

La noche era cerrada, así que asentí.

Una brisa suave nos acarició y, a lo lejos, se oyó el grito de un búho en un árbol. Nos miramos de reojo, sin hablar, simplemente estando juntos. Noté un cambio en el ritmo de su respiración y se mordió el labio inferior. De pronto, lo tuve a mi lado, y deslizó una mano contra la mía.

—¿Puedo? —susurró.

Asentí con una sonrisa. La mano de Seven era grande comparada con la mía, y acogedora, y me hacía sentir calidez en el frío de la noche.

—Dios —susurró, y noté que se estaba poniendo rojo—. No me sonrías así, Mira, por lo que más quieras.

—¿Cómo?

—Así. Tan preciosa y todo eso. No te imaginas cómo me afecta.

Aparté la vista y sonreí a los animalillos que se movían en la noche, hasta que un golpecito en el hombro me hizo volverme de nuevo hacia él.

—Recibí las flores —dije—. Son preciosas. Gracias por mandármelas.

—Te mereces eso y mucho más. —Me apretó la mano—. Espero que hayan servido para transmitir mis disculpas.

Le aseguré que sí.

Llegamos a los peldaños de Hester Hall y Seven se fijó en las sillas del porche.

—¿Quieres charlar un rato? —sugirió.

Asentí y lo seguí hasta los asientos.

Le pregunté por los entrenamientos, y él me preguntó por las clases. Hablamos de la vida en casa, de las ciudades de donde procedíamos. Seven era de North Kansas City, en la otra orilla del Misuri, y frunció el ceño cuando le dije que yo era de Timber Plains.

Se inclinó hacia mí mientras le hablaba, me miró mover los labios como si me estuviera estudiando para un examen. Era extraño cómo me hacía sentir, insegura, pero cada movimiento venía acompañado de una sonrisa que me aceleraba cada vez más el corazón.

Estar a su lado no se parecía a nada que hubiera experimentado. No había miedo, no existía la amenaza de un peligro al acecho. Todo era de una inocencia que me traspasaba el alma, que me envolvía por completo.

Era un recordatorio de que la felicidad podía existir, un atisbo del mundo del «quizá». Había una versión de mí que asistía a la Universidad de Lakeland por decisión propia, que tenía amigos, que experimentaba todo lo que había a su alrededor. Era alegre, atrevida, centrada, ¡quién pudiera ser ella por un día! Pero ese pensamiento llegaba acompañado por una pregunta inquietante: ¿qué tendría que sacrificar para ser ella? Y otro problema: si Bobby no había solicitado mi ingreso en Lakeland, ¿quién lo había hecho? ¿Rena? ¿Por qué?

Era casi medianoche.

—Tengo que entrar ya —dije.

Seven asintió. Me acompañó hasta la puerta y, antes de que entrara, me cogió la mano de nuevo. Me clavó una mirada intensa.

—Mira… —Apartó la vista. Respiró hondo y volvió a mirarme—. ¿Quieres venir conmigo al baile de bienvenida?

Me quedé boquiabierta. Con todo lo que había pasado, casi me había olvidado de que el baile era en pocas semanas. Había carteles

en el comedor y por todos los edificios académicos, con el tema de *El gran Gatsby.*

—No… no te quiero presionar —siguió, tartamudeando—. Si vas con otra persona, o…

Le agarré la mano con más fuerza para interrumpirlo.

—Será un placer ir contigo.

Se le iluminaron los ojos.

—¿De verdad?

—Sí. Nos lo pasaremos bien.

—De eso me encargo yo. Te lo prometo.

Nos acercamos más el uno al otro, y tragó saliva cuando lo rodeé con los brazos y me apreté contra su cuerpo. Con el rostro presionado contra él, noté cómo se le entrecortaba la respiración, cómo le subía y bajaba el pecho.

El jersey de algodón le olía a eucalipto. Se apartó despacio, milímetro a milímetro. Puso la frente contra la mía y contuve el aliento.

Me mordí el labio por dentro, le clavé los dedos en el brazo. Lo flexionó y me hizo sonreír. Nos rozamos nariz contra nariz y me puso una mano en la cara.

—Eres preciosa —susurró, y sus labios aletearon sobre los míos.

Cerró los ojos y, por un momento, sentí el calor de su boca contra la mía… hasta que un sonido agudo, desgarrador, nos sobresaltó.

Era un alarido surgido de entre las sombras, más allá del edificio, cerca de los árboles. No parecía humano.

—¿Qué ha sido eso? —Busqué con la vista a algún animal herido.

Seven se apartó y escudriñó la noche con la mirada. Se había quedado paralizado, y le tiré de la ropa con la esperanza de hacerlo reaccionar.

—Sev —dije.

Parpadeó y se irguió.

—Perdona. —Tenía los ojos como el ébano—. Eso ha… No lo sé. Ha sido muy raro.

Tragué saliva y miré hacia las sombras.

—¿No deberíamos llamar a los guardias de seguridad del campus? —propuse, dispuesta a hacerlo—. Con todo lo que está pasando en la ciudad… No quiero que te suceda nada en el camino de vuelta.

—No, tranquila. No me importa. La oscuridad no me molesta —me aseguró Seven.

—Pero ha sido muy raro —le recordé, al tiempo que trataba de no ponerme en lo peor.

—Sí, pero seguro que solo era algún animal. No parecía un oso.

Dejé de mirar hacia la noche, temerosa de ver algo que no podría explicar.

—Voy a entrar ya. Por favor, avísame cuando llegues a tu residencia.

Asintió y me abrió la puerta.

Una vez dentro, crucé a toda prisa el vestíbulo y pasé junto a unos pocos estudiantes que charlaban sentados en el sofá. Al llegar a mi habitación, la tele estaba encendida, pero no había ni rastro de Stevie. Me imaginé que estaría en la habitación de Em y Abi, a pocas puertas de la nuestra.

Me metí en la cama con la cabeza hecha un caos, y de pronto me acordé. ¡El libro! Lo saqué del bolso con sumo cuidado y me lo llevé a la cama. Acaricié con los dedos la cubierta, las palabras grabadas en relieve.

Me tapé con las mantas y lo abrí, y me dejé envolver por el olor del cuero. El índice lo dividía en tres secciones: Comienzos, En

medio, Ahora. Al pasar la página, noté que algo se deslizaba en la parte de atrás. Era un folleto fino, de páginas ajadas: *Cartas perdidas por artículos,* que iban del 1 al 7.

Lo volví a poner entre las últimas páginas y retrocedí a la primera.

Puede que la mayor parte de esta historia jamás se publique tras lo que ha acontecido, pues muchos desean creer lo que está por llegar, pero repudian lo que dejan atrás; y la desdicha puede llegar de ambos lados.

Fue en una calurosa noche de julio de 1831, un día que la historia recordará. Una docena de civiles sufrieron el ataque de bestias misteriosas. Tan aciago acontecimiento sucedió al oeste del río Misuri, cuando faltaba un cuarto de hora para la medianoche. Las gentes de la ciudad sucumbieron al pánico y muchos huyeron del puerto del que habían surgido los monstruos bajo la luz de la luna, a la vera del río.

Testimonio de esta catástrofe son las almas que allí permanecieron para dar fe de lo sucedido. Contaron que la primera bestia tenía pelaje de tonalidades leonadas y negras, un cuerpo más grande que el más imponente de los osos, con colmillos formidables y garras largas. Según dijeron, les pareció de origen licano.

Una peculiaridad de este ser malevolente fue acaso la manera en que atacaba a su presa. Arremetía sin piedad contra el corazón y el pecho, infligiendo heridas fatales. Unos pocos desdichados fueron decapitados. Un observador halló un cráneo en el vientre del bosque, roto como una cáscara de huevo, a buena distancia del cuerpo.

Contaron también que la segunda bestia era de la estirpe nosferatu, de apariencia humana mas no merecedora de la piedad del Diablo. La belleza que poseía era la de una maldición, capaz de

seducir incluso al filósofo más entregado, con colmillos más afilados que el hierro. Según numerosos testigos, los nosferatus sufrían de una sed insaciable de sangre. Relataron que ambas bestias lucharon entre ellas en lugar de obrar como cómplices.

A diferencia del licano, el nosferatu causaba heridas en la garganta, drenando la sangre de las víctimas cual sanguijuela…

Salté de una línea a la siguiente hasta que ya no pude sostener el libro. En el momento en que cerré los ojos y me dejé llevar por la oscuridad, los cuerpos sin vida aparecieron bajo la luz de la luna. El humo se enroscó en el aire, ascendió hacia el cielo lúgubre. El agua centelleó en la orilla. Cerca, la cabeza de un hombre flotó hacia mí. Sin cuerpo. Los ojos rojos me miraron. En la boca abierta, los colmillos afilados goteaban sangre espesa.

Y parpadeó…

Me incorporé, sobresaltada, sudorosa. Habían pasado horas. Stevie estaba en su cama, dormida. No había luz en la habitación, y en el pasillo reinaba el silencio.

Metí el libro en el cajón de la mesita de noche, aparté las cortinas y contemplé el bosque a través de la rendija de la persiana.

Todo era calma. Nada se movía, ni siquiera la hierba con la brisa. Pero, en lo más hondo de mis pensamientos, oía el susurro de la voz de Julian que me suplicaba, me llamaba.

«Ya lo sabes», me dijo.



Capítulo 28

El mañana no podría prepararnos para lo que llegó a continuación.

Artículo III, Cartas perdidas de Aadan Primero

Paseé por el campus con los ojos cansados y la mirada baja. Quería mantenerme oculta del resplandor de los rayos de sol, pero la luna asomaba entre las nubes colgada en aquel inacabable mar azul. Implacable, reacia a entregarse por completo al abismo oscuro que aguardaba su regreso.

Y, como si lo hubiesen invocado junto con la luna, allí estaba Julian. Se había sentado en un banco de metal, con los brazos apoyados en las rodillas y un esbozo de sonrisa. Hacía girar entre los dedos unas gafas de sol. Me esperaba.

Al acercarme, se levantó.

—Pero si estás vivita y coleando.

Gemí y me crucé de brazos.

—¿Vamos a seguir con lo mismo?

—Buenos días para ti también. —Me respondió con una sonrisa presuntuosa, pero, para ser justa, eso no cambiaba nada. Cada una de sus sonrisas era estúpida y perfecta.

Seguí caminando sin detenerme, y Julian me siguió mientras nos abríamos paso entre los transeúntes.

—Pero para responder a tu pregunta… ¿Todavía me odias? —se interesó.

—Más y más a cada día que pasa.

—Estupendo.

—Sí, es una puñetera maravilla.

Reaccionó con una cierta timidez, como si lo hubiese impresionado. Se puso las gafas para protegerse los ojos del brillo del sol.

—Lo de ayer…

Resoplé.

—Se ha acabado. No quiero…

—No —me interrumpió—. Mis actos fueron inexcusables. Estuvieron fuera de lugar, y te pido disculpas.

Vacilé, y por fin me detuve en medio de la acera; alguien que me seguía de cerca me esquivó con un bufido.

—Vaya, vaya, vaya… Fíjate, si eres capaz de responsabilizarte de tus actos. Cualquiera diría que te lo tomas en serio y todo.

—No te burles de mí.

Enarqué una ceja.

—No me digas lo que puedo hacer. —Julian entrecerró los ojos, medio ocultos por las gafas de sol, y me los paseó por el hueco de la garganta. Me ajusté el pelo detrás de la oreja—. Pero te agradezco que te disculpes.

Julian asintió con un gesto breve. Seguimos caminando.

—Sev me ha dicho que vuestras familias son enemigas desde hace tiempo. ¿Por qué?

Le cambió la expresión.

—¿Sev? ¿Quieres decir Seven? ¿Has hablado de esto con él? —No sabía si su pregunta reflejaba celos o asombro, pero me sentí intrigada.

—¿Algún problema?

Julian frunció el ceño y apretó los labios.

—¿Qué más te dijo?

—Que era complicado.

—Lo es.

—¿Y eso es todo lo que vas a decir?

—Sí. Siguiente pregunta.

—¿Por qué eres tan gilipollas?

—Irrelevante. Siguiente pregunta.

Me detuve, molesta. ¿Cómo se atrevía a hacer caso omiso de mis preguntas? Me lo debía. Le clavé puñales imaginarios en la espalda, y luego me puse de nuevo en marcha para seguirlo.

Julian estaba hablando incluso antes de que me pusiera a su altura.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato, Bells? —comentó. Le tiré de la mochila para frenarlo. Se detuvo.

—¡Oye! —exclamé—. No me llames así.

—¿No hay ningún apodo que te guste?

—Viniendo de ti, no. Y no te creas ni por un instante que puedes hablarme como lo has hecho ahí atrás.

Suspiró hondo y se quitó las gafas de sol.

—Lo digo en serio. Si vamos a seguir con este… —no sabía muy bien cómo llamarlo— asunto… vas a tener que cooperar conmigo. Ya

me frustra y me confunde bastante estar cerca de ti, así que lo único que quiero es averiguar lo que necesito saber, para que los dos podamos seguir con nuestras vidas.

Cuadró los hombros y se tragó el orgullo, aunque no me cupo duda de que le costó un esfuerzo.

—Tienes razón —aceptó—. No debería ser brusco contigo. Es una mala costumbre que se me ha pegado por vivir con mis hermanos, y sé perfectamente que eso no es excusa. Es solo que… estoy de acuerdo contigo. Todo esto es muy complicado, y te necesito… —Se apartó un poco y empezó de nuevo—. Es imprescindible que entiendas lo que está pasando. Aquí hay mucho en juego.

—De acuerdo.

—¿Me perdonas?

—No —exclamé con brusquedad—. Pero tu disculpa… Por algo se empieza.

—Me parece justo —respondió. Ladeó la cabeza para señalar a donde nos dirigíamos—. ¿Seguimos? —preguntó mientras se ponía otra vez las gafas de sol. Asentí y reanudamos la marcha. Julian se frotó las manos, ansioso—. De acuerdo —susurró—. ¿Qué preguntas tienes hoy para mí?

—Espera. —Enarqué las cejas—. Primero tenemos que ocuparnos de un asunto mucho más grave.

Julian miró en todas direcciones. Juraría que se detectaba cierto pánico en su respuesta.

—¿Qué pasa? —susurró—. ¿Va todo bien?

—No —murmuré. Giré en un desvío del camino y me detuve al final de una larga cola—. Necesito café.

Julian suspiró y relajó los hombros.

—Por el amor de Dios, Mira. Haber empezado por ahí.

—Sí, pero el susto que te has llevado ha sido muy divertido.

Reprimió un bufido, con gesto de exasperación.

—Vale. Te invito yo.

Le sonreí.

—Eso es mucho mejor que una disculpa.

Apretó los labios para tratar de disimular la sonrisa, pero no pudo.



Tras la cantidad adecuada de café con hielo, y cuando por fin pude sonreír sin un tic en el párpado, carraspeé y seguí con las preguntas.

—El otro día me dijiste que en el bosque no me seguías a mí, sino a algo o alguien. ¿Qué querías decir con eso? —pregunté, al recordar el chillido penetrante de un animal, la noche anterior.

Julian sonrió como si se sintiese orgulloso.

—Ahora sí; esas son las preguntas que deberías hacerme. —Puse los ojos en blanco—. Seguía la pista de un animal.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Con el olfato.

Perpleja, le di un largo sorbo a la bebida. No había suficiente café en el mundo para que todo aquello cobrase sentido. Pero lo iba a intentar.

—¿El olfato? ¿Quieres decir que podías olerlo? —Vi que dudaba. Ojalá se quitase las gafas de sol. A la sombra de los edificios era difícil interpretar su expresión—. ¿O sea que podías seguirle el rastro, como lo haría un animal? —añadí, porque fue lo único que me vino a la cabeza. Los animales se seguían unos a otros por el olor. Así cazaban a sus presas y así sobrevivían.

—Eh… ¿Sí? —respondió Julian por fin, pero más como una

pregunta que como una respuesta definitiva. Se me revolvieron las tripas. Al acercarnos al Edificio Académico Stewart tiré el vaso vacío en una papelera. Menudo fastidio. Aquel nuevo descubrimiento echaba por tierra la teoría de los brujos. No es que supiese mucho de ellos, pero estaba convencida de que no poseían la habilidad de seguir el rastro de los animales.

Julian cazó el vaso en el aire, antes de que cayera en la papelera.

—Lo reciclaré —dijo.

—Gracias —murmuré. ¿Cómo diablos lo había atrapado a tal velocidad? Volví a lo de seguir los rastros—. ¿Por qué has respondido así a la pregunta? Se diría que te sorprendía que me sorprendiese.

Me miró de reojo.

—¿Tú no hueles a los animales?

Jadeé, asombrada.

—¿Debería? —Sabía que mi sentido del olfato estaba muy desarrollado, pero nunca se me había ocurrido seguirle la pista a un animal—. Quiero decir…, no me malinterpretes…, pero… ¿eso es normal? —Me sentí un poco culpable al decirlo. No sabía lo que era normal para él. De hecho, a esas alturas ni siquiera estaba segura de qué era él.

Julian me abrió la puerta y, nada más entrar, se quitó las gafas de sol. Su sonrisa ocultaba algo, y miró a un lado y a otro antes de responder.

—Claro.

Incliné la cabeza, con el ceño fruncido. Pero, al mirar la hora, me di cuenta de que tenía que ponerme en marcha, o llegaría tarde.

—¿Tú también tienes clase en este edificio? —quise saber. Solo habíamos recorrido unos pocos metros de pasillo, y tuve la sensación de que él tenía que irse a otra parte.

—Me toca en el Bowman, así que me tendré que ir en cuanto te haya acompañado a clase.

—No tienes por qué. Está en la primera planta. Y vas a llegar tarde —dije. El Bowman estaba en la otra punta del campus.

—No me molesta acompañarte a clase, Mira. —Suavizó la expresión—. Siento decirlo, pero… en realidad, me gusta.

Me quedé perpleja al pensar que él pudiese disfrutar de algo en lo que participaba yo. Pero, en vez de insistir, le permití acompañarme a la primera planta mientras le daba vueltas a cuál debería ser mi siguiente pregunta.

—Cuando termine la próxima clase tengo que hacer un par de cosas, así que no estaré aquí cuando salgas. ¿Te apetece comer conmigo a la una?

—Sí —respondí sin pensar.

Sonrió.

—Perfecto.

Me resultaba imposible concentrarme. La clase me entraba por un oído y me salía por el otro sin dejar huella en el interior. Que Julian fuese capaz de seguir el rastro de los animales era toda una revelación, y me consumía como una marejada furiosa. Tuve que volver a la casilla de salida y poner por escrito todo lo que sabía.

- Tiene huesos irrompibles (saltó un precipicio).
- Es muy rápido. (¿Me había imaginado lo del vaso en la papelera?). Tenía que serlo, para atraparme en el aire aquel día.
- ¿Puede seguirles la pista a los animales con el olfato? ¿Superhumano? ¿Superfuerza?
- Desapareció en el bosque. Literalmente.

Se me cortó la respiración. Solté el bolígrafo y eché mano del móvil. Me recosté en el asiento y busqué si los humanos podían seguir a los animales por el olor. Aunque no era muy común, era al menos posible. Sin embargo, justo debajo de esa respuesta, había esta otra: «Los humanos no pueden seguir un rastro olfativo tan bien como los sabuesos».

Sabuesos, o sea, perros. Es decir, animales.

«Mierda». Tragué saliva. Me temblaban las manos al pensar en lo que eso podía significar… Una realidad que me resistía a aceptar debido a mi testarudez. Antes de tener tiempo de pensarlo mucho, el profesor me hizo una pregunta. Una de las razones por las que odiaba las clases con pocos alumnos.

Al terminar la clase, vagué por los pasillos algo aturdida. «Animales», pensé de nuevo. Eso me trajo a la mente el folclore de aquella ciudad dejada de la mano de Dios. Me resistía a creerlo. De lo contrario, no sería distinta de los nativos de la zona, con sus señales y sus cosas; me llevaría de vuelta a una época en la que yo estaba enamorada de esas leyendas, y devoraba cada palabra de mi madre que las mencionase. Era algo que podía hacerme pedazos. Si lo que contaba el libro era verdad, si las afirmaciones de Julian eran ciertas…

Tras la clase de Medio Ambiente, me sorprendió ver que Julian no me esperaba. Me estaba empezando a acostumbrar. Una pena, la verdad. Pero cuando doblé la esquina hacia el Campus Central lo vi sentado en el borde de la Fuente de los Fundadores. El sol le iluminaba la nuca, la frente. El agua salpicaba en el borde de la fuente y le mojaba la camisa rojiza. A sus espaldas, el lobo rojo esculpido se sentaba con aire majestuoso.

Controlé la respiración e hice un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

—¿Haciendo nuevos amigos? —logré decir, un comentario que quizá tenía más sentido para mí que para él.

—¿Amigos, o enemigos? Tengo muchos, de unos y de otros —respondió mientras le arrancaba un pétalo a una flor que tenía en las manos.

El sudor me corrió por la espalda y se me acumuló en las axilas.

—Eso es preocupante —mascullé. Julian se encogió de hombros y, al apartarse de la fuente, dejó que el viento se llevase el pétalo.

De camino al Centro Estudiantil escruté a Julian con atención. No podría ser más humano. No tenía garras. No le salían mechones de pelo del cuello de la camisa, ni en los antebrazos. Nada de colmillos, ni bigotes. No se parecía a lo que describía el libro, ni a lo que sugería la gente de la ciudad.

—Estás muy callada —me dijo Julian nada más entrar al comedor. La sala no estaba tan abarrotada como yo esperaba. Había unas cuantas personas en las mesas y en los reservados. Las luces proyectaban sombras nítidas en el suelo de madera.

—Ah, ¿sí? —Me rasqué detrás de la oreja—. Supongo que tengo muchas cosas en la cabeza.

Julian entrecerró los ojos, pero no dijo lo que pensaba, sino que señaló a una pequeña mesa adosada al fondo del salón, encarada a la ventana. Estaba bastante separada de las otras mesas, y era casi demasiado íntima.

—¿Qué te parece allí? —preguntó. Con los labios apretados, busqué a toda prisa un sitio libre que estuviese más cerca de la salida… y de posibles testigos.

Descubrí una mesa vacía cerca de un grupo de personal académico que estaba comiendo tarde.

—¿Y esa de ahí?

Julian no se opuso, lo que me hizo sentir un poco menos

aprensiva. Dejó las cosas en la mesa y se fue a buscar la comida.

No me encontraba bien. El pánico me rezumaba por todos los poros mientras miraba la carta. ¿Cómo iba a comer con tanto estrés? Todo lo que veía me parecía asqueroso y me olía fatal, incluso la tarta. Y yo adoraba las tartas.

Pero tenía que fingir que no pasaba nada, controlarme y mantener la calma, así que me decidí por una patata asada y una bebida con gas.

Mientras Julian estaba ausente, yo tenía el corazón a cien. Sentía un impulso casi incontrolable de huir, de salir disparada de allí y refugiarme en mi dormitorio. Podría hacer las maletas y no volver nunca más… Satisfacer la petición que Julian me había hecho tiempo atrás.

Estuve a punto de hacerlo, pero regresó en el momento en que eché la silla atrás. Llevaba una bandeja que contenía… de todo.

—Para mí esto no es nada —explicó Julian al verme arrugar la nariz. No lo juzgaba, solo sentía curiosidad por ver cómo pensaba devorar todo aquello antes de la siguiente clase.

Toqueteé la patata asada con el tenedor.

—Si te hace feliz…

Sonrió para sí mismo.

—¿Qué pasa?

—Tu cambio súbito de actitud es muy sorprendente. Lo normal es que respondas con comentarios incisivos, y ahora de pronto pareces un ciervo frente a unos faros. No me has hecho ni una sola pregunta. ¿Te preocupa algo, Bells?

Eso sí que me provocó una reacción. De mala gana, le di un mordisco a la patata. «Respira. Respira y nada más».

—En…, en realidad tengo más preguntas.

—Ah, ¿sí?

Le di un sorbo a la bebida y me limpié las manos en las piernas para evitar que los pies se movieran de un sitio para otro.

—Me has dicho que puedes seguirles la pista a los animales. ¿Significa eso que también puedes seguir a la gente? Por ejemplo… —Tartamudeé, y tragué saliva con dificultad—. Digamos que me estás buscando. ¿Podrías? —Quería saber qué posibilidades tenía de salir de allí indemne.

Se limpió la boca con la servilleta, que tapó una sonrisita.

—Más o menos. —Julian me leyó en la cara lo que quería saber —. Puedo seguir la pista a casi todo el mundo. Pero tu olor es diferente.

—¿Diferente? —Bajé la vista para examinarme a mí misma. Me olfateé unas cuantas veces, pero lo único que me llegaba era el olor de su comida—. ¿Qué significa eso? ¿Es algo malo?

—Depende de lo que consideres malo.

Me incliné sobre la mesa.

—Espera… Hablo en serio. ¿Huelo mal?

Se tapó la boca para reír.

—Te prometo que no.

Asentí. Pero si Julian era… No conseguía ni siquiera pensar la palabra. Pero si lo era… ¿Cómo funcionaba? Le clavé la mirada, para evaluarlo. Frente a mí había una persona, no un monstruo.

—Es decir, que puedes seguirle la pista a todo lo que tenga un corazón que late.

—Sí.

La cosa empezaba a aclararse, pero yo no estaba preparada para que se despejase la niebla. Necesitaba ese aire denso y espeso que me permitiese esconderme en el rincón más seguro de mi mente. No quería rendirme, y saber…

—¿Y eres peligroso? —De eso no tenía dudas. Sabía la respuesta

que me iba a dar. Me lo había repetido una y otra vez; el sonido de su voz al decirlo casi me resonaba en los oídos.

—Mucho.

Sin hacer caso de la comida, me zambullí en ese pensamiento. Tenía la palabra a mi alcance, en la punta de la lengua (un movimiento súbito y se escaparía), pero necesitaba más tiempo.

Depositamos las bandejas sucias en la cinta y salimos de allí. Cinco minutos después, o quizá más, mientras recorríamos la acera, aún no era capaz de hablar. Supuse que debía de estar pálida y desgreñada, o quizá verdosa por las ganas de vomitar.

—¿A qué edificio vas ahora? —me preguntó Julian. Habló con voz suave, y aun así me sobresalté. Casi me había olvidado de que estaba a mi lado y su figura impedía que me diese el sol en la cara.

—Otra vez al Stewart —murmuré con la mirada perdida en el vacío. Julian era… Negué con la cabeza. «No». Necesitaba que me contase más cosas. Carraspeé—. ¿Qué más puedes hacer?

Se encogió de hombros.

—¿Puedes volar?

Se rio.

—No.

—¿Puedes leer la mente?

—Ojalá.

—¿Se podría decir que tienes buen oído?

—Sí.

—¿Cómo de bueno? Por ejemplo, si yo estuviese en el estadio O'Porter y tú a las afueras del Centro Estudiantil, ¿podrías oírme?

—Si susurrases, no, pero distinguiría la mayoría de las palabras.

—¿Y la visión?

—Perfecta.

—¿Puedes escalar edificios?

—Sí.

—¿Sin equipo de escalada?

Enarcó una ceja y sofocó una risita.

—Sí…

Inspiré una bocanada de aire, y saboreé el perfume de las hortensias y los crisantemos cercanos.

—Pero a ti… —Le miré el pecho, lo vi moverse, me imaginé el latido del corazón—. Te late el corazón. Lo he sentido. —Me acordé del veloz palpitar contra mi propio cuerpo.

—A muchos seres les late el corazón, Mira. No solo a los humanos.

—Pero… —Una vez más, negué con la cabeza. No era cierto. No lo era.

Julian me tocó el brazo con suavidad y, cuando lo miré a los ojos, se inclinó hacia mí.

—Créeme, en serio. Ya sabes la respuesta… —dijo, y por muy sincero que fuera, yo no tuve claro si en realidad quería saberla.

Me tapé la boca. Me negaba a pronunciar la palabra.

Julian me miró con total seriedad. Esperó unos instantes.

—Piénsalo, Mira. Soy muy fuerte. Puedo seguirles la pista a personas y animales. Puedo ver y oír mejor que cualquier humano. Puedo escalar edificios altos y saltar de ellos—. Apretó los dientes y añadió—: Siempre tengo hambre, y pocas cosas me sacian. Es un dolor constante con el que tengo que convivir. Estoy atrapado, de forma inexorable, entre dos mundos: aquel en el que tú has escogido vivir, y el mío.

Estaba atónita, sin aliento, pero ya casi habíamos llegado a mi edificio. Nos detuvimos junto a un árbol. La sombra me refrescó la nuca y los hombros.

Julian tenía toda la razón al decir que yo había escogido vivir en

ese mundo, el que consideraba las leyendas como cuentos de hadas, y no como verdades. Y lo hacía porque esa mentira me reconfortaba. Y si la rompía en pedazos, todo mi mundo, todo lo que creía, se vendría abajo.

—¿En qué piensas? —Las palabras se abrieron camino entre mis pensamientos. No me moví, ni respondí. Mis instintos eran correctos. Solo tenía que confiar en ellos y decirlo en voz alta.

Al ver que no respondía, suspiró y desvió la mirada.

—Tengo que irme.

—¿No me vas a acompañar a clase?

—Esta vez no, Mira. Creo que necesitas estar un tiempo lejos de mí para procesarlo todo. Has hecho las preguntas adecuadas, y sé que, en cuanto sumes dos y dos, tendrás muchas más preguntas para mí. Cuando salgas de clase y estés preparada para hablar de ello, allí estaré. —Señaló más allá de la estatua del lobo, a un banco situado debajo de un sauce—. Y… —empezó, pero cerró los ojos y suspiró, con un gesto de dolor—. Y si no quieres volver a hablar conmigo, no te pares a mi lado, y te prometo que no volveré a dirigirte la palabra.

El sonido de su voz me revolvió las tripas.

—De acuerdo —murmuré.

Cuando se marchó, yo tenía el corazón tan desbocado que lo sentía en la garganta, y la sangre me zumbaba en los oídos.

Julian Santos era un licántropo.



Capítulo 29

Habrá muchos que no creerán. Pero seguimos adelante.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Me debería haber saltado la clase, debería haber ido directa a él. Con la información de que disponía, estar sentada en un aula llena de gente no era lo más deseable.

Julian era un licántropo. Como los de la historia. Lo había sido todo aquel tiempo, y había tratado de decírmelo, pero yo no veía los indicios, los dejaba de lado porque no podía ni imaginarme que algo así fuera posible. Por eso tenía aquella fuerza y velocidad increíbles, por eso tenía un sentido del olfato tan agudo, por eso era tan peligroso.

En cuanto terminó la clase, salí corriendo por el pasillo hacia la salida. Una vez fuera, me detuve bajo la marquesina, decidida a averiguar si estaba donde había dicho que estaría.

Lo vi sentado en el banco, con la mochila en el suelo junto a los pies y un libro sobre las rodillas. El pelo le caía sobre la cara al leer.

—Julian. —La voz me salió casi balbuceante y traté de recuperarme de la conmoción.

Una sola mirada bastó para decirme que me había oído y, cuando me miró, su rostro era impasible. Habría querido saber en qué estaba pensando, si era consciente de lo que yo sabía ahora. ¿Pensaba que tenía miedo? No lo tenía. Y sí, a la vez.

Me había pasado toda la clase debatiéndome contra la idea, permitiéndome la opción de irme, de dar marcha atrás. La idea fue arraigando dentro de mí. Tenía la posibilidad de elegir. Pero elegir marcharme justo cuando el mundo se había partido en dos sería una estupidez. Aunque pareciera inexplicable, estaba segura de que Rena tenía alguna relación con todo eso: los nudos estaban demasiado cerca, tenían que ser del mismo hilo. Si aprovechaba la oportunidad, si dominaba aquel miedo incipiente, tal vez estaría más cerca de comprender por qué se había marchado, y quizá también más cerca de recuperarla.

Salí de debajo de la marquesina al sol de primera hora de la tarde y no oí las voces de la gente que me rodeaba. No, solo oí el canto de los pájaros en las ramas más altas y las pisadas de los animalillos que correteaban por los troncos mientras me dirigía hacia él y sopesaba la decisión que había tomado.

Debería tenerle miedo. Era una bestia, un monstruo grotesco.

Pero no parecía el ser escalofriante de mis pesadillas. Julian estaba más atractivo que nunca, tan hermoso como siempre, allí sentado bajo el entramado de las hojas. Pese a todo lo que había descubierto, también me había salvado la vida. Si fuera ese ser cruel, me habría dejado morir. O peor aún, me habría matado él mismo.

Y habíamos estado muchas veces a solas. Habíamos estado en contacto, y no le habían salido garras, no había cambiado de piel para desgarrar la mía, ni siquiera cuando la luna llena brillaba en el cielo.

«No tengo miedo», me dije, pero la aprensión seguía allí.

Cada paso que daba hacia Julian hacía que se irguiera más. En ningún momento dejó de mirarme a los ojos. Atónito, di por hecho. Cuando me senté junto a él, cerró el libro.

—¿Has venido?

Asentí.

—Si lo sabes…, ¿por qué no tienes miedo?

En lo más hondo de la garganta sí sentí un ligero temblor.

—Porque, si quisieras hacerme daño, ya me lo habrías hecho.

Julian apartó la vista, se concentró en la gente que pasaba cerca.

—Pero sabes que soy peligroso, ¿no?

Me agarré al borde del asiento del banco, donde tenía el muslo contra el hierro frío.

—Sí, Julian, y es decisión mía.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué crees que soy, Mira?

Se me hizo un nudo en el estómago. No quería decirlo en voz alta por si estaba equivocada. Me temblaron los labios. Se me trabó la lengua. Pero me había preguntado qué creía que era, no quién. Así que la predicción no era tan arriesgada.

—Necesito que lo digas —insistió en un susurro—. Para estar seguro de que hablamos de lo mismo.

Todavía temblorosa, pronuncié la palabra por fin.

—Un licántropo.

Se oyó un suspiro, procedente de los dos, de Julian y de mí.

Cerró los ojos un momento, quizá aliviado al ver que lo sabía, que habíamos encontrado la manera de comunicarnos pese a lo que no podía decir. Tardó unos segundos en reaccionar, pero al final se miró las manos. Yo también se las miré y no vi ni rastro de la venda. Ni siquiera tenía una cicatriz. El corte de la cara también había desaparecido. Supuse que era por su condición de licántropo: un factor de curación rápido debía de ser una ventaja evolutiva esencial para la supervivencia.

—¿Nunca te has planteado que las leyendas de la ciudad podrían ser ciertas, Mira? —me preguntó Julian. Sí se me había pasado por la cabeza, y por eso había robado el libro—. Tienen una razón de ser: lo que pasó hace siglos con Aadan. Los pactos. Los licántropos. Todo es real.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo es posible? Solo por decirlo en voz alta no lo hace menos irracional. Estos… esto… no parece posible.

Vi la vacilación en su rostro, en las comisuras de los ojos. Al final, irguió la espalda.

—Te… te lo puedo enseñar. Si te sirve de algo.

¿Qué me podía enseñar? Abrí mucho los ojos e hice un esfuerzo para no quedarme boquiabierta.

—¿No necesitas que haya luna llena? ¿Ni oscuridad? —Ni lo que fuera que hacía posible la transición.

Julian se guardó el libro en la mochila y se levantó. Detrás de nosotros, a pocos metros, había una hilera de árboles, entre los que se veía un sendero de tierra.

—No, solo me hace falta espacio. —Me lo quedé mirando. ¿Lo podía controlar como si tal cosa? Qué blasfemia. Al ver que no me movía, se detuvo—. ¿Vienes?

Miré los árboles, luego a él otra vez.

—No sé si…

Volvió a sentarse.

—No te voy a hacer daño, Mira. Creo que todo sería más fácil si lo vieras en persona.

—Me dijiste que no confiara en ti.

—Sé lo que te dije, pero te juro que no te voy a hacer daño.

Julian se puso de pie otra vez y me tendió una mano para ayudarme a levantarme. Volví a mirar en dirección al bosque, todavía insegura. Pero, al mirarlo a él, se me nubló la mente. Sentí una gran tranquilidad. Había pensado que sentiría algo extraño, pero, aparte del cosquilleo en los dedos, nada.

Volvió a tenderme la mano.

—No te voy a hacer daño —repitió, suplicante.

Y oí en un susurro la frase que no dijo: «Confía en mí». Lo contrario de lo que me había dicho que hiciera.

Pero lo miré a los ojos, y no pude contenerme. Así que le di la mano al monstruo y lo seguí hacia el bosque.



Capítulo 30

Ni el más fuerte de los hombres puede detener la mano del destino. La voluntad siempre se abre paso.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Tras la espesura, era como si la universidad no existiera. El aire helado nos aguijoneó la piel. La temperatura era unos cuantos grados más fría bajo las hojas, pero cuando el sol se colaba entre las ramas creaba remansos de luz que iluminaban el sendero escondido.

El camino que seguimos estaba sin pavimentar, y los cuidadores de los terrenos de la universidad no se ocupaban de él. Entre los hierbajos y las ramas habría sido fácil no verlo, pero Julian avanzó entre el follaje como si conociera aquellos bosques como la palma de la mano.

De cuando en cuando, miraba hacia atrás para comprobar que seguía ahí. Y para mi sorpresa, o como constatación de mi

estupidez, seguía ahí. Como un corderito obediente. Un corderito demasiado curioso.

Al llegar a un claro donde los árboles se dispersaban con cierta uniformidad, aminoramos el paso. El sonido del agua corriente nos llegaba desde un arroyo cercano junto al que el suelo del bosque estaba cubierto de hojas secas, doradas bajo el sol. A nuestro alrededor, todo era un laberinto de troncos. Si daba unas cuantas vueltas, no tendría ni idea de cómo volver. Aparte de mí, no había rastro de otro ser humano en muchos metros a la redonda.

Julian depositó la mochila sobre una roca grande que había junto al arroyo; estaba cubierta de musgo en algunas zonas. Cuando se apartó unos pasos, me senté en esa roca y yo también me quité la mochila.

Se situó delante de mí y dio media vuelta. Respiró hondo. ¿Era así, tan fácil? ¿Solo tenía que imaginarse un lobo y transformarse?

Pero lo que sucedió fue mucho más demencial. Con un movimiento rápido, Julian levantó los brazos y se quitó la camisa negra para tirarla a un lado. Apreté los labios y me incliné hacia delante.

—Julian, yo…

—Es parte del proceso —me interrumpió—. Confía en mí.

Me mordisqueé la mejilla por dentro, un poco molesta por la repentina confianza que me exigía. ¿Es que no sabía lo mucho que lo detestaba?

Llevaba una camiseta debajo de la camisa y también se la quitó. Incliné la cabeza a un lado, sin darme cuenta de que me lo había quedado mirando boquiabierta. Bajo la ropa, el pecho era ancho, bronceado, y los músculos estaban bien definidos en el abdomen. Llevaba al cuello una cadena de oro y, bajo la clavícula, cerca del hombro derecho, le vi el tatuaje de un sol y una luna. En la cara

interior del brazo izquierdo tenía otro de una hoja de helecho. Todo era hipnótico, cosas que solo había visto en internet.

Cuando se desabrochó los vaqueros, me atraganté y me puse roja, y levanté la mano a toda prisa.

—¿Te estás desnudando?

Una sonrisa maliciosa se le dibujó en la cara. Se bajó la cremallera.

—No estamos en clase, Mira. No tienes que levantar la mano para hablar.

Me incliné hacia delante y traté de hacer caso omiso del hecho de que hubiera dicho mi nombre mientras se desnudaba. Ya pensaría luego en eso.

—Espera, espera, espera —dije con una risa nerviosa—. ¿De verdad te vas a desnudar aquí, en el bosque? —Miré a mi alrededor, con la esperanza de que hubiera alguien para presenciar aquello.

Julian se detuvo un momento.

—Ya. Perdona. —Se irguió en toda su estatura y me sonrió—. Te tendría que haber avisado. Si no te importa, tengo que quitarme esta ropa para transformarme porque, de lo contrario, la desgarraré, y la verdad es que me gusta mucho.

—Pero entonces… —Me paré a media frase y me reí como una niña pequeña. Me moría de vergüenza. Esperé unos momentos para recuperarme antes de seguir—. ¿Cómo voy a ver la transformación? —No dijo nada, no se movió. Hice un ademán con los dedos—. Sí, sí, te puedes desnudar. Es solo que… no me esperaba ver un espectáculo. ¿Qué hago con los ojos que tengo en la cara?

—Puedes mirar y puedes no mirar. Me da igual. —Se bajó los vaqueros y se quitó las zapatillas deportivas. Tenía unas piernas perfectas, musculosas. Aparté la vista y él se echó a reír—. Parece que no hayas visto nunca a un hombre desnudo.

Alcé la mano para bloquear cualquier cosa que pudiera ver por el rabillo del ojo.

—Si no te importa, prefiero no hablar de los hombres desnudos que he visto.

Porque no habían sido muchos, y prefería que él no lo supiera.

Se le escapó una risa grave, gutural.

—Claro. Es mejor que no. —Pasaron unos momentos y oí cómo cogía aire con fuerza. ¿Tal vez estaba nervioso?—. Vamos allá —murmuró.

Y, al momento, sentí una brisa suave que me acariciaba los brazos, oí un sonido como un murmullo entre la vegetación.

Cerré los ojos con fuerza y esperé a que me diera alguna señal, a que me avisara de que ya podía mirar, pero entonces comprendí que esa señal no iba a llegar. Los animales no hablaban. Por lo general.

Sentí un roce en la mano, algo frío y húmedo. Un hocico. Había utilizado la mano como escudo, temerosa de mi reacción. ¿Y si me daba por gritar y lo asustaba? ¿Y si no se podía controlar y me atacaba? ¿Y si acudir allí con él había sido un error? Ya me lo advirtió. Era peligroso.

Pero también me había dicho que confiara en él.

Me había jurado que no me haría daño.

Cuando abrí los ojos, había a mi lado un enorme lobo gris. Tenía unos ojos dorados asombrosos, con destellos verde esmeralda. Eran los ojos de Julian, solo que enormes, adaptados a la forma que había adoptado. Lo más increíble era que se había convertido en un lobo de verdad. No en un licántropo con los colmillos chorreando veneno, sino en un lobo. Era muy grande, pero esbelto, con el pelaje ondulante.

La nariz de Julian brilló cuando inclinó la cabeza en dirección a

mí, casi como si me estuviera saludando. Sonreí, maravillada. El ser que tenía delante era asombroso, extraordinario, nunca me lo habría imaginado así. La curiosidad me dio ganas de extender la mano y acariciarle el pelaje, pero me pareció que aquello era ir demasiado lejos. La experiencia era todavía demasiado nueva.

Pero ver así a Julian me confirmó muchas cosas. Él era el folclore, en carne y hueso, delante de mí, mucho mejor que todas las historias que me habían contado, mejor que las ilustraciones de los libros y representaciones, mejor que las imágenes que me había formado en la mente.

Era como un sueño que me absorbió, me envolvió con el intenso placer de un nuevo descubrimiento.



Capítulo 31

Y si he de perecer antes de lo que me correspondería,
que sea porque me he ahogado en ella.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

En un abrir y cerrar de ojos, Julian volvió a ser humano, desnudo, y me miró con la sonrisa más orgullosa que le había visto jamás. Cerré los ojos otra vez y me tapé la cara con las dos manos.

—¡Avisa! —grité—. ¡Me tenías que avisar!

—No puedo hablar en esa forma —bromeó, y masculló un comentario sarcástico.

—¡Eh! ¡Que te he oído! —le grité, aunque fuera mentira.

—No me has oído. —Se rio.

Chasqueé los labios.

—Te he oído —mentí de nuevo.

Quería que Julian me repitiera lo que había dicho, pero sin tener

que pedírselo, pero el plan no me daba resultado.

—No me has oído —repitió—. Si no, me habrías tirado el zapato.

—No me tientes —bufé—. ¿Puedo abrir ya los ojos?

—Sí.

Lo hice y apoyé las manos en la roca detrás de mí para ver cómo se ataba los zapatos. Otra vez humano. Era extraño. Era inconcebible. Julian se alisó la pechera de la camisa, se quitó una motita de los vaqueros y luego se sentó en una roca más pequeña, frente a mí, para ponerse la cadena al cuello. Me volvió a sonreír de oreja a oreja.

—Estarás orgulloso de ti mismo —dije.

La sonrisa se le acentuó todavía más. Apoyó los brazos en las piernas.

—Pues sí. Nunca le había podido enseñar a nadie mi verdadera forma. —Respiró hondo—. Me ha gustado —añadió, y se le subió el color a las mejillas.

En otras circunstancias, no le habría respondido nada, pero en cierto modo me sentía honrada por haber sido la primera en presenciar su transformación.

—Tienes motivos para estar orgulloso.

Me dio las gracias y se secó las palmas de las manos contra las piernas.

—Por curiosidad, ¿qué te ha parecido?

—¡Ha sido increíble! —respondí al instante; y, pese a todo, seguía sin parecerme real—. ¿Puedes hacerlo cuando quieras?

—Sí.

—¿Y duele?

—No. —Entrelazó los dedos—. No es como en las películas, en las que parece que la piel se desgarra y como que se arranca del cuerpo, y te crecen los huesos y parece que te estás conteniendo

para no destruir todo lo que hay a tu alrededor. Mi gente no es así. Nos consideran licántropos, pero el término técnico es cambiaformas. La logística sí que es complicada.

Pensé que el cambio de forma era como la magia. Con solo chasquear los dedos, podías ser humano o lobo.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

Julian se miró la cadena; luego, las manos.

—De cachorros, nacemos con forma humana. Llegamos al mundo igual que todos los mortales. Pero algunos cambiamos por primera vez antes incluso de aprender a andar. No suele durar mucho, ni pasar muy a menudo, pero sí, sucede hasta que los genes entran en remisión. El resto de nuestra infancia es como la de cualquier niño, y, cuando llega la pubertad, el cambio nos asalta como una enfermedad. Yo estuve en cama un mes, me retorcí de dolor mientras mi cuerpo se adaptaba a su forma. Sabía lo que pasaba, pero nunca lo había pasado tan mal. Cuando terminó la transición, me regalaron esta cadena. Es un rito de paso. En mi familia, todo el mundo la tiene. —Julian sonrió de nuevo al darse cuenta de que me había contado más de lo que le había pedido—. En respuesta a tu pregunta, soy capaz de transformarme plenamente desde hace dos años.

Recordó los hombres con los que había estado Julian aquella noche en el bosque.

—¿Cuántos más hay como tú? ¿Tenemos una manada de lobos campando a sus anchas en la universidad?

—Yo no diría que campamos a nuestras anchas en la universidad.

—Pero ¿hay una manada? —Arqueé una ceja.

—Más o menos.

—¿Lo sabe más gente? —pregunté, pero ya sabía la respuesta—.

El vínculo —murmuré, casi para mí misma. Pero, a pesar del juramento, había unas lagunas en la prohibición de hablar de ello. Y estaba el libro.

—Exacto. Es lo que nos conecta, sobre todo cuando adoptamos la forma de lobo.

—¿Qué quieres decir?

—Como animales, no podemos hablar, pero sí tenemos la capacidad de transmitirnos lo que queremos por telepatía. Es como leer la mente, solo que podemos decidir qué pensamientos no compartimos.

Asentí y traté de que me saliera una réplica ingeniosa, pero al final no dije nada. Era una adulta, al fin y al cabo. En cambio, le hice otra pregunta que me pareció más apremiante.

—¿Cómo va el paso de los años? —quise saber.

Había dado por hecho que Julian y yo éramos más o menos de la misma edad, pero se trataba de un ser paranormal, así que no podía estar segura.

—¿Tienes algo contra las personas mayores?

—¿Qué? ¡No! —Me eché a reír—. Lo pregunto porque, hasta hace veinte minutos, ni siquiera sabía que los licántropos fueran reales.

—Sí, claro. —Esbozó una sonrisa burlona que me provocó una punzada de ardor entre las costillas. Recuperé la compostura—. No soy viejo, Mira, si es eso lo que querías saber. Tengo diecinueve años. Durante la adolescencia, el tiempo pasa para los lobos igual que para los mortales. Pero, a medida que nos hacemos mayores, tenemos la opción de ralentizar el proceso.

«Los mortales». Aquella expresión me hacía sentir insignificante. Pero miré a Julian, recordé los ojos enormes de cuando era un lobo, y sentí una punzada en el pecho al recordar los ojos animales que

había visto desde mi ventana en la residencia.

—Tengo que hacerte una pregunta. ¿Me has… me has estado espiando por la ventana?

Frunció el ceño, confuso por un momento, y luego su expresión se tornó en otra de repugnancia.

—Claro que no. No soy un pervertido.

—Tenía que preguntártelo.

Respiré hondo, pero no me sentí mejor. Yo había visto aquellos ojos antes, en la primera semana de universidad, y también antes en otra ocasión, cuando Rena se marchó. Eso solo podía significar que en mi vida había habido un lobo, o tal vez varios, mucho antes de que yo fuera consciente de su existencia. ¿Cómo era posible? Y, más importante aún, ¿por qué?

Empecé a derrumbarme. El recuerdo iba a destruir el cuento de hadas.

—Julian —dije en un susurro brusco. Me temblaban las manos, pero me erguí. Recordé las noticias sobre las muertes y lo que había pasado el día de mi caída en el bosque. Otro buen motivo para no estar allí—. ¿Eres tú el que…?

No quería decir el resto. Se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—¿Que si soy yo el que qué? —preguntó, con más avidez de la que me esperaba.

Respiré hondo otra vez.

—Ha habido muchas noticias sobre ataques de animales. Han muerto algunas personas. Según los testigos, el animal era más grande que cualquiera que hubieran visto antes, y sé que no se trataba de un oso. ¿Has sido tú, o tu familia?

Entrecerré los ojos, casi con miedo de ver su reacción. Vi una expresión comprensiva en su rostro.

—No —respondió—. No voy por ahí matando a nadie. Los ataques que han tenido lugar no han sido obra de mi manada. Esto viene de otra parte.

—¿En tu familia todos sois lobos?

Se quitó algo de la rodilla con un golpecito de los dedos.

—Si te refieres a la familia que he dejado, sí. Algunos lo consideran una maldición. Pero se nos creó inmortales. No hay nada en los cielos ni bajo la tierra que pueda detener lo que ya es permanente.

—En la familia que has dejado, dices…, como si hubiera pasado algo espantoso.

—Eso mismo. —Enderezó la espalda—. No quiero ser grosero ni poco respetuoso, cosa que por lo visto tengo por costumbre… —Hizo una pausa y me sonrió, y puse los ojos en blanco. Porque sí, tenía esa mala costumbre.

—Ah, así que es verdad —repliqué—. Si te has portado como un imbécil no ha sido sin querer.

Julian alzó un dedo y lo agitó a un lado y a otro.

—No he terminado todavía —dijo con una sonrisa—. Y no te imaginas la cantidad de cosas que hago queriendo. Lo que quería decir es que tengo la sensación de que solo hablamos de mí, y no me parece justo.

Me eché a reír de buena gana e hice una mueca.

—El lobo eres tú, Julian —dije con aplomo—. Eso es mucho más interesante.

—Y tú eres la chica que ha descubierto que soy un lobo —replicó. Cogió aire y lo vi titubear, como si una emoción le subiera por dentro—. Te estoy confiando este secreto porque nadie puede saberlo. Y ahora sabes mucho sobre mí, así que me parece que yo también debería conocerte mejor.

Volví a apoyar las manos en la roca y alcé la barbilla.

—¿Qué quiere saber de mí Julian Santos?

Me dirigió una sonrisa de medio lado.

—Eres de por aquí, ¿no?

—Producto local cien por cien.

Julian asintió, pensativo. Apretó los labios.

—¿Nunca has vivido en otro lugar?

—¿Por qué te sorprende? ¿Has vivido tú en otros sitios? —lo presioné.

—No sé, es que pareces más experimentada. —Se rascó la barbilla—. Pensé que habrías venido de otro lugar. Y no, no he vivido en otro lugar. No puedo marcharme de aquí.

—¿Cómo? ¿Nunca? —Me incorporé y descrucé las piernas para que me colgaran por el borde de la roca.

—Se supone que no… —Se aclaró la garganta y miró en dirección al arroyo—. ¿Tienes hermanos? —me preguntó, para cambiar de tema.

Pero no se lo iba a permitir. ¿Por qué no podía salir de aquella zona? Se me ocurrió una cosa: ¿podía ser por ella, por la mujer que al parecer tenía cierto control sobre Julian?

—No, no, espera, ¿por qué no te puedes marchar?

Julian me miró.

—Por lo general, cuando le dices a alguien que te hable de sí mismo, no hay manera de que se calle luego…, pero en tu caso es difícil que te centres en el tema.

—Es una mala costumbre, sí.

—Ser modesto no es una mala costumbre.

—A lo mejor evito el tema… —Como en aquel momento, porque quería saber más sobre él y sobre la mujer cuya presencia pendía sobre Julian como un mal presagio—. Además, tío, es que eres un

lobo.

Sacudió la cabeza y dejó escapar una risita.

—No te falta razón —dijo—. Vale, responderé a esta pregunta, pero luego volvemos a hablar de ti.

—De acuerdo —respondí con impaciencia. Quería saberlo de una vez por todas.

Apretó los labios un instante.

—Estos terrenos son el lugar donde Aadan y su manada se instalaron después de la primera guerra. Es un lugar sagrado para nosotros. Como comunidad, hemos jurado preservarlo en recuerdo de nuestra historia. Eso quiere decir que no podemos luchar ni guerrear en el campus de la universidad ni en las proximidades. —Respiró hondo—. Así que no estoy confinado aquí, pero tengo que quedarme para proteger la paz que se ha establecido.

Se me ocurrieron más preguntas. ¿La historia estaba documentada en el libro? ¿Por qué los lobos rojos eran nuestra mascota? Parecía muy evidente si lo sabías, y muy inocente si no.

—Pero vamos a hablar de ti —insistió Julian—. ¿Tienes hermanos?

Ah, eso.

—No. Mi padre y yo estamos solos.

—Vaya. —Se sentó más erguido—. ¿Puedo preguntar qué le pasó a tu madre?

Suspiré. Ese era el gran misterio.

—Claro. Desapareció cuando yo tenía trece años. Cogió una maleta y se fue. Aquel día, todo cambió para mí. Y para mi padre.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Sabes a dónde se fue?

—No. Se metió en el coche y se marchó. No volvió. No llamó. Nada. —Tenía la boca seca—. Pero los recuerdos duran más que las

personas, por lo que parece. Pero mira, doy las gracias por eso.

—Lo siento —dijo con voz amable.

—No lo sientas. No es culpa tuya.

Clavó la vista en el suelo.

—Sé muy bien lo que es no tener madre. La mía murió cuando tenía seis años. Un día, perdió el control. Acabó con ella quien no debía.

Contuve una exclamación. Era una tragedia. Me habría gustado saber más sobre su madre, pero me pareció muy personal. Una parte de mí se planteó si no sería su muerte lo que lo había vuelto tan duro, y otra quería saber por qué había perdido el control. Pero no lo iba a presionar así, y al menos ahora sabía que la mujer misteriosa no era su madre.

—Lo siento mucho —dije—. Es espantoso. No quiero ni imaginarme lo difícil que debió de ser para ti.

—Mi tía se hizo cargo de todo —contó sin mirarme. Se retorció los dedos y movió las piernas, inquieto—. Ha hecho todo lo posible por cuidarme como si fuera hijo suyo. Tiene otros tres hijos mayores que yo.

—Me alegro de que contaras con ella. Parece una buena persona. ¿Y tú tampoco tienes hermanos? —pregunté, ya que él me lo había preguntado a mí.

Julian siguió hablando de su tía como si no hubiera otra cosa.

—Es excepcional. Decidida. Una auténtica luchadora. —Miró de nuevo hacia el arroyo—. Y no, aparte de mis primos, no tengo más parientes de sangre. —Julian carraspeó para aclararse la garganta—. ¿Al menos conoces a tu familia por parte de madre?

Negué con la cabeza.

—Nunca tuvimos contacto con nadie. Mi padre me contó que era la hija pequeña con solo un hermano o hermana, no recuerdo, y que

venía de una ciudad pequeña, tampoco me acuerdo del nombre. Y nada más. Siempre estuvimos solos los tres. —Resoplé. Notaba una presión detrás de los ojos. Nunca había hablado con nadie de nuestra dinámica familiar, porque nunca había tenido ningún motivo para hacerlo, y rememorar el pasado me hacía sentir cosas que no quería sentir—. Mi padre es un buen tipo —dije en voz más baja—. Se esfuerza de verdad, hasta cuando se lo hago pasar mal o soy una ingrata. Nunca se da por vencido conmigo.

—Qué suerte que os tengáis el uno al otro —dijo con sinceridad.

—Gracias. ¿Y tu padre?

—No lo conocí.

—Vaya. —Me rasqué el cuello por detrás.

—Da igual. Lo pasado, pasado está.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —pregunté, deseosa de cambiar de tema.

—Claro.

—¿Qué sabes sobre mi colgante? Me hiciste comentarios un tanto raros sobre él, y no sé por qué. —Lo rocé con los dedos y di vueltas al ópalo.

—Tu colgante es una protección. —Eso mismo había dicho Rena, lo mismo había sugerido Abba—. Según las leyendas, es una de las diez piedras mágicas, bendecidas por una bruja muy poderosa de la antigüedad. Avisa al portador si se acerca un ser sobrenatural con intención de hacerle daño. Por eso, al vértelo, di por hecho que lo sabías.

Me costó contenerme para no pellizcarme y comprobar si estaba despierta de verdad. Aunque me lo había planteado alguna vez, no podía creer que existieran las brujas, y menos las muy poderosas. Me senté más erguida.

—¿También me avisa si se acerca un licántropo? —pregunté para

dejar claro a qué se refería.

—Claro, aunque hasta ahora solo había rumores acerca de esa piedra. Solo quedan tres bendecidas en el mundo, y la bruja que se cree que la hizo murió hace siglos. Se nos ha dicho que la persona que poseyó la última era heredera de una estirpe más antigua aún que la de los lobos.

¿Bendecidas por una bruja más antigua que los lobos? ¿Cómo demonios había conseguido Rena el colgante?

Julian sacó el teléfono y se levantó.

—No me había dado cuenta de la hora que era.

Yo también miré el mío. Eran más de las cinco, casi las seis. ¿De verdad llevábamos allí dos horas?

—El comedor cierra antes los viernes —siguió al tiempo que se limpiaba las manos en los vaqueros—. No quiero que te pierdas la cena por mi culpa.

Como para darle la razón, el estómago me rugió y me recordó que casi no había comido. El día entero había sido una locura.

Julian me ayudó a bajar de la roca y, cuando luego me soltó la mano, una parte de mí deseó que no lo hubiera hecho. En el brillo de sus ojos había una magia oscura, turbia; y, de pronto, tras lo que habíamos compartido, yo quería ser parte de cada uno de sus momentos. ¿Qué otras cosas podía hacer? ¿Qué más información podía darme sobre las leyendas de Timber Plains? ¿Y cómo sería mi vida tras salir de aquel bosque?

Todo se había vuelto peligroso. Y maravilloso a la vez.



Capítulo 32

Nos alzamos con el sol, pero siempre caemos con la luna.

Artículo V, Cartas perdidas de Aadan Primero

El aire olía a miel y a clavo. Estaba sola en mi habitación de la residencia, jugueteando con los remaches de la cama. Contemplé la luz parpadeante de la vela, pero sin verla de verdad, mientras recordaba los susurros de todos los cuentos que se habían contado desde siempre en la ciudad para inculcar prudencia a los niños.

«Vuelve a casa antes de que se enciendan las farolas».

«No te aventures demasiado lejos en la oscuridad».

«Si miras fijamente el bosque, verás unos ojos amarillos».

Siempre lo decían para meternos miedo y que obedeciéramos, para educarnos y que fuéramos niños buenos, o eso pensaba yo. No porque las leyendas fueran reales.

Y luego estaba Rena. Rena, que sin duda sabía que las leyendas eran ciertas. Rena, que había tenido algo que ver con los ataques de licántropos en la ciudad. Rena, que me había dado un colgante perteneciente a una estirpe más antigua que los lobos y bendecido por una bruja muerta hacía ya siglos. Rena, que llevaba años ausente de mi vida hasta que me mandó aquella carta. ¿Por qué ocurría todo aquello, después de tanto tiempo?

Bajé de la cama y fui hasta el cajoncito de mi escritorio. Con mano firme, saqué la carta que me había mandado. La había tenido cerrada a buen recaudo desde el día en que la recibí.

Estoy muy orgullosa de ti y de todos tus logros. No pasa un solo día sin que me acuerde de ti.

Eres mi principio y mi fin, y como lo ha dispuesto la naturaleza, siempre seremos cada una parte de la otra. Siempre.

Aunque tengo ganas de verte, tal y como están las cosas ahora mismo no puedo acudir a ti. Pero te prometo que hago todo lo posible por encontrar un modo seguro de que nos reunamos. Hay muchas cosas que tu padre y tú debéis saber... y que, en su mayoría, no puedo detallar en esta carta.

Puede que ya seas consciente de ello, y, si no, pronto lo serás, pero el mundo no es lo que parece. No te dejes engañar por los que están cerca de ti, aunque parezcan estar de tu parte. Todo es una señal. Todo es un aviso. Confía en tus instintos. Y, sobre todo, por favor, por el amor de los dioses, mantente a salvo.

Te adjunto un legado familiar. Será tu amuleto, te protegerá ya que yo no puedo hacerlo. Ponte esta cadena y no la pierdas nunca de vista. Sin duda, siempre te ha pertenecido a ti, Mirabella.

Recuerda.

Más que las estrellas en el cielo.

Más que el aire en el mundo.

Más que la vida que vivo...

Así te quiero.

Todo lo que he hecho ha sido por ti y por tu padre.

Lo juro por mi vida.

Amor vincit omnia,

MAMÁ.

Ahí estaba, en la carta. «Siempre te ha pertenecido a ti». Siempre. ¿Sería posible que aquel chisme antiguo fuera de verdad una herencia familiar? La duda me consumía, pero a la vez sabía que me quedaba demasiado por averiguar. Sobre la familia de Rena, el lugar de donde venía. Nunca había tenido suficiente información, carecía de muchos detalles. Si el colgante era una herencia, ¿qué miembro de la familia había necesitado estar en posesión de algo tan poderoso? ¿Y de qué tenían que protegerse?

Me dolía la cabeza. Solté la carta y luego la estrujé en el puño. Lo veía todo rojo mientras trataba de entender lo que me estaba pasando. Había demasiadas preguntas, demasiadas coincidencias, y no tenía a Rena para ayudarme a comprenderlo todo.

Volví a tirarme en la cama y grité contra la almohada, y luego, de pronto, me detuve. Ahogué las lágrimas y el nudo que tenía en la garganta, eché mano del neceser, me recogí el pelo y fui a la ducha.

Más tarde, con un chándal cómodo, me tapé con una manta y me enrosqué en el sofá delante de la tele. Stevie y las chicas estaban de gira con una actuación, y Naomi se había ido a Chicago para visitar a la familia por primera vez desde que empezaron las clases. Sev también estaba fuera, en un partido de fútbol. Hacía un rato que me había mandado un mensaje con una foto en el autobús, con sus compañeros de equipo. Le dije que lo estaría animando desde lejos, pero en cuanto le di a enviar supe que iba a ser un fin de semana muy largo y solitario.

En algún momento, debí de quedarme dormida.

Cerca, un arroyo cantaba sobre las piedras resbaladizas, describía una curva suave por el recodo del bosque. Las gotas de rocío de la hierba centelleaban bajo la luz del sol. La brisa agitaba las hojas y, en un instante, allí estaba Rena.

Aquello me recordó un sueño que había tenido unas semanas antes. Solo que, en ese momento, pisó el suelo húmedo con los pies descalzos y me miró con una sonrisa traviesa en la cara.

Parpadeó, y tenía los ojos pintados de negro. Un paso, y otro más, vino hacia mí con los brazos abiertos. Retrocedí a trompicones. Un sonido como de chasquidos, semejante al que haría una serpiente de cascabel, le surgió de la garganta. Me encogí, me caí de espaldas, traté de alejarme.

—Vengo a por ti —siseó, y me arrastré como pude por la tierra para escapar tan deprisa como me fue posible—. ¿A dónde vas, mi querida Mirabella? ¿No me echabas de menos?

Conseguí darme la vuelta para ponerme de rodillas y levantarme, y corrí hasta que algo me agarró por el hombro y tiró de mí hacia

atrás.

Rena me cogió un mechón de pelo y me obligó a volverme, y sonrió para dejar a la vista dos colmillos puntiagudos. Grité y se echó a reír, y en ese momento unas versiones idénticas de ella salieron de la tierra. Había más que árboles en el bosque, y todas con colmillos afilados.

—Nunca te volveré a dejar —afirmó, y fue lo último que supe antes de que ella, y todas sus versiones me tiraran al suelo y se bebieran toda mi sangre.

Me desperté con un grito.

El descubrimiento de los licántropos no me había dejado tiempo para pensar en el resto de la leyenda. Porque, en las historias, los licántropos no eran los únicos seres inmortales.

También estaban los vampiros.



Capítulo 33

Juntos, le dimos vida a la inmortalidad.
Tu sangre, mi sangre, nuestra sangre.

Artículo VI, Cartas perdidas de Aadan Primero

Las cuatro paredes no me ofrecían ninguna seguridad. El dormitorio era como una cámara de resonancia en cuyas paredes reverberaba la pesadilla. Me puse a dar vueltas por la sala mientras sopesaba ese nuevo detalle. Vampiros. Chupasangres. Demonios del infierno. La verdadera razón por la que los licántropos se asentaron en Timber Plains. El libro los describía como los nosferatus, poseedores de una belleza irresistible y de una insaciable sed de sangre.

Me puse los zapatos y miré la hora. Poco más de las diez de la noche. Cogí mis cosas y me aventuré en la noche fresca y oscura.

Aparte de las risas de unos estudiantes cercanos, la universidad parecía algo ajeno y remoto. La inquietud se enroscaba en las ramas

desnudas y empujaba las hojas muertas hacia el suelo; en el aire flotaba un aroma a almizcle y cenizas. El viento arrastró un trozo de papel, que se enganchó en el borde de un banco de hierro. La ausencia de vida me empujó a mirar hacia atrás mientras me dirigía a la rosaleda, una pequeña zona en el límite de Hester Hall.

Me crucé de brazos para sentirme más segura. Sabiendo lo que sabía ahora, lo normal sería no estar a solas en una noche oscura. Pero quería probar algo.

Una ráfaga de aire me apartó la melena de los hombros.

—Julian —susurré, pero la brisa nocturna engulló el nombre—. ¿Julian? —repetí, y me sentí un poco tonta.

Se me ocurrió que tal vez, después de nuestra conversación, se había ido del campus. Era lógico pensar que Julian tuviese obligaciones más importantes que ser un estudiante universitario, y quizá también era un poco egoísta por mi parte creer que se quedaría rondando por allí solo por mí.

Gruñí y por un momento pensé en arrancarle un pétalo a una rosa, como forma de gestionar mi ira y aceptar que me iba a encerrar en el dormitorio, con las persianas bajadas y la televisión bien alta, para no sentirme tan abandonada.

Pero, en el camino de vuelta a Hester Hall, de pronto me quedé inmóvil. Bajo la pálida luz de la luna, y con una mueca burlona en los labios, se acercaba Julian Santos.

Al verlo me quedé sin aliento, incapaz de moverme del sitio donde estaba clavada. Había acudido. No me lo esperaba. Y, hasta cierto punto, no estaba segura de por qué quería que viniese. Sabía que, en parte, era la soledad, la incapacidad de guardarme para mí toda esa información nueva sin podérsela decir a nadie. En parte, también, por curiosidad. Era un hombre que podía convertirse en un lobo siempre que quisiera, y yo lo conocía. Podía hablar con él. Pero,

sobre todo, se trataba del simple hecho de que Julian y yo nunca habíamos tenido un trato cordial, y ahora que se había abierto esa puerta, sentía el tirón de su atracción; una sensación que me parecía repulsiva, hasta que lo tuve a unos pocos metros de distancia. Y entonces se desvaneció por completo.

Julian metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cortos de algodón y me dedicó una mirada hipnótica. Desvié la vista.

—¿Me llamabas? —preguntó con voz ronca. Mientras luchaba por recuperar la compostura, estudié con atención el logo universitario dibujado en el pecho de su camiseta de manga larga.

—No esperaba que vinieses —dije. No quería mirarlo a los ojos. Era una verdad a medias. Esperaba que viniese, que funcionase, pero no estaba segura.

Julian dio un paso hacia mí y pude oír la sonrisa en su voz.

—¿Seguro que no? —Sabía que le mentía—. No hace tanto tiempo, te molestaba mi presencia.

No es que no estuviese molesta, es que estaba menos molesta. Era un avance.

—Tú también —le recordé; no sonó tan ingenioso como me habría gustado.

—Supongo que las cosas cambian —dijo, y se acercó otro paso más—. Entonces, ¿somos amigos?

En ese momento levanté la vista y, grabada en sus facciones, estaba aquella mirada que me conmovía. Divina y pícara a la vez. Un amargo esplendor. ¿En qué me convertía cuando lo miraba? Y eso de ser amigos… Insistía otra vez en ello.

—No sé lo que significa —respondí, con toda sinceridad—. No tengo ni idea de lo que significa nada de lo que ocurre.

Julian pasó a mi lado, y al hacerlo nuestros brazos se rozaron. Se sentó en el banco de hormigón encarado hacia las rosas. Un poco

más lejos, la noche envolvía los árboles, y debajo de ellos, la vegetación silvestre se abría hacia el bosque.

Y, frente a todo eso, nosotros dos.

Observé a Julian, que contemplaba la noche, y quise decirle que me sentía sola, que todos mis amigos tenían otras cosas que hacer. Que tenía miedo. Que estaba confusa. Que todo mi mundo se estaba transformando, plegándose y adaptándose al folclore de la ciudad.

Pero no lo hice.

A Julian no le faltaba razón al preguntar si éramos amigos o no. No era que no pudiéramos serlo, pero en ningún momento me había transmitido la sensación de que le interesara que fuésemos amigos; al menos, hasta hacía muy poco. La historia que compartíamos era más bien sombría.

—Respóndeme con sinceridad, ¿de acuerdo? ¿Por qué quieres que seamos amigos?

Julian siguió mirando al frente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con cierta cautela. Me dio la impresión de que sabía a qué me refería, pero quería oírmelo decir en voz alta.

—Creo que ya lo sabes —dije, con las palmas sobre el banco—. Todavía me acuerdo de cómo me miraste cuando llegué al campus; como si el solo hecho de que estuviera viva te diese asco. Y luego todos aquellos avisos. Me dijiste que no debería estar aquí. Que no estaba a salvo. —Tragué saliva; no quería decir lo que venía a continuación, pero lo dije de todas formas—. Dijiste que me odiabas… Te referiste a mi «miserable existencia» —le recordé, y Julian bajó la mirada—. Y, de repente, es como darle a un interruptor, y aquí estamos. —Inspiré—. Necesito que me digas la verdad… Entre toda la gente que hay en el campus, ¿por qué no es

un sitio seguro para mí, en concreto? —Sabía que no era solo por los ataques de animales; había algo más, algo que también asustaba a Rena.

—Yo… —empezó Julian, y se detuvo para examinarme con aquella odiosa mirada que ponía a veces. Una mirada que, por desgracia, ya conocía bien. Se preguntaba si yo podría soportar la verdad. Me molestaba mucho que dudase de mí.

Apreté los dientes.

—Dilo, Julian. Cuéntame por qué este campus no es seguro para mí. Dime que hay un motivo para todas tus advertencias, para todo lo que me has hecho pasar. Me has pedido que te perdone, y ahora te pido que me des una razón para hacerlo. —Balbuceé las palabras casi sin pensar. En mi cabeza, le supliqué a Julian. Le rogué. Necesitaba saberlo.

Apartó la mirada.

—Es por tu sangre, Mira.

Mi cara reflejó la incomprensión.

—¿Qué? —exclamé, como si no lo hubiera oído. ¿A qué se refería?

—Tú, tu sangre, la sangre de tu familia… Tiene un aroma especial que provoca a la gente como yo. —Mi mundo, que ya era bastante complicado, dio una vuelta de campana y me pilló sin cinturón de seguridad.

—¿Un olor distinto del de los demás? —pregunté, y de pronto comprendí a qué se refería Julian cuando, durante la comida, dijo que yo olía de forma distinta. Pero no se me había ocurrido pensar que fuese algo perjudicial para mí—. Os provoca… ¿para cazarme? —quise saber, con el estómago revuelto.

Julian asintió una vez.

—Sí, Mira. Para cazarte. Por eso el campus no es seguro para ti.

En cualquier momento, alguien podría cazarte, matarte y colgarte como un trofeo. Eres una presa valiosa para la gente como yo.

Sentí náuseas, y un dolor inexplicable en los dedos, como un latido.

—Yo… Yo… Yo… —Intenté hablar, pero me callé. Me costaba encontrar las palabras—. Pero dijiste que este sitio, estos terrenos —me corregí— eran sagrados. Que las guerras aquí no estaban permitidas. —Jadeé.

—Las guerras entre lobos —explicó—. La caza no está prohibida.

—No lo entiendo. —El corazón me resonaba con tanta fuerza en los oídos que no logré detener las palabras antes de que se me escaparan de los labios. Me aferré con fuerza al borde áspero del banco de hormigón para no derrumbarme en el suelo. Me ardía la cara. Me iban a cazar. A matar. Como Bobby era sheriff, en toda mi vida yo no había tenido miedo a nada…

Tragué saliva. «Espera…».

Toqué el colgante. Un linaje más antiguo que los licántropos tenía que ser humano. Los humanos sin duda llegaron mucho antes, hasta que alguno de ellos sufrió una mutación que lo convirtió en un ser sobrenatural. Por tanto, mi familia, de la que no sabía nada, podría ser parte de algún antiguo linaje, codiciado por gente como Julian. Por eso necesitaban protección.

En cuanto a la procedencia de ese linaje… De la familia de Bobby no, porque si él hubiese sabido por un solo momento que asistir a la universidad me iba a poner en peligro, le habría costado muchísimo más dejarme marchar, por muy adulta que yo fuese. Y, sin embargo, había insistido en que viniera.

—¿Por qué ahora? —exigí saber. Me volví hacia Julian—. Tengo dieciocho años y siempre he vivido aquí. Jamás he sentido ninguna amenaza. ¿No lo sabría? ¿No habría visto alguna señal? —Nada más

decirlo, un torrente de respuestas me cayó encima. Los lobos que había en el patio el día en que Rena se marchó. Probablemente me buscaban. Las pistas de Bobby… Todo cobraba sentido. Rena no colaboraba con los licántropos, luchaba con ellos para protegerme. Si el problema era la sangre que compartíamos, tal vez tuviese la esperanza de alejarlos de mí. Quizá por eso no podía volver. Porque le seguirían la pista.

Sentía una presión que se acumulaba detrás de los ojos, y respiraba con dificultad. Tal vez por eso se marchó a toda prisa. Y por eso, en la carta, afirmaba que había asuntos importantes que Bobby y yo deberíamos conocer, y que no podía poner por escrito. Y por eso… Por eso me envío el colgante. «Un amuleto. Protección».

Me tragué las lágrimas para no echarme a llorar, y volví a hablar.

—Si mi sangre tiene ese aroma que tanto os atrae, ¿por qué no me has…? —La pregunta no quería salir. Me palpitaba el corazón—. ¿Por qué no me has hecho daño? —Recordé todas las veces que habíamos estado solos, las oportunidades que había tenido.

—Porque yo no quiero matarte —respondió Julian. Sus ojos contenían una promesa inquebrantable, como si su alma tratase de envolver a la mía.

Y, bajo el resplandor de las estrellas, lo creí, aunque no tuviese sentido. Había tratado de avisarme y, al no podérmelo decir sin rodeos, había buscado una forma de hacerlo. A su manera, me había protegido; pero ahora me aterrorizaba pensar en todos los monstruos que sí que querían verme muerta.

Y mis sueños. Los vampiros. La súbita revelación me hizo pedazos.

—Julian, me has dicho que las leyendas son reales. Y, si eso es cierto…, las historias que mencionan a los vampiros… ¿también son ciertas?

Tragó saliva con esfuerzo.

—Sí —reconoció, con una voz que pareció desvanecerse en el aire nocturno.

Hundí la cabeza entre las manos e inspiré hondo, con las aletas de la nariz dilatadas. No quería saber nada más. Era demasiado. Quería volver atrás, a antes de saberlo. Descubrir que Julian era un licántropo era una cosa, pero que existían los vampiros, y que yo era un trofeo de caza, era un asunto completamente distinto. ¿Cuánto tiempo me quedaba? ¿Cómo podía protegerme? ¿Cómo iba a escapar de algo tan espantoso?

—Mirabella —susurró Julian, pero no pude responderle. Los vampiros eran reales. Los licántropos eran reales. Los brujos…, brujos de verdad, poderosos, también eran reales. ¿Qué más había ahí fuera?—. Mira —repitió Julian, y me tocó el brazo.

Me incorporé y me ajusté el pelo detrás de las orejas.

—¿Los vampiros también me dan caza? —pregunté, con la punta del pulgar entre los dientes. Tenía que saberlo.

Julian apartó la mano de mi brazo, y lo supe.

—Es por mi sangre, ¿no es así? —continué. Me sacudía de un lado a otro, frenética, mientras trataba de trazar un plan…, cualquier plan. Estaba tan histérica que me daban ganas de echarme a reír. Por mucho que me gustase creer que podría enfrentarme con inmortales, no tenía ninguna posibilidad.

Julian sacudió la cabeza.

—No les atrae el olor de tu sangre del mismo modo que a los lobos. De eso estoy seguro.

—¿Los has visto por aquí? —pregunté, con una súplica en la voz.

—Sí, pero ya han sido eliminados.

Me atraganté. «¿Eliminados?». Los lobos y los vampiros eran enemigos; el libro decía que se los había visto pelear a unos con

otros. Pero los vampiros habían estado aquí, quizá a unos pocos metros de mí.

—Cuéntame.

—El día en que te caíste en el bosque, había uno siguiéndote. Lo maté antes de que pudiera hacerte daño. —Empecé a temblar de forma incontrolable. El excursionista de los ojos extraños… Jadeé. La mujer hermosa, el día del partido de fútbol americano…

Me llevé la mano al pecho, que había paralizado un terror visceral. Era increíble cómo me perseguía la muerte.

Julian miró por encima del hombro con gesto cauteloso; me pregunté si habría oído algo entre los árboles. Desde que nos sentamos el campus se había ido quedando vacío. Las aceras estaban húmedas por la condensación y una niebla tenue se deslizaba sobre las farolas y rozaba los tejados. La sospecha de que pudiese haber otros seres sobrenaturales en aquellos terrenos me hacía sentir enferma.

—Deberíamos ponernos a cubierto —murmuró. Sin hacer preguntas, me puse de pie y él hizo lo mismo.

—¿Podemos ir a tu dormitorio? —pregunté, con la mirada clavada en el resplandeciente edificio en el que se hallaba mi dormitorio, junto a un bosque oscuro y profundo. No tenía la menor intención de quedarme a solas.

Los ojos de Julian se iluminaron y se le dibujó en la cara una sonrisa traviesa. Una sonrisa muy pero que muy pícara.

Resoplé y le di un codazo.

—No es eso —protesté, y puse los ojos en blanco. Su sonrisa quebró la tensión y yo suspiré aliviada—. Mis amigas no están, y…

—Y no quieres estar sola. Lo entiendo.

—¿Seguro que no me lees la mente?

—Bells, no le des alas a mi ego.

Sonreí y pasé junto a él.

—Por favor —dije, mientras caminaba—. Estás mal de la cabeza.

—¿Tienes la menor idea de a dónde vas? —exclamó.

Seguí andando. No pensaba alejarme mucho, solo lo suficiente para que se diera prisa.

Me alcanzó en pocos segundos, con una risita.

—¿Amigos, entonces? —preguntó. Sentía el calor de su cuerpo que caminaba a mi lado. Miré de reojo la sonrisa inmaculada, la mandíbula perfecta, el cabello ondulante.

—Puede —dije. «Puede».



Capítulo 34

Con ella siempre fue sencillo, como respirar el aire.

Artículo III, Cartas perdidas de Aadan Primero

Solo era capaz de mantener la sonrisa unos segundos antes de que me temblaran los labios. Tenía un tic incesante en la mandíbula mientras subíamos en el ascensor al sexto piso de Bryton Hall, una de las residencias de estudiantes más modernas del campus. Vi por el rabillo del ojo que Julian no dejaba de observarme. No dijo nada cuando contuve un sollozo. Tampoco habría querido que lo dijera.

Salimos del ascensor y crucé el vestíbulo a toda prisa tras decirle que necesitaba un momento. Me metí en el cuarto de baño que había junto a la escalera. Las lágrimas me abrasaban los ojos y me empezaron a correr por la cara antes incluso de que me diera tiempo a echar el cerrojo de la puerta. El llanto me salió de lo más hondo. Se me cortó la respiración y traté de coger aire. Necesitaba librarme

de aquella tristeza.

No me podía creer lo patética y destrozada que había quedado mi vida. ¿Cómo había llegado a esto? En menos de veinticuatro horas, había descubierto que los vampiros y los licántropos existían de verdad. Que esos seres me querían dar caza. Que, por lo visto, la sangre de mi familia estaba maldita y que mi madre se había marchado para protegerme a mí, su única hija. Por fin había conseguido las respuestas que anhelaba, y no estaba preparada para ellas, para ninguna.

Las lágrimas no dejaron de correrme por la cara y me subí el cuello del jersey hasta la boca para sofocar los sollozos. No quería montar una escena todavía más llamativa, pero tampoco podía contenerme. ¿Cómo se podía vivir en un mundo así sin que el miedo te dominara, te aplastara?

Me quedé allí sentada unos minutos y, cuando por fin pude respirar sin llorar, fui hasta el lavabo y me froté la cara.

La imagen del espejo me mostró a una chica con la nariz y los ojos rojos. Tenía ojeras bajo los ojos castaño oscuro, como si dormir se hubiera convertido en un veneno. Parecía muy frágil, muy ajena a mí.

Eché agua al espejo para emborronar los detalles de su cara. Cuando reaparecieron, Julian estaba apoyado contra la pared, detrás de mí. En su mirada se reflejaba la ternura, y tenía el teléfono entre las manos. Se lo metió en el bolsillo cuando me acerqué más, como si supiera que, si el silencio se prolongaba demasiado, me preguntaría si estaba bien, y yo no tenía fuerzas para ese cliché, porque estaba cualquier cosa menos bien.

Pasé junto a él a toda prisa, con los brazos cruzados y el pelo suelto a la espalda.

—Parece que te gusta tener el control —dijo, al tiempo que me

seguía. Menuda noticia.

—Mucho —murmuré.

Julian me lanzó una réplica ingeniosa, pero no la oí.

—No sabes a dónde vas —dijo a continuación.

Se puso por delante y al final lo seguí yo a él por un largo pasillo antes de girar a la derecha. Nos detuvimos ante una puerta, me la abrió y metió la mano dentro para pulsar el interruptor de la luz.

En el interior, lo primero que me llamó la atención fue la ventana de doble hoja desde la que se veía toda la zona oeste del campus y el lago, con las aguas turbias ondulantes y la luna reflejada en ellas. Las vistas casi me arrancaron una exclamación.

Ante la ventana había una cama individual. A un lado vi un sofá con una tele y una consola conectada. A la derecha, una cocina pequeña, pero completa, con fregadero, armarios y nevera. Junto a la puerta había un cuarto de baño privado y, por todas partes, plantas de hoja verde.

Me fijé también en los mapas. Eran antiguos, algunos gastados por los bordes, pero todos con ornamentados marcos de madera y colgados por todas las paredes de la habitación.

Miré a mi alrededor con incredulidad.

—¿No la compartes?

Julian se apartó el pelo de la cara y encendió otra lámpara.

—No. Es individual.

Casi sin darme cuenta, me acerqué a la biblioteca y rocé los lomos de los libros con los dedos mientras leía los títulos. *Tras la bestia de Gévaudan; Frankenstein o el moderno Prometeo; El vampiro; El hombre lobo de París…*

—¿Cómo conseguiste un estudio para ti solo? ¿Esto es una residencia para estudiantes de primero?

Julian conectó el teléfono a un cargador que tenía junto al

microondas y llenó el hervidor de agua.

—Digamos que los seres paranormales tenemos ciertas ventajas persuasivas…

—¿Persuasivas? —Me detuve junto a una mesita auxiliar donde había una foto enmarcada.

En ella se veía a un Julian de pequeño, con las piernas regordetas y las mejillas redondas, que se reía en brazos de una mujer de piel olivácea y pelo castaño hasta la cintura.

Me concentré en el Julian adulto. Regó una planta que había junto al fregadero y sacó dos tazas antes de apoyarse en la encimera.

—No tengo el poder de leer la mente, pero sí puedo ser muy convincente…, con cualquiera menos contigo.

Lo miré con los ojos entrecerrados. Lo de ser convincente me sonaba más bien a manipular.

—¿Menos conmigo? ¿Así que lo has intentado? —pregunté, por dejarlo claro y también para averiguar cuándo lo había hecho.

¿Y desde cuándo tenían poderes especiales los licántropos?

—No estoy orgulloso de ello, pero sí. Y contigo hay una especie de bloqueo que me lo impide. Puede que se deba a la sangre diferente, pero no lo sé a ciencia cierta.

Cambié de postura, inquieta. ¿Cuántas veces había tratado de sugestionarme Julian para que me marchara de aquí? Infinitas, seguro. Tal vez aquella maldición viniera acompañada de alguna que otra ventaja.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó al cabo de unos momentos.

—Estoy tratando de decidir si me enfado contigo o no.

—Tienes derecho a enfadarte.

—No te quepa duda —repliqué con brusquedad—. Pero lo que

quiero saber es cuándo lo has intentado.

No disimuló la sonrisa que se le dibujó en los labios.

—La primera vez que nos vimos —respondió—. Quería que te marcharas, pero, en fin, aquí estás, en mi habitación. Así que no dio mucho resultado. —El hervidor empezó a silbar—. Y luego lo intenté de nuevo en el bosque, después del incidente. Aquella fue la última vez.

—¿Todos los lobos pueden hacer eso?

—Solo unos pocos elegidos. No es una característica habitual.

—En fin —suspiré—. Estoy celosa. No es justo, tú tienes poderes geniales.

Volví a pasear por la habitación y esta vez toqué las hojas de la sansevieria y la monstera. ¿Cómo tenía tiempo para cuidar de tantas plantas?

—Pues no lo estés. Tú también tienes tus habilidades.

Puse los ojos en blanco y me dejé caer sentada en el sofá.

—¿Como ser una presa estupenda? —mascullé.

Me arrepentí al momento. No quería pensar en la diana que tenía dibujada en la cabeza, y menos en aquel momento. Pero era inevitable: parecía un anuncio luminoso con flechas que apuntaban en dirección a mí.

Julian carraspeó para aclararse la garganta y me ofreció una taza de té. La acepté y puso la bebida en la mesa antes de inclinarse sobre la cama para abrir la ventana. El viento de otoño entró con su brisa fresca que olía a madera quemada, a hojas húmedas.

—¿Quieres ver una película o prefieres seguir hablando?

—La película —respondí, con la voz casi inaudible.

Estaba agotada de hablar, de pensar, de aceptar aquella realidad.

Julian me hizo sitio para que me sentara en la cama y, sin pensarlo, me quité las Vans, me subí y apoyé la espalda contra la

pared.

—¿Qué vamos a ver? —pregunté.

Me miró de una manera que me desgarró. Cargaba con una culpa que no le correspondía. Lo que estaba pasando no era culpa suya. Tal como me había dicho unos días antes, era más importante que los dos.

—Lo que quieras. Tengo acceso a todo.

Fruncí el ceño. ¿Cómo era posible?

—¿Alguna valiosa recomendación, ya que lo tienes todo? —dije al tiempo que bebía un sorbo de té.

Julian soltó una risita.

—¿Qué pasa?

—Vale, no son muy fieles a la realidad, pero algunas pelis de licántropos son muy divertidas. —Se mordisqueó un nudillo.

—¿Son divertidas o dan miedo? Porque hay mucha diferencia.

—Claro. —Se detuvo un momento—. ¿Es demasiado para ti? Aún lo estás procesando, podemos ver…

—No, no pasa nada —dije, decidida a no dejarme asustar por la existencia de seres inmortales.

Si me perseguían, no quería ir por ahí a ciegas, aterrorizada. Tal vez aquellas películas me proporcionaran alguna pista, aunque, como decía Julian, no fueran del todo fieles a la realidad. Mejor eso que quedarme a oscuras.

—¿Segura?

—Segurísima.

Julian arqueó las cejas.

—Vale.

Sacó el teléfono, tecleó en la pantalla y me lo tendió. En la barra del navegador había buscado «películas de licántropos», y me señaló algunas de sus favoritas mientras mirábamos los resultados.

Al final optamos por *Van Helsing*, de principios de los años dos mil, sobre un cazador apellidado Van Helsing que tenía la misión imposible de viajar a Transilvania para matar a Drácula y a sus consortes, y al mismo tiempo proteger a los últimos miembros de una antigua estirpe rumana. Y no, no me pasó desapercibido lo mucho que la trama tenía en común con mi vida.

Julian hizo palomitas y, a medida que avanzaba la película, nos movimos hacia el centro de la cama. Era desde donde se veía mejor, sin necesidad de estirar el cuello. Y, entre escena y escena, me fijé en que Julian me miraba por el rabillo del ojo. No lo hacía de forma constante, ni molesta. Era como si me observara para calcular mi reacción a una película que él debía de haber visto cien veces.

Cuando al final le devolví la mirada, me sonrió, y yo sonreí también. Me pasó una almohada y apoyé la cabeza mientras los colores e imágenes se sucedían en la pantalla. La almohada olía a puesta de sol, a mandarina, con un toque a tierra y a roble quemado. Y yo no me estaba quedando dormida, no, de verdad, pero de alguna manera se me sosegó la respiración, adquirió un ritmo más tranquilo.

Cuando miré a Julian, seguía sentado, erguido, pero con la cabeza apoyada contra la pared y la boca entreabierta, y el pelo que le caía ondulado sobre la cara. Se había dejado vencer por el sueño, pero era comprensible. Llevábamos una hora de película y aún no había llegado el momento cumbre.

Y yo no me estaba quedando dormida, de verdad. Pero el aire de la medianoche que entraba por la ventana y el sonido suave de la respiración de Julian a mi lado me envolvieron en serenidad, como un manto protector. Lo que tanto había necesitado.

Me dejé llevar por la calma, hipnotizada por la música y los sonidos de la película, hasta que cerré los ojos y los pensamientos

me llevaron a otra dimensión.



Capítulo 35

Ay, pequeño lobo. Creciste demasiado deprisa; nos pasó lo mismo a los dos.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

En el sueño profundo me llegó el recuerdo.

Rena me acunaba en sus brazos, se balanceaba con suavidad. La mecedora crujía, un sonido tranquilizador, mientras los colores deslumbrantes se me deslizaban sobre los párpados. Cerca de nosotras, Bobby veía la televisión con el volumen bajo.

Los tres nos encontrábamos en la sala de estar. Hacía ya unas semanas que no dormía bien. No sabía bien por qué, pero cada vez que me despertaba sentía como si alguien me vigilase: unos dedos huesudos como ramas afiladas, una respiración entrecortada como la de una bestia feroz.

Yo tenía cinco años y estaba tapada con la manta que Rena

había tejido con retales hacía mucho tiempo. La lluvia caía en el exterior, los truenos retumbaban contra la chimenea.

El pecho de Rena vibraba al cantar. Era una antigua nana bantú en zulú. Un día me había contado que los padres se la cantaban a los niños para espantar a los monstruos mientras dormían.

Abiyoyo, Abiyoyo,
Abiyoyo, Abiyoyo,
Abiyoyo, yoyoyo, yoyoyo,
Abiyoyo, yoyoyo, yoyoyo.

Siguió cantando hasta que se me relajaron los músculos, los dedos de las manos, los de los pies. Al final, me dijo:

—Siempre voy a velar por ti.



Capítulo 36

Vivimos así durante siglos. La paz era casi abrumadora.

Artículo IV, Cartas perdidas de Aadan Primero

Antes de abrir los ojos, percibí el ascenso y el descenso. Era como ir a la deriva por un mar de cristal, con olas que me arrastraran poco a poco con la corriente. La sensación era incesante.

Un parpadeo y los ojos se me llenaron de luz del día. Se oyó más abajo, a lo lejos, la risa de alguien el Campus Central. El sonido se había colado por la ventana entornada. Sentí junto a mí una calidez, el olor a eucalipto quemado, el peso de un brazo sobre la cintura que me envolvía como un capullo protector.

Yo tenía una mano sobre su pecho, con los dedos entre los pliegues de la camisa que llevaba puesta la noche anterior. Mi cabeza reposaba bajo su hombro, en la curva, como si nos hubieran tallado juntos.

A la luz de la mañana, tenía el pelo rizado sobre la almohada y, en aquel momento, parecía más humano que nunca. Era una inocencia que me conmovió, que me pellizcó en el ombligo. Qué extraño resultaba pensar que Julian y yo nos movíamos y respirábamos en el mismo mundo. La sola idea parecía imposible.

Al verlo así me dieron ganas de quedarme, de agarrarme a él, de envolverme con él. Me hizo desear esperar hasta que el sol se pusiera y volviera a salir una y otra vez. Encontraríamos la manera, una alteración en el éter. Qué decepción se llevaría el éter si lo supiera.

¿Cómo habíamos pasado de enemigos a aquello? Estábamos entrelazados como un manojo de hierbas, sin que se supiera dónde empezaba uno y terminaba el otro. Solo llevaba una noche viviendo en aquella nueva realidad y nunca había sentido tanta paz.

Me di el lujo de mirarlo una vez más antes de desenlazarme de él con todo cuidado. Recogí mis cosas, que habían acabado dispersas por allí, y me puse los zapatos, y me incliné sobre él.

—Gracias —le dije en un susurro.

Perdido entre el sueño y el presente, Julian me cogió la mano. Fue solo un segundo, un apretón delicado, antes de soltarme. Luego, se giró de bruces y volvió a sumergirse en el sueño. Solo entonces me di cuenta de que no me había enterado de cómo terminaba la película.

Al llegar al camino del edificio, saqué el teléfono para llamar a Bobby. Acordamos reunirnos en una cafetería de Strawberry Hill y, cuando me preguntó si quería que fuera a buscarme, decliné la invitación y le dije que me las arreglaría sola.

Me vestí y pedí un taxi, y metí la carta de Rena en el bolso.

La cafetería estaba hasta los topes, lo normal un sábado antes de mediodía. Bobby estaba sentado ante una mesa, hacia el fondo,

con una taza de café humeante (sin leche, sin azúcar) delante de él. Tenía en las manos un ejemplar del periódico local, el *Kansas City Star.* Que yo supiera, era el único que lo leía.

Pedí en la barra un café con hielo y, cuando me lo sirvieron, me senté frente a él y carraspeé para aclararme la garganta.

Bobby dobló el periódico y nos miramos, y se le iluminó la cara con una sonrisa cansada. Tenía arrugas en las comisuras de los ojos y en la frente. Dio una palmadita en la mesa, se levantó y extendió los brazos.

—Ven aquí, bicho.

Lo abracé y me tuve que aguantar, tuve que apretar los dientes para que no se me cayeran las lágrimas. Bobby y yo nunca habíamos discutido, o no como hacía un par de semanas. Nunca hubo una discusión grave que nos marcara. Cuando vivíamos juntos, me colmaba la paciencia a menudo, pero era en plan «Te lo digo porque te quiero».

Bobby no me abandonaría jamás. Nunca me ocultaría nada, ni permitiría que pagara las consecuencias de mis actos por ignorancia, y por eso tenía que saber si era consciente de las mismas cosas que yo había descubierto. ¿Conocía los problemas del árbol genealógico de Rena? Porque, si era así, si me había ocultado todo eso, acabaría conmigo.

Antes de soltarme, me dio un beso en la frente. Volvió a sentarse y vi que le temblaban los labios, que tenía los ojos húmedos. Bobby era un sentimental, y eso no lo cambiaría por nada del mundo. Rena, por el contrario, había sido más reservada. No carente de bondad, no despiadada, pero distante en ocasiones. A veces me costaba entenderlo, tenía más enigmas que respuestas, más preguntas que soluciones.

Bobby y yo respiramos hondo y bebimos de nuestras respectivas

tazas. Fue el primero en hablar.

—Quiero pedirte perdón por lo del otro día, por haber perdido los nervios. Por dejar que el caso me absorbiera de aquella manera. —Apretó los labios y carraspeó nada más decirlo—. Me imagino que te asustaste al verme así, y por eso también te quiero pedir perdón. Tenía que estar seguro acerca de… todo lo relativo a tu madre, antes de darte la información.

—Yo también lo siento —asentí, y solo pude pensar en lo mucho que lo había extrañado, en lo mucho que añoraba nuestra antigua vida. No lo sabía entonces, pero era tan sencilla, tan directa… Si pudiera volver atrás y recuperar aquello, antes de saber sobre mi sentencia de muerte, antes de conocer la existencia de vampiros y licántropos, no me importaría que se pusiera pesado conmigo—. Me pasé de la raya —dije.

En ese momento, me sobresalté al ver la primera plana del periódico. Había habido otro ataque. Bobby se dio cuenta de lo que estaba mirando.

—Sí. Una verdadera desgracia.

Tragué saliva, ahora que sabía la verdad. Los licántropos eran los responsables, y la conciencia de que aquello no iba a cesar hacía que me doliera hasta el alma. Saqué el sobre del bolso y lo puse sobre la mesa. No iba a esperar a un momento mejor.

Bobby abrió mucho los ojos. Me miró antes de cogerlo, y su mirada me dijo que no había tenido noticias de Rena desde el día en que se marchó. Se me rompió el corazón.

Lo abrió, sacó la carta y vi cómo recorría las líneas con los ojos. La leyó dos veces, tres. Luego, se quedó mirando el papel con la mirada perdida. Se había quedado sin palabras.

—¿Qué te parece?

Bobby negó con la cabeza. Parecía como si quisiera dejar la

carta, pero a la vez fuera incapaz.

—Estoy atónito. Por lo que dice, ha estado escondida porque quiere protegernos de algo. O porque quiere protegerte a ti, para ser precisos. —Me miró a la cara, y luego me miró el colgante—. Nunca se puso ese collar. Lo guardaba en una caja. No sé por qué. Nunca se lo pregunté, pero ahora entiendo que lo reservaba para ti, que ha puesto en peligro su secreto con tal de hacértelo llegar. —Se quedó en silencio un instante—. Pero debió haber imaginado que querríamos hacer muchas preguntas.

Apreté el ópalo entre los dedos.

—¿Sabes algo de su familia? ¿Podría estar con ellos?

Resopló, se recostó contra el respaldo y dejó la carta y el sobre en la mesa.

—Eso mismo me pregunté. Siempre me dijo que había perdido el contacto con ellos, pero que sus hermanos eran mucho mayores y siempre habían vivido al margen de ella. Me cuesta creer que la acogieran cuando era prácticamente una desconocida. Intenté localizarlos, los busqué en las bases de datos, pero tu madre debió de darme mal los nombres, o tal vez ni siquiera existen. Rena guardaba muchos secretos.

¿Qué más había ocultado, si nunca le habló a Bobby de su familia?

—¿Mencionó alguna vez algo sobre la… realeza? —pregunté, porque no sabía cómo decirle que, debido a su estirpe, los licántropos y los vampiros me perseguían ahora a mí.

Bobby arqueó las cejas.

—¿La realeza? —repitió. Se le escapó la risa, pero algo cambió en él. Se acomodó en el asiento y miró hacia otro lado—. Pues… No lo sé. —Volvió a cambiar de postura, como si se le hubiera encendido una luz—. Es posible. Rena procedía de una familia rica.

Por eso siempre tuvimos cuentas separadas en el banco. Ella pagó la boda, la casa, los coches. Me siento idiota al decirlo en voz alta, pero nunca me lo cuestioné. Hasta que desapareció, nunca tuve motivo. —Se rascó la barba incipiente—. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, porque este ópalo… parece muy caro. Sagrado. —Era la manera más fácil de describirlo, porque no era solo sagrado. Era mágico. Y me preguntaba si él también se daba cuenta—. Dice que el mundo no es lo que parece —añadí. Bobby asintió y miró de nuevo la carta como si quisiera memorizar cada palabra—. ¿Qué crees que significa eso?

Se mordisqueó un nudillo. El temblor en los labios era evidente.

—No sabría decirte. Pero es preocupante, sin duda. —Irguió la espalda—. No sé, bicho, esta carta… ¿Te plantearías volver a casa mientras averiguamos qué ocurre? Es mucho para digerirlo de una vez, y hasta que no sepamos que no es una simple paranoia… —Hizo una pausa—. Solo quiero saber que estás a salvo.

Tragué saliva y di golpecitos con el pie contra el suelo por debajo de la mesa. Bobby tenía todo el derecho del mundo a querer que volviera a casa. Tal vez con él estaría más a salvo. Pero ¿y si los lobos y los vampiros me seguían? ¿Y si le pasaba algo por mi culpa? No podía volver y ponerlo en peligro.

—Papá… —susurré—. Te agradezco que quieras cuidar de mí, que quieras averiguar qué está pasando, pero en la universidad estoy a salvo —mentí—. Hay guardias de seguridad. Tengo a mis amigos y, si pasa algo, lo que sea, siempre te puedo llamar —dije para tratar de tranquilizarlo—. Sé que llegarías antes que nadie.

Y, aunque no pudiera, lo intentaría con todas sus fuerzas.

Mi padre apretó los labios, pero asintió.

—Tienes razón. Pero prométeme que me llamarás —añadió tras convencerse a sí mismo—. Tenme al tanto de todo.

—Claro. Claro. —Bebí otro sorbo de café, cogí el periódico y señalé el titular—. Papá, esto… ¿Qué opinas de los licántropos?

Se rascó la barbilla y frunció el ceño.

—¿Licántropos?

Me pareció raro que repitiera la palabra. Miró a derecha e izquierda casi con inquietud. Pero nadie en la cafetería nos estaba prestando atención. A eso contribuía el que no llevara el uniforme, pero debido a su cargo no me extrañaría que lo reconocieran aun sin él.

—Sí…

Traté de interpretar lo que no me decía. Allí pasaba algo raro. Estaba nervioso, y eso no era propio de él.

—¿Qué quieres saber, bicho? —Había bajado la voz—. Pues no sé, son cosas de la televisión, los libros, las leyendas de la ciudad.

—Eso último —señalé—. Las leyendas de la ciudad. ¿Qué opinas de eso?

Dejó escapar una risita que daba a entender que no sabía a dónde quería ir a parar con eso.

—Solo son habladurías, cuentos de viejas. Ya sabes, las cosas que les dicen a los niños para que estén en casa antes de medianoche. Mis padres me los contaban siempre, igual que sus padres hicieron con ellos. En cierto modo, hace que la ciudad parezca más pequeña de lo que es. Pero solo se trata de una leyenda que nos contamos. Cosas para los niños, los chicos jóvenes.

—¿Alguna vez pensaste que esas historias podían ser reales?

—Hablas como cuando eras pequeña. —Bebió un sorbo de café —. Dios, qué obsesión tenías con aquellos cuentos. —Respiró hondo —. Pero solo son eso. Cuentos.

Seguí dando golpecitos con el pie contra el suelo, cada vez más deprisa.

—Vale. De acuerdo. Dime una cosa, ¿qué crees que está atacando a la gente en el bosque? —Vi que vacilaba, vi una grieta en la máscara. Bobby estaba tratando de pensar lo que iba a decir—. La verdad —insistí—. No es un oso, papá. No son pumas, ni coyotes.

El asombro se le reflejó en la cara, lo vi hasta en sus manos cuando agarró la taza. Me miró lleno de dudas, tal vez calculando qué sabía yo. Qué había visto.

—No es… —Empezó. Clavó la vista en la mesa, sombrío—. Yo no lo he visto en persona, pero ese animal… tiene algo de insólito. No sé de qué se trata, pero yo también tengo miedo.



Capítulo 37

Escucha lo que te dice la intuición. Es la chispa que enciende la llama.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

A Bobby le daba vergüenza decirlo en voz alta. Porque no lo entendía. Porque todavía estaba tratando de desentrañar la verdad de Timber Plains. Y no lo podía culpar por eso. Si Julian no me hubiera demostrado cómo era la transformación, habría seguido pensando que era una historia más del folclore.

Cuando volví a la Universidad de Lakeland, el cielo era una mezcla perfecta de amarillo y rosa.

El sol asomaba entre las nubes y proyectaba una luz dorada sobre el Campus Central. Yo no sabía muy bien qué hacer, a dónde ir. Me senté en el porche delantero de Hester para balancearme en una mecedora.

Antes de que pasara todo aquello habría salido a correr, o a hacer una ruta. Habría puesto una hamaca entre los árboles para leer un libro. Siempre pensé que lo peor que me había pasado era la partida de Rena, pero ahora comprendía que eso era solo el comienzo de lo que iba a ser un desagarro incesante y eterno en mi corazón.

Me habría gustado contárselo todo a Bobby, pero el secreto no era mío, no tenía derecho a revelarlo. Pese a todo, la idea de que Rena procediera de una estirpe antigua era veraz. Con la información que le había dado, tal vez podría localizarla, o al menos averiguar algún dato que nos faltaba.

La silla crujía al moverse. En el silencio, la soledad me invadió, y las posibilidades de lo que sucedería cuando se pusiera el sol me atenazaron con tanta fuerza por la garganta que me costó respirar.

«Julian», pensé.

Minutos más tarde, tras colarme en Bryton, subí en el ascensor hasta el sexto piso, crucé el vestíbulo y fui hasta el final del pasillo hasta llegar a la puerta de madera que nos separaba.

Un cosquilleo se me subió a las mejillas y me quedé allí, azorada. Debió de ser demasiado tiempo, porque oí que se descorría el cerrojo y el picaporte giró. La puerta se abrió y Julian apareció al otro lado para mirarme con una sonrisa en la cara.

—¿Me echabas de menos? —dijo.

La respuesta era que sí, pero no se lo pensaba decir. Era la única persona conocida que me quedaba en el campus aquel fin de semana, y no quería estar sola. De modo que entré sin esperar a que me invitara, pasé de largo junto a él y me dejé caer sentada en el sofá.

Julian se mordió el labio inferior mientras cerraba la puerta. Me miró con diversión, como tratando de averiguar qué sería lo

siguiente que haría.

—¿Cómo va esto? —le pregunté; me intrigaba su capacidad auditiva, hasta dónde llegaba—. Lo del oído. ¿Oyes todas las voces, todo el tiempo? ¿No te molesta?

Julian paseó la vista por la habitación con cierta timidez.

—¿Me has llamado?

—No, es una duda que tengo. Anoche solo tuve que decir tu nombre y me oíste. ¿Eso quiere decir que esperabas a que te llamara? ¿Siempre me estás escuchando? ¿Debería empezar a preocuparme?

—Caray. —Julian se apoyó en la encimera de la cocina como si estuviera abrumado—. ¿Qué tengo que decir? ¿Que un gran poder conlleva una gran responsabilidad?

—Pues no eres Spiderman.

Julian apartó la vista para sonreír al tiempo que miraba por la ventana. Al cabo de unos momentos se volvió de nuevo hacia mí.

—No te estaba espiando, Mira. Prestaba atención a mi nombre. —Recordé lo bajo que lo había dicho—. Y lo de todas las voces… no es tan caótico como parece. Al principio es como tener sintonizadas todas las emisoras de radio a la vez, pero con el tiempo aprendes a bajar el volumen. Las voces son como un murmullo de fondo. Puedo elegir lo que quiero escuchar.

—Oído selectivo.

—Oído selectivo —asintió.

Suspiré, tranquilizada por la respuesta.

—Bueno, ¿qué hay para cenar?

Se le escapó la risa.

—¿Para cenar? —repitió, pensando que lo decía en broma. Pero luego su expresión cambió—. Ah, que va en serio. —Asentí. Julian me miró, desconcertado. Llevaba unos vaqueros azules gastados y

una camisa de franela arremangada hasta los codos que le dejaba entrever el pecho—. ¿Qué tal hamburguesas con patatas fritas?

Me levanté y, sin detenerme, fui hacia la puerta. Julian puso los ojos en blanco y luego me siguió.



Su coche era un jeep negro con asientos de cuero muy gastados. Olía a vainilla y a cachemira. Tenía colgado del retrovisor un adorno en forma de lobo que me miró en el momento en que me senté. Lo rocé con los dedos, pensando lo raro que debía de ser para Julian vivir en un mundo donde nadie sabía lo que era en realidad.

Y me planteé si me leía el pensamiento, porque nada más ponerme el cinturón de seguridad me lanzó una mirada solemne, pero no me dijo lo que estaba pensando.

Llevábamos las ventanillas bajadas al salir de Lakeland, y el pelo se me agitó en todas direcciones. Julian se echó a reír.

—No tiene gracia —protesté al tiempo que me apartaba los mechones de los ojos y la boca.

—Sí que la tiene —bromeó; me dio su teléfono—. Tú eliges la música.

—¿Seguro que quieres escuchar lo que me gusta? —Pasé varias pantallas buscando la canción más angustiosa que tuviera—. Me vas a ver con otros ojos.

—Lo dudo muchísimo —dijo con una sonrisa, sin apartar los ojos de la carretera—. Somos amigos, ¿no?

Se había tomado muy en serio lo de ser amigos, cosa que me parecía un tanto peculiar. Yo debía de ser su última opción en lo tocante a amistades. Pero, cuantas más vueltas le daba, más me reconciliaba con la idea. Sabíamos muchas cosas el uno del otro,

cosas que no nos atreveríamos a contarle a nadie más. Y los secretos cimentan la amistad. Así que lo nuestro debía de ser eso, amistad.

Apreté los labios.

—Sí —dije.

Cuando dejé libre esa verdad ante el mundo, Julian me miró con unos ojos llenos de luz de sol. Habría querido atesorar aquel recuerdo para siempre. Era una imagen que recordaría de manera obsesiva hasta que se me quedara grabada en los huesos.

Puse la música y nos envolvió el sonido de una guitarra eléctrica, unos bajos intensos. Julian se puso las gafas de sol y yo canté a gritos desafinando la canción al tiempo que agitaba las manos. Le dejé que bajara las ventanillas pese a que me iba a hacer polvo el peinado, y él me dejó cantar el disco entero.

Un auténtico intercambio.

Compramos la comida en una hamburguesería y a Julian se le ocurrió una idea, y en un abrir y cerrar de ojos estábamos sentados en el parque, sobre el capó del coche. Desde allí se veía el paisaje otoñal de la universidad, todo tonos verdes, anaranjados y amarillos, con personas diminutas que recorrían los caminos.

Ya me había comido la última patata frita y estaba alargando la mano con discreción hacia las de Julian cuando me la miró con los ojos entrecerrados. Esa mirada me recordó que me había dicho que siempre tenía hambre y pocas cosas lo saciaban.

—Cógelas si quieres —me dijo, pero yo ya había apartado la mano—. Venga. —Me ofreció el paquete—. Que te mueres de ganas. —Resoplé y cogí unas cuantas patatas, y Julian se echó a reír—. Aún hay muchas cosas que no sé de ti, Mira. Por ejemplo, que eres una ladrona de patatas fritas.

Me encogí de hombros.

—Es el precio que se paga por ser amigo mío.

Sonrió e hizo una reverencia, todavía con el paquete en la mano.

—A tus pies, señora.

—Así me gusta, que estés en tu sitio. —Estiré el cuello y levanté la barbilla toda digna mientras le robaba dos patatas más. Alcé una espada imaginaria con la mano y se la puse en el hombro derecho, luego en el izquierdo, para armarlo caballero—. Ya está —proclamé, y le di una patata frita. Julian alzó la cabeza y puso una mueca, pero la aceptó de todos modos. Nos echamos a reír y me limpié las manos—. Aún hay muchas cosas que no sé de ti… aparte del hecho evidente de que eres un licántropo.

Sonrió de medio lado.

—Ah. Ese detallito sin importancia.

—Ese detalle fundamental —lo corregí.

—¿Otra vez estás cambiando de tema?

—Puede.

—¿Qué estudias? —me preguntó.

Arrugué la nariz.

—Esas son las típicas preguntas que llevan a un callejón sin salida.

—En tu opinión, ayer no éramos amigos, y hoy las preguntas genéricas son demasiado superficiales, ¿no? —Julian se terminó las patatas fritas y bebió un trago—. No resulta confuso, para nada.

—No es mi misión que las cosas tengan sentido para ti.

—Ni para nadie. —Se echó a reír y le pegué un codazo en las costillas. Cuando se calmó, se apoyó con las palmas en el capó del coche—. Venga, aquí va una pregunta: ¿cuál es tu secreto más íntimo y oscuro?

—Julian. —Hice una mueca—. Dios, tampoco quería decir que te lanzaras de cabeza del trampolín.

Eran cosas que Stevie y yo ni siquiera habíamos comentado todavía. Había pensado que me preguntaría por mis sueños y esperanzas, no por las cosas que me hacían sentir vacía, acosada.

—¿Qué pasa, tienes miedo de compartirlo con un lobito bueno como yo? —bromeó.

Puse los ojos en blanco. Pues sí, era verdad, me daba miedo compartirlo con él. Me daba miedo cómo me vería después. Pero, cuando miré al cielo, el sol se había ido hacia el oeste, tras nosotros, y fija en su lugar estaba la luna.

La luna.

Siempre era solo una fase de sí misma, en cambio constante hasta que se completaba. Incluso entonces, las sombras más oscuras creaban la ilusión de que era pequeña. Resultaba extraño pensar que siempre estaba completa.

Así que, aunque compartiera el secreto más íntimo y oscuro, sabía que era solo un cuarto de mí. Decirlo en voz alta no me dejaría marcada. Y si Julian podía revelar una parte de él que debía haber ocultado para siempre, yo podía descubirle una parte que ocultaba por elección.

Mi silencio lo hizo titubear.

—Mira, no… no hace falta que digas nada si no te apetece. Perdona que te haya presionado. Es que quiero conocerte, nada más.

—No, tranquilo, no pasa nada —le prometí—. Quiero contártelo. —Me miré los dedos, nerviosa, y traté de hilvanar las palabras para que me salieran como quería. Se me atragantaron, reacias, testarudas. Tragué saliva y lo miré—. Nunca le he dicho esto a nadie, nunca lo he dicho en voz alta, pero tengo miedo de… de no merecerme que me quieran. De ser odiosa —conseguí decir, con la esperanza de que la velocidad a la que me salieran las palabras

ocultara todo su significado. Pero me sentí como si se me rompiera algo en el pecho, como si se me encorvara la espalda con el peso de la verdad.

Bajé la vista, arrepentida. Habría querido dar marcha atrás y borrar las palabras del aire. Miré las manos de Julian. Uñas cortas, limpias. Piel morena. Se las puso sobre el regazo y entrelazó los dedos. El sentimiento que se reflejaba en sus ojos trataba de atraerme hacia él. Quería que lo mirase, que le viera la cara al hablar.

—Mira —empezó, y me rozó la mejilla con el pulgar. Me acarició la barbilla con los dedos para que alzara la vista. Respiró hondo—. No me imagino un universo en el que pudieras ser odiosa.

Bajó la mano para cubrir la mía. Su peso me recordó que estaba allí, que decía algo muy diferente de lo que yo estaba pensando.

Por fin, lo miré. Sus ojos amables se clavaron en lo más hondo de mí, en mi alma.

—Pues no fue eso lo que me dijiste —le recordé.

No había sido mi intención sacar el tema, pero lo que me dijo aquel día en clase me había lanzado por una espiral interminable, y en su momento lo creí, tal vez antes de conocerlo. «Tu miserable existencia…».

Se acercó más a mí, tanto que no pude ver nada que no fuera él.

—No te conocía como te conozco ahora. —Tragó saliva y me estudió la cara—. Siento mucho lo que te dije aquel día. Fue una tontería, no tenía sentido. No me había imaginado que te afectaría tanto, y lo siento.

La brisa me agitó el pelo y me lo aparté de la cara.

—Es que es eso, Julian. Casi no me conoces. No siempre soy amable e ingeniosa. A veces soy distante, cruel y egoísta. A veces quiero destruir todo lo que se me pone por delante y huir de las

consecuencias. —Me miré las cicatrices viejas de las manos, recuerdo de los espejos que había roto, de los incontables objetos que había destruido. Lo que no me había dejado marcas externas eran los gritos que le había pegado a Bobby, la manera en que me había distanciado de mis amigos, lo arisca que había sido con todos cuando Rena se marchó—. A veces puedo ser aborrecible —terminé.

No se fue de mi lado y, cuando la brisa sopló de nuevo, fue él quien me apartó el pelo de la cara y me lo remetió detrás de la oreja.

—¿Y crees que esas cualidades determinan la capacidad de los demás para quererte? —Frunció el ceño—. Todos somos el malo de la película en alguna ocasión. Es un sentimiento espantoso, pero no quiere decir que no merezcas que te amen.

Aparté la vista y apreté los labios, mi boca se transformó en una línea fina. Julian no sabía lo bruscamente que había desaparecido Rena. No era consciente de que en un momento dado lo era todo, y al siguiente nada. Apreté los puños al recordarlo. Habría querido desgarrar el universo con las uñas, hacer pedazos las galaxias. «Porque, aunque se marchara para protegerme…».

—Dilo en voz alta —me susurró, consciente de los pensamientos que me daban vueltas en la cabeza, y de que no los iba a formular en voz alta porque pensaba que no valía la pena, pero…

—Si me mereciera algún amor, no le habría sido tan fácil marcharse —dije, aunque las palabras se me trabaron.

Tenía un nudo de fuego en la garganta y la vista borrosa.

—O tal vez te amara tanto que tuvo que marcharse.

Me sequé la cara.

—Tal vez —murmuré.

Me resultaba difícil comprender la decisión de Rena de marcharse. Incluso después de saber todo lo que sabía ahora,

resultaba difícil de digerir. Si de verdad me quería a mí, si quería a Bobby, ¿cómo pudo desaparecer en un abrir y cerrar de ojos, sabedora de que eso nos destruiría? No había estado bien. Yo no había estado bien. La necesitaba en el día a día y, tras años de vacío desolador, solo me había enviado una carta sin remitente y un colgante que me hacía más mal que bien. Nos había dejado desprotegidos, a oscuras, ajenos a la existencia de vampiros y licántropos. Lo que había hecho… era imperdonable.

—Gracias, Julian —dije al final—. Gracias por escucharme, por responder como has respondido. No estabas obligado.

—Pero quería hacerlo —respondió con voz sosegada.

Los dos nos quedamos en silencio un rato. Al final, se apartó un poco de mí.

—Bueno —dije, satisfecha por no tener que seguir hablando de mí misma—, ahora sí que tienes que contarme tú un secreto.

Se apoyó sobre las palmas de las manos.

—Es fácil, porque ya conoces el más grande.

—Sé lo que eres, pero no sé quién eres —apunté.

La luz era cada vez más escasa; la brisa que pasó entre nosotros nos erizó el vello de los brazos.

—Creo que puedo ser un monstruo —susurró Julian.

Lo dijo con total sinceridad, sin rastro de vacilación. Me preocupó.

—¿Por lo que eres? —pregunté.

Me fijé en que la mirada se le había endurecido, con los ojos perdidos en la distancia.

—Por lo que soy. Por lo que puedo hacer. He visto cómo la bestia interior se apoderaba de personas a las que amaba. Su poder, sus exigencias, son implacables. Y hay una lucha constante entre lo que quiero ser y lo que estoy destinado a ser.

—¿Destinado?

—Por mi madre, estoy destinado a ser un alfa, a ocupar un trono que nunca pedí.

«Las madres y sus estirpes —pensé—. Es una tragedia».

—Entiendo que eso te cause un conflicto interno —dije. De pronto comprendí que Julian y yo éramos dos caras de la misma moneda—. Pero, si te sirve de algo, yo no creo que seas un monstruo. He visto cómo te convertías en lo que se supone que es un monstruo. También te he visto comportarte como un imbécil. Pero… te he visto ser amable, y leal. Y me salvaste la vida, cosa que nunca podré pagarte. Ahora estás siendo sincero y abierto conmigo. Un monstruo no sería capaz de eso.

Vi cómo le cambiaba la expresión. No habría sabido decir si me creía. Algo temible se le había materializado en los ojos, había algo que no me estaba contando, pero en lugar de seguir hablando se volvió hacia mí y se bajó del capó del coche.

—Está oscureciendo. Tenemos que volver —dijo al tiempo que me tendía una mano para ayudarme a bajar.

Se la cogí, pero no me moví.

—Una cosa más, Julian… —Me miró atento y expectante—. El destino está en tus manos. Tienes el poder de darle la forma que desees. Nadie más puede hacer eso. Nada más puede hacer eso. Solo tú.

Esbozó una sonrisa mientras me bajaba del capó y me acompañó para abrirme la puerta del coche.

—Gracias, Mira —me dijo mientras me sentaba.

Una vez tras el volante, Julian volvió a poner la música que yo había elegido antes. Condujo con las ventanillas bajadas, invitando a entrar al aire de la noche, la luz de las estrellas. Y, por primera vez en toda la eternidad, tuvimos una conversación normal. Hablamos

de nuestras asignaturas, del empleo soñado, de los viajes que nos gustaría hacer; y, en el espacio que separaba los asientos, le cogí la mano libre y se la apreté. Porque él no estaba solo en su oscuridad, ni yo tampoco en la mía.

Durante el trayecto, recibí un mensaje de texto de Seven.

Te echo de menos.

Ojalá estuvieras aquí animando.

Yo también lo echaba de menos, pero era un sentimiento que desvanecía en el aire. No supe qué responder, ni siquiera si quería responder. Estar al lado de Julian había dado al traste con todos los límites que me había trazado. No sabía dónde situarlo en el mapa de mi vida, ni qué hacer con los sentimientos que se debatían dentro de mí, que me recolocaban los órganos por dentro y se me asentaban en el vientre palpitantes, como un segundo corazón.

Salimos de la heladería con los labios pegajosos de azúcar y volvimos a la residencia de Julian para terminar de ver *Van Helsing.* Me sorprendió ver que quedaba una hora entera de película.

Espóiler: la damisela en apuros no llega a los créditos, un destino que no me resultó nada satisfactorio. Por eso, me empeñé en ver una comedia para equilibrar el ambiente, y agradecí que Julian se mostrara dispuesto, sin discutir ni criticar mi elección. Se limitó a buscar una comedia romántica y lo oí reír mientras se me cerraban los párpados y se me inclinaba la cabeza hacia el sueño.

Julian me tocó el brazo.

—Mira —susurró—. Te estás durmiendo. —Me senté y me froté los ojos. Todavía estábamos cada uno en un lado de la cama—. ¿Quieres que te acompañe a tu residencia?

Parpadeé y recordé el vacío del exterior. El miedo. La ventana desde la que se divisaba el bosque aterrador. Los lobos. Los vampiros. Negué con la cabeza.

—¿Puedo quedarme aquí contigo?

Paseó la vista por la habitación; los destellos de luz coloreaban el verde oscuro de las plantas, los lomos gastados de los libros, los mapas enmarcados. La cera se fundía en torno a la llama de la vela que ardía en la encimera. Se bajó de la cama y miró a su alrededor.

—Claro —dijo—. Te quedas con la cama, yo dormiré en el sofá.

Era un sofá diminuto, de dos plazas, donde no cabía ni una cuarta parte de él.

—No voy a permitir que duermas en ese chisme.

—He dormido en sitios peores. No pasa nada.

—No. —Me crucé de brazos como una niña pequeña—. Es tu habitación. Insisto.

Se rascó la barbilla.

—¿Estás segura?

—Estoy segura, y la verdad, ya hemos compartido la cama. Aunque fuera por accidente.

Julian se puso rojo y miró al suelo. Sonrió.

—Si lo prefieres así…

—Lo prefiero así —dije. Vi cómo tragaba saliva—. Pero tengo que pedirte una cosa. —Se metió las manos en los bolsillos—. ¿Me prestas una camisa para dormir?

—Dioses —murmuró—. No paras de pedir.

Pulsó el interruptor para encender la luz, rebuscó en un cajón y me tiró una camisa, que me dio en toda la cara. Hice una mueca y respiré hondo. Hice un movimiento circular con el dedo.

—Date la vuelta —dije.

—De nada, ¿eh? —bufó, pero obedeció—. Como si tú no me

hubieras visto ya desnudo.

Resoplé mientras me quitaba la camisa.

—Para empezar, lo tuyo fue circunstancial, y para seguir, yo no estoy desnuda.

—¿Y no estar desnuda es peor?

Me quité la ropa, doblé la camisa y los vaqueros y los puse en el brazo del sofá.

—No me lo irás a discutir, tío —dije al tiempo que me ponía su camisa y me metía en la cama.

—No voy a discutir nada. Solo digo que tus matemáticas no cuadran.

Le tiré una almohada a la cabeza a modo de respuesta. Cayó al suelo y me partí de risa.

—Ya está —dije.

Pero Julian ya se estaba dando la vuelta para tirar la almohada en dirección a mí.

La paré con las manos y se la volví a tirar en medio de un ataque de risa. No tenía tanta gracia, pero la cara de Julian, las cejas arqueadas, la boca abierta en un gesto de confusión y emoción a la vez, me cortaban la respiración. Luego fue la manera en que se enfadó, que me hizo reír todavía más, tanto que se me llenaron los ojos de lágrimas. Tras unos cuantos asaltos más de lanzamiento de almohadas, alzó las manos en gesto de rendición y sopló para apagar la vela.

—No ha tenido gracia —gruñó.

—Porque no te has visto la cara. Menudo cabreo tenías.

—Estaba molesto, que es muy diferente.

—Claro, claro —repliqué entre risas; me metí bajo las mantas, pegada a la pared—. Claro.

Julian me miró con exasperación y soltó un suspiro largo, hondo,

antes de quitarse la camisa. Apreté los labios y me tapé la boca con el borde de la manta mientras le miraba el torso, el pecho esculpido. Bajo el ombligo tenía una V que desaparecía tras la cintura elástica de los bóxeres.

Se echó el pelo hacia atrás.

—¿Qué pasa? —preguntó, y se dio la vuelta para quitarse los vaqueros y ponerse unos pantalones cortos de algodón.

—Nada. —La manta amortiguó el sonido—. ¿No te vas a poner una camisa encima de eso?

—Tengo calor por la noche. —Fue hacia el interruptor de la luz—. ¿Prefieres que lleve camiseta?

Me contuve para no hacer el chiste que tenía en los labios. Sin camisa, dormir a su lado iba a ser insufrible, no podría pensar en otra cosa. Julian se dio cuenta y se puso una camiseta, encendió el ventilador y apagó la luz.

—Y yo que pensaba que estarías cansada —murmuró al tiempo que se metía en la cama y se tumbaba de espaldas.

Se quedó mirando al techo.

—Yo qué sé, un ramalazo de energía. —Pero lo cierto es que ya sentía que el agotamiento se apoderaba de mí. Tras unos segundos, Julian se puso de costado para mirarme. La luz de la luna le acarició la cara a través de las rendijas de la persiana—. Gracias —le susurré. Nuestros brazos se tocaron y le cogí la mano—. Por aguantar mis tonterías. Por dejar que me quede aquí. Por ser mi amigo.

—Ha sido uno de los mejores días que he tenido en mucho tiempo —dijo.

Le pasé los dedos por el brazo, aunque era consciente de que no debía hacerlo.

—¿Por qué un helecho? —pregunté al tiempo que le acariciaba las hojas del tatuaje.

Me miró los dedos, noté cómo se le contraían los músculos cuando se los rocé con las uñas.

—Me recuerdan a mi madre. Era su planta favorita. Los recogíamos en el bosque, los llevábamos a casa y ella los plantaba en el jardín.

Me hablaba desde un lugar muy lejano, distante de donde nos encontrábamos. Aparté la mano, pero de pronto estábamos más cerca que nunca.

—¿Piensas en ella a menudo?

—Todos los días de mi vida. Aún le veo la cara que tenía aquella última noche que estuve con ella. Está ahí cada vez que cierro los ojos, prometiéndome que nos veremos más tarde.

Se me hizo un nudo en la garganta e intenté tragar saliva. Me sentía impotente, habría dado cualquier cosa por borrar esa tristeza que yo misma había conjurado.

—Ojalá todo fuera diferente.

—Ya no discuto con lo que sea que hay en el cielo. El mundo no se va a detener para esperarme, he aceptado que tengo que vivir sin ella.

Habría deseado hacer lo mismo, perdonar a Rena, resignarme al camino que me había tocado, pero solo de pensarlo me invadía la amargura. Y había otra pregunta que necesitaba hacer.

—¿Todavía me odias, Julian?

No sabía la respuesta, porque la mía a la misma pregunta no paraba de cambiar. Habíamos firmado una tregua debido a la emergencia de la situación inesperada en que nos habíamos visto inmersos.

—No sé qué siento por ti —dijo.

Me sonrojé de una manera patética y pensé en lo que iba a decir a continuación. Lo que sintiera Julian hacia mí no debería

importarme, pero al verlo en aquel momento se me aceleraba el corazón y los nervios me atenazaban el estómago. «Somos amigos —me recordé—. Amigos».

Pero…

Julian me puso una mano en la cara, me acarició la mejilla con el pulgar, me echó el pelo hacia atrás con devoción pausada, como si no existieran las palabras. Presionó los labios contra mi frente, me dio un beso, y luego se apartó lo justo para rozarme la nariz con la suya.

Durante un instante, solo existió nuestra respiración. Nos envolvió el anhelo de algo más, susurrando suplicante un comienzo. Era algo agudo, insoportable. Quería morir contra su pecho, quería que me hiciera pedazos con sus manos.

Cuando se apartó, cuando fue el primero en rendirse, me invadió el pesar.

—Duerme bien —susurró, y el sonido de su voz me hizo estremecer de nuevo.

Pero me acerqué más a él, tanto que acabé bajo la curva de su cuello; le busqué la mano con la mía y nuestros dedos se entrelazaron bajo las sábanas.

—¿Te parece bien? —murmuré contra su piel.

Lo oí tragar saliva, sentí la vibración en su cuello al responder.

—Sí.

Respiré hondo la sal de su piel.

—Buenas noches —dije con voz queda.

Así, pegada a él, me permití imaginar cómo sería pasarle los dedos por el pecho, por la base del cuello, por el pelo. Traté de recordar la sensación de la boca de Julian en la mía. Cómo no quise ser cautelosa con él, cómo todo fue dulce y ácido y lleno de esplendor, y se me quedó dentro durante muchas lunas.

Y me pregunté qué diferencia habría si lo besara en ese momento, cómo serían nuestras respiraciones entrecortadas, cuán dulce sería su sabor, sus manos al explorar mi cuerpo, al recorrer cada curva. Nos acercaríamos, nos alejaríamos hasta acabar jadeantes, temblorosos, débiles. Le suplicaría «te necesito» con los labios pegados a los suyos, y me inmovilizaría con su cuerpo sobre el mío para recorrer cada centímetro de él. «Hasta que no haya más secretos entre nosotros. Solo la verdad».

Pero no hice nada de eso.

Julian era un puerto, un refugio, un amigo. Y yo ya había traspasado demasiados límites, tenía miedo de echar eso a perder. Lo tenía allí mismo, y algo me decía que haría lo que yo quisiera de él, pero me negué. No podría tolerar que una persona más saliera de mi vida. No soportaría el dolor de que me diera la espalda.

Me guardé todos esos sentimientos y seguí muy cerca de él hasta que las sensaciones se calmaron. Se volvió y me rodeó con un brazo para atraerme hacia él. Me dio otro beso delicado en la mejilla y, así, nos dejamos llevar por un sueño tranquilo.



Capítulo 38

Antaño los llamábamos ángeles caídos, pero tú no la viste convertir su halo en un espino para mí.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

Aquel domingo nos despertó un sol ardiente. Yo había rodeado a Julian con las piernas, y tenía el brazo pegado a él; encajábamos a la perfección. Compartimos sonrisas somnolientas y sábanas cálidas, y nuestros cuerpos se desperezaron poco a poco.

Las palabras, murmullos apenas, llegaron más tarde, cuando se levantó de la cama y, de espaldas a mí, me tiró la ropa a la cama. Sabía lo que ocultaba y, con una risita, me puse los vaqueros mientras él corría hacia el baño.

En el comedor, nos sentamos a la mesa y tomamos el desayuno y café con hielo mientras yo lo obligaba a ver un vídeo tras otro en mi móvil. A mí me hacían más gracia que a él, pero un esbozo de

sonrisa se le abrió paso en los labios, por mucho que intentó fingir que no se divertía.

Vi que la luz de sus ojos se iba apagando poco a poco hasta convertirse en un rescoldo cuando por fin nos separamos poco después del mediodía. El instinto me dijo que le preguntase el motivo, pero cada vez que había una oportunidad, él hacía una broma o decía algo para desviar la conversación.

Cuando se estaba alejando de mí, reparé en que algo más poderoso que la gravedad le hacía agachar la cabeza y hundir los hombros. Cada paso que daba parecía más y más difícil; daba la sensación de que alguna entidad invisible lo hubiera desanimado. Me pregunté si esa entidad era yo, si le había hecho daño de algún modo, pero cuando me decidí a preguntar ya lo había perdido de vista.

En los cuatro días siguientes no vi a Julian. Pero, tras los descubrimientos recientes, sabía que él era la presencia inesperada en aquella historia, *lupus in fabula*. Lo había sido desde el principio, entrando y saliendo de cada párrafo, a la espera de que yo encontrase el texto.

Y cuando por fin lo hice, hojeé todas las páginas, dejé mi huella en las esquinas y en el lomo, lo doblé, lo rompí. Pero ahora Julian había desaparecido de nuevo. En su ausencia, me negaba a quedarme sola; me aterrorizaba la idea de ser un trofeo de caza. Me dejé llevar por los impulsos y entrené con el equipo de animadoras, me fui a comprar un traje para el baile de bienvenida, y me pegué a Stevie tanto como pude, aunque me sintiese como una carga para ella. Hacía mucho mucho tiempo que no estaba tan necesitada ni era tan dependiente de los demás.

El tiempo que no pasaba con las chicas, lo pasaba con Naomi. Estudiamos juntas, y me hizo la vida imposible con el tema de Julian

y Seven.

—Tienes que decidirte por uno —exigió.

—Me dijiste que debería salir con ambos.

Naomi se puso el bolígrafo en la oreja y descansó la cabeza sobre la barbilla.

—Eso fue antes de que Seven te pidiera que fueses con él al baile de bienvenida, y de que pasaras un fin de semana con Julian. —Sacudió las pestañas. Yo guardé silencio y me la quedé mirando—. Eso significa que ambos van en serio contigo.

—Solo somos amigos —dije con voz queda. Anoté algo y traté de no pensar en lo mucho que echaba de menos a Julian, y lo preocupada que estaba por no saber nada de él. Sentía una quemazón en los ojos que intentaba ahuyentar, y cada noche los recuerdos me abrían en canal, se me colaban por los huecos entre las costillas.

A esas alturas, estaba convencida de que solo había dos opciones. O bien la mujer misteriosa lo había convocado para que llevase a cabo tareas de la manada, o bien alguien, de algún modo, había descubierto que Julian había revelado su secreto, y ahora estaba pagando el precio por romper el juramento.

Naomi frunció los labios y enarcó una ceja.

—Claaaro —arrastró la palabra—. «Solo amigos» —me imitó con voz aguda—. Esperemos que no haya más peleas por ti.

Después de hacer los deberes, convencí a Naomi para pasar la noche en el sofá. La idea le encantó, y se acurrucó entre Stevie y yo mientras veíamos reposiciones de series antiguas hasta que las tres nos quedamos dormidas.

Pero lo cierto era que rodearme de amigas solo me hacía sentir segura hasta cierto punto.

No me quitaba de la cabeza que, aunque quisieran, no me

podrían proteger de licántropos ni de vampiros.

Lo que más me asustaba era la amenaza implícita de que me estaban dando caza. Tenía pruebas fehacientes de que los vampiros ya habían estado en el campus, y por eso, incluso de día, si la mirada de alguien se detenía en mí más de lo esperado, salía huyendo. Por la noche no ponía un pie fuera del dormitorio. Incluso convencí a Stevie para reorganizarlo y así poder apartar la cama de la ventana. Toda precaución era poca.

Pero en mis sueños los licántropos eran más grandes y salvajes que Julian. Huir de ellos no servía de nada. Cada secuencia onírica me recordaba lo mucho que me parecía a la mujer de *Van Helsing*. Quizá estaba destinada a enfrentarme pronto a mi final.

En un momento de desesperación, susurré el nombre de Julian durante el día, mientras deambulaba de edificio en edificio, con la esperanza de que me oyese. Con todo el tiempo que habíamos pasado juntos, y no le había pedido su número de teléfono; y ahora lo lamentaba.

Pero no apareció, señal de que estaba demasiado lejos para oírme, o de que había decidido hacer caso omiso de mi llamada. Me sentía inclinada a creer lo segundo, y eso me provocaba una oleada de agonía y de odio hacia mí misma, cosas que no deseaba ni me convenían. No podía imaginar por qué no me hacía caso ahora que habíamos roto el hielo, y con lo mucho que insistía en que fuésemos amigos. Desaparecer en un momento así me parecía inmoral.

Y, aparte de eso, estaba Sev.

En cuanto regresó al campus me hizo una videollamada, muy excitado. Hablamos del baile de bienvenida, de los partidos que había jugado fuera, y de que quería enseñarme su esmoquin. Fuimos a tomar café después de las clases, se coló en varias sesiones de estudio que había planeado con las chicas, e incluso se

ofreció a llevarme la cena las noches que me negué a abandonar la comodidad del dormitorio.

En otras palabras, estaba presente. Siempre.

Y, en eso, era afortunada. Seven era lo que yo necesitaba para contrarrestar la tristeza que me carcomía. Pero había momentos en los que lo miraba a los ojos y me reconcomía la culpa. Seven me mimaba en exceso, algo de lo que yo me aprovechaba por completo, pese a tener plena consciencia de que él podría pasar todo ese tiempo con alguien que se lo mereciera más que yo. Algo que, mientras yo me interpusiera, no iba a ocurrir. Sabía que era codiciosa y egoísta, estúpida hasta lo indecible, pero eso no me impidió consumir de modo compulsivo cada segundo que pasé con él.

El viernes, una vez acabadas las clases, vislumbré a alguien que corría por el Campus Central. Había mucha gente, muchísima, pero Julian se abría un camino serpenteante entre ellos.

Nada más verlo me quedé rígida; me dolía respirar.

—Julian —susurré, mientras yo misma me adentraba en la muchedumbre.

Julian llevaba el cabello castaño recogido en un moño, y vestía una chaqueta verde oliva; del hombro le colgaba la mochila.

No reaccionó. No se detuvo, sino que siguió corriendo.

—Julian —susurré de nuevo, con el corazón desbocado. Apreté el paso; temía perderlo si doblaba una esquina.

Eché a correr y, en cuanto estuve cerca de él, se paró en seco. Cuando nuestras miradas se cruzaron, supe que algo terrible había sucedido.

La mirada pensativa y los ojos dorados ahora ardían como brasas. Me fijé en que no llevaba cascos. Me había oído entre todo aquel barullo, pero había decidido hacer caso omiso de mi presencia. Se me revolvió el estómago y se me hizo un nudo en la garganta.

—Julian, ¿dónde te habías metido?

Apretó con fuerza la correa de la mochila, con la mirada perdida.

—Ah, hola, Mira.

¿Eso era todo? ¿Era lo único que iba a decir para disculparse? ¿Un saludo, como si ya no fuésemos los mismos del fin de semana pasado? ¿Como si no supiese la increíble verdad de lo que era?

Le agité la mano delante de los ojos para atraer su atención.

—¿Me estás escuchando? ¿Dónde te habías metido? ¿Qué te pasa? —Me acerqué más a él y bajé la voz—. Estaba muy preocupada por ti.

El duro caparazón que había construido unos instantes antes se rompió durante un milisegundo. Los ojos de oro líquido se derramaron sobre mí y lo empaparon todo. Era una mirada que decía que me necesitaba.

—Lo siento, Mira. —Las palabras se le escaparon a borbotones—. No es mi intención portarme como un gilipollas. Te juro que no. Pero hay ciertos asuntos familiares urgentes que son muy agobiantes y… me está resultando muy difícil gestionarlos. —Se calló; pero su mirada me indicó que había muchas cosas que no me estaba contando.

Se lo veía derrotado. Tan tan derrotado…

—¿Qué puedo hacer? Dímelo. —Me recoloqué más cerca de él, tanto que me tapó la luz del sol. No había nada que no estuviese dispuesta a hacer o a compartir, ahora que él sabía lo que más despreciaba de mí misma. Cargaría con el peso de sus problemas, para demostrarle que no estaba solo.

—No puedes hacer nada —respondió de inmediato.

Di un paso atrás y me sonrojé.

Julian suspiró.

—¿Te puedo acompañar a donde vayas ahora?

No me moví. Me ocultaba algo, y quería exigirle que me lo contase.

Hizo un gesto con la mano para indicarme que lo dejase correr.

—Por favor —suplicó—. De verdad que ahora no quiero hablar de ello.

Asentí y fruncí los labios. No podía obligarlo a nada; yo no disponía de ese poder.

—Si quieres acompañarme, voy al Centro Estudiantil —murmuré.

Julian caminó a mi lado, con las manos en los bolsillos y a una distancia prudencial; casi como si el olor de mi sangre lo afectase, después de todo.

Al llegar al edificio nos detuvimos.

—Durante el fin de semana no estaré en el campus —comentó, y eso disparó todas mis alarmas.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Que se hubiese ausentado cinco días ya era bastante preocupante. Él no tenía ni idea del impulso creciente que sentía por ir a dondequiera que él fuera. No quería quedarme atrás. No soportaba la idea de que estuviese lejos de mí—. Te perderás el baile de bienvenida —añadí para enmascarar mis auténticos sentimientos.

—Ese es tu mundo, no el mío.

—¿Y por qué no puedes participar en él tú también?

Apretó los labios, y el silencio habló por él.

—¿No irías, aunque alguien te pidiera que fueses su acompañante?

Sonrió por fin. Sonrió, y fue como si lo hubiese recuperado, como si todo fuese a salir bien.

—¿Me lo vas a pedir?

Se me encogió el corazón.

—No. —Suspiré—. Yo… voy con otra persona.

Primero reaccionó con sorpresa, pero luego sumó dos y dos.

—Oh. —Dio un paso atrás—. Que te vaya muy bien. —Me di cuenta de que le dolía. Pero solo éramos amigos. «Solo amigos. Solo amigos». Eso era todo.

Julian retrocedió y se sumió en las sombras oblicuas del atardecer.

—Ya nos veremos, Mirabella —murmuró; y, en un suspiro, desapareció.

Me quedé inmóvil, con la sensación desgarradora de que yo era el motivo de su ausencia, y allí, en la acera, bajo el sol ardiente, sentí que mi alma se rasgaba y se derramaba sobre el cemento, una hemorragia inquietante, perpetua y silenciosa que se colaba por todas las grietas.



Capítulo 39

Si en la batalla caes antes que yo, recordaré que aún compartimos el mismo cielo.

Artículo IV, Cartas perdidas de Aadan Primero

Al día siguiente, a eso de las seis de la tarde, Stevie me ayudó a ponerme el vestido. Era largo, de corte sirena. La tela base era de un satén rosa claro con detalles de encaje transparente, y las mangas dejaban los hombros al descubierto. Me quité las horquillas y separé los rizos con cuidado con un cepillo. Luego me puse unos zapatos de tacón de color beis. Verme así me sorprendió a mí misma. La última vez que había ido tan bien vestida fue para el baile de graduación, e incluso entonces, me sentía y me veía distinta. No mucho, pero los huesos marcados en los pómulos y los ojos cansados eran una señal de que la juventud empezaba a quedar atrás. El parecido con Rena me dejó sin palabras.

Parte de mí quería seguir mirando el espejo, aunque solo fuese para vislumbrar aquellos fragmentos de mi reflejo que me recordaban a mi madre, pero me negué a claudicar. Era hora de salir.

Los compañeros de clase se reunieron en el vestíbulo de Hester Hall, y mis amigas y yo nos unimos a ellos para hacernos fotos antes de que medio grupo se marchase.

Luego quedamos Em y yo, juntas. Éramos las únicas con pareja; los demás habían decidido ir en grupo. A nuestro alrededor se multiplicaban las charlas, mientras nosotras esperábamos, expectantes.

—¿Estás nerviosa? —Em se inclinó hacia mí, y agitó el vestido *flapper* rosa y dorado. Al tenerla tan cerca pude fijarme en la purpurina que se había echado por todo el cuerpo y el cabello. De la piel le emanaba un dulce aroma floral.

—Sí —susurré, y me miró con una intensidad que nunca le había visto antes; cautivadora, y también con algo turbio que no supe interpretar.

—Podríamos irnos, olvidarnos de todo esto —propuso. Por un instante me imaginé cómo sería: subirme a su Nissan, alejarme rumbo a la ciudad iluminada por las estrellas, dejarlo todo atrás… Pero, con un parpadeo, la sensación se desvaneció.

—No, está bien —le aseguré; pero su mano enguantada de seda tomó la mía desnuda y la apretó con suavidad.

—¿Estás segura? —preguntó. Me miraba a los ojos como si le fuesen a revelar algo. La idea me volvió a tentar, pero llevarla a cabo requeriría dejar tirado a Seven, y no le iba a hacer algo así.

—Segurísima —dije, y en ese momento Sev y Jak cruzaron la puerta doble con paso decidido.

Em corrió a saludar a Jak. La besó en la mejilla y ella sacudió la melena.

Cuando Seven se me acercó, el corazón se me aceleró y sentí que la calidez me envolvía. Me besó la mano, pero con los ojos brillantes clavados en mí. No tenía ningún derecho a observarlo de aquella manera, a estudiar cada detalle de su traje negro, a la medida y cortado a la perfección. Ningún derecho a sentirme impresionada por el corte de pelo y el olor a medianoche. Ningún derecho a que me temblasen las rodillas solo con verle los hoyuelos y tenerlo tan cerca de mí. Pero así eran las cosas.

Seven se me acercó hasta que su aliento me hizo cosquillas en la mejilla.

—Estás fabulosa —murmuró—. Cuando te vean, nadie se va a acordar siquiera de que soy un *quarterback*.

Sonreí y desvié la mirada.

—Mira que lo dudo.

Me tocó la barbilla y me alzó la cara con suavidad.

—Lo digo en serio —susurró—. Cualquiera que te mire se quedará sin aliento.

Se me hizo un nudo en la garganta y no supe qué responder, aparte de «gracias». Me cogió de la mano mientras hacíamos fotos, y al poco salimos de allí, subimos a su Mercedes negro y nos dirigimos hacia el este.

El salón del baile estaba en Kansas City, en Misuri, cerca del centro, lo bastante lejos de los rascacielos como para estar rodeado de una sucesión de colinas verdes que terminaban en una hilera de árboles.

Los techos del local eran altísimos, pintados con remolinos de cielo azul seguidos por un sol dorado. Los ventanales de vidrio curvado daban a un jardín, cuyas rejas de hierro cubierto de enredaderas estaban adornadas con ramilletes de luces centelleantes. Una enorme lámpara de araña de cristal relucía sobre

la pista de baile. Sus reflejos se deslizaban sobre cada superficie y cada persona de un modo cautivador. Desde luego, el edificio era magnífico, increíble.

Nos asignaron una mesa con un tapete de lentejuelas negras, en cuyo centro habían dispuesto musgo y enredaderas verdes. Encima había un candelabro de bronce que goteaba cera.

Mis amigas se nos unieron y ocuparon los asientos libres. Nada más sentarse, Abi sacó la petaca que llevaba sujeta al muslo y la fue pasando.

—Alguien tenía que hacerlo —se excusó, y la verdad es que no solo no la culpé, sino que también se lo agradecí. Le di un buen trago y la pasé.

En el escenario, una banda tocaba blues, y pronto los camareros sirvieron un menú de tres platos. Tras un breve anuncio por parte de un miembro de la facultad, la pista de baile quedó abierta y poco a poco se empezó a llenar de gente.

Empezó a sonar una canción lenta, como una balada. Seven se volvió hacia mí y se ofreció a sacarme a bailar. Lo seguí a la pista. Me rodeó la cintura con las manos. Los destellos de luz de la araña le centelleaban en el pelo y la nariz.

Durante un rato fue como si solo existiéramos nosotros. Cuando me inclinó hacia atrás, doblé la columna y sentí que me rendía ante él. Amar a Seven sería muy fácil. Era muy tierno, y le encantaba lo que yo era y en lo que me iba a convertir. No me costaba nada imaginar una vida acompañada de esa sonrisa deslumbrante. Una vida fácil, sin complicaciones. Seríamos muy felices, y cada semana viviríamos en una ciudad diferente, donde le tocase jugar. Lo animaría desde las gradas y él buscaría mi rostro entre la multitud para que le diese fuerzas.

El corazón me palpitó con fuerza, como si aquello fuese un mal

presagio, como un recordatorio de que mi sangre maldita pondría en peligro a cualquiera que yo amase. Seven pagaría un precio que no merecía, y ese mero pensamiento me hizo rechazar toda la idea.

Sev me levantó de nuevo y yo me sujeté a él, con el estómago revuelto. Le apoyé la cabeza en el pecho, consciente de que jamás lo expondría a aquel peligro. Eso empañaría el brillante futuro que tenía por delante.

Cuantas más vueltas dábamos, peor me sentía. «No tendría que haber venido». ¿Y si, por el simple hecho de estar allí, los ponía a todos en peligro? Julian no me había hablado de ningún plazo, ni de ningún signo de peligro; solo me había dicho que tuviera cuidado, y que huyera si veía algún lobo.

Cuando terminó la canción, mis amigas llegaron corriendo y formaron un círculo a nuestro alrededor. Se balanceaban y saltaban y me envolvían con sus risas. Con una sonrisa forzada, me adapté a sus movimientos. Qué encantadora velada, qué evento inolvidable que atesoraríamos en el corazón durante años. Pero yo anhelaba desaparecer, fundirme con la hierba, con el suelo. Se me llenaron los ojos de lágrimas, y traté de fingir que era una muestra de la felicidad que me embargaba. En realidad, estaba atrapada en un reino de agonía y tortura y me arrancaba trozos de mí misma.

Seguimos bailando hasta que dejé de sentir los pies, y al comienzo de una canción lenta alguien se llevó a Seven para que bailase con otra persona.

—Volveré —prometió, y yo suspiré aliviada por primera vez en horas.

Regresé a la mesa de inmediato. Me senté y me puse cómoda, con el mentón apoyado en la mano, y contemplé a la multitud con envidia, soñando con un mundo que no quisiera destruirme.

Al cabo de un rato me puse a juguetear con el móvil, hasta que

una figura oscura se detuvo junto a mi asiento.

—Menuda sorpresa. Esperaba encontrarte en la pista de baile, divirtiéndote como nunca, y en vez de eso te encuentro aquí.

Levanté los ojos y vi a Julian.



Capítulo 40

Porque el amor nunca hace caso de la razón.

Artículo III, Cartas perdidas de Aadan Primero

Julian se metió las manos en los bolsillos del pantalón. Llevaba una camisa blanca de vestir con los dos primeros botones desabrochados y una chaqueta negra, y la cadena le relucía sobre el pecho. Se había peinado el cabello a un lado y echado hacia atrás, pero unos pocos mechones se resistían. No me podía creer que hubiese venido. «¿Cómo? ¿Por qué?».

—Dijiste… Dijiste que estarías fuera todo el fin de semana. Que todo esto no te iba.

Los ojos como la luz de la luna, y la sonrisa de medio lado… me consumieron como estrellas caídas.

—Cambio de planes —dijo, y me tendió la mano. En la pista, me hizo girar con suavidad y luego me atrajo hacia él. Me apoyó una

mano en la espalda, y con la mano izquierda sostuvo mi derecha. Nos deslizamos sobre el mármol, acentuando el primer tiempo de cada compás, mientras bailábamos un vals.

Bajó la cabeza hasta que estuvimos mejilla con mejilla. Inspiré el olor familiar de su colonia.

—Estás preciosa —murmuró. Su calidez me empujó a fundirme en él, pero me resistí a ese sentimiento. No tendría que estar allí, con ese aspecto; me creaba un conflicto.

Dimos vueltas por el salón, y yo paseé la vista de persona en persona; todos parecían tranquilos y relajados, con una sonrisa en los labios y una mirada soñadora. No les costaba ningún esfuerzo ser felices.

—Me sorprende oírlo, viniendo de ti —respondí por fin, con la mirada fija en cualquier parte menos en él, porque si veía su rostro, si lo miraba a los ojos…

—¿Acaso no me crees?

—Ya no sé qué creer.

Bailábamos, y sus labios me rozaban el oído.

—Jamás te mentiría sobre eso. No es solo que seas preciosa, Mirabella. Todo lo que tú eres es hermoso. No hoy, en este momento que compartimos, bajo estas luces, vestida de gala. Es una realidad que he sabido desde el momento en que te vi… E incluso eso es quedarme corto.

Trastabillé un poco y traté de controlar la respiración. ¿Cómo procesas informaciones como esa? Me sacudió por completo y me provocó una oleada de deseo… Me sentí asqueada. No pensaba rendirme. No lo haría.

Julian exhaló y, al ver que no respondía, murmuró algo con los labios sobre mi pelo.

—Estás enfadada conmigo.

—Me sorprende que te hayas dado cuenta.

—Créeme —rio con suavidad—, no soy yo el despistado aquí.

Puse los ojos en blanco.

—No me tientes…

Me rozó la oreja con los labios.

—¿Seguro que no te apetece?

Solté un bufido y me volví a mirarlo.

—¿Te parece gracioso todo esto, Julian? ¿Crees que la información que compartiste conmigo no ha puesto mi mundo patas arriba? —Se me quebró la voz—. Y luego te marchaste como si tal cosa.

—Mira, tú no… —Se detuvo e inspiró con fuerza—. Siento mucho no haber hablado contigo, irme sin decirte nada. No era mi intención. Solo trato de ser humano, pero tengo las manos atadas. No era yo quien decidía.

—¿Atadas, por qué? —«¿Es ella la causante de todo esto?», me pregunté.

—Por todo. Por lo que se espera de mí. Me ahogo solo con estar a tu lado. Lamento mi comportamiento de ayer. No te lo merecías; y, para ser sincero, no sabía que te afectaría de ese modo.

Me dolió oír que no creía tener influencia sobre mí. ¿Tan poco significaba para él? Tal vez fuese así. No hacía mucho que éramos amigos, dos masas de incertidumbre que orbitaban una en torno a la otra en un caos de confusión.

—¿Y por qué pensaste algo así, Julian?

—Porque estás aquí esta noche, y tienes una cita con Seven —me recordó, y fue un puñetazo en el estómago.

—Eso no es justo —repliqué, aunque sabía que tenía razón.

—¿No? Pero es cierto, Mira. ¿Creías que no me importaría? —dijo. Giramos, y yo desvié la mirada, con la lengua pegada al

paladar.

Cuando Seven me pidió acompañarlo al baile, Julian y yo casi ni nos hablábamos; nuestras interacciones habían sido un toma y daca constante. No me di cuenta de lo mucho que le iba a importar hasta que vi cómo se le ensombrecía la cara cuando se lo dije.

—¿Te asusto? —me preguntó al ver que no respondía—. ¿Por eso no quieres mirarme a los ojos?

—Hay cosas que me asustan, Julian, pero tú no te cuentas entre ellas.

—¿Otras cosas, aparte de un monstruo?

—Calla —atajé, y lo fulminé con la mirada—. Tú no eres un monstruo.

—Eso no lo sabes. —Miró hacia los ventanales, hacia la noche—. Es algo innato. No hay finales felices para la gente como yo —añadió, y eso me rompió el corazón.

—No es cierto. Nada te impide tener una vida feliz, excepto tú mismo —respondí. Quería gritar, que sintiese cada una de mis palabras hasta que le quemase la piel. Pero no lo hice. Julian no era una bestia. Era inexplicable, desde luego, pero había algo humano en su interior. Se esforzaba. ¿Cómo podía no darse cuenta?

Por otra parte, cada persona percibe el mundo desde su punto de vista.

—Lo sé —murmuró. Julian me apartó con un giro y luego me inclinó hacia atrás al terminar la canción. Me alzó de nuevo, azorado y con una mirada de pánico—. Mira… ¿Dónde está tu colgante?

Reaccioné tocándome el cuello, y luego con una punzada de pánico.

—Me lo habré dejado en el dormitorio —susurré, mientras me esforzaba por recordar. Tenía intención de ponérmelo, pero después de vestirme se me había pasado por alto.

—Justo esta noche… —murmuró. Observaba el salón con los ojos muy abiertos—. Tenemos que irnos.

—Julian —mascullé. Me cogió del brazo y me mantuvo cerca de él.

—Ven conmigo, Mira. Por favor. Puedo mantenerte a salvo. Todos ellos me tienen miedo.

—¿Ellos? —Me aparté de él—. ¿Están aquí? ¿Dónde?

Julian siguió estudiando la multitud con atención, con la cabeza un poco ladeada como si oyese alguna señal de alarma. Después me miró de nuevo.

—Pase lo que pase —dijo en voz baja, con tono apremiante—, prométeme que no te quedarás a solas con él.

Eché un vistazo rápido a la gente que se lo estaba pasando bien.

—¿Qué? ¿Con quién? —Julian no lo repitió, sino que me miró fijamente, como si me dijera «ya sabes quién», y yo negué con la cabeza más veces de lo que pretendía. Se refería a Seven, mi acompañante, mi amigo, que me iba a llevar a casa—. ¿Por qué? —pregunté, y junté los brazos sobre el pecho.

—Aquí nada es lo que parece —murmuró, pero, antes de que pudiese añadir nada más, Seven se acercó con una extraña mirada en los ojos. No de celos, ni de cólera. Más bien parecía preocupado. Se interpuso entre Julian y yo, y cuando nos miró a los dos capté su malhumor.

—¿Va todo bien? —preguntó, y supe que hablaba conmigo. Pero yo estaba anonadada, sin saber qué hacer. ¿Qué tenía que ver Seven con todo aquello, y por qué Julian me advertía que no me quedase a solas con él? No tenía motivos para estar tan preocupado…, a menos que Seven tampoco fuese humano.

Y entonces todo encajó. El mundo se redujo a la delgada línea que lo absorbía todo, y yo grité para mí. «Oh, dios mío. Oh, dios

mío». El conflicto entre ambos. La promesa de vengarse más tarde. El amigo de Seven que mencionó que el campus era «zona neutral». Era un lobo, muy probablemente de otra manada, y por fin todo cobraba sentido. ¿Cómo no había visto antes a dónde apuntaban todos los indicios?

Observé a Julian, con la esperanza de que dijese algo más, de que me llevase a un lado y me lo explicase él mismo. Quería que fuese sincero y me confirmara lo que ya había adivinado. Pero vi que se ponía tenso, que se estaba conteniendo. Suspiré al darme cuenta de que una vez más volvía a decepcionarme.

—Sí, todo va bien —respondí por fin, y cogí a Seven de la mano. Me la apretó con fuerza mientras nos alejábamos de Julian, hasta que yo me solté con un quejido.

—Seven, ¿qué pasa? Me haces daño.

Frunció el ceño.

—Oh, disculpa —tartamudeó—. No me había dado cuenta de lo tenso que estaba. Solo quería sacarte de allí. ¿Te estaba molestando Julian?

—No —respondí, aunque la respuesta era «sí». Me molestaba que Julian me dejase de nuevo a oscuras.

Seven volvió la mirada hacia donde estábamos Julian y yo unos instantes antes, y apretó los dientes.

—No me fío de él.

Yo misma no estaba segura de fiarme de él.

—¿Qué pasa entre vosotros dos? —pregunté, a ver si él me lo explicaba, ya que Julian no lo había hecho. Pero no era muy probable. Si Seven estaba atado por algún juramento, como Julian, no se le permitiría contarme nada.

Seven negó con la cabeza.

—Preferiría no hablar de ello —atajó. Por supuesto. «Por

supuesto». Relajó los hombros e inspiró hondo—. ¿Te apetece bailar?

Fruncí el ceño. Más secretos. Estaba harta de que la situación se repitiese una y otra vez. Pero ahora estaba hecha un mar de dudas. En verdad, ¿qué motivo tendría Julian para mentirme acerca de Seven? Puestos a ser insincero, ¿por qué ese día, habiendo tantos? No tenía sentido. Y si Seven de verdad era un licántropo, ¿estaba a salvo en su compañía? Me sentía insegura, atrapada.

—¿De verdad que estás bien? —La voz de Seven, comparada con la música, fue casi un susurro. Me cogió la mano otra vez, pero ahora con dulzura. Rebusqué con la mirada entre el gentío, en las mesas, a ver si veía a alguna de mis amigas. Me serviría de excusa para alejarme de él y que me llevaran a casa, mientras trataba de resolver todo aquel embrollo.

Pero cuanto más busqué, más claro me quedó que mis amigas no estaban allí. Al menos, no en el salón principal.

—¿Sabes a dónde han ido mis amigas? —me interesé, sin responder a su última pregunta.

—Hablaron de pillar algo, y supongo que ninguna quería ir sola, así que se fueron todas juntas.

Bufé, enfadada con… todo, en realidad. Con el universo.

—¿Sabes si hace mucho que se fueron?

Seven frunció los labios y se encogió de hombros.

—No, lo siento. —Me miró de nuevo con un gesto de tristeza—. Mira, pareces enfadada.

«No, ¿en serio?». ¿Qué estaba haciendo? ¿Y si me equivocaba acerca de Seven? ¿Y si todo iba bien, y yo era una exagerada? Pero, por otro lado… ¿Y si no era así?

Tragué saliva.

—Necesito un minuto —dije. Me di la vuelta y salí a toda prisa

del salón de baile antes de que pudiera detenerme. Busqué algo que me sirviera de excusa mientras sopesaba qué hacer. Hasta Julian se había ido, se había escabullido como un perro asustado, así que, si quería pedirle que me lo aclarase todo, no tenía forma de contactar con él.

Hice cola frente al mostrador de bebidas y me llevé un vaso del ponche que ofrecían. No le quitaba ojo a la entrada, por si acaso aparecían mis amigas. Pero al cabo de unos minutos todo seguía igual, y Seven se presentó con una sonrisa titubeante. «Mierda».

—¿Lista para otro baile? —Me ofreció la mano, pero yo mantuve la mano libre pegada al costado. Me sentía mal por abandonarlo en la pista de baile, y el temor de sus ojos me decía que tenía que solventar la situación. Pero no sabía cómo.

Esa misma mirada, tan inocente, era la razón por la que me costaba comprender por qué Julian quería que me mantuviese apartada de Seven, que había sido lo mejor de la noche. Apenas un rato antes, cuando bailábamos, me había dicho a mí misma lo cómoda que me sentía con él, y que era alguien que me podría hacer mucho bien.

Al mirarlo de nuevo, recordé todas las veces que se había asegurado de que llegase bien a casa, los paseos nocturnos, las visitas frecuentes sin que yo se lo pidiera. Era un sol para mi bosque lluvioso, agua para mi desierto sin fin. ¿Cómo iba a ser el chico que tenía delante, de ojos grandes y lindos hoyuelos, alguien a quien temer? Todo eso, nuestra historia común, me decía que podía confiar en Seven. Se había portado como un buen amigo, y a veces, algo más.

Me terminé la bebida de un trago.

—¿Sabes? Puede que tengas razón. No me encuentro muy bien. —Era un plan alternativo, que incluía una mentira, y eso me hacía

sentir culpable. Pero era un plan que al menos me llevaría de vuelta a la residencia. Y una vez allí, podía irme a pasar el fin de semana con Bobby. No me haría demasiadas preguntas, pero al fin y al cabo se trataba de Bobby. Estaba segura de que encontraría la manera.

Seven pareció abatido.

—Oh —dijo. Me examinó con la mirada—. Puedo llevarte de vuelta al campus, si quieres.

—¿Seguro? —pregunté. Quería que tuviera la opción de negarse, o al menos un motivo para hacerme cambiar de opinión—. Me siento fatal, porque todavía queda mucha fiesta por delante.

—No… —Asintió con la cabeza—. No pasa nada. No te preocupes, de verdad —me aseguró. Otro recordatorio de que era una persona sensata y de buen corazón—. Si no te sientes bien, es mejor que te cuides. Para mí no es molestia. Te lo prometo.

—De acuerdo. —Ya me sentía más despejada, y diría que Seven dio un suspiro de alivio.

La noche había dejado una mancha de humedad en el pavimento negro, y el frío arrastraba una espesa niebla. Nada más salir, Seven me echó su chaqueta sobre los hombros para que conservase el calor. Mientras caminábamos me dijo que se lo había pasado muy bien, aunque no hubiera sido mucho rato, y me preguntó si podía hacer algo para que me sintiese mejor. Hasta se ofreció a ver una película conmigo cuando llegásemos a la residencia.

Le dije que estaba bien. Pero, al acercarnos a su coche, se palpó los bolsillos, inquieto, y se dio cuenta de que no encontraba algo.

—¿Qué pasa?

Cerró los ojos con fuerza y masculló una palabrota.

—Dios —susurró al tiempo que volvía la vista hacia el edificio. La quietud de la noche era como una larga y delgada telaraña de seda

—. Creo que las llaves del coche se las ha quedado Jak. Tengo que ir a buscarlas.

«Oh».

—No importa. Voy contigo.

—No, yo solo iré más rápido. Te lo juro. No quiero que tengas que caminar más de lo necesario, y menos si te encuentras mal. —Apreté los dientes; me sentía culpable por esa mentira—. Vuelvo enseguida —prometió, y no lo retuve. Se marchó a toda prisa, y verlo correr disipó en parte mi miedo. Iba muy rápido, mucho más que en el campo de juego. En unos instantes estaría de vuelta.

Recostada sobre el Mercedes, dejé escapar un profundo suspiro y traté de mantener la calma. «Todo va a salir bien», pensé al tiempo que me cruzaba de brazos.

Di un golpecito en el asfalto con el tacón. La noche era como un vacío; no se oía el chirrido de los insectos ni el murmullo del viento. Hasta las estrellas parecían más tenues, apagadas. Todo tenía ese aspecto…, excepto la luna.

Se veía enorme y muy nítida, teñida de una tonalidad rojiza que le daba la apariencia de estar bañada en sangre. Casi idéntica a una imagen que había visto antes… pinchada en el centro del tabique de Bobby.

El móvil vibró, y al sacarlo del bolso descubrí que, por casualidad, Bobby me estaba llamando. Con el corazón encogido y los dedos entumecidos, traté de responder. Bobby solo me llamaba si había alguna urgencia. Quizá hubiese hecho un avance en el caso; o tal vez me llamaba por algo mucho peor.

Respondí, pero la llamada se cortó. Al mismo tiempo noté que algo había interrumpido la quietud de la noche. Algo se movía cerca. Paseé la mirada por el aparcamiento, poco a poco, en busca del origen del sonido. No se veía más que la niebla que acariciaba los

capós de los coches y los troncos de los árboles.

Volví a llamar a Bobby. Mientras sonaba, oí un golpe seco. Luego, el sonido de unos pasos rápidos sobre el pavimento. Me quedé rígida, encogida sobre mí misma, con el móvil apretado en la mano, y la esperanza de que el sonido de la llamada diese paso a la voz de mi padre. Pero saltó el contestador. Por mucho que clavé la mirada en las sombras y entre los coches, no vi nada.

Oí algo que se acercaba cada vez más deprisa.

Sentí que se me aceleraba la respiración.

Con el corazón a mil, guardé el móvil en el bolso. En mi mente, una voz me decía que huyera de allí, que me largase corriendo sin mirar atrás.

Pero, en medio de la noche, un chico a quien ya había visto antes apareció corriendo hacia mí a toda velocidad, con las cejas fruncidas y una sonrisa maligna dibujada en el rostro.



Capítulo 41

Y después, ese sufrimiento arraigará en nosotros como las flores.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Traté de gritar, pero no me salió ningún sonido.

Lo siguiente en lo que pensé, por instinto, fue meterme en el coche; pero nada más tirar de la manilla, a ver si se abría, comprendí que estaba cerrado con llave.

El chico seguía acercándose.

Avanzaba más deprisa, con una expresión hambrienta en los ojos, y de pronto recordé dónde lo había visto. Era un jugador del equipo de fútbol americano, amigo de Sev. Y ahora venía a por mí, riéndose. Como si fuese un juego.

Y para él, quizá lo fuera…

Eché a correr por el aparcamiento; la chaqueta de Seven se me

cayó al suelo. Al pasar junto a los coches los fui golpeando a ver si había alguien dentro que pudiese oírme, pero eso solo me hacía ir más lenta, y la persona que me seguía acortaba distancias a una velocidad increíble. Eso me hizo correr más, hasta que se me rompió un tacón, me caí y me torcí el tobillo.

El dolor me arrancó un grito. Con los dientes apretados, me quité los zapatos y se los arrojé. Se rio y los esquivó con facilidad. Me puse de pie y me alejé cojeando tan rápido como pude, aunque sabía que en unos instantes lo tendría encima.

Se me nubló la vista al comprender que, cuando me atrapase, sucedería algo horrible. Pero por encima de mí, en los árboles que rodeaban el aparcamiento, las hojas se agitaron. Alguien saltaba de rama en rama. Estaba rodeada. Era imposible escapar de los dos a la vez.

La persona de los árboles aterrizó en el pavimento frente a mí. Incrédula, vi que se trataba de Julian.

Tenía los puños apretados e iba descalzo. La camisa blanca era lo único que le quedaba del esmoquin. Julian plantó los pies en una postura defensiva y dejó escapar un gruñido entre los dientes. Me estremecí, pero pasé a su lado sin que me hiciera el menor caso.

—¡Es nuestra! —gritó el tipo que me perseguía; y oí un choque o algo así. Fui tan tonta que me paré a ver qué ocurría. ¿Qué quería decir con «nuestra»?

Julian empujó al jugador de fútbol americano, pero él a su vez empujó a Julian, y con mucha más fuerza. Julian cayó y debería haber aterrizado en el suelo, pero las ropas se hicieron pedazos y ante mí apareció un enorme lobo gris.

Fue como un milagro. De pronto era un lobo. Un lobo. Me escabullí detrás de un coche cercano y me agaché. Alguien chocó con algo y, cuando miré, vi dos lobos que peleaban. Dos. El jugador

de fútbol americano era de mayor tamaño, con garras más grandes y pelo rojizo, casi idéntico al boceto del hombre que se transformaba en el libro aquel del folclore. Julian era más pequeño, pero mucho más sigiloso y escurridizo.

Las alarmas de los coches saltaron a medida que chocaban con ellos. Aproveché la oportunidad para escapar. Salí de allí y corrí por la acera. La ciudad se distinguía a lo lejos. Si me alejaba lo suficiente, podría pararme a ver dónde estaba y pedir un taxi.

Me subí la trompeta del vestido por encima de las pantorrillas y bajé la colina cojeando, tan rápido como me lo permitía la adrenalina. Por suerte, lo del tobillo no era una luxación; eso lo tenía claro. Ya había tenido algún esguince, pero en aquel momento solo parecía magullado y un poco hinchado. Mejoraría con alguna pomada y un poco de hielo.

Cuando ya llevaba varios minutos corriendo y llorando, oí a alguien que se apresuraba a alcanzarme. Al mirar atrás vi que era Julian. Se había cambiado. Llevaba unos pantalones cortos grises y se estaba poniendo una camiseta blanca.

—¡Espera, Mira!

No esperé. Ya nada tenía sentido.

Pero Julian era mucho más veloz que yo y no le costó mucho adelantarme y bloquearme el paso, lo que me obligó a frenar en seco.

—Escúchame. Aquí no estás a salvo. Tenemos que irnos de inmediato.

Negué con la cabeza mientras luchaba por respirar. Estaba demasiado cansada y aturdida para responder. «El jugador de fútbol americano era un lobo, y me perseguía. Esto está pasando de verdad».

—Por favor —me suplicó Julian—. ¡Tenemos que irnos!

Me erguí y contemplé la noche nublada, la ciudad lejana… Tardaría mucho en llegar hasta allí. Si Julian me había alcanzado en pocos segundos, ¿cuánto les costaría darme caza a aquellos lobos más grandes?

Acompañar a Julian era mi mejor baza, y lo sabía.

—Vale, vale. De acuerdo. No hace falta que grites —resoplé.

Apretó los dientes.

—Si me escuchases, no me haría falta gritar.

—¿Por qué voy a hacer caso a lo que dices, si te niegas a ser sincero conmigo? ¡Me habría venido bien que me dijeras que aquí había más lobos! —grité—. ¿Y por qué es tan grande ese lobo? ¡Por dios! ¡¿Cuántos más hay?!

Julian hizo caso omiso de mis preguntas.

—Tengo el coche aparcado por aquí cerca. Te puedo cargar a cuestas o llevarte en brazos. Pero, sea como sea, tenemos que irnos.

Ninguna de las dos opciones me convencía.

—Puedo caminar.

Me miró como si estuviese de broma.

—No. Con ese tobillo, no puedes.

Al mirar la hinchazón hice una mueca.

—No es tan grave como parece. Se curará. Estoy bien.

—No se va a curar si sigues… —Calló, y exhaló poco a poco, con las aletas de la nariz dilatadas—. No vamos a discutirlo. Elige una opción, por favor.

—De acuerdo —acepté a regañadientes—. Date la vuelta. Prefiero a cuestas.

Cuando lo hizo, me remangué el vestido y me subí a su espalda.

Me levantó para colocarme en posición.

—Agárrate fuerte —avisó, y nos pusimos en marcha. Se movía a tal velocidad que era como volar. La noche se difuminó en un mar de

oscuridad, y tuve que cerrar los ojos para no marearme. Diría que no habían pasado ni dos minutos cuando llegamos a su todoterreno. Estaba aparcado a varias calles de distancia.

Julian desbloqueó las puertas. Nada más subirme, me gritó que me pusiera el cinturón, cosa que ya estaba haciendo. Le iba a contestar con un grito, pero la puerta ya se había cerrado. En cuanto puso el vehículo en marcha, aceleró calle abajo.

—¡Ve más despacio!

Me miró con cara de enfado y disminuyó un poco la velocidad.

Saqué el móvil del bolso.

—Voy a llamar a mi padre.

Se puso tenso.

—No lo hagas.

—¿Por qué no? Es el sheriff. Puede ayudarnos.

—Con esto, no —respondió Julian con los dientes apretados.

—Pero si se lo explico de forma que pueda entenderlo… —No terminé la frase, porque, fuera cual fuese el peligro, Bobby vendría si se lo pedía—. El tipo del aparcamiento venía a por mí. ¿Por mi sangre? —Intenté asimilar el hecho de que estaba ocurriendo de verdad; que, en aquel mismo instante, los licántropos querían darme caza. Todos mis miedos confluían a la vez—. No lo soporto. Nada de… —Julian me quitó el móvil con un movimiento veloz. Me puse a gritar—. ¡Devuélvemelo o te juro por Dios que saltaré del coche!

Pisó el freno con tanta fuerza que los neumáticos chirriaron y el coche derrapó hacia la izquierda.

—¿Por qué lo pones todo tan difícil? —dijo una vez hubo apartado el coche de la calzada—. ¿No ves que intento salvarte de ellos?

—¿Y tú por qué te portas como un gilipollas? ¿No ves que no puedo confiar en ti ahora mismo?

—Vaya, alguien tiene complejo de hija única… —murmuró.

—¿Qué dices? —resoplé—. ¡No tengo ningún complejo! Esto no tiene nada que ver con ser hija única —le dije con una mueca, mientras trataba de contener las lágrimas—. ¡Estoy enfadada contigo y no sé lo que está pasando!

—Lo que digo es que estás siendo desagradecida. ¡Te he avisado desde el principio! Te he dicho que te fueras. Y no me quisiste escuchar. —Estaba muy enfadado—. Te dije que era un monstruo. Te advertí del peligro. Y ahora te estoy salvando la vida, ¿y no eres capaz ni de decir «gracias»? Vamos, Mira…

Bajé la voz.

—Lo dices como si fuera lo más normal. Y no lo es, Julian. —Me sequé las lágrimas—. Todo eso es absurdo. Tengo derecho a sufrir un ataque de nervios, ¿vale? ¡Me persiguen unas fieras!

A Julian le costó encontrar las palabras para continuar.

—Mira, lo siento… Tienes razón. Y discutir no nos va a ayudar ahora mismo. —Inspiró hondo—. Tengo que confesarte otra cosa.

Me incorporé en el asiento. Me costaba tragar.

—Julian. —Frustrada, traté de prepararme mentalmente—. ¿De qué se trata? —No sabía si podría aguantar más sorpresas. Agarré la manija de la puerta y la apreté tan fuerte que me ardieron los dedos.

No vaciló.

—No soy solo un licántropo —susurró Julian—. También soy un vampiro.



Capítulo 42

Tuve la conciencia clara de en qué me había convertido por ella.

Artículo II, Cartas perdidas de Aadan Primero

Nos quedamos en silencio, con el coche todavía detenido a un lado de la carretera. Traté de organizar mis pensamientos, pegada contra la puerta del coche, pero dudando. ¿Cómo era posible aquello?

Julian me devolvió el teléfono y me quedé mirando la pantalla. Agarré la manilla de la puerta. La solté. ¿A dónde iba a ir? Se quedó mirando por el parabrisas. A lo lejos, las nubes envolvían la luna roja.

—¿Quieres hacerme alguna pregunta?

Me mordí el labio inferior y apreté el teléfono en la mano. Lo que tenía eran demasiadas preguntas.

—No sé ni por dónde empezar. Esto es… Esto se pasa de

increíble. ¿Cómo puedes ser las dos cosas?

Traté de respirar con más calma. Julian arrancó el coche y condujo unos cuantos metros antes de hablar.

—Hace siglos que esto le pasa a los de mi especie. Es más tenebroso que el cuento de hadas que se ha inventado la gente. Más tenebroso que lo que cuentan esos libros sobre Timber Plains.

»Hace muchas eras, llegaron los primeros vampiros, los llamados élites. Todo empezó en Europa. Cuando los europeos huyeron a nuevas regiones, los vampiros los siguieron. Fueran a donde fueran, llevaban enfermedades, que se contagiaban a través de la sangre de las víctimas que conseguían escapar. Los humanos empezaron a morir en gran número. La gripe, la peste, los vampiros.

»Los élites arrasaron ciudades enteras por todo el mundo hasta que, un día, los cielos se abrieron y Aadan descendió. Cuando llegó al mundo, nació una nueva mutación. Los licántropos. Y, cuando Aadan se convirtió en lobo por primera vez, se dividió en dos.

»Aadan Primero y Aadan Segundo fueron los originales.

»Se dijo que los originales crearon un escudo protector en torno a la humanidad. Eran lo único que podía acabar con un vampiro. La manada creció y creció, y con el tiempo los lobos se extendieron por todo el mundo, al principio como una mutación en ciertos mortales, hasta que al final se aparearon para multiplicarse.

»A la manada original le llegó la noticia de que los élites habían viajado a Norteamérica para instalarse en el Medio Oeste. Aadan Primero y Aadan Segundo se desplazaron allí, al igual que muchos otros.

»Buscaron a los élites durante años, pero no los encontraron. Eso causó división. Al final, Aadan Segundo sintió que era más fuerte, más ágil. Siempre era un guerrero dispuesto para la batalla, mientras que Aadan Primero estaba cada vez más cansado. La caza

constante, las luchas y las matanzas, no le parecían una vida plena. Y por eso, Aadan Segundo quiso ser el alfa…, pero solo podía haber un alfa.

»El primer Aadan trató de razonar con el segundo, pero, cuando eso falló, estalló la guerra. Los lobos se enfrentaron entre ellos, lucharon a muerte. El segundo Aadan destruyó ciudades enteras en su ira, mató a los humanos y a los lobos que seguían a Aadan Primero, hasta que por fin dio con la aldea oculta de los vampiros y acabó con ella.

»Entonces, una noche como esta, durante la luna de sangre, una vampira hizo un pacto con Aadan Primero en medio de la guerra. Si se unían, serían más fuertes que Aadan Segundo y podrían defender su territorio. Así nacieron los licanos de sangre, mi pueblo.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunté. No le di ocasión a responder, porque aquella era la historia que Rena me contaba—. Pero el lobo y la vampira no solo hicieron un pacto. Se enamoraron, ¿verdad?

—¿Quién te ha dicho eso? —Tenía la voz quebrada.

—Mi madre —dije. Julian me miró con los ojos entrecerrados, pero seguí hablando—. ¿Y cómo…, o sea, cómo se pudieron emparejar? Eran diferentes. ¿El pacto lo solucionó todo de verdad?

Clavó la vista en la carretera.

—Tuvo lugar una evolución. Lo que nosotros llamamos «compañeros predestinados». Y no, no lo solucionó todo. —Me vio la cara de confusión y se explicó mejor—. Es como una impronta, algo muy habitual en la naturaleza. Los pájaros y otros animales nacen con la habilidad de la impronta, un mecanismo para fijarse a su madre, y más tarde determina con quién se emparejarán.

»En el mundo paranormal es un poco diferente. Se trata de un proceso involuntario por el que los lobos y los licanos de sangre

encuentran a su otra mitad. Al principio tenía el objetivo de construir una comunidad más fuerte y cohesionada, con descendencia más adaptada. Para los lobos, surge tras el primer encuentro con su futura pareja. Para los licanos de sangre, llega en forma de sueños y visiones. Pero tienen que probar mutuamente su sangre para saberlo de verdad.

Aquella nueva información me provocó una avalancha de preguntas. Lo primero que quería saber era si Julian había encontrado ya a su compañera predestinada, qué les pasó a los vampiros, si los lobos se rendían alguna vez.

—¿Tú ya tienes pareja? —pregunté.

—No —dijo a toda prisa, y pareció entristecido.

—Has dicho que el pacto no lo solucionó todo. ¿Por qué?

—Solo sirvió para enfurecer todavía más a Aadan Segundo. Nuestras manadas están enfrentadas desde entonces. Las guerras han durado años. Venimos de la misma sangre, pero eso a los purasangres no les importa. Quieren que nos rindamos, quieren demostrar su poder, terminar lo que empezó Aadan Segundo. Por lo que sea, en la nueva evolución nunca han tenido su propio alfa. Eso sigue perteneciendo a la estirpe de Aadan Primero, y ser un alfa conlleva un poder del que ellos carecen. Un poder que desean.

—¿Y qué pasa con Seven? ¿También es un licántropo? ¿O un vampiro? ¿O una mezcla? ¿Y cómo…?

El coche se detuvo. Afuera, en fila en la calle, había un grupo de gente. Tenía cosas en común, todos eran altos y musculosos, pero de diferente género y varios tonos de piel. Busqué a Seven entre ellos y no lo vi.

Todos tenían los brazos extendidos y una expresión de rabia en el rostro, listos para el enfrentamiento.

—Son los purasangres. ¡Vienen a por ti! —rugió Julian. Me

agarré a su camisa—. Si cruzamos la frontera del estado no podrán darte caza. Sería violar el tratado.

Dio marcha atrás. No me había dado cuenta de lo cerca que estábamos de la frontera estatal de Kansas.

Pisó el acelerador.

—¡Julian! ¡Los vas a matar!

—Te aseguro que no. Por la mañana estarán bien.

Pero, en ese momento, unos focos brillantes se encendieron apuntado hacia el costado de Julian. Era una trampa. Otro coche embistió contra el jeep a toda velocidad, y nuestro vehículo volcó y se salió de la carretera.



Capítulo 43

Te ata la turbulencia del devenir.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Solo recuerdo que grité y que Julian se quitó el cinturón de seguridad para rodearme con los brazos cuando se activaron los airbags. No había manera de saber cuántas veces rodó el coche sobre sí mismo, pero yo debería haber muerto.

Cuando se detuvo, Julian dio una patada en el techo para abrir un agujero y que pudiéramos escapar. Me pitaban los oídos y la cabeza me daba vueltas mientras me ayudaba a salir. Todo sucedió muy deprisa, y el coche se vio lanzado más lejos de los lobos de lo que creíamos.

—¡Tenemos que correr! —gritó Julian al tiempo que tiraba de mí entre la hierba alta.

Había mucho ruido, no podía concentrarme en una sola cosa.

Solo supe que corríamos hacia las luces, los edificios, y luego cruzamos un umbral invisible que marcaba la frontera estatal.

Julian se detuvo y yo también, jadeante, tratando de pensar con claridad. Detrás de nosotros relucían unos ojos. Eran los mismos que había visto hacía semanas, fuera de mi habitación.

Habían sido ellos desde el principio.

Una mano se agitó ante mi rostro. Aún me pitaban los oídos, y Julian intentaba que me concentrara en él. Me empecé a volver despacio, luego de golpe. Me miró de arriba abajo, apremiante.

—¿Estás bien?

El que no estaba bien era él. Tenía el brazo en un ángulo raro, inerte a lo largo del cuerpo, y unos arañazos que le cubrían los brazos y las piernas. La sangre le goteaba sobre los zapatos.

—Tienes el brazo roto.

Trató de estabilizárselo con un cabestrillo que se hizo con un jirón de la camisa.

—Se me curará. Tenemos que movernos. Tienen maneras de saltarse el tratado. Esto solo servirá para retrasarlos.

—¿Qué? ¿Para qué está un tratado si no es para cumplirlo?

—Eso es política —respondió, y echó a andar.

—Espera, Julian. ¿A dónde vamos? No tenemos coche, ni teléfono.

—Hacia el oeste, a los bosques. No podemos dejar que nos vea nadie así.

Nos apresuramos hacia los árboles por un sendero sin señalizar. Yo no estaba segura de a dónde íbamos, pero era obvio que Julian seguía un rastro.

Cada pocos metros, hacía una mueca de dolor. Apretó los dientes y entrecerró los ojos.

—En este estado, no puedo cambiar —dijo—. Tardaremos horas

por este camino, y estoy demasiado débil para llevarte. Lo siento.

Parecía derrotado. Habría querido decirle que todo saldría bien, pero a ninguno de los dos nos hacía falta mentir así. El vestido se me enganchó entre la maleza y se me desgarró, y las plantas de los pies se me llenaron de sangre y heridas al pisar las piedras y ramas puntiagudas.

Para empeorar todavía más las cosas, empezó a llover. La lluvia se coló con fuerza entre las hojas. Tuve que doblar las rodillas para no resbalar. Todo era un desastre. Mi pelo. Mi vestido. Mi vida. Un gigantesco montón de mierda.

—Toma. —Julian se quitó los zapatos. El pelo húmedo le caía sobre la cara—. Póntelos.

—No puedo.

Ya había hecho demasiado por mí, estaba destrozado. Y la culpa de que estuviéramos en esas circunstancias era mía.

Insistió en ofrecérmelos, me los plantó delante.

—Cógelos.

Lo miré llena de miedo.

—Pero los pies se te van a…

—A mis pies no les pasará nada, se me curarán. Los tuyos, no. —Me los puso a los pies y me los calcé con los ojos llenos de lluvia.

—Gracias —dije con un hilo de voz y los labios temblorosos. La lluvia no daba señal de amainar. No soportaba aquella versión de mí misma, tan frágil, pero, cuando empezaba, no había manera de parar. Tenía un nudo de pesar en la garganta—. Gracias por… por todo. Me has vuelto a salvar la vida.

—No me quito la costumbre, ¿eh?

Era difícil oír a Julian en medio de la lluvia, así que me acerqué más.

—No lo entiendes. Antes de todo esto, mi existencia era

mediocre, y eso en el mejor de los casos. La desaparición de mi madre me hizo mucho daño por dentro, pero nunca había pasado por nada como lo que estoy pasando ahora. Y no entiendo por qué sucede. Si tan deseable es mi sangre, ¿cómo es que no han venido antes? Ya tengo dieciocho años.

—¿Crees que nunca has experimentado nada fuera de lo normal?

—No.

Me miró e inclinó la cabeza a un lado.

—¿De verdad?

—¿Por qué me miras con esa cara? Sí, de verdad. Me habría dado cuenta —dije, pero la duda me invadió al tiempo que me metía en un charco y el lodo me salpicaba las piernas.

—Creo que no te has dado cuenta. El colgante que llevabas es una protección, ¿recuerdas? Detiene a quienes tienen intención de hacerte daño. ¿Sabes lo mucho que abarca eso? No es solo daño físico, Mira. También daño mágico.

Ya me había planteado lo rara que era aquella herencia familiar, y no sabía cómo se había hecho Rena con algo tan poderoso.

—Pero no siempre he llevado ese collar. Además, todo esto es nuevo para mí, Julian. Tú naciste en este mundo, y yo hace solo un par de semanas que he sabido que existía.

—Tienes razón, lo siento. —Hizo una mueca de dolor y aminoró el paso—. Es que busco la manera de que entiendas que… que no creo que hayas estado tan al margen de este mundo como crees.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que sí, que todo esto es nuevo para ti y no siempre has llevado el colgante, pero también es posible que una persona cercana a ti haya ocultado el olor de tu sangre a los seres como nosotros.

¿Ocultarlo? ¿Había sido Rena capaz de hacer algo tan magistral?

—¿Cómo se puede ocultar? —pregunté.

Nos habíamos detenido. Ante nosotros se alzaba un viejo álamo negro con un agujero en la base del tronco. Julian metió las manos sin titubear y sacó una mochila azul marino cubierta de hojas.

—Es una base de emergencia —dijo como respuesta a la pregunta que no le había llegado a formular—. Para casos como este.

Dentro había una tienda y provisiones, así como agua.

La tormenta había cesado, pero fue todo un desafío montar la tienda con el agua que aún nos caía en la cara y en los ojos procedente de las hojas. Julian estaba sufriendo mucho. No lo iba a reconocer, en eso nos parecíamos mucho, pero lo vi con claridad: el tic en la barbilla, la manera de morderse el labio, la cojera tras la caminata por terreno irregular, la sangre que no dejaba de manarle de la herida en el costado. Solo podía utilizar un brazo y a cada paso que daba iba más encorvado, pero se negaba a rendirse. Aparte de unas cuantas magulladuras, a mí lo único que me dolía era el tobillo, y con un poco de esfuerzo lo podía controlar.

—Ya me encargo yo. —Le cogí los palos de la tienda.

Trató de resistirse, como me había imaginado. También me esperaba que discutiera conmigo, que me recordara lo ingrata que era; pero, por una vez, me necesitaba, y aquel era el único poder que yo tenía.

Se rindió con tristeza y los soltó, agachó la cabeza y fua a apoyarse contra el tronco del árbol al tiempo que se sujetaba el brazo.

Respiré hondo y puse manos a la obra. Una vez montada la tienda, nos apresuramos a meternos dentro para esquivar la lluvia que volvía a caer con fuerza. Julian sacó una linterna a pilas y la encendió. A continuación, me lanzó unos pantalones de chándal y

una camiseta.

Solo había una toalla, así que la compartimos y nos secamos en la medida de lo posible. Puse a un lado los zapatos de Julian y lo miré.

—¿Qué? —dijo con la boca ocupada en quitarle el envoltorio a una barrita de muesli.

—Gracias por la ropa. Si no te importa… —Describí un círculo con el dedo para que se diera la vuelta—. Por favor.

Soltó una risita que era casi de incredulidad. Hacía días que no le oía reír.

—Hay cosas que no cambian, ¿eh? —dijo.

Y, de pronto, lo recordé todo. Aquellos últimos momentos de envolverlo como el viento que acaricia la superficie del agua. La cabeza sobre su hombro, la nariz contra su cuello, unos dedos que me acariciaban el pelo antes de despertarme, un pulgar sobre mi pómulo. Si el tiempo hubiera sido compasivo, me habría metido en su piel, le habría aliviado aquellos dos últimos días. Tal vez así habría estado preparada para el momento inevitable en que se apartaría. Pero solo éramos amigos…

La lluvia tamborileaba contra la lona de la tienda. Casi rompí la cremallera del vestido en la prisa por quitármelo.

—¿Qué ha pasado, Julian? —pregunté cuando conseguí formular las palabras que me quemaban en la garganta—. ¿Ha sido algo que he hecho yo?

Siempre había sido cauto, evasivo, pero eso era antes. Antes de que tuviéramos que huir. Antes de que se me echara encima para protegerme mientras el coche volcaba. Me seguía salvando una y otra vez. ¿Hasta cuándo podría yo aguantarlo?

—Ha sido por mi culpa —dijo.

—Eso es mentira —repliqué al tiempo que me ponía la ropa que

me había dado Julian. Olía a madera mojada y a hierba muerta—. Y lo sabes.

—Ya sé que lo parece, pero…

—Pero —lo interrumpí.

—No debería estar contigo. Porque… —Se interrumpió a media frase y se volvió cuando pensó que ya me había vestido.

Agaché la cabeza y me dejé caer, agotada por el simple hecho de existir.

—Así que es verdad, ha sido por mí —dije con un hilo de voz casi inaudible bajo el fragor de la lluvia. «Como si no lo supiera».

Julian trató de acercarse más.

—Mira, no, por favor. —Me clavó los ojos ardientes, pero no vio que por dentro ya me estaba convirtiendo en piedra—. Esto va mucho más allá de ti. Sé que prefieres simplificarlo y convertirte en la respuesta, asumir la culpa. Pero te juro que es mucho más complicado que todo eso.

Decidí que ya no quería seguir hablando del destino. Eso solo serviría para convertir la tristeza en rabia, y ya sentía cómo me empezaba a bullir en el pecho.

—¿Has dicho que eras vampiro y lobo a la vez? —le pregunté.

Su existencia era probablemente uno de los ejes de aquella historia, y tal vez por eso eran mucho más sensibles a mi sangre. Pero solo eran suposiciones.

El cambio de tema lo cogió por sorpresa, pero reaccionó bien.

—Preferimos la expresión «licanos de sangre», pero sí, es correcto.

Cogió otra barrita de muesli, y yo también, junto con una botella de agua. Mientras comía, me senté con las rodillas pegadas al pecho.

—¿Tienes que beber sangre para sobrevivir?

—No, no exactamente. Tardamos un poco, pero al final conseguimos averiguar cómo funciona la sangre en nuestra dieta. Los bebés la toman y eso los ayuda a crecer antes y más fuertes, pero la leche les aporta los mismos beneficios. Cuando se van haciendo mayores, les quitamos la sangre de la dieta. —Julian apartó la mirada—. Pasada la infancia, solo bebemos sangre por dos motivos: por placer y para recuperarnos.

«Por placer». Dejé escapar el aliento contenido y le di otro mordisco a la barrita de muesli.

—¿Por qué no tienes colmillos?

—Es un truco de magia, Bells —me dijo, y oír aquel apelativo no me provocó la misma reacción que en otras ocasiones—. Los escondo. Mira. —Sonrió. En un momento le vi los dientes afilados, vampíricos, y al siguiente volvieron a ser normales. Era fascinante. Julian se incorporó un poquito—. ¿Te puedo hacer yo una pregunta?

Asentí.

—Antes de que volcáramos, dijiste que tu madre te habló sobre la vampira y el lobo que se enamoraron. ¿Cómo lo sabía?

—Pues… —No me había parado a pensar en lo importante que era esa historia para la especie de Julian—. La verdad, pensé que se la había inventado. Cuando me contaba las leyendas de Timber Plains, di por hecho que exageraba la historia para hacerla más dramática. En esta ciudad, cada uno la cuenta a su manera. Pero nunca llegó a contarme el final.

—No terminó bien para ellos.

Me lo dijo como si las palabras fueran un puño, un cuchillo.

—¿Por qué?

—No todos los vampiros que aceptaron la paz se unieron a lobos. Muchos estaban en contra de las relaciones entre especies, pero siguieron conviviendo con ellos debido a los términos del

tratado hasta que, en mitad de una noche, un pequeño grupo decidió romper su palabra. Lanzaron a los élites contra nosotros, lo que desencadenó una guerra que ha durado siglos. Desde mucho antes de nacer yo, los vampiros, los licántropos y los licanos de sangre han estado enfrentados.

—¿Por qué no ha terminado aún la guerra?

—A veces, la venganza no tiene una cronología.

Valía la pena meditar más sobre aquella frase, analizarla, desmenuzarla, entenderla bien. Se hizo el silencio, roto solo por el repiqueteo de la lluvia.

En la penumbra, me fijé en que Julian tenía la camisa y los pantalones cortos empapados.

—¿Vas a quedarte sentado con esa ropa?

—Estará empapada dentro de nada.

—¿No llevas nada más? —La mochila era grande y aún se veían cosas dentro.

—Tengo otra camisa, pero… —Se miró el brazo—. No vale la pena ponérmela.

—Te puedo ayudar.

Hizo una mueca al moverse.

—No, no hace falta que me vistas.

—Venga ya, Julian. —Me acerqué más a él—. Me has salvado la vida. Dos veces. Deja que te ayude. Además, si no fuera por mí, no tendrías el brazo roto, para empezar.

—Por favor —murmuró—. Deja de echarte la culpa de todo.

Tragué saliva y cogí la bolsa antes de que le diera tiempo a hacerlo a él. Me miró pensativo mientras yo rebuscaba en el interior para sacar una camisa azul desteñida. Puse la bolsa a un lado y salvé la distancia que nos separaba al tiempo que contenía la respiración como si eso pudiera controlar la ansiedad.

Clavó en mí una mirada inexpresiva y yo le respondí de la misma manera, apreté los labios y me senté sobre los talones delante de él.

—¿Cómo quieres que lo hagamos?

Lo examiné. La camisa que llevaba puesta estaba tan empapada que parecía pegada a su cuerpo. Bajó la vista y suspiró.

—Rómpela, da igual —dijo.

Fruncí el ceño y le agarré el cuello de la prenda para tratar de rasgarla, pero no pude. El tejido mojado era mucho más difícil de romper. El agua lo hacía más pesado y resistente.

Cuando lo intenté por tercera vez, Julian me tocó la mano. Me encogí antes de darme cuenta de que quería llamarme la atención.

—Espera.

Agarró el cuello entre los dientes y me aparté un poco. Vi cómo se le alargaban los colmillos hasta convertirse en dagas afiladas que atravesaron la tela como si fuera cera caliente. Luego, se apartó para dejarme terminar el trabajo.

Me quedé conmocionada, hipnotizada. Me sonrió. Al final parpadeé y, mientras me miraba, le desgarré lo que le quedaba de la camisa. El sonido fue tan fuerte que apagó el de nuestra respiración y la lluvia. No me di cuenta de que me había mordido el labio al hacerlo y allí, en mi boca, apareció una diminuta gota de sangre.

Los ojos de Julian se enturbiaron, su respiración se volvió jadeante. Me aparté de él y me tapé la boca.

—Lo siento. No me di cuenta…

Me agarró la mano y sacudió la cabeza.

—No pasa nada. No te voy a hacer daño. El olor, ver la sangre…, no me afecta tanto como si fuera más joven.

Titubeé. Antes, la sangre me parecía una cosa trivial, pero de pronto estaba llena de señales de alerta. Y lo que me hizo reaccionar fue recordar que ya había sangrado aquel mismo día. Tenía cortes

en los brazos y en las piernas, y eso no había afectado a Julian.

Volví a retirar los restos de la camisa. Paseé la vista por cada línea y curva de los músculos del abdomen, por los tatuajes, aquí y allá, por la línea de vello fino que llevaba hacia abajo. Sabía que era una grosería mirar tan fijamente. Una vocecita no paraba de provocarme, de tentarme para que le pusiera un dedo en el pecho y recorriera las líneas de la musculatura…

Lo desconcertante fue la manera en que luché contra esa idea. ¿Qué estaba pensando, cuando sabía muy bien la respuesta? Seguí adelante, sin saber cuánto tiempo había durado la distracción.

Cuando miré a Julian a la cara, vi que las mejillas se le habían teñido de rojo y tenía los ojos como un cervatillo. Estaba tan obsesionado conmigo como yo con él. Sentí que se me encogía el corazón, los pulmones.

Tiré con cuidado para deshacer el cabestrillo y se mordió el labio.

—Lo siento —murmuré, y lo ayudé a pasar el brazo herido por el agujero de la camisa.

Luego le volví a hacer el cabestrillo y el resto del proceso transcurrió sin más problemas.

—Gracias —susurró; y, justo cuando iba a retroceder, me puso la mano sana en la base de la espalda para detenerme—. Mira —añadió, con voz casi inaudible.

Se me caldeó el alma al verle el brillo en los ojos a la escasa luz, su manera de tocarme, de decir mi nombre, la necesidad de estar cerca de mí. Me pareció un pecado.

—Lo siento —siguió, siempre en susurros—. Siento haber desaparecido la semana pasada, siento haberte puesto las cosas difíciles en la fiesta. Cuando estoy cerca de ti, siempre me encuentro en conflicto, y la versión de mí que sale a la luz nunca es la mejor.

Cuando estoy cerca de ti… —Se detuvo para calmarse; aún tenía los ojos clavados en los míos. Me atrajo más hacia él. Nuestras rodillas se rozaron—. Cuando estoy cerca de ti, descubro que cada vez me gustas más, contra toda la razón. Contra la paz. Contra cada fibra de mi ser, que me dice que me aleje.

Me metió la mano en el pelo, los dedos entre los rizos enmarañados.

—Todo en ti es adictivo, y por una vez quiero ceder, entregarme —terminó. Me cogió la mano y se la llevó a los labios; me besó los nudillos.

Yo ansiaba su contacto con un hambre devastadora. Traté de reprimir ese sentimiento, de recordarme que nuestra alianza aún era demasiado nueva, pero el sentimiento no paraba de subir a la superficie, de tirar de mí hacia él. Cuando me soltó la mano, me agarré a él, me senté en su regazo y le rodeé la cintura con las piernas. Pegó la frente contra la mía.

—¿Sientes lo mismo que yo? —me preguntó en un susurro.

Si el deseo fuera voz, habría dicho mi nombre en todos los idiomas. Me amoldé a su cuerpo, a cada curva y plano de él, como si hubiera nacido para eso.

—Sí —dije, y tardé unos segundos en comprender lo que ya sabía. Porque era cierto. Claro que sí. Lo sabía mejor que nadie.

Se le dibujó una sonrisa en la cara y me adelanté sobre su regazo, le eché las manos a los hombros. Lo besé con un beso que le robó el aliento, que le decía a gritos que él era mi última esperanza.

Me devolvió el beso sin reservas, me besó con un ansia primaria, como si todo su ser dependiera de mis labios, como si mis huesos le supieran a terciopelo.

Fue un beso que me dejó sin aliento.

Se prolongó en el tiempo para compensar todos los minutos, todos los segundos, todas las lunas que habíamos estado sin tocarnos. Para reflejar cómo nos ansiábamos el uno al otro, como el último rayo de sol que entra por las vidrieras de una iglesia desierta. Para decirnos que habíamos sido espinas clavadas cada uno en el costado del otro, frágiles, cediendo poco a poco, sucumbiendo a la necesidad.

Y eso era de pronto lo único que importaba. No que estuviéramos a la fuga. No que yo temiera por mi vida. No la lluvia, ni el sudor. Solo aquel beso.

Me abrumó y me arrasó por dentro hasta que caímos al suelo. Nos aferramos el uno al otro, dos seres rotos y atormentados, hasta que el monstruo se calmó en los dos.

Nos alejamos el uno del otro, nuestras bocas se separaron.

—Julian —empecé, al principio en voz baja—. Si bebes mi sangre, ¿te recuperarás más deprisa?

No era el mayor de nuestros problemas, pero, aunque habíamos cruzado la frontera estatal, persistía el peligro de que nos dieran caza. Y, además, estábamos en lo más profundo de un bosque, a oscuras, sin tecnología y sin apenas alimentos. No quería dormir allí si no era imprescindible.

Julian se incorporó con la sorpresa pintada en cada rasgo del rostro.

—Sí, claro…

Yo también me senté y me arreglé el pelo.

—Define «más deprisa».

—No sé, en una hora —dijo con conto mesurado—. Puede que menos.

Si eso significaba que solo tenía que esperar sesenta minutos, que podíamos escapar de aquellos bosques y ponernos a salvo,

prefería que el tiempo empezara a contar ya.

—Quiero que bebas mi sangre.

Antes de que terminara la frase, Julian ya estaba negando con la cabeza.

—No tienes por qué ofrecerte así, Mira. Solo me hace falta descansar y todo se resolverá.

Era mentira. Aquel hombre era transparente. Tenía la verdad pintada allí, sobre el pecho.

—Tardaríamos horas en salir de aquí, Julian. No nos lo podemos permitir —insistí.

Volví a acercarme a él, a sentarme en su regazo. Suspiró, agachó la cabeza.

—Mira —empezó, y supe que quería rechazar mi oferta, pero no lo hizo de manera directa—. No conoces todos los riesgos.

—¿Como cuáles? Dímelos —exigí—. ¿Me convertiré en vampiro?

—No, no tengo poder para hacer eso.

—¿Mi sangre… te puede hacer daño?

—No.

—¿Voy a morir?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Tengo la sensación de que te estás metiendo en esto sin pensar. Y quiero que estés segura.

—Estoy segura de mi decisión, aunque tú no lo estés. Soy proactiva, Julian. No quiero seguir aquí, escondida. ¿Qué ganaremos con esperar? No tenemos tiempo. —Apartó la vista de la mía—. ¿Es porque…? ¿Es porque tienes miedo?

Julian echó la cabeza hacia atrás, se apartó el pelo de la cara. Vi cómo tragaba saliva antes de que le salieran las palabras.

—Ha pasado mucho tiempo desde que probé la sangre de

alguien así.

Esperé a que se explicara.

—¿Cómo, si no, consigues sangre?

—No la necesito para sobrevivir, así que puedo ser… selectivo. Es decir, que… siempre ha sido una experiencia muy íntima.

Entendí al momento lo que quería decir, pero al mismo tiempo me invadió una curiosidad arrolladora. Quería saber con quién había sido, qué había significado para Julian.

—De acuerdo —dije.

—¿De acuerdo? —Lo repitió en tono interrogativo.

—Sí. Esto es lo que quiero.

Los ojos de Julian se enturbiaron con una expresión difícil de identificar. Tal ver fuera pura depravación; tal vez fuera una vulnerabilidad perturbadora, un deseo de no probar mi sangre jamás. O tal vez fuera un hambre controlada… Pero, pese a todas esas cosas, yo era su salvación.

—¿Confías en mí? —susurró.

Y supe que necesitaba oírlo de mis labios. Me suplicaba permiso como si estuviera de rodillas. Le miré los labios gruesos, me incliné más hacia él, respiré el aire de su boca.

—Sí, Julian, confío en ti. —Y era verdad.



Capítulo 44

Veni. Vidi. Amavi.
Ese iba a ser el nuevo camino.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Sentí una opresión en el pecho, el corazón que bombeaba adrenalina por mis venas, pero todavía no había pasado nada. Julian respiró hondo y desvió la mirada, señal de que iba a cambiar de opinión.

—Mira…

—Ni se te ocurra —susurré, y él suspiró. No podía negar que me necesitaba, que los dos lo necesitábamos.

—Está bien —se rindió por fin.

—¿Cómo funciona?

Me miró el cuello de reojo.

—El primer mordisco te dolerá un poco, pero el veneno te sumirá en un estupor que hará desaparecer el dolor. Sentirás como un

desvanecimiento, pero yo… tendré mucho cuidado —prometió.

El color dorado de los ojos de Julian se desvaneció y las pupilas se dilataron hasta que los ojos se volvieron negros del todo. Me apartó de los hombros los rizos empapados; el pulgar me acarició la mejilla y descendió por la línea de la mandíbula hasta la garganta y se detuvo en el cuello de la camisa.

—¿Te importaría…? —preguntó con una voz grave e intensa mientras miraba el punto donde se había posado la mano—. Preferiría no dejarte marcas en el cuello para evitar… lo inexplicable.

Le seguí la mirada.

—¿En qué estás pensando?

Julian me señaló el pecho y luego el dedo descendió hasta la piel suave encima de mis senos. Asentí, y él extendió los colmillos.

Rajó el cuello de la camisa hasta que formo una V. El sonido del tejido al romperse me aceleró el corazón, así que apreté los dientes.

El aire fresco me acarició la piel y me puso el vello de punta. Algo poderoso le relució en los ojos, y los muslos me temblaron de nerviosismo.

—¿Estás bien? —murmuró.

—Sí.

—No voy a hacerte daño —dijo; pero lo que me aterrorizaba era la espera, tanto que me daban ganas de gritar.

Inspiró, y yo espiré.

Primero me rozó la parte superior del pecho con los labios; fue un beso cálido y paciente, seguido de otro, y otro, hasta que el beso se transformó en un mordisco.

Sentí un pinchazo e hice una mueca. Algo fluyó de mí hacia él. El latido del corazón adquirió un ritmo lento y estable en mis oídos. Me pesaban los párpados y las pestañas aleteaban. Antes de que todo se volviera borroso, lo vi. Un rostro angélico que miraba hacia arriba,

hacia el mío; el carmesí le inundaba los ojos. Sentí un frenesí mientras las sensaciones crecían dentro de mí.

Con la siguiente inspiración me invadió la euforia y me apreté contra él. Era como si diese vueltas y vueltas en una felicidad perfecta, como si el hacedor del universo me hubiese creado para ese preciso momento, para regresar a él una y otra vez. Qué preocupante, pensar que me dejaría desangrar por cualquier cosa que me sostuviera como él lo hacía.

Mis miembros se rindieron a la gravedad y la cabeza se me cayó hacia atrás. Julian me puso una mano en el omoplato para mantenerme pegada a él. Pero, cuando se apartó de mí, la presión que crecía en mi cuerpo me transformó en algo violento y necesitado, incapaz de respirar.

De los labios manchados le goteaba la sangre de color caoba. Ojos hambrientos, expectantes. Apoyé la frente en la suya y supe que haría cualquier cosa por otro segundo, otro momento como aquel.

—Más —exigí, incapaz de visualizarme a mí misma sin ello, porque cuando cerré los ojos un brillo mágico me envolvió como confeti. Una bruma de felicidad muy superior a todo lo que había experimentado antes.

Me lamió la herida del pecho y volvió a morder, y yo me derrumbé sobre él. En mis párpados se proyectaba un sueño. Estaba con él, y de pronto a muchos kilómetros de distancia, en un cielo sin nubes, mientras veíamos rotar la tierra. El sol se alzaba y se ponía, y tiraba de nosotros como un imán hasta que quedamos de frente, cogidos de las manos, y nos hundimos por completo en un insondable sentimiento de totalidad.

Se detuvo.

—Ya es suficiente —susurró mientras me besaba el pecho, el

cuello, la cara.

—No —murmuré.

—Sí. —Rio y el sonido de su voz me tranquilizó como nunca hasta entonces—. Es el veneno lo que te empuja a comportarte así.

Hice pucheros y resoplé.

—No seas tan sensato y responsable; es un rollo.

Me regaló una sonrisa que me consumió, que desató una vibración en mi pecho. Allí, entre el cielo y la tierra, se escondía el auténtico significado de la vida, de la felicidad.

—Puedes tenerme a mí —prometió, y yo fruncí los labios—. Hablo en serio, Mira —insistió, con una mirada nueva y escarlata en los ojos. No vi hambre en ellos, no. Lo que sentí fue algo mucho más profundo—. Puedes tenerme hasta que la última estrella de esta galaxia se haya apagado.

—Eso suena a una eternidad. —Lo toqué, porque me era imposible mantenerme apartada.

—Tal vez sí —susurró, y yo le metí los dedos en el pelo y posé los labios sobre los suyos, con la respiración acelerada de nuevo. Pero esa vez, cuando nos besamos, sentí que su alma y la mía se entrelazaban en una fusión de pura luz blanca que nos marcaba con un infinito. Cuando tiró de mí y me atrajo hacia él, y me estrechó la cintura con el brazo, supe que era magia. Pura magia.

Seguimos besándonos hasta que me sentí agotada. Terminé tumbada en el suelo de la tienda, y él a mi lado.

—Se te está pasando el efecto del veneno, Bells —me dijo cuando descansé la cabeza en su pecho—. Y por eso te da sueño.

Quise responderle, pero estaba demasiado débil para hablar.

Susurró algo, un secreto que se deslizó con un fuerte suspiro mientras yo me hundía en un sueño profundo. Mi cabeza subía y bajaba al ritmo de su respiración, y la lluvia no amainaba.

Fue extraño, y absorbente, y maravilloso.



Capítulo 45

Durante milenios, estuvimos inmersos en la violencia divina.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Me despertó algo que se movía; Julian me estaba sacudiendo por los brazos. El sueño me pesaba tanto que me costó recuperar la consciencia.

Entre parpadeos, vi una expresión de pánico en su rostro, y cuando me volvió a tocar pude sentir el miedo que lo recorría.

—Bells… —tartamudeó con voz temblorosa—. Escúchame, Mirabella. —Se calló y miró de reojo por encima del hombro, como si esperara algo. Me miró de nuevo y se inclinó sobre mí—. Sé que es difícil, pero, por favor… —rogó—, por favor, haz un esfuerzo, resístete al impulso de seguir durmiendo.

Traté de moverme, pero sentía los miembros pesados, lánguidos.

El deseo de dormir era irresistible. Se me cerraban los ojos.

—No —suplicó—. No cierres los ojos. Yo… he metido la pata, y lo siento. Lo siento mucho —se disculpó. La urgencia de su voz me despertó un poco, pero no lo suficiente—. Pase lo que pase fuera de esta tienda de campaña, tienes que saber que todo ha cambiado. Ahora no tengo tiempo de explicártelo, pero… —Las palabras se difuminaron y la cabeza se me cayó de lado mientras la oscuridad se apoderaba de mí.

Julian me sujetó la cara con los dedos clavados en las mejillas.

—Despierta, Mira. —Tiró de mí para levantarme, con la intención de que me sentara. Un poco más despierta, logré enfocar la vista para mirarlo. Lo primero que vi fue la boca, los labios que se movían a un ritmo frenético.

—Te juro por mi vida que no dejaré que te hagan daño. Tienes que confiar en mí. —Me apretó la mano—. Soy tuyo. Te lo prometo, soy tuyo —susurró, y de pronto dejó de hablar. Yo parpadeaba, confusa, y trataba de entender lo que ocurría.

—¿Qué? —grazné. Volví a enfocar la vista. Estaba delante de mí y me ponía sus zapatos y anudaba los cordones, como si eso fuese a bastar para sujetármelos. Movía el brazo con normalidad y las heridas habían desaparecido, o eran solo marcas tenues en la piel. Su cuerpo se había curado casi por completo.

—Tienes que irte. Tienes que huir —insistió, con una mirada salvaje en los ojos.

—¿Qué? ¿Por qué tengo que huir? ¿A dónde voy a huir?

Se arrodilló junto a mí.

—Da igual, a donde sea. Todo lo lejos que puedas. No te detengas y no mires atrás. No deben enterarse de que estábamos juntos. —Me cogió de los brazos y me ayudó a ponerme de pie—. Es posible que te atrapen, y en ese caso…, no te resistas. Si lo haces,

será peor.

Arrugué el rostro mientras intentaba entender la complejidad de la situación en la que me había despertado. Julian abrió la cremallera de la tienda.

—¡Vete! —ordenó con un susurro.

Con las rodillas temblorosas, me adentré en la niebla nocturna, asustada por la idea de que alguien me siguiera. Sin luces, el bosque no era más que un borrón. Tropecé con los árboles y eché a correr, sintiendo aún el subidón del veneno que corría por mis venas.

«No te detengas», me había dicho. Las perneras de los pantalones estaban cada vez más mojadas. A mis espaldas, sentí una vibración en el suelo que se abría camino entre las ramas. Algo que surgía del bosque y me seguía de cerca. Contuve un jadeo de miedo, aunque tenía ganas de llorar, y seguí corriendo. El corazón me latía en el pecho como un vendaval enfurecido.

Cuanto más corría, más consciente era de que tenía el tobillo magullado. Me latía con un dolor continuo. No tenía tiempo de pararme a vendarlo, cosa que debería haber hecho horas antes, o… Sin móvil ni reloj, no sabía muy bien cuánto tiempo había pasado. El cielo era de un color azul regio. La luna de sangre, enorme aún, ocupaba el cielo y derramaba su luz sobre el mundo.

Mis pensamientos se centraban en sobrevivir y en la esperanza de cruzar un claro entre los árboles y llegar a la ciudad. Encontrar seres humanos y reunirme con Bobby.

La luz de las farolas se colaba entre las hojas, y a través de las ramas me llegaba el sonido de los coches que pasaban. Faltaba poco, muy poco, para sobrevivir. Hice acopio de fuerzas y aceleré, hasta que unos ojos brillantes se aparecieron a pocos metros por delante de mí.

Derrapé para frenar y, con aquellos zapatos, casi me caí. Giré a

la izquierda y estampé medio cuerpo contra un árbol, con un golpe tan fuerte que reboté. Pero seguí corriendo. La adrenalina mitigaba el dolor. Solo me detuve al descubrir a otro lobo. El frenazo repentino me hizo caer al suelo boca abajo; inhalé el olor de la tierra.

Me apoyé en el barro con las manos y me levanté al tiempo que un rugido hendía el aire. Al ponerme de pie, apareció otro lobo, agazapado, con el pelaje de color amarillo marfil. Se me acercó y, cuando gruñó, los labios separaron el lodo que los cubría y dejaron los dientes a la vista. Se me acercó al acecho, como dándome caza. Retrocedí a toda prisa, pero, al oír otro gruñido, me detuve y me di la vuelta. Otro lobo. Luego otro, y otro, hasta que un coro de gruñidos y ojos relucientes me rodeó por completo.

¿Cómo iba a escapar de algo así? Todas las opciones terminaban conmigo hecha pedazos. Pero allí, unos metros más allá de los árboles, estaba la ciudad, muy cerca. No iba a permitir que me retuviesen aquí, que me atrapasen. Si tenía que caer, lo haría gritando y peleando hasta el final.

Mientras planeaba una maniobra de distracción, los gruñidos se apagaron. Un hombre cruzó entre dos lobos, con una sonora carcajada.

A la luz de la luna parecía mayor, de facciones duras, con el pelo negro y corto, piel pálida y una cicatriz en la mejilla. Sostenía un rifle en la mano.

—No tienes a dónde ir —dijo, con un marcado deje y una amplia sonrisa. Dioses, acababa de conocerlo y ya lo odiaba—. Ha llegado la hora de arreglar cuentas, señorita.

«¿Qué cuentas?». Di un paso atrás.

—¿Quién eres tú? —le grité con los puños apretados.

Soltó una risita.

—Tu peor pesadilla.

«Tienes que estar de coña». Así que tenía que elegir entre los dientes de aquellos híbridos (lo supuse porque eran mucho más pequeños que el jugador de fútbol americano), o morir de un disparo.

Me cabreaba verme en aquel dilema. Hice un esfuerzo por respirar con normalidad y me decidí por lo segundo. Pero, en el momento que me iba a lanzar entre las patas de una bestia, apareció Julian. Al principio, su presencia me provocó una oleada de alivio; pero se me pasó al ver que se detenía junto al hombre y clavaba los pies en el suelo, sin la menor intención de avanzar hacia mí.

—¡Tú! —grité, con voz estrangulada. Todo había sido una trampa. Me había traicionado.

El hombre chasqueó la lengua y agitó un dedo en dirección a mí.

—Yo que tú no lo haría —avisó, como respuesta a mi intento disimulado de moverme.

Julian, con las manos juntas delante de él, tensó la mandíbula y levantó la barbilla hacia la luna roja.

—Ambos sabemos que esto acabará con sangre —señaló, y, antes de que yo pudiera moverme más, o ni siquiera pensar, el extraño me apuntó con el rifle, y Julian no se inmiscuyó; solo se quedó observándolo todo, con la mirada fija. Ese recuerdo me acompañaría hasta la muerte.

Un tirón del gatillo, seguido de un impacto en mi pecho. Caí al suelo con la sensación de tener todo el cuerpo en llamas. Aun así, conseguí arrastrarme mientras unas pisadas se me acercaban.

—Menuda sorpresa. Es más dura de lo que parece, ¿no? —dijo el hombre con una risita. El barro salpicaba a cada paso que daba—. Con ese sedante no vas a llegar muy lejos.

Porfié hasta que fui incapaz de mover brazos y piernas. Luego sentí un tirón. Los licanos de sangre se apiñaron a mi alrededor, empujándose unos a otros. Noté un mordisco en los pantalones. Los olores a barro y a perro mojado me envolvían por completo.

Se me adormeció la lengua. Quería aullar a los cielos, maldecir a quienquiera que fuese responsable de mi destino. Pero estaba inerte, cada vez menos consciente. Los ojos iridiscentes me rodeaban y las garras me arañaban la piel. Un corte, y la sangre alimentando a los hongos. Así iba a morir, con la cabeza en la tierra y lombrices bajo el cerebro.

Se oyó un gruñido.

—Apartaos de ella. —Era la voz de Julian. Qué lástima que la conociese tan bien—. Tenemos que mantenerla de una pieza. Yo la llevaré.

El hombre gruñó, malhumorado y titubeante.

—De acuerdo. Pero si la vuelves a perder, ella te matará.

Julian me levantó como si fuese un saco de patatas y me acarreó tal y como había dicho. Al poco, me taparon la cabeza. Más oscuridad. A esas alturas era lo único que me quedaba.

Si pudiera moverme, lo primero que haría iba a ser darle un puñetazo a la mandíbula perfecta de Julian. Me había mentido. Me había engañado, y también usado. Y ahora me llevaban ante la presencia de la misteriosa mujer que lo asustaba incluso a él.



Capítulo 46

Hasta en la muerte, sigo siendo el guardián de mi hermano.

Artículo V, Cartas perdidas de Aadan Primero

Cuando recuperé el conocimiento, estaba en el asiento trasero de un vehículo, con las manos atadas a la espalda. Me habían puesto un saco de arpillera en la cabeza y tenía la boca tapada con un trozo de precinto grueso.

A través de los agujeros de la tela, vi una carretera apenas iluminada que me resultó vagamente familiar.

—¿Qué demonios pasa con Julian? Ese chaval lo va a echar todo a perder. ¿Qué le da derecho a tener el poder que tiene? Qué estupidez —dijo el que iba junto al conductor.

—Da igual —gruñó el conductor. Reconocí la voz. Era el hombre de antes, el de la cicatriz en la cara—. Ya hemos hecho el trabajo.

Cierra la boca o la vas a despertar. Hasta aquí me llega la peste. Dios, ¿qué has comido? ¿Una bolsa de cebollas?

El acompañante golpeó algo, tal vez se dio un palmetazo en la rodilla.

—¿En serio? ¿Y lo dices delante de la chica como si tú no tuvieras ni un defecto?

—Cállate de una vez. —El conductor abrió un compartimiento del salpicadero—. Toma, un caramelo de menta.

—Joder, Sebastian, qué gilipollas eres. —El compartimiento de la consola se cerró con un chasquido brusco—. No soporto trabajar contigo.

—Aire —gruñó Sebastian—. La chica —le recordó.

Aire soltó un bufido a modo de respuesta.

Nos desviamos hacia una carretera. Bajo la arpillera, divisé un letrero luminoso que conocía. Era la entrada de la Universidad de Lakeland. Respiré hondo por la nariz. ¿Qué clase de broma macabra era aquella? ¿Me traían al campus para matarme? ¿Eran tan presuntuosos como para pensar que podrían ocultarlo? «Serán idiotas…». Fuera cual fuera la razón, me tranquilicé por primera vez en muchas horas. Si conseguía salir del coche, podría huir, escapar de todo aquello.

El vehículo aminoró la marcha y se detuvo. El motor se paró.

—Vigila a la chica —siseó Sebastian—. Tengo que coger una cosa antes de llegar.

Aire estuvo un rato dando golpes en la puerta al ritmo de la música. Luego, su teléfono empezó a sonar y salió del coche para hablar.

Era mi oportunidad. «Ahora o nunca».

Tenía los pies desatados, así que me retorcí hacia un lado, caí adelante. En aquella postura, pude poner los brazos por delante del

cuerpo con las manos libres para quitarme la bolsa de la cabeza y el precinto de la boca. Con los dientes, tiré de la cuerda de las muñecas hasta que conseguí aflojarla y soltar el nudo.

Se oyó una risa fuera del coche. Algo le había hecho mucha gracia a Aire. Ya no estaba hablando con nadie, sino pasando pantalla tras pantalla, viendo vídeos.

Su distracción me dio la oportunidad que necesitaba. Me fui hacia la puerta del otro lado y bajé poco a poco la manilla hasta que se oyó un clic. El aire gélido entró en el coche y, con un movimiento rápido, me deslicé hasta el suelo y cerré la puerta lo justo para encajarla sin hacer mucho ruido.

Desde allí fui capaz de identificar el lugar donde nos encontrábamos, cerca del bosque próximo al estadio O'Porter. Sin las luces del terreno de juego, solo había unas pocas farolas que interrumpieran la oscuridad absoluta de la noche.

Lo primero de todo, me quité los zapatos y los metí bajo el coche. Sabía que, descalza, haría mucho menos ruido al correr por el asfalto. Luego, agachada, corrí hacia el árbol más cercano. El sonido de mi corazón me resultaba atronador.

Me pegué contra la corteza rugosa y miré a ver si Aire había advertido mi ausencia, pero no era así. Seguía mirando el teléfono y riéndose, con la cara iluminada por la luz de la pantalla, pero Sebastian se acercaba por la acerca a paso veloz.

—Métete en el coche, imbécil.

Aire agarró el teléfono con fuerza en el puño.

—Tío, esta es la gota que colma el vaso.

Sebastian dejó escapar una risa burlona.

—Uy, qué miedo.

Aire se metió en el coche y cerró la puerta de golpe. Cuando el motor se puso en marcha, dejé escapar el aliento contenido y me

apreté contra el árbol.

Condujeron unos cuantos metros antes de detenerse bruscamente.

Al verlo, eché a correr hacia el Campus Central, y entonces vi las luces encendidas en el Museo de Arte Sutton. Allí había alguien, tal vez algún conserje, o la propia Abba. Fuera quien fuera, era prometedor.

No me paré ni miré atrás al empujar las puertas, que no estaban cerradas con llave.

Suspiré y se me llenaron los ojos de lágrimas. Dentro, me recibió el olor a jabón y a limones. Justo lo que esperaba: alguien estaba limpiando.

—¡Eh! —llamé, y corrí por las salas hasta casi chocar de bruces contra Abba.

Tenía en las manos una bolsa con el almuerzo, el bolso y un libro grande encuadernado en piel. Se sobresaltó al verme y dejó caer sus cosas.

—¡Socorro! —le dije—. ¡Me persiguen!

Abba abrió la boca y los ojos, y se agachó para recogerlo todo. Rebuscó en el bolso y las llaves tintinearon.

—¿Quién? —preguntó al tiempo que miraba hacia la noche—. ¿Quién viene a por ti?

Corrió hacia la puerta por la que había entrado, puso la mano en el pestillo.

—Son unos lobos —sollocé—. ¡Licántropos, como los de las historias!

Frunció el ceño mientras cerraba la puerta con llave.

—¿Lobos? —susurró; y una expresión temible se le dibujó en la cara. El pánico dejó paso a una sonrisa siniestra—. Mi querida Mirabella —ronroneó—, ¿qué te hace pensar que aquí estás a salvo?



Capítulo 47

Nos convertimos en una fuerza imparable, hermano.

Artículo VI, Cartas perdidas de Aadan Primero

Grité y eché a correr, pero fue inútil.

Cada vez que doblaba una esquina, allí estaba Abba, sonriente.

—Pobrecita. De verdad, qué pena. ¿No te contó Rena lo rápidos que son los licanos de sangre? —se burló al tiempo que se pasaba la lengua por los colmillos—. Te mataría, pero sería un desperdicio de sangre exquisita.

Seguí corriendo, conmocionada. ¿Cómo conocía a mi madre? Pero, en aquel momento, Aire y Sebastian entraron en el edificio. Se me acercaron, cada uno desde un lado. Eso no impidió que les tirara artefactos del museo mientras Abba gritaba a los hombres que me agarraran.

Sebastian se lanzó hacia mí con los brazos extendidos. El

impulso me derribó y, antes de que pudiera hacer nada, tenía sus colmillos en la clavícula. Grité y la sangre salpicó el suelo blanco.

—¡Sebastian! —gritó Abba—. ¡Apártate de ella ahora mismo! ¡No desperdicies ni una gota más! ¡Está prohibida!

—Pero… sabe tan bien… —La frase le salió lenta, como si estuviera llena de algodón.

Con un gruñido, se dispuso a morderme de nuevo, pero Abba lo apartó de un tirón.

Conseguí escabullirme solo para toparme con Aire, que me agarró y me levantó. Le di un codazo en la barbilla, me soltó y le pegué una patada por debajo del cinturón. Fue de lo más satisfactorio ver cómo caía de rodillas.

Pero no duró mucho. Oí un silbido agudo y lo siguiente que sentí fue un dolor punzante en el hombro. Otro puto dardo tranquilizador, y esta vez disparado por Abba. Me derrumbé sobre el mármol y me golpeé la cabeza contra el suelo frío.

—¡Parece que tengo que hacerlo todo yo! —chilló—. ¡Idiotas! ¡Sin mí, estaríais muertos! —Los dos hombres gimieron y discutieron entre ellos—. ¡Ya basta! Que alguien la ate, a ver si podemos empezar de una vez.

Lo último que oí fue el sonido de los tacones de Abba, y a Aire y Sebastian que venían hacia mí.



Alguien me echó agua encima y me desperté, me puse de pie como pude.

Me encontraba en una celda, al final de un pasillo oscuro que parecía en lo más profundo de la tierra, en una especie de sótano. Al otro lado de los barrotes, de pie, había una chica vestida de cuero

negro, con el pelo negro hasta los hombros, piel olivácea y los ojos almendrados definidos por gruesos trazos de delineador. Las uñas largas y puntiagudas acentuaban una imagen tan bella como amenazadora.

—¡Despierta! —me gritó al tiempo que golpeaba los barrotes con el cubo—. Pronto vendrán a recogerte.

Echó a andar para alejarse y corrí hacia los barrotes.

—¡Espera! —grité, aterrada—. ¡Por favor! ¿Dónde estoy?

—En un lugar donde nadie te encontrará —replicó en tono burlón antes de marcharse por el pasillo.

—Pero ¿por qué? —grité. Con un movimiento veloz, me lanzó el cubo, que se estrelló contra los barrotes. Me encogí, pero no iba a arredrarme por aquella exhibición—. ¿Por qué tantas molestias por mi sangre? ¿Por qué no me matáis y ya?

Me tragué las lágrimas, los mocos y todo lo que me corría por la cara, con un nudo en la garganta. La chica vino hasta la celda a una velocidad inimaginable. Eso sí que me asustó de verdad. Me alejé de un salto y apoyé la espalda contra la pared de piedra. Arriba había una ventana y los rayos de luna que se colaban le iluminaron la cara cuando enroscó los largos dedos en los barrotes, uno a uno. Inclinó la cabeza hacia un lado al tiempo que me lanzaba una mirada torva.

—¿Crees que todo esto es por el olor de tu sangre? —Resopló con las aletas de la nariz dilatadas—. No eres tan especial, dhampira.

Escupió al suelo, y la saliva fue a caer a meros centímetros de mis pies magullados. Yo no conocía de nada aquella palabra, dhampira. ¿Qué tenía que ver conmigo? La chica gruñó y sacudió los barrotes, y cayó polvo del techo.

—A ver si te enteras, Mira. Estás aquí por los pecados de tu madre. —Dejó escapar una carcajada estentórea, provocadora, una

risa de bruja, de hiena—. Esta noche vas a sangrar y estaré en primera fila con una sonrisa en la cara. No te olvides de mí —siseó.

Y, sin decir más, se fue, se fue de verdad, sin darme ocasión a hacerle más preguntas.

Iban a desangrarme, iba a morir en un lugar como aquel por los pecados de mi madre. Me dejé caer al suelo para sentarme con las manos contra el pecho. ¿Qué quería decir aquello? ¿Rena eliminaba a los licanos de sangre? ¿De eso intentaba protegerme? Si me tenían allí para matarme en lugar de ella, debía de haberles hecho algo espantoso, imperdonable. Pero, si no era por el olor de mi sangre, entonces, ¿por qué?

Me abracé las rodillas contra el pecho y todo el peso de las últimas horas cayó sobre mí. Todo me dolía, me escocía, me aguijoneaba con cada movimiento. Tenía las extremidades magulladas; los ojos, hinchados. La agonía que sentía se me extendía a todos los músculos y tejidos. Iba a morir aquella noche y allí estaba, enjaulada como un pájaro sin alas, impotente.

Lloré, lloré, lloré contra el cemento sucio, deseando con todas mis fuerzas un final mejor. Siempre había deseado una vida sin aquel sufrimiento, y lo había intentado, había hecho lo posible por conseguirla, por tener una existencia feliz y en paz.

Pensé en Bobby y eso me hizo llorar todavía más. Pero también me hizo reaccionar. Si estuviera conmigo, él lucharía por mí…, pero, como no estaba, tenía que buscar en mí misma la fuerza para seguir adelante. «No será así —me dije—. Pelearás hasta el último aliento».

Me di la vuelta y lancé una patada contra los barrotes con la esperanza de romperlos, aunque sabía que no era posible. La vibración del hierro me reverberó en los huesos. El metal ni se inmutó. Más arriba, fuera de mi alcance, donde la curva de la pared llegaba al techo, había una ventanita con barrotes verticales. Si

pudiera trepar hasta allí, tal vez podría quitar los barrotes y ver si la ventana se abría. Podía ser una ruta de escape.

Me quité los pantalones de chándal que me había dado Julian y que me quedaban enormes, y los utilicé como cuerda. Tras varios intentos, una pernera se quedó enganchada al barrote, colgando por el otro lado.

Di un salto, luego otro, y al final conseguí agarrar la pernera y tirar, y así pude trepar por la pared. Una vez llegué hasta la ventana, metí la mano entre los barrotes y tiré del pestillo para abrirla.

El aire y el polvo se colaron por la rendija y tosí. Pero, pese a haber abierto el pestillo, la ventana seguía cerrada. Golpeé el cristal con los nudillos hasta que me sangraron y, tras unos cuantos puñetazos, el cristal cayó hacia fuera, a la hierba, abierta al bosque.

Se me aceleró el corazón y tiré de los barrotes con todas mis fuerzas, pero estaban soldados al marco de la ventana.

Antes de que pudiera intentar nada más, alguien carraspeó detrás de mí. Había un hombre ante la celda. Abrió la puerta, y me bajé de un salto. Llevaba un traje negro de los pies a la cabeza, unas gafas de sol, el pelo recogido en una coleta, y tenía un tatuaje en el cuello.

—Vamos —se limitó a decir.

Casi no pude hacer más que ponerme los pantalones antes de que me agarrara del brazo y me sacara al pasillo.



Capítulo 48

Ahora puedo confesarlo en el silencio; el destino nos hizo ignorantes.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Aquello parecían unas catacumbas.

Cada recodo nos llevaba a otro pasadizo largo y oscuro. En las grietas de la pared se veían huesos amarillentos, marfileños. La única luz procedía de pequeños candiles encendidos aquí y allá. Por todas las rendijas se colaba un olor a rancio, a podrido. Se me revolvió el estómago.

—Por favor —le susurré al hombre. Me llevaba agarrada por el brazo con tanta fuerza que sabía que me estaba dejando un moretón—. Deja que me vaya. No se lo diré a nadie. Lo juro.

La voz del hombre era tan grave que tenía que dolerle hablar. Se echó a reír y me dio un golpe en un costado, y salí impulsada hacia

delante.

—¿Juramentos? ¿De tu gente? No será cierto, niña.

Nos detuvimos ante una puerta de madera en forma de arco. Metió la llave y la giró, pero también llamó con tres golpes. Cuando se abrió, la chica que me había provocado antes estaba allí. Nos recibió con una mueca burlona en la carita redonda.

Era una sala de baño. En el centro había una bañera de cerámica ya llena, y de ella se alzaban nubes de vapor. Un agujero en el suelo, al otro lado de la habitación, envuelto en sombras. Había lencería y toallas dobladas sobre una mesa de acero. Por todas partes había velas titilantes con cera fundida alrededor.

—Toda tuya. —Me empujó hacia la chica—. Abba quiere que esté lista dentro de treinta minutos para el ritual.

—Ajá. —Arqueó una ceja y me cogió la camisa con las puntas de los dedos. El hombre se marchó y se oyó un clic cuando cerró con llave. En un abrir y cerrar de ojos, aparecieron unas esposas de plata que se me cerraron en torno a las muñecas y el cuello—. Un solo movimiento que no me guste y te electrocuto —me prometió.

Tragué saliva. Los dientes me castañeteaban por el frío de la habitación.

—Quítate la ropa, venga —me ordenó al tiempo que me miraba. Ni siquiera parpadeó—. Ya me imaginaba que no iba a bastar con el cubo de agua que te tiré. —Se miró las uñas y se cruzó de brazos. Luego resopló ante mi lentitud—. Venga, desnúdate —me espetó—. Y métete en la bañera.

No tuve más remedio que hacer lo que me decía. Dejé caer al suelo la ropa destrozada y me metí en la bañera. El agua me abrasó la piel, humeó a mi alrededor, y apreté los dientes mientras me sentaba.

—Soy Thea —me dijo, y llenó un cubo de agua para echármela

sobre la cabeza. Dejé de ver por un momento y escupí el líquido ardiente—. Aunque eso da igual —siguió—. No me vas a conocer mucho tiempo.

Me empujó por los hombros para echarme hacia atrás y me mantuvo bajo el agua. Su sonrisa me aterrorizó desde arriba; el pelo largo y liso le caía en torno a la cara, y los colmillos alargados denotaban la expectación. Me mantuvo bajo el agua hasta el último momento.

Cuando me soltó, salí a la superficie buscando aire, desesperada.

—No seas cría. Es más fácil lavarte si te sumerges primero. ¿Qué pasa, no te habías bañado nunca? —bromeó.

Me froté los ojos y escupí más agua.

—¿Por qué haces esto? —le reproché. La ira hizo que las palabras me salieran entrecortadas.

Thea me echó champú en el pelo y me lo lavó, rascándome el cuero cabelludo, tirándome de las puntas. Si seguía así, me lo iba a enredar mucho más.

—¿El qué? ¿Limpiarte?

—Todo esto.

Me echó otro cubo de agua por encima, lo soltó y me obligó a meterme bajo el agua otra vez. Lo del cubo no tenía más objetivo que provocarme: con sumergirme bastaba para aclararme el champú del pelo.

Cuando volví a salir, me puso acondicionador en los rizos sueltos. Los años de aplicarles calor me los habían dañado, era un milagro que siguieran marcados.

—Es para el Ritual de la Sangre —empezó—. Sangre por sangre.

—Pero ¿por qué? —Volvió a meterme debajo del agua y se me metió por la nariz—. ¡Joder! —grité, con el rostro congestionado por el líquido que me había entrado.

Thea se echó a reír.

—Porque hueles a rayos, y Abba quiere que estés limpia para el ritual. No quiere que la sangre pura se ensucie con lo que sea en que hayas estado metida hoy.

Me rascó la piel con una esponja vegetal de cerdas. La piel se me enrojeció con cada pasada. Cerré los ojos con fuerza.

—No —conseguí decir entre dientes—. ¿A qué vienen todas estas charadas, todo esto?

—Sangre por sangre —repitió—. Una vida por una vida. Tu madre mató a Elena, a sangre fría y sin remordimientos. Para ti debería ser un honor que lo hagamos así.

Thea volvió a sumergirme, pero me tragué la palabrota que habría querido soltar. Cuando me sacó, dejé escapar un gemido. Me escurrió el pelo, me lo envolvió en una toalla. Sus uñas me arañaron las mejillas y el cuello mientras lo hacía. Eso solo sirvió para provocarme todavía más, y me contuve para no darle un golpe en la cara. La electrocución parecía mucho más espantosa que aquel ritual.

Me ordenó que me levantara y, cuando lo hice, me echó una toalla por encima. La cogí antes de que se cayera dentro de la bañera y me envolví en ella.

—¿Quién es Elena? —Sospechaba que debía saberlo. Si su muerte era el motivo de la mía, tenía que descubrir todo lo que pudiera.

Thea soltó una risita burlona.

—Me habían dicho que eras tonta, pero no me imaginaba lo ignorante que eres además. Elena era la hija mayor de Horacio, uno de los primeros licanos de sangre que descendieron de Aadan Primero, uno de los originales. Era la madre de Julian, y él fue su único hijo. —Di un paso atrás, y casi estuve a punto de caerme en la

bañera. Volví a ver la foto enmarcada de Julian, un bebé feliz en brazos de su madre—. Ah, y además eres torpe. Esto va a tener gracia.

Era incapaz de moverme. Se me llenaron los ojos de lágrimas y no vi nada. Elena era la madre de Julian, y mi madre la había matado. Esa era su conexión con los bosques, con los lobos, con los licanos de sangre. ¿Por qué había decidido acabar con ella?

Pero tal vez la muerte de Elena fuera una de las razones de su huida, de todos los secretos que había guardado.

Y era el motivo de que fueran a por mí. De por qué me buscaban. «Sangre por sangre».

De pronto, todas las piezas encajaron. Julian me había dado a entender que había estado protegida, oculta del mundo de lo paranormal. Y resultó que mi madre me había escondido. Vio el daño que había hecho, supo cuáles serían las consecuencias derivadas de matar a Elena.

«Es que busco la manera de que entiendas que… que no creo que hayas estado tan al margen de este mundo como crees», me había dicho.

Y por eso Julian no debía acercarse a mí, por eso mi presencia le había provocado tal aversión la primera vez que nos vimos. Éramos enemigos y nos unía una larga historia. Lo comprendí en aquel momento.

«Como si no lo supieras… A veces, la venganza no tiene una cronología». Él lo sabía, lo sabía, lo sabía. ¿Cómo había soportado mirarme siquiera? «Tu miserable existencia es mi perdición». Todo encajaba en su sitio como las piezas de un rompecabezas. Agaché los hombros mientras el agua me chorreaba por las piernas.

—Sal —me ordenó Thea.

Quería que yo saliera de la bañera, pero no se había dado

cuenta de que dentro de mí había estallado una tormenta. Estaba atrapada en mi propia piel, y nunca volvería a ver el mundo de la misma manera.

Tenía el estómago revuelto y sentí una arcada, pero solo me subió por la garganta aire caliente. Rena, mi madre, era una asesina. Era el motivo de que Julian fuera huérfano. Volví a ver los hallazgos de Bobby, las heridas, las magulladuras. Los lobos iban tras ella, y ella los había estado combatiendo. Nunca fue la víctima, no. Fue el depredador.

Thea me sacó de un tirón, harta de que no la obedeciera, y estuve a punto de resbalar sobre el suelo de cemento. Soltó un bufido despectivo. Mientras me ponía un vestido de satén blanco con las mangas abullonadas y me lo abotonaba, se me llenaron los ojos de lágrimas de rabia.

—La novia de la muerte —murmuró, y casi me llegó el sabor amargo de la rabia en su boca—. Siéntate.

Me obligó a ocupar una silla. Me puso perlas en las orejas y en torno al cuello. Luego, me tiró del pelo, me echó la mitad hacia atrás para apartármelo de la cara y me pareció que me hacía una trenza, mientras que el resto me caía sobre la espalda en forma de V.

Los pensamientos no paraban de darme vueltas en la cabeza, conflictivos. ¿Cuánto de lo que me había contado Julian era mentira? ¿Cuánto era verdad?

En la tienda, lo que me dijo… no parecía falso. Había sentido cómo se me grababan esas palabras, como se me quedaban escritas en el corazón. Su manera de mirarme, de abrazarme, la enormidad de las horas que pasamos juntos, yo contra su pecho, pensando que aquello era amor, o al menos algo que se le parecía mucho.

Pero me imagino que, cuando aprendes lo que es el amor entre mordiscos venenosos y puñales, así aprendes a amar también. Y

cuando Julian dijo que yo tenía un olor particular, que esa era la razón de que lobos y licanos de sangre fueran a por mí, ¿era cierto o también parte del plan?

¿O se debía a que mi sangre y la de mi madre eran similares?

—Mi sangre… —empecé al notar que Thea estaba a punto de terminar; pero no sabía cómo hacer la pregunta—. ¿No es diferente de la de otros humanos? ¿No es especial?

Thea me obligó a levantarme. Luego, escupió al suelo, junto a mis pies descalzos.

—Yo no diría que tu sangre sea especial. Rara, sí, claro, pero los dhampiros… —Hizo una pausa y me miró con odio, luego con una expresión de burla. Sabía que no tenía ni idea de lo que quería decir. Esbozó una sonrisa cruel—. Eres mitad humana y mitad vampira. Una vergüenza, una abominación.

Y, sin más, me puso un velo blanco en la cabeza.

En aquel momento, la puerta se abrió.



Capítulo 49

Si eres la noche, no puedes huir de las sombras.

Artículo I, Cartas perdidas de Aadan Primero

Algo se rompió en mi interior. Salimos del baño y recorrimos el largo pasillo. El hombre de antes iba a un lado; Thea, al otro. Las lágrimas me corrían por la cara y empapaban el velo de tul. Era medio vampira y medio humana. Era la hija de una asesina. Y estaba a punto de morir.

Al entrar en un nuevo espacio, empezó a sonar un órgano de tubos, una melodía antigua cuyos acordes me taladraron los oídos. Era una sala grande y tenía algo extraño. Aunque no veía bien, distinguía a lo lejos la presencia de otras personas. Los oía respirar, agitados, mientras me observaban caminar dando tumbos.

Thea me quitó las esposas de metal y el hombre me empujó contra algo duro, de madera, y me ató las muñecas y los tobillos.

Luego elevaron mi cuerpo en el aire.

Me retorcí, tratando de liberarme. El sonido de unos tacones sobre el suelo me sobresaltó. Era un ruido siniestro y conocido. «Otra vez ella, no, por favor».

—*Vivamus, moriendum est!* —gritó. En efecto, era Abba—. ¡Vivamos, ya que vamos a morir!

No quería participar en el ritual. Me retorcí y grité, tratando de liberarme de las ataduras de cuero; pero solo conseguí hacerme rozaduras y que se clavasen más aún.

—¡Ya basta! —bramó Abba. Alguien me arrancó el velo de la cara.

Sentí que me quedaba sin aire al contemplar la escena. A los lados del suelo de piedra negra había hileras de pequeñas velas. Las lámparas de aceite que colgaban de las paredes proyectaban un tenue resplandor en la sala. Sobre nosotros se abría un techo de cristal. La luna de sangre brillaba en el cielo y lo teñía todo de rubí. La contemplé, sobrecogida ante su enorme tamaño. Era como si alguien le hubiera atado una cuerda y la hubiese acercado a la superficie de la tierra.

Las luces empotradas parpadearon una tras otra a medida que desfilaba un grupo de encapuchados que vestían pesados mantos de terciopelo. Se unieron a los demás. Todos los presentes vestían de negro; yo era la única excepción.

A mi derecha había un altar de piedra con un cáliz de oro colmado de sangre. A su lado vi un libro encuadernado en cuero con el título escrito en una lengua desconocida para mí.

Los individuos de los mantos formaron un círculo a mi alrededor. La primera que se quitó la capucha fue Abba. Sonriente, sostuvo un puñal de plata contra el pecho; una talla del sol y de la luna adornaba la empuñadura.

Grité, y el sonido fue espantoso. No dejaba de debatirme contra las ligaduras, aunque estaba segura de que, si me libraba de ellas, me atraparían y me volverían a atar. Estar allí retenida era humillante, y, si aquellos iban a ser mis últimos momentos de vida, lo único que quería era devolverles el infierno por el que me hacían pasar.

Casi al instante, un golpe me dejó sin aliento, y la sangre se me acumuló en la boca. Se oyó un coro de gruñidos.

—No quería llegar a eso —dijo Abba mientras yo jadeaba con los labios temblorosos—. Pero lo volveré a hacer de buena gana si no te callas de una vez.

Los demás se quitaron las capuchas, y en el frente del círculo, separado de Abba por dos personas, estaba Julian.

Julian, el hijo de Elena. Descendiente directo de Aadan Primero.

Julian, que había perdido a su madre por culpa de la mía.

Julian, el chico que me había mentido una y otra vez.

Y a quien yo se lo había permitido.

Tenía la cabeza agachada, con el pelo caído sobre la cara, y se negaba a mirarme a los ojos. Debajo del manto toda la ropa era negra: camisa, pantalones y zapatos. Asistía a un funeral. El mío. Estaba curado por completo, con la piel reluciente bajo la luz de la luna, tan hermoso como siempre.

Siseé y escupí la sangre que me llenaba la boca.

—¿Cómo has podido…?

—¿Quieres morir antes de tiempo? —me interrumpió Abba con un grito.

Clavé la mirada en ella; ojalá pudiera reventar los nudos que me ataban, para reventarla a ella a continuación.

Abba sonrió.

—Estupendo. Ahora, otro discurso, y luego les permitiré

abalanzarse sobre ti y despedazarte.

Contemplé el círculo de encapuchados, que enseñaban los dientes puntiagudos.

—Mirabella Anise Owens, estás aquí como consecuencia de los pecados de tus antepasados. Hace cientos de años, en una noche de luna de sangre, los tuyos nos engañaron y condujeron a los élites hasta nosotros. Los licanos de sangre fuimos malheridos, asesinados, aunque los vampiros habían jurado luchar junto a nosotros hasta el fin. ¿Sabes lo que se siente cuando alguien reniega de la palabra que te dio?

Desde luego. Tenía un ejemplo a un par de metros de ella. Gruñí.

—¿Se puede saber de qué me hablas? —quise saber, con un hilo de voz que me dolió en la garganta.

—Ya basta de pantomimas, Mira. Seguro que sabes que eres la última descendiente viva de los vampiros que traicionaron a los licanos de sangre. Podemos olerlo en ti. No solo vas a pagar por los pecados de tus antepasados, sino también por los de tu madre.

Fruncí el ceño, enojada. Más información inesperada. Una historia de la que no sabía nada. Otro motivo para que me odiasen. Todos ellos descendían de vampiros que habían provocado caos y destrucción en masa en aquellas tierras, pero yo también… Con la salvedad de que mi linaje pertenecía al clan que traicionó a los licanos de sangre. Mi madre descendía de los que prometieron mantener la paz tras el tratado. Menuda mano de cartas me había tocado…

—A menos… —Abba hizo una pausa y agitó las manos en un gesto dramático; el puñal reflejó la luz carmesí de la luna— que puedas decirnos dónde está ella.

Me dedicó una sonrisa luminosa y esperó.

—Hace años que no la veo.

La sonrisa se evaporó.

—Vaya, qué mala suerte —respondió, y yo me eché a reír, con un sonido retumbante, como si me hirviesen las tripas. Reí y lloré y gimoteé al contemplar la broma cruel en que se había convertido mi vida. Todas las respuestas por las que tanto había suplicado estaban de pronto expuestas ante mí, e iban a ser la causa de mi muerte.

Qué juego tan sádico.

Abba gritó, desconcertada por mi reacción.

—¿Crees que la muerte de mi hermana es una broma? Hace catorce años, Elena se propuso encontrar a tu madre. Que pagase por lo que había hecho su familia. Y te encontró a ti. —Abba me clavó una mirada llena de odio y me señaló con el puñal—. ¿Sabes lo escasos que son los dhampiros? Solo aparece uno cada mil siglos, y cada vez que eso ocurre provocan el caos y la destrucción… Cosa que tú ya has hecho. Eres una abominación —me acusó, y yo me mordí los labios para no responder. Ojalá fuese el monstruo que ella decía, porque, de ser así, de todo lo que nos rodeaba no quedarían más que ruinas. Abba suspiró, como si le aburriese lo que ella misma contaba, y bajó el puñal al costado—. Así que, cuando Elena dio contigo, decidió mataros a ambas. Matar dos pájaros de un tiro, como se suele decir. Pero quería acabar contigo primero, Mirabella. Eras una cosita débil, no tendrías más de cuatro o cinco años. Elena quería que tu madre supiese lo que se sentía al perderlo todo. Que sufriera como hemos sufrido nosotros. No podrías ni imaginarte a cuántos de nosotros mató tu gente en mitad de la noche. Docenas en un instante, y… ¿por qué? ¿Para volver con los élites? ¿Para ser más poderosos, quizá? Y ahora, aquí estamos, más de una década después de la muerte de Elena, y por fin vamos a terminar lo que ella empezó. —Sonrió como una loca—. Qué vueltas tan extrañas da

la vida, ¿no te parece?

Rena mató a Elena para protegerme. Por eso quería esconderme, por quien era yo, porque nuestras cabezas tenían un precio.

Lloré a moco tendido, y Abba se echó a reír al verlo. Me incliné hacia delante y le escupí. El salivazo le cayó delante del zapato. Gruñó y, con los ojos ciegos de furia, hizo ademán de abalanzarse sobre mí.

En ese momento, Julian levantó los ojos y me miró por primera vez. Avanzó para ponerse junto a Abba y vi que le susurraba algo, lo bastante insistente para que ella se detuviese.

Abba retrocedió dos pasos, se irguió y levantó la barbilla. Después se volvió hacia Julian.

—Ven, hijo mío. —Le tendió la mano, y él la cogió. El manto cayó al suelo. Abba lo besó en la frente y le puso el puñal en la mano—. Sangre por sangre —susurró; luego lo repitió en voz alta—. ¡Sangre por sangre!

Julian aferró el puñal, pero no le quitó los ojos de encima a ella. En cierto modo, era digno de elogio. Los ojos negros y desalmados que evaluaban a Abba. Los hombros erguidos. La cabeza alta. Un alfa nato. Un príncipe de la medianoche. Que quizá, al nacer el día, se convirtiera en su nuevo líder.

Abba se acercó al altar, cogió el cáliz y lo alzó por encima de la cabeza.

—Sangre por sangre —entonó. Luego dio un sorbo y lo pasó a los demás que esperaban.

Compartieron la sangre y se limpiaron la boca en un delicado pañuelo de color marfil que les ofreció Abba. Julian fue el último en beber del cáliz. Una vez terminaron, Abba se volvió hacia mí. Los ojos de los licanos de sangre, rojos y brillantes, seguían con

atención cada movimiento suyo.

—Beberás la sangre que bendijeron nuestros antepasados —ordenó con voz firme. Me sostuvo la copa ante los labios y me tapó la nariz. Me vi obligada a apurarla. La sangre era espesa y salada, como el mar. Se deslizó por la garganta, fría y viscosa, y encendió una llama detrás de mis costillas; llenó un espacio oculto bajo mi piel, bajo mis huesos.

La sangre me goteó de los labios, corrió por la barbilla y salpicó el vestido blanco que llevaba. Abba no me ofreció el pañuelo, como había hecho con los demás. Lo que hizo fue dejar el cáliz vacío en el altar y contemplar a Julian.

Se produjo algún tipo de transformación. De pronto, se me aclaró la vista. El corazón se me disparó hasta un ritmo casi imposible. Un hormigueo me recorrió la médula de los huesos y sentí frío y calor a la vez. Cerré los dedos mientras me doblaba de dolor.

—Esa cosa no muerta que es tu madre mató a mi hermana —empezó Abba.

La interrumpí con una voz que me sorprendió incluso a mí.

—¡Me estaba protegiendo! —grité—. ¡Yo era una niña! —Los rostros se alzaron a mirarme, llenos de asombro. Murmuraron, moviendo las cabezas a un lado y a otro. Me sacudí y di un tirón, y esa vez oí algo que se rompía. El cuero se desgarró.

—¡Matadla! —gritó alguien.

Abba dio una patada en el suelo.

—¡Lo tengo todo controlado! —Se encaró conmigo—. ¡Dejadme terminar! —insistió, mientras escupía saliva al hablar—. No permitiré que me pongan en ridículo.

Lo único que yo quería era gritar, protestar, mientras ellos se burlaban de mí. Me crucificaban.

—¡Tu madre vendrá corriendo! —gritó. Eso me dejó parada. Tal

vez ya viniera de camino. ¿Era posible? ¿Sabía lo que pasaba?—. Cuando reciba la noticia de que su bestia negra ha muerto, caerá de cabeza en nuestra trampa. ¿Cómo crees que te admitieron en la Universidad de Lakeland? —Abba se rio a carcajadas—. Fue casi demasiado fácil. Un trato con un purasangre, el decano de estudiantes; una carta de aceptación con una beca demasiado buena para ser cierta; y al poco llegaste al campus con el inútil de tu padre humano. De verdad, lo podría haber organizado hasta dormida.

Al oír que mencionaba a Bobby, apreté los dientes y tiré y tiré y tiré hasta que algo se rompió. Nadie… ni nada iba a hacerle daño.

Abba siguió con su monólogo.

—Me alegro de que pudiésemos echarte el guante antes que los licántropos. Es obvio que tienen sus propios planes, aunque torpes, y algunos de sus jóvenes han perdido el control en la ciudad. A estas alturas ya deberían saber cómo lidiar con una luna llena. Aficionados… —dijo entre dientes—. Pero dejemos eso para otro día, cuando ya no estés entre nosotros.

Abba posó la mano en la espalda de Julian y ambos dieron un paso al frente. Me quedé quieta.

—Es la última vez que nos harás daño —siguió—. Morirás con la luna de sangre bien alta en el cielo nocturno. Tu sangre alimentará a nuestros hijos, y a los hijos de nuestros hijos, hasta que ya no quede ni una gota.

—Por favor —supliqué, por probar suerte—. Siento lo que hizo mi madre, pero yo no soy ella. Ni tampoco he pedido ser lo que soy. Yo no sabía nada del tratado, ni de la traición. No soy yo quien os ha causado daño y sufrimiento, y lamento que haya ocurrido. De verdad. Fue algo horrible y despiadado. Pero, por favor, dejadme ir. Soy todo… —se me quebró la voz mientras trataba de contener las

lágrimas— todo lo que le queda a mi padre.

Abba suspiró hondo y puso los ojos en blanco.

—Ha sido un placer conocerte, y es una vergüenza que Rena no te hablase de tus antepasados, pero esto se acaba, como todo. Julian… —Lo empujó adelante—. Es tu momento. Después de esto, podrás curarte.

Julian se me acercó con el cuchillo en las manos. Se detuvo frente a mí como un ángel caído de rostro impasible. Deseé con todas mis fuerzas que me mirase a los ojos, que recordase. No teníamos por qué derramar sangre por un pasado en el que ninguno de los dos había participado.

Y entonces me miró a los ojos, y fui incapaz de respirar. Era extraño el modo en que una simple mirada podía traerme a la mente todos los recuerdos que tenía de Julian. Pero aquello era el final de todos los comienzos. Lo sabía. Julian levantó los brazos sobre mí, con el puñal sujeto con ambas manos, y yo cerré los ojos por última vez y le rogué a la muerte que fuese clemente conmigo. Quizá en ella alcanzase por fin la paz.

Oí un golpe seco, y no sentí dolor, solo lágrimas.

Cuando abrí los ojos, Julian me daba la espalda, con los brazos extendidos; me protegía como un escudo.

No se oyó ni un roce, ni una palabra. El silencio era mortal. Abba carraspeó y señaló al suelo, a nuestras espaldas.

—Julian, cariño. ¿Por qué has tirado el puñal?

—No va a morir por mi mano.

Eso sí desencadenó una oleada de gruñidos. Julian retrocedió para pegarse más a mí.

—Sangre por sangre, Julian —recordó Abba con voz sosegada—. ¿Hemos olvidado el motivo por el que llevamos a cabo este ritual? Déjate de dramas, querido. Termina el trabajo, o me voy a sentir

muy muy decepcionada.

Otro de los presentes se abrió paso. Lo reconocí. Era Chase.

—¡Eres débil y cobarde, Julian! —gritó—. ¡Madre, esta tarea tendría que haberme correspondido a mí!

Abba alzó la mano.

—Chase —musitó, para hacerlo callar. Se acercó a Julian—. Julian… —Apretó los dientes—. Mátala de una vez.

—Eso rompería las condiciones del tratado.

Abba abrió mucho los ojos y enarcó una ceja.

—¡Ja! Las condiciones del tratado. ¿Qué sabes tú de nuestras leyes, muchacho?

—Sé que va en contra de ellas matar a tu compañera predestinada.

Abba siseó.

—¿Qué estás diciendo?

—Mirabella y yo estamos predestinados a estar juntos.

Estalló un coro de susurros, y Chase se adelantó a toda prisa.

—¡Miente, mamá!

Abba enseñó los dientes y, encorvada, se deslizó hacia el altar.

—Julian, nos has desobedecido una y otra vez. Matarla es parte del tratado, así que hazlo de una vez…, ¡o te juro que tú morirás con ella!

—Digo la verdad. Lo confirmó la visión que tuve cuando bebí su sangre. Si la matas a ella, tendrás que matarme también a mí.

Abba apretó los labios y frunció el ceño.

—¿Su sangre? —Se asombró—. Estaba prohibido probar su sangre antes del ritual. ¡¿Es que nadie escucha lo que digo?! —Dio una patada contra el suelo. ¿Le había dicho Julian aquello para que no me matasen, o era cierto?—. Aaah… —siguió, con una voz casi cantarina—. Así que te has enamorado de una enemiga y ahora te

sientes confundido. Supongo que la historia sí que se repite, después de todo. Eres peor que Aadan Primero —siseó, y en un instante tuvo el cuchillo en las manos.

—¿Qué haces, Abba? No estoy confundido, y tampoco miento. Lo he visto. Lo he sentido. Va en contra de las normas del tratado. No puedes matarla.

Se me aceleró la respiración. Hablaba en serio. Julian tenía mi huella, mi impronta. Éramos compañeros predestinados. «Oh, dios mío…».

Abba se acercaba poco a poco.

—Si te interpones, le estás dando la espalda a tu familia, y este cuchillo te atravesará a ti, y después a ella.

—¿Me vas a matar? —Se le rompió la voz. Abba avanzó un poco más—. Dijiste que me amabas como una madre. ¡Me llamaste hijo!

Abba parpadeó y se lanzó hacia nosotros. Julian le dio una patada rápida que la hizo retroceder, y el cuchillo salió despedido hasta la otra punta de la sala.

Abba cayó sobre alguien, y estalló una pelea. Todos se abalanzaron a por Julian. Golpes, patadas, rugidos. Cuerpos que chocaban con las paredes, que volaban por los aires. Guerra y terror, sin visos de acabar. Traté de zafarme de las ataduras y, al embestir, me di cuenta de algo. No todos los licanos de sangre se enfrentaban a Julian; algunos luchaban a su lado, para permitirle escapar.

—Lo siento —musitó mientras me arrancaba las correas de brazos y piernas—. Te dije que volvería a por ti, que no dejaría que te hicieran daño. Siento haber tardado tanto.

En cuanto estuve libre, Julian me cogió de la mano y abrió camino para que atravesáramos la multitud, protegiéndome mientras huíamos.

Corrimos pasillo abajo para alejarnos del caos. Cuando ya

veíamos las escaleras, sentí un fuerte tirón que me echó la cabeza para atrás. Abba me había cogido de los rizos y me arrastraba por el suelo de cemento. Me ardía la piel, y grité con todas mis fuerzas.

El sonido que brotó de mi interior reventó las luces del techo. Julian cayó de rodillas, dolorido, y se tapó los oídos.

Abba me soltó el pelo y se hizo un ovillo en el suelo, retorciéndose de dolor. Cuando dejé de gritar me levanté. De las puntas de mis dedos brotaba un chisporroteo que se acentuaba al frotarlas. Una bola de luz, un anillo de fuego.

Abba se lanzó de nuevo a por mí y los destellos le abrasaron las mejillas. Julian la sujetó y le rompió la muñeca con un movimiento brusco, y ella aulló de dolor.

—¡¿Por qué haces esto?! —gritó Julian—. ¡No puedes matarla!

—¡Puedo y lo haré! —chilló—. ¡Pagará por lo que hizo su madre! ¡Nadie volverá a ser feliz hasta que yo recupere a mi hermana!

Julian se quedó inmóvil un momento, y después retrocedió para protegerme con su cuerpo.

—¿Y crees que matarla traerá de vuelta a mi madre? —preguntó con la voz impregnada de tristeza. De dolor. Sentí que se quebraba, que se le llenaban los ojos de lágrimas—. ¡Las cosas no funcionan así! Está muerta. ¡No va a volver!

—Sangre por sangre —aulló Abba. Se interpuso en nuestro camino con paso inseguro. Para ella, aquello jamás tendría fin.

—¡Es un viejo ritual! Y no nos ha servido de nada. Vivir así, cazar a los vampiros que nos traicionaron, no nos ha ayudado a sanar. Tenemos que cambiar. Tenemos que vivir. ¡No podemos seguir de esa manera!

Abba saltó y Julian la atrapó, pero escapó y me puso el cuchillo en el cuello. Con un movimiento, me hizo un tajo y la sangre fresca se derramó. La miró con lascivia.

Julian la agarró del manto y la lanzó pasillo abajo. Cuando se levantó, Julian, que gritaba con una voz atronadora, la atrapó por el cuello y la sujetó contra la pared.

—Voy a acabar contigo ahora mismo.

Abba tenía la cara roja e hinchada, y agitaba los pies en el aire.

—¿A tu propia familia?

—¡Como si eso importase! ¡Lo único que te preocupa es tu venganza! —le recriminó, y cuanto más apretaba, más pálida se ponía Abba.

—¡Para! —le grité. Pero no se detuvo; siguió hasta que las piernas de Abba dejaron de agitarse y los brazos colgaron flácidos. Corrí hasta Julian y tiré de él—. ¡Para! ¡Por favor!

Julian soltó a Abba, que se derrumbó en el suelo, tosiendo y escupiendo sangre.

—No sabes lo que has hecho —siseó con voz rota—. Se avecina una guerra, muchacho, y esto es solo el principio.

Julian retrocedió con pasos cautelosos y yo me mantuve cerca de él.

Con un parpadeo, Abba desapareció. Julian me cogió de la mano y huimos.



Capítulo 50

He vivido mil vidas, pero lo cambiaría todo por vivir una sola feliz contigo.

Artículo VII, Cartas perdidas de Aadan Primero

Junto a la estrecha escalera estaba la puerta que llevaba al bosque. Podía ver cómo la luna de sangre del otoño empezaba a difuminarse, y en el horizonte del este brillaba ya una luz rosada que asomaba entre las espesas nubes.

Me subí a la espalda de Julian y me agarré a él con fuerza. Corrió a toda velocidad, evitó los árboles mientras la lluvia nos salpicaba la cara y nos lavaba la sangre, al menos en parte. Estábamos a unos kilómetros del campus, en un bosque denso sin senderos, cerca del lago Timber Plains.

Julian corrió sin parar diez, quince minutos, kilómetros y más kilómetros, y cruzó la ciudad hasta llegar a Lakeland. Llegamos al

perímetro, a poco más de un kilómetro del Campus Central, cerca de un aparcamiento desierto mientras el sol asomaba por el este.

En el momento en que mis pies tocaron el suelo, Julian cayó de rodillas con la cabeza contra mi vientre, me abrazó y susurró algo pegado a mi carne.

Le acaricié el pelo. Se levantó y me examinó las piernas, los brazos, el pecho.

—¿Te han hecho daño? —preguntó con ansiedad. Me vio la marca del mordisco en la clavícula—. ¿Quién ha sido? Te juro por sus dioses que será su fin.

Sacudí la cabeza sin respiración. No importaba. No iba a volver allí, y no permitiría que Julian volviera. Me encontró más magulladuras, más cortes, y su rabia fue incontenible.

—No pasa nada —susurré—. Estoy bien.

Cualquier cosa era mejor que la muerte.

Julian se llevó mi mano a los labios, aspiró mi olor. La luz del sol le acarició el rostro y me miró, me vio a la luz del día por primera vez desde que estuvimos en la tienda, en el bosque.

—Mirabella —murmuró, y me atrajo hacia él—. Lo siento mucho, de verdad.

Allí, abrigada por su calor, envuelta en sus brazos, sollocé. Se me relajó el cuerpo mientras soltaba todo lo que llevaba dentro. Me estrechó contra él. Nos apoyamos el uno en el otro, entrelazados como cisnes, como árboles centenarios, hasta que ya no sentí el suelo que pisaba, ni el cielo sobre nosotros, ni siquiera el viento y la lluvia. Él estaba en todas partes, lo llenaba todo.

Me cayeron lágrimas en el pelo y noté que se le estremecía el pecho, y un volcán de palabras trató de abrirse paso dentro de mí, pero solo pude concentrarme en el hecho de que tenía aire en los pulmones, de que el corazón me palpitaba, de que estaba viva.

Julian me apartó de él, cogió entre las manos mi rostro lleno de lágrimas, me las secó con los pulgares y me miró con aquellos ojos color oro oscuro, todavía con una pincelada de escarlata. Salvó la distancia que nos separaba y puso los labios contra los míos. Fue un beso largo, intenso, que daba oxígeno a nuestro dolor hasta que el ansia nos quemó la boca y el alma nos hirvió. Todo eso confirmó la conexión profunda que tenía con él…, hasta que el anhelo dejó paso a la violencia y la rabia me apretó los labios.

Julian me había mentido.

Me había tendido una trampa, había faltado a la verdad sobre sus intenciones. Su relato retorcido me convenció de que le importaba, pero su objetivo había sido siempre ofrecerme en sacrificio bajo una luna de sangre.

Me aparté de él, rompí el beso, asqueada.

—Julian —sollocé contra sus labios.

Estaba harta de llorar, harta de aquel círculo interminable de dolor y desesperación. Harta de espinas, de sangre, de que cayéramos una y otra vez en aquel torbellino.

Julian tenía lágrimas en la cara. Me besó en la sien, en la frente, en los párpados, en las mejillas, otra vez en los labios.

—Lo siento —dijo una y otra vez con los labios pegados a mí, como si tratara de volver dulce la amargura—. Lo siento, lo siento.

Le devolví los besos, le robé la idea de que aquello podía borrar todo lo demás, de que aquel sentimiento, ser su compañera predestinada, podría unirnos hasta el fin de los tiempos. Pero lo que veía al cerrar los ojos me asustaba. Ahora, todos mis demonios tenían su rostro.

Me aparté y las manos de Julian quedaron en el aire con la forma exacta de como me había sostenido. Le di un puñetazo por puro impulso. Me detuvo la mano, la palma contra mis nudillos, pero

el impacto lo hizo retroceder unos pasos.

No era consciente de lo fuerte que me había vuelto. Volvió a mí con los brazos extendidos para abrazarme, para llenarse de mí, para engullirme en sus profundidades, pero le planté las manos contra el pecho y lo empujé. Julian se tambaleó hacia atrás.

Me agarré el vestido para alejarme.

—Me has mentido, Julian —dije—. Me has traicionado. —Se le llenó el rostro de dolor al ver cómo me derrumbaba—. Todo lo que creía saber de ti, de nosotros, no ha sido más que una treta. Un plan. Solo me he salvado porque soy tu compañera predestinada, ¿no es cierto?

Me tendió una mano.

—Mira, no…

Di otro paso atrás.

—Si no estuviéramos destinados a ser uno, ahora mismo estaría muerta, ¿verdad? —Julian me volvió a tender las manos, trató de explicarse y lo dejé hablar, pero no le salió ni una frase comprensible —. Me llevabas al matadero, ¡y yo confié en ti!

Se me acercó de nuevo, con las rodillas dobladas, la angustia pintada en el rostro.

—No, Mira, no, te lo puedo explicar. —Aguardé, pero solo habló el cielo, que se abrió para dejar caer más lluvia—. No sé por dónde empezar…

—Por el principio. Sabías desde el principio que los licanos de sangre tenían intención de matarme. Por eso querías que me marchara, ¿no? Y, al no conseguirlo, me manipulaste como a una marioneta, te ganaste mi confianza hasta que me tuviste donde querías para cumplir con tus deberes como alfa y…

—Eso no es del todo cierto, te…

—¿Alguna vez has estado de mi parte, Julian? ¿En el bosque,

durante el fin de semana que pasamos juntos, en la tienda? ¿De verdad iban a por mí los lobos después del baile, o también era parte del plan?

—Claro que estoy de tu parte, Mira. Y aquellos lobos iban a por ti. Eso no fue cosa nuestra. Los purasangres están metidos en algo gordo, aún no sabemos por qué matan gente en la ciudad ni por qué te buscan, solo que tenían tantas ganas de hacerse contigo como nosotros, es de suponer que por venganza…, ya que tu linaje se remonta hasta los élites. Y me avergüenzo de que algunos motivos que me llevaron a conocerte fueran inmorales. Tienes todo el derecho a estar enfadada.

—Es una locura y lo sabes. —Retrocedí con un nudo en la garganta que me impedía coger aire—. No puedo contigo. Mira por lo que me has hecho pasar. Si te sigo mirando, no sé qué voy a hacer.

Nada me había preparado para aquello. Julian era mi punto más débil, y lo seguiría siendo si se lo permitía.

Le di la espalda, pero un grito de Julian me obligó a volverme.

—¡No te salvé porque estuviéramos destinados a ser uno! —Se detuvo para secarse las lágrimas y la lluvia de la cara—. Lo hice porque no había sido sincero contigo, porque la había cagado. Porque estaba echando a perder lo único bueno que tenía en mi vida. Siempre supe que no deberías estar aquí, y me empeciné en eso. Dejé que me dictaran lo que debía sentir y no me paré a pensar lo que me pedían.

»Y lo hice porque sabía que, una vez te conociera, volvería atrás muchos siglos, buscaría el vacío de un mundo olvidado, inquieto, derrotado, todo con tal de conservarte —añadió, y se me acercó—. Lo hice para demostrar que no soy una mala persona —susurró—. No soy un monstruo, y sé que esos tratados antiguos, esas reglas

viejas, llevan una carga de odio de la que deberíamos librarnos. —Ya no podía estar más cerca, tenía el pecho contra mi espalda, su corazón me latía pegado al hombro—. Y lo hice porque me estaba enamorando de ti antes aún de llevarme tu sangre a los labios. Solo que ahora… lo eres todo.

Julian se inclinó para poner la cabeza junto a la mía. Para rodearme la cintura con las manos y besarme la sien, para darme la vuelta y hacer que lo mirara.

—Cada vez que te veo, me da miedo pensar lo que haría por ti, Mira. Las guerras que emprendería con tal de asegurarme de que estás a salvo. Porque te lo mereces mil veces, y quiero que sepas que eres digna de todo el amor. —Me acarició la cara con los dedos —. Y prometo hacer lo que sea necesario para recordártelo todos los días de tu vida. —Se me nubló la vista cuando me besó en el pelo, en la mejilla, en la barbilla—. Todos los días. Porque ahora mi vida eres tú.

Me agarré a sus brazos. ¿Por qué dolía tanto aquello? ¿Por qué consistía el amor en heridas abiertas, en dientes afilados? ¿No me iba a manchar los dedos y la lengua como una granada, no me chorrearía por la barbilla como sangre, no me consumiría y me tiraría a un lado si seguía por ese camino?

Para él, yo no era más que un deber.

Lo aparté de un empujón, le di la espalda, me convertí en sal.

—Pero eres un monstruo —le recordé, siseando las palabras para que supiera que las decía de corazón.

Porque así era. Así era. Así es.



Capítulo 51

Cuando sobrevivimos, no regresamos siendo los mismos.

Artículo VI, Cartas perdidas de Aadan Primero

Hui de Julian, con el vestido agitándose al viento, y solo me detuve al ver Hester Hall. Hice una pausa para recuperar el aliento y al mirarme las manos llenas de cicatrices recordé el calor y las chispas que habían brotado de ellas. ¿Qué se había despertado en mi interior?

—¡Mira! —gritó alguien, una voz reconocible, pero no era Julian, ni ninguno de mis perseguidores.

Al volverme, vi que Seven corría hacia mí. Tenía la piel negra cubierta de sudor y llevaba aún el mismo traje que en el baile. Las costuras estaban deshilachadas y los botones colgaban a punto de caerse. Se quedó atónito al verme, y no me sorprendió. Me podía

imaginar la pinta que tenía. El pelo revuelto, sangre seca en las comisuras de los labios, el vestido salpicado de carmesí. Los pies desnudos, sucios e hinchados.

—Tus ojos —dijo cuando llegó hasta mí, y yo parpadeé—. Tienen como un cerco rojo.

Era un efecto de la sangre que había bebido, un recordatorio de que era una dhampira, y una señal de que esa sangre había despertado un monstruo que había permanecido encerrado en mi interior. Sentía las extremidades más pesadas, más difíciles de mover. Aunque veía el mundo con los mismos ojos de siempre, parecía más nítido, como si todo tuviese más resolución; y el olor de aquel lugar era abrumador.

—¿Es cierto? —susurró Seven, y eso me hizo recordar que Julian me había advertido de que me mantuviese alejada de él.

Retrocedí mientras me tambaleaba.

—¡Espera! —me rogó, y trató de alcanzarme, pero no me detuve. Los lobos me estaban dando caza, y él era un lobo, ¿verdad? Seven cayó de rodillas y levantó los brazos en señal de rendición—. Te lo juro por mi vida, no he venido para hacerte daño.

—¿Eres un licántropo? —quise saber.

Agachó la cabeza, avergonzado.

—¿Lo sabes? —preguntó con un hilo de voz. Vi que arrancaba la hierba—. No sabía que querían darte caza. Mi padre no me cuenta nada. Mi intención era llevarte a casa, de verdad —explicó, y me miró con una expresión de cansancio en los ojos—. Te he buscado por todas partes. No he parado un instante.

Así que era cierto: Seven era un licántropo. Al mirarlo, de rodillas en el césped húmedo, con el cabello empapado, me di cuenta de todas las señales que había pasado por alto. «Míralo, qué serio». Pero era difícil confiar en mis instintos después de haberme

equivocado tanto. La última vez casi me costó la vida.

—Tus amigas te buscaban —explicó—. Estaban asustadas y querían salir a ver si te encontraban. No hemos parado de llamarte al móvil, pero saltaba el buzón de voz.

Stevie, Abi, Naomi, Em. Hacía horas que no las veía. Debían de estar al borde de un infarto.

—¿Dónde están? —pregunté—. ¿Qué les ha pasado?

—Las traje aquí y llamamos a la policía.

—¿Vino alguien? —me apresuré a preguntar. Sabía que, si habían llamado a la policía, se lo habría notificado a Bobby—. Mi padre —aclaré—. ¿Lo llamó alguien?

Antes del ataque, me había llamado él, cosa que solo hacía en caso de auténtica emergencia. Se me disparó el corazón. ¿Y si los licanos de sangre lo habían capturado mientras me buscaban a mí? ¿O si habían sido los vampiros, o los purasangres?

Steven se dio cuenta de mi ansiedad y se puso en pie.

—Llamó Stevie, pero no pudo contactar con él. Le dijo a la policía que tu padre trabajaba para el departamento del sheriff, pero es lo último que supimos.

Me tapé la cara con las manos. Si le había pasado algo… «No, por favor».

—Puedo llevarte —se ofreció Seven con un nudo en la garganta. Sabía que yo no tenía coche—. Si estás preocupada, o quieres irte con él, te puedo llevar a casa. —Alzó las manos de nuevo—. Te juro que no voy a hacerte daño. Y la verdad… —Me miró de arriba abajo —. Tienes pinta de necesitar ayuda.

No sabía qué hacer, ni a quién creer. Todo el mundo me había mentido. Pero Bobby estaba indefenso ante tales seres. No tendría ni la más mínima oportunidad. Aunque, si Seven era un lobo…, podría protegerlo. Mejor que si iba yo sola.

Y también sabía que, en todo lo que había pasado, Seven nunca me había fallado. Si ocurría algo, encontraría una forma de volver a escapar; y el modo en que me miraba me decía que no quería hacerme daño. Estaba asustada, y confusa, y no quería quedarme sola. ¿Qué alternativas tenía? ¿Cómo iba a volver a casa, si no?

Podía regresar a Hester, esperar a que alguien me dejase entrar, despertar a Stevie y tratar de hacerla comprender que había sobrevivido a un sacrificio humano, y que me perseguían un sinfín de seres sobrenaturales. Pensaría que estaba chalada. Posiblemente. Y eso, si alguien me dejaba entrar, en vez de asustarse y dejarme allí plantada.

Seven sacó el móvil del bolsillo y lo dejó en el suelo, entre nosotros.

—Puedes llevar el teléfono en la mano durante todo el trayecto, y llamar a la policía si no te sientes segura. —Dio un paso hacia mí —. Y no bloquearé las puertas. No estoy aquí para hacerte daño.

Cogí su móvil y lo sostuve en alto.

—El código es 070701 —señaló.

Introduje los dígitos y, cuando apareció la pantalla de inicio, suspiré y lo miré. Seguía con las manos alzadas en un gesto de paz.

—De acuerdo —acepté, y Seven suspiró aliviado—. Pero si se te ocurre hacer algo que no me guste…

—Me matarás —terminó la frase por mí—. Sí, lo sé.

Echamos a correr hacia el coche. Se ofreció a llevarme en brazos, pero lo rechacé con un gesto de enfado. Tampoco se me veía tan débil, ¿verdad?

—Perdón —se disculpó, y otra vez levantó las manos—. Solo quería ayudar.

Cuando llegamos a su coche abrí la puerta con tanta fuerza que rebotó en las bisagras. Seven se me quedó mirando, boquiabierto.

—Igual te has pasado con las proteínas, Mira…

—Perdón —murmuré. No me había acostumbrado a aquella nueva fuerza. Cerré la puerta con toda suavidad. Cuando el motor se puso en marcha, sentí una opresión en el pecho. Con el móvil en las manos, le di indicaciones de a dónde debía dirigirse, y luego le pregunté si tenía el número de Stevie.

Asintió.

Busqué su nombre en la agenda y escribí un mensaje. No sabía cómo explicar todo lo que había ocurrido, pero me sentía fatal por lo que había hecho pasar a mis amigas sin ser consciente de ello.

Por el momento, dije:

Stevie, soy Mira. Estoy con Seven,
que me lleva a casa de mi padre.

Estoy bien. Siento haberos dejado
a todas colgadas.

Es una larga historia, ya os contaré
lo que pueda más adelante.

No podía hacer ninguna promesa. Lo cierto es que no había ninguna manera de explicar las últimas horas, que, para mí, no parecían tener fin.

Bobby aún creía en los teléfonos fijos, así que le envié a Stevie el número de la casa para que lo llamara. Así, si Seven hacía algo fuera de lo corriente, ella sabría quién era la última persona con la que había estado.

Una vez enviado el mensaje, llamé al móvil de Bobby una y otra vez; me aterró la falta de respuesta. Llamé al fijo, pero cada vez que

marcaba me respondía un desagradable tono de comunicando.

Seven tomó la autopista mientas yo llamaba y llamaba; me lanzó varias miradas de soslayo, con una expresión de tristeza teñida de culpa.

En el camino de entrada de la casa había aparcado un coche con matrícula de Illinois. Seven se dio cuenta de que estaba muy nerviosa y me preguntó si quería que entrase conmigo.

—No —respondí. Salí del coche a toda prisa y me dirigí a la puerta principal antes de que el miedo me hiciera cambiar de opinión. Al girar el pomo vi que no estaba cerrada. Eso me hizo titubear. Aquella puerta siempre estaba cerrada con llave.

Abrí la puerta poco a poco, con el corazón en un puño. Las bisagras chirriaron. Me quedé en el umbral, temerosa de lo que pudiera encontrarme dentro.

Al cruzar la puerta, oí a Bobby y sentí una oleada de alivio. Pero a medida que me acercaba, su voz sonaba más y más acuciante. Y otra voz respondía a la suya.

Una que había salido de mis sueños. Una que se había podrido en mi interior durante años. En cuanto di otro paso, las voces callaron.

—¿Papá? —llamé, y doblé la esquina que llevaba del comedor al salón.

El agobio que sentía se aplacó al verlo. El alivio fue tan grande que casi me desmayé. Estaba allí, en el centro de la habitación, vestido de uniforme. Al verme fue hacia mí a zancadas y me estrechó entre los brazos, llorando. «Por fin, por fin, por fin». Estaba en casa.

—Estábamos muy asustados —lloró—. Creía que te había pasado algo horrible.

El uso del plural me llamó la atención. Al apartarme de mi padre

vi que, sentada en el sofá, estaba mi madre, Rena.

Parecía exactamente igual que como la recordaba, o quizá más joven. La piel morena era suave y sin la más mínima arruga. El cabello, alborotado y llamativo, del color del ébano. Los labios eran de color rojo rubí, como siempre. Era de una belleza sobrecogedora, y no supe si siempre había sido tan hermosa o si aquello era un efecto de mi nuevo sentido de la vista.

Pero lo que no pude pasar por alto fue el hecho de que los iris estaban rodeados de un cerco rojo. Era el aspecto que adquirieron los ojos de Julian tras beber mi sangre; el que tenían los míos en aquel preciso instante.

—Mirabella —me llamó, con una voz aterciopelada y angelical.

Y entonces tuve la certeza. Todo lo que me habían contado de ella era verdad. No entendía cómo me había pasado la vida entera sin darme cuenta; porque mi madre, Rena, era una vampira.

Se me escapó un grito antes de derrumbarme en el suelo y sumirme en una pesadilla repentina, perpetua.

Epílogo

Su sangre era una gruesa capa de veneno, y yo lo adoraba, de verdad.

Artículo V, Cartas perdidas de Aadan Primero

Los ojos, cerrados, buscaban. Se movían de modo frenético bajo los párpados, como un metrónomo, de un lado a otro sin parar. Sentí cómo una ráfaga de aire me recorría toda la piel, y se me erizó el vello de piernas y brazos.

Oía un latido palpitante en los oídos. Al principio era suave, como las olas de un lago que lamen las rocas lisas de la orilla. Pero luego se animó. Un bum-bum, bum-bum, bum-bum, que latía con tanta fuerza que sentía las sacudidas de aquella cosa roja en el pecho, contra los pulmones, violentas y profundas.

Se me acumuló líquido en las comisuras de la boca. Sentí un dolor profundo en los huesos, un sabor exquisito en la lengua. Me lamí los labios para quitarme la aspereza. En los extremos de la boca había unos dientes puntiagudos.

Desperté por fin y me incorporé con un jadeo, necesitada. Había pasado una semana desde el incidente, y era la primera vez que me sentía así. Estaba en casa de Bobby, en mi cuarto, tumbada sobre las sábanas revueltas de la cama, con un camisón blanco. Una punzada de hambre no solo me sacudió el estómago, sino también

la garganta, que me ardía de dolor. Voraz.

Tiré del fino algodón que me cubría el cuerpo, con un comentario cruel en la punta de la lengua. ¿Quién me había puesto algo tan horrible? Yo no tenía nada así. Parecía salido de una casa encantada del siglo XVIII.

Más allá de la puerta, en algún lugar, se oía un crujido. Un golpeteo. Era el sonido que me había despertado. Me levanté de la cama a toda prisa, casi flotando por el aire, pero me detuve, distraída y asombrada por todo, literalmente: cómo bailaban las motas de polvo en la suave luz del sol que se colaba entre las cortinas, la flor marchita de la pared, cubierta por una gruesa capa de pintura, y aun así se podía distinguir cada pétalo torcido; las líneas y las hendiduras de los tablones de madera, que tras tantos años y años de desgaste estaban agrietados y pelados. Antes no me parecía que tuviesen ninguna irregularidad.

En toda mi vida no había experimentado ni una cuarta parte de lo que sentía en aquel momento. A excepción, claro está, de la noche de la luna de sangre y aquel primer sorbo rojo en los dientes. Pero eso…, eso era mucho más. Era letal.

A cada paso, sentía los miembros pesados y densos, ligeros y etéreos; una paradoja. Al moverme de nuevo, me pregunté si iba demasiado rápido, o si el mundo giraba demasiado lento; no lograba descifrarlo por mí misma.

«¿Qué me ha pasado mientras dormía?».

Otra pausa. Había una persona. Tenía una mano levantada y me apuntaba, igual que yo a ella. Retrocedí y ella hizo lo mismo, repitiendo mis movimientos. Jadeé, con un gesto serio. Era mi reflejo. Ella era yo; pero casi no la reconocía.

La persona del espejo era demasiado hermosa para ser humana del todo. Había algo en su porte que, con una sola mirada, podría

hacer caer de rodillas a quien la contemplase. Una postura que la hacía parecer bien equilibrada, pero un poco despótica.

En los pliegues de sus labios (mis labios) había restos resecos de color caoba. Pequeñas salpicaduras en aquel ridículo camisón, líneas de ese color que descendían por la curva del cuello y llegaban a las clavículas.

Sonrió, pero yo sucumbí al miedo. Era sangre, mucha sangre. ¿Qué hice? ¿Qué había hecho? ¿A quién había matado? No me lo dijo; su única respuesta fue quedárseme mirando.

Y entonces todo encajó. Los dos dientes puntiagudos que había sentido. Abrí la boca y descubrí que tenía colmillos. Apreté la yema del dedo contra uno, y casi lo atravesó. ¿Cuánto tiempo llevaban ahí?

El sonido de un corazón que latía con ritmo estable desvió mi atención. El modo en que se sacudía contra los músculos y hacía fluir la sangre por las suculentas venas resultaba delicioso.

Al volverme hacia la puerta, la boca se me llenó de líquido. Una voz famélica me impulsó a lanzarme sobre lo que estuviese llegando. A devorarlo, para que satisficiera mi necesidad interior.

Lo quería, lo anhelaba con desesperación, todo para mí. Doble las rodillas mientras me preparaba. El pomo giró lentamente y mis facciones dibujaron una mueca burlona mientras esperaba la llegada del humano que había al otro lado.

Las bisagras chirriaron y la tarima crujió. Entró Bobby, acompañado de una ráfaga de aire. Me lanzó una única mirada y retrocedió, horrorizado.

—¡Mirabella! —gritó, y sacudió la cabeza—. ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Una emoción humana me sacudió. La había sentido muy a menudo. Los ojos se llenaron de lágrimas, y el hambre disminuyó.

—Me pasa algo, pero no sé qué es —lloré—. Creo… —Traté de llenar los huecos de mi memoria, encontrar la razón por la que estaba cubierta de sangre. Pero no me vino a la mente ningún recuerdo. Y al mirarla a ella, mi reflejo perfecto, sospeché que había cometido un crimen terrible e imperdonable.

Imposible. Yo no era un monstruo. Sin embargo, al contemplarla de nuevo, supe que se arrastraría hasta la perdición por una única gota de sangre.

Tragué saliva, pero el nudo que sentía en la garganta no se iba.

—Creo… —dije con tono feroz—. Creo que he matado a alguien.

FIN

Al menos, por ahora…

Agradecimientos

Escribo con gran emoción los agradecimientos para un libro que pensé que quizá nunca vería la luz.

Desde que supe que quería ser escritora, soñé con escribir historias de fantasía épica, pero durante años viví bajo la falsa narrativa de que no poseía la habilidad de crear un mundo mucho más grande que el mío.

Todo eso cambió a finales de 2022, cuando me encontré llena de una ira creciente. En una sola semana, devoré la serie de televisión *Sirenas.* Estaba encantada porque uno de los personajes principales era Maddie Bishop, una mujer afroamericana del campo STEM, con un novio increíblemente guapo que compartía su amor por la biología marina. Me cautivó desde el principio, y tenía unas ganas locas de ver cómo se desarrollaría su personaje. Y mi tristeza fue increíble cuando se llevó la peor parte al final de la primera temporada.

Al mismo tiempo, comencé a ver de nuevo *Crónicas vampíricas*, y mientras la veía, me dio por leer entrevistas y ver mesas redondas de convenciones donde Kat Graham hablaba de su personaje (Bonnie Bennett); me quedé consternada por lo que veía de la gente que supuestamente debía apoyarla. Y no solo eso, sino que, además, mientras hacía un resumen de la serie, noté la frecuencia con la que la usaban como un chivo expiatorio, matándola y

reviviéndola una y otra vez. Eso me dolió mucho.

La gota que colmó el vaso fue volver a ver la saga *Crepúsculo*. En el instituto había sido fan acérrima, pero llevaba años sin ver las películas, y al verlas de nuevo, me enfadé otra vez. A mi personaje favorito, Jacob Black, lo crearon impulsivo, sin disciplina ni límites, y su destino final recaía en las pequeñas manos de un bebé monstruo. ¡Por no hablar de Leah Clearwater!

Todo esto es para decir que *Luna de sangre* no existiría sin la saga *Crepúsculo*, sin *Crónicas vampíricas*, sin *Sirenas*. Gracias a todos los guionistas y productores, especialmente a los que me hicieron enfadar. Me sirvieron de inspiración.

Puede que Kat Graham nunca lo sepa, pero estoy muy agradecida por su interpretación de Bonnie Bennett. Nos dio esperanza a muchísimos de nosotros, aunque aguantó más de lo que debería, y le estoy eternamente agradecida.

También me gustaría dar las gracias a mis amigos, ¡ya sabéis quiénes sois!, por apoyarme y por estar siempre tan intrigados por lo que sea que haga.

Muchas gracias a mi comunidad de baile; me ayudan a recuperar el equilibrio cuando me encuentro perdida entre palabras. Un agradecimiento especial a Amber Nicole, Sabaa Tahir, Tracy Deonn y Tomi Adeyemi. Agradezco el tiempo que me han dedicado, los consejos que han dado, y el haberme abierto camino.

Como siempre, todo el agradecimiento del mundo a mi increíble agente literaria, Katelyn Detweiler. Eres una de mis personas favoritas. Me diste fuerza mientras escribía *Luna de sangre* al compartir la misma pasión que yo. Me empujaste con cada corrección, e incluso cuando me sentía insegura, siempre estabas allí para recordarme que íbamos por el buen camino. Eres la mejor defensora, la mejor socia de negocios y, en general, un ser humano

maravilloso. También eres una escritora con mucho talento. Gracias a todos los demás de Jill Grinberg Literary Management que me han apoyado. Tengo mucha suerte de contar con todos vosotros.

Un sinfín de gracias y elogios a Lauren Knowles. Desde el momento en que hablé contigo por primera vez, allá por 2020, supe que eras especial, así que el círculo se cerró cuando expresaste tanto interés inicial en *Luna de sangre.* Viste su potencial desde el principio, y me ayudaste a dar forma a este bebé hasta convertirlo en un libro que me obsesiona continuamente y del que estoy muy orgullosa. No podría haber hecho nada de esto sin ti. Gracias.

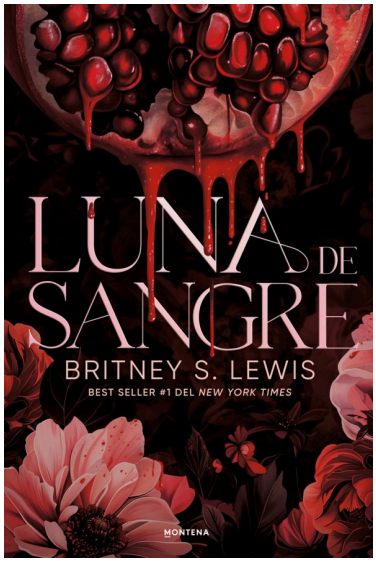
Al maravilloso equipo de Page Street, que me ha tratado como a una persona y que ha sido increíblemente paciente conmigo en cada paso del camino: gracias. Y gracias infinitas al equipo editorial y de corrección: Rachel Pomeroy, Hayley Gundlach y Julianna Markus (gracias especiales a ti por quedarte despierta conmigo en Nochevieja para entregar borrador tras borrador y por todos los cumplidos maravillosos). Gracias al departamento de marketing y publicidad: Jane Horovitz, Shannon Dolley, Katelynn Jasper, ¡todos habéis sido increíbles! ¡Es como tener un equipo de animadoras para mí sola! Un agradecimiento especial al departamento de producción, Meg Palmer, por hacer que todo llegara a buen puerto. Y un mundo entero de gracias al equipo de diseño, Rosie Stewart y Emma Hardy, por dotar a este libro de una de las portadas más hermosas que he visto: escucharon mi visión y la ejecutaron a la perfección. Gracias por estar tan dispuestas a trabajar conmigo.

Gracias a Elena Masci por esta preciosa ilustración. Quiero que sepas que adoro todas tus portadas. Mi gratitud eterna al editor, Will Kiester. Gracias por ver el potencial en *Luna de sangre* y apoyar este libro tanto como Lauren, Katelyn y yo. Muchas gracias a los lectores, bibliotecarios y libreros. Me mantenéis cuerda. Os digo de verdad

que, sin vosotros, no estaría aquí.

Por último, a mi Oso. Mi roca. Mi ancla. Mi mejor amigo. Mi esposo. Mi todo, todo. Gracias por creer en mi sueño y apoyarme en cada momento bueno y malo. Gracias por tu paciencia conmigo mientras sigo creciendo y convirtiéndome en la persona que quiero ser, y gracias por amarme, incluso cuando pensé que sería imposible. Sabes cuánto te valoro, y te mereces todo lo bueno que te espera.

Vuelven los vampiros y los hombres lobo. El nuevo romantasy que no vas a poder soltar



Mirabella Owens creció escuchando leyendas sobre lobos que viajaban a su pueblo del Medio Oeste para proteger a los humanos de los vampiros. Sobre un hombre lobo que se enamoró de una de las no muertas, dando lugar a una historia empapada de sangre.

Pero Mira dejó de creer en esos cuentos de hadas hace años.

Dejó de creer en muchas cosas cuando su madre se marchó sin dejar rastro cuando ella solo tenía trece años.

Al comenzar su primer año en la Universidad de Lakeland, Mira está lista para dejar atrás el pasado.

Pero el pasado aún no ha terminado con ella.

Una sucesión de extraños ataques de animales en los alrededores del campus hace que se reabran casos sin resolver relacionados con la desaparición de su madre. Y la única persona que parece saber algo sobre ellos es Julian Santos, el chico que está empeñado en que Mira abandone el campus por razones que ella no alcanza a comprender.

Pero Mira se niega a permitir que él no le cuente todos sus secretos, no cuando la verdad podría marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Mira tendrá que aceptar que hay mucho más en los viejos mitos del pueblo y en sus crecientes sentimientos por Julian de lo que jamás podría haber imaginado.

Y, cuando salga la luna de sangre, conocerá un mundo que destrozará su pasado y cambiará su futuro.

Britney S. Lewis creció en Kansas City, Kansas, donde se enamoró de la narración y de la idea de que la magia se movía y respiraba en nuestro mundo. Tras obtener su licenciatura en Artes y Ciencias, trabajó en el campo del marketing y la comunicación durante unos años antes de aceptar un puesto como editora de tarjetas de felicitación, donde su trabajo consiste en asegurarse de plasmar las mejores palabras en el papel. Cuando Britney no está soñando despierta con nuevas historias, es una excursionista urbana que explora la ciudad a pie en busca de café helado. También se la puede encontrar viendo series de televisión con su perrito o practicando West Coast Swing en uno de los estudios de baile de su zona. Vive en Kansas City.



Título original: *Blood Moon*

Primera edición: octubre de 2026

© 2025, Britney S. Lewis
Todos los derechos reservados
Publicado originalmente por Page Street
Publicado por acuerdo con Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Cristina Macía, por la traducción
Ilustraciones de interiores: iStock y Shutterstock

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño de Emma Hardy
Ilustración de la cubierta: © Elena Masci

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de

lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-88417-09-2

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Luna de sangre
La leyenda
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Britney S. Lewis
Créditos